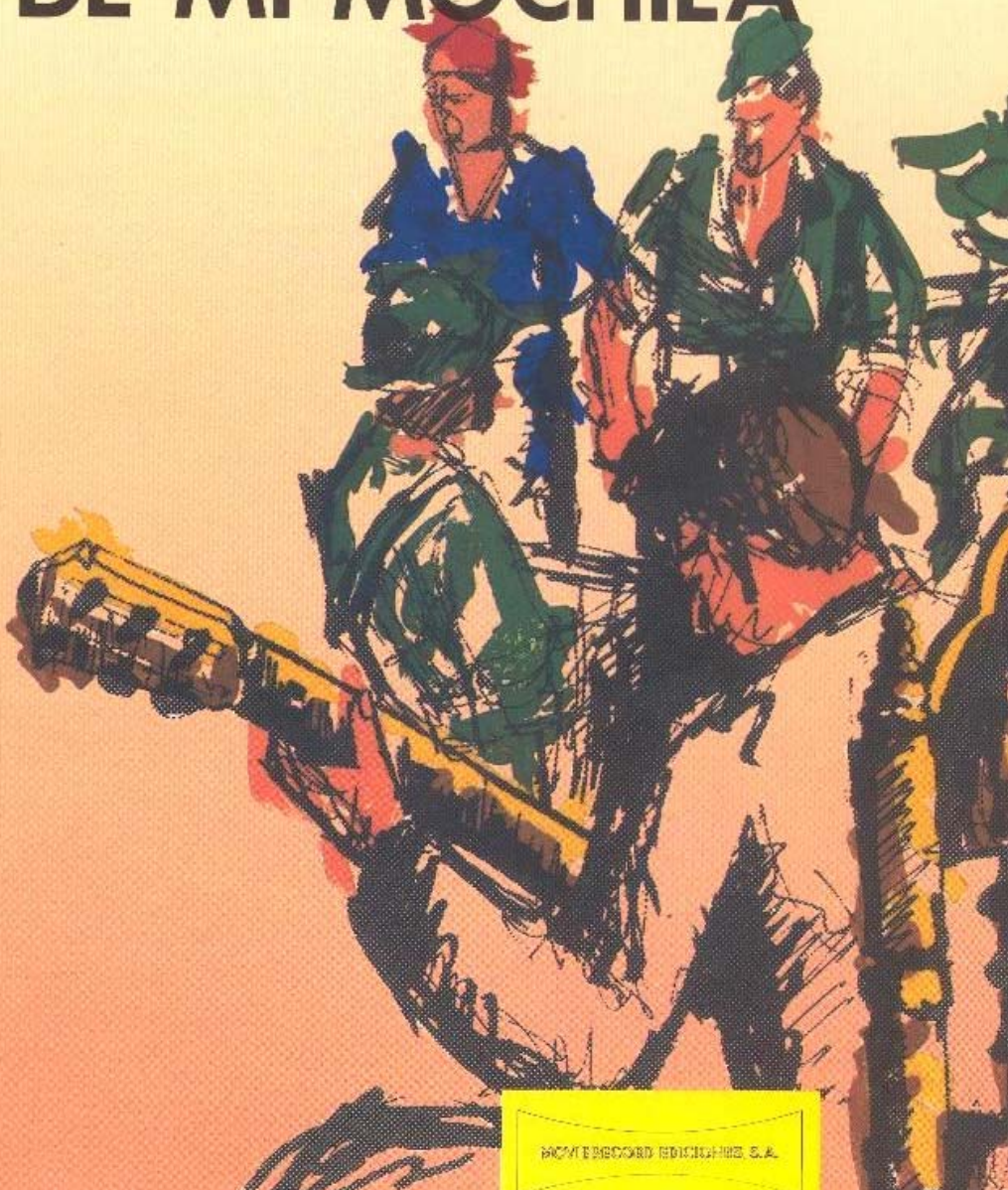


RAFAEL GARCIA SERRANO

CANTATAS DE MI MOCHILA



WOLFFSONG EDITIONS S.A.

Rafael García Serrano

CANTATAS DE MI MOCHILA

ÍNDICE

Prólogo	7
PRIMERA PARTE	
La cena de los veteranos	13
La marcha de Caesar	15
Las canciones tatarabuelas	17
Las canciones bisabuelas	28
Y las canciones abuelas	35
19-20 de julio de 1936: Una noche en autocar	53
SEGUNDA PARTE	
El himno nacional	
-Letra del himno nacional	70
Himno de Falange Española	
-Cara al sol	72
-Cómo nació la canción de la Falange	72
-El Cara al sol y los luceros	76
Himno y marcha de Oriamendi	
-Letra del Oriamendi	81
-El Oriamendi, un himno improvisado	81
-Letra en vascuence	83
-Himno guerrero del Requeté	85
Canciones de las Banderas de Falange	
-Las banderas nacieron para la guerra	87
-Cantaban los falangistas	88
En la cárcel de Madrid	88
Prisioneros en los barcos de Santander	89
En las trincheras:	
los de Valladolid, los gallegos, los andaluces	91
-Canciones para la nostalgia	93
-Dos jotas a José Antonio	94
-Los falanges	95
Canciones de los Tercios de Requetés	
-El de Lácar	98
-El de Montejurra	99
-El de Navarra	100
-El Tercio de San Miguel	101
-El Tercio catalán	101
-El San Fennín	103
-Y el Requeté de Numancia y el Tercio del Pilar	104
-Las Margaritas	107
-Villancicos de guerra	108
-La boina de los requetés	112
-El combate y la muerte	113
-Cantata de Larregla	118
Canciones de las Brigadas navarras	125
Canciones del Tercio (La Legión)	133
TERCERA PARTE	
Recuerdos de un español olvidado	151
Introducción	151
El abuelo	153
Glosa	155
Los desfiles	156
-El desfile	156

-El desfile del amanecer	159
-Donde se continúa desfilando	161
-El gran desfile	163
Hay que rematar	166
«Viriato»	168
-Del Buruntza a Cervera del Pisuerga	170
-La medalla militar	172
-¡Aún parirán las mujeres!	174
-La guerra y la paz	176
-La vuelta a los orígenes	179
-El fin de la carrera	182
Glosa	184
«¡Aquella Esparta de Cristo!»	186
-La guerra empezó en Leiza	186
-Diario de Navarra	188
-El Papa en Pamplona	190
-Soy un faccioso, rebelde, insurrecto y derrotado ...	191
-¿Historias paralelas?	193
-Evocación de Jaime Lazcano (con una invocación final)	195
-Bodas de oro	197
-Vieja campana María	199
-El rosario	200
-Los extraños punquis de Navarra	202
-A la sombra de los años	204
-Paralelo de dos plazas	206
-Las nieves de antaño	208
Glosa	210
Los últimos provisionales	213
Glosa	215

HOMENAJES

Homenaje de la «Comisión de navarros en Madrid» a Rafael García Serrano	219
R.G.S., por Jaime Campmany	223

EPILOGO

por Javier Nagore	225
-------------------------	-----

PROLOGO

Sobre el porqué de esta obra

Lector amigo, en febrero de 1986, Rafael García Serrano comenzó a redactar el libro que tienes entre manos. Se unen en él varios trabajos anteriores, dispersos en publicaciones como *Historia y Vida*, *Nueva Historia* y *El Alcázar*, con otros inéditos hasta hoy. El material -no todo publicado en este libro- reunido por García Serrano, de canciones y glosas, es abundantísimo, y ocupa más de trescientos folios. Desde las canciones de los Tercios viejos, sobre los que tan admirablemente escribió Luys Santamarina, pasando por las viejas canciones de «la Carlistada», que Dolores Baleztena recopiló con gran cariño, hasta las canciones de la guerra española de 1936-1939: nacionales -de la Falange, de los Tercios de requetés, de la Legión-, y «rojas», entre éstas un muy curioso «cancionero anticlerical», incluso de las canciones de soldados extranjeros en la guerra de España. Sin contar con los numerosos himnos y marchas militares: nacionales o de las diversas unidades que en el Ejército se integraron. Finalmente, entre el material recogido y glosado por García Serrano se cuentan muchísimas coplas y canciones, jotas y «carrasclases» que se hicieron famosos en aquellos años duros y alegres.

Todo ello se destinaba a *Cantatas de mi mochila* que, de haberlo terminado Rafael, hubiera aparecido como final de la tetralogía de libros de autores navarros destinada a conmemorar el 50 aniversario del Alzamiento Nacional. Una conmemoración que no iba contra nadie y tan sólo pretendía dejar un testimonio del porqué, del cuándo y del cómo Navarra «se alzó y cubrió los frentes de combate». Y ello a través de los recuerdos de quien fue delegado regional de requetés navarros -Antonio de Lizarza Iribarren: *Memorias de la Conspiración*-; de un cabo de requetés de una de las heroicas Brigadas de Navarra -Javier Nagore Yárnoz: *En la 1ª de Navarra*-; de quien fue entonces oficial de uno de los famosos Tercios de Requetés y luego maestro de juristas y humanistas, Álvaro d'Ors: *La violencia y el orden*; y, finalmente, de un falangista navarro y alférez provisional, luego escritor laureado, Rafael García Serrano: *Cantatas de mi mochila*.

El propósito, como puede deducirse, era que los cuatro libros diversos expresaran el espíritu que animaba a la Navarra de entonces, a los navarros que en su inmensa mayoría la formaban, un espíritu que con juntaba cuatro notas principales: tenacidad inasequible al desaliento (de ahí la minuciosa preparación para la guerra); coraje y valor heroico (demostrado por los voluntarios y soldados navarros en los tres años de la Cruzada); religiosidad ascética, catolicidad mejor; que mereció para Navarra el calificativo de «la Esparta de Cristo» (el lema de «Por Dios y por España» y el grito de ¡Viva Cristo Rey!, con los que tantos combatientes murieron, no se explican sin esa catolicidad española que tuvo en Navarra su más alta expresión); y, finalmente, la jovialidad y alegría desbordantes aun dentro de la tragedia que implica toda guerra, y, más acusadamente, una guerra entre hermanos (aunque algunos no se sintieran ni quisieran ser españoles).

Pues bien, aquel propósito no se cumplió totalmente. Faltó para ello la publicación de este libro de García Serrano, que murió el 12 de octubre de 1988 sin terminarlo. Ahora sí, ahora queda cumplido. La familia de García Serrano dio su consentimiento para que *Cantatas de mi mochila* viera al fin la luz, y, así, se completa la tetralogía de libros de autores navarros, testimonio de un espíritu que podrá ensalzarse o abominarse, pero que no podrá ser negado por la Historia.

No quisiéramos que la lectura de estos libros -ahora también la de éste de Rafael- sume en la melancolía ni en la «nostalgia quieta» -pues hay una nostalgia que al recordar el pasado glorioso mueve a recuperarlo-, sino que avive en sus lectores la alegría y la esperanza. *La gran esperanza* se titula precisamente el último libro publicado de García Serrano. Y es así porque, como decía el mismo Rafael: «solamente el hablar o escribir hoy de España o sobre España es ya una gran esperanza». En cuanto a la alegría, *Cantatas de mi mochila* trae nuevamente al lector aquella alegría marcial e ingenua característica de los soldados españoles de antaño: desde el siglo XVI hasta el siglo XX incluido.

Este libro -como también los tres anteriores- está escrito con amor: Y lo propio del amor es experimentarse como inmutable, y tener fe en el carácter sobrenatural de esta voluntad a la que no puede mellar el tiempo. «Este desafío que, por su fidelidad, todo amor lanza al tiempo», ya lo expresaba Shakespeare en uno de sus sonetos (CXXII1):

*«No, Time, thou not borst that I do change...
Thy registers and thee I both defy...
This I do down and this shall ever be:
I will be true despite thy scythe and thee.»*

*(«No, Tiempo, no has de jactarte de haberme hecho cambiar...
A ti y a tus anales, os desafío...
He aquí lo que yo juro, y esto será por siempre:
Yo permaneceré invariable, a despecho de ti y de tu segur.»)(¹)*

Ciertamente, el amor puede ser no sólo temporal, sino eterno. De ahí que venza también a la Historia, lo cual no es continuidad sino consecuencia. Lo que fue por mucho tiempo, por fin deja de ser: La vida continúa y las formas se suceden. La España altiva de las intransigencias cede el paso hoy a la España complaciente de las asimilaciones.

Sin embargo, es preciso lanzar de nuevo al mundo un grito de fe con amor: Como España fue la peana entonces y Navarra brindó el argumento, argumento sencillo y heroico, preñado de intransigencias (pues hay una santa intransigencia en los principios básicos cristianos), ardiente de fe y tramado de tradición, así pudiera nuevamente suceder ahora.

¹ GRIMALDI, Nicolás, La fidelidad o el milagro en la vida profana. Conferencia, Pamplona, 9-XI-1982.

Como escribió García Serrano en un luminoso artículo -«El posible milagro del papa Juan Pablo II» (*El Alcázar*, 3-XI-1982)-: «¿Es posible en España votar aborto y luchar contra el aborto al mismo tiempo? ¿Es posible votar divorcio y aclamar la indisolubilidad del matrimonio al alimón? ¿Se puede clamar por la escuela laica y por la enseñanza religiosa a la vez? ¿Se puede votar una organización estatal basada en la recesión, la insolidaridad y el independentismo, y acoger con unción los elogios a la unidad de España, a la España conquistadora y evangelizadora en el nombre de Cristo? ¿Es lícito fomentar la destrucción de la familia, burlarse de ella, destrozarla en el constante ejercicio de una faceta de la libertad de expresión que al parecer es la más utilizada, y luego enorgullecerse de la luz de Trento? ¿Se puede servir a Dios y al diablo conjuntamente? «Pudiera ser que sí. “España es diferente”, aunque lo dijera Franco.» «Pero por encima de todo están la fe y la esperanza y el amor: Una fe soterrada, yacente en las almas, que ha rebrotado primaveralmente (y de nuevo ahora, en esta segunda visita del Papa a Santiago de Compostela y a Covadonga, cuna de España). Una fe que deberíamos avivar todos como una candela que está a punto de extinguirse, protegiéndola de los malos vientos, amparándola hasta que crezca como una llama, como una fogata en la noche, como un incendio. Hasta que nos abrase el alma. Porque es la fe en Dios, en Cristo y en la Virgen, y porque sólo en ella encontraremos la raíz profunda vital y materna que nos devuelva a España. España se hizo en el catolicismo y sin él se desvanece.»

«Ésta es nuestra esperanza, basada en esa fe. Y tal será nuestro amor; esa fidelidad.»

«Acaso a Juan Pablo II le tengamos que agradecer que en un día (en dos ocasiones, digamos hoy) vino a nuestra tierra como Cristo fue al sepulcro de Lázaro, y con su humanidad de polaco luchador y doloroso, de chispero del perpetuo 2 de mayo varsoviano, y con su oficio de “hacedor de puentes” (“Ponti-fex”) se acercó a la tumba de nuestra patria y dijo:

“España, ¡levántate y anda!”

»Sí, ése es el sentido de la fidelidad; también a nuestra Patria, a España, nos hace responsables del pasado y de su verdad. De ello depende, en efecto, no sólo que viva, permanezca, se mantenga nuestro amor; sino también que no sea estropeado, desfigurado, disfrazado». ⁽¹⁾ Así es en la fidelidad donde todo amor tiene su destino. Este pensamiento, predominante en la vida -fe con obras- de Rafael García Serrano, nos movió también a publicar su libro, final de la serie de autores navarros de una época impulsada por el mismo ideal.

¹ GRIMALDI, N., ob. cit. 14

PRIMERA PARTE

LA CENA DE LOS VETERANOS

Estaba sentado en su silla de ruedas y revistaba, a lo largo de las dos largas y amplias habitaciones que unía un gracioso arco, el conjunto de las fuerzas que caerían ante la primera oleada de ataque: aceitunas gordales de color verdecaqui, casi colonial; panchitos grasientos; almendras con el blanco jaique de la sal; crujientes patatas fritas; cubitos de tortilla de patatas -con cebolla y sin ella-; taquitos de jamón, jalonando como mojones la ancha carretera de las lonchas; largas anchoas; sardinas aburridas y aceitosas servidas en unas curiosas piezas de porcelana que remedaban el clásico envase de la conserva, incluso con la tapa enrollada por el abrelatas o violada con urgencia y necesidad por una bayoneta, señalando incluso en sus bordes el daño sufrido por las partes interiores y aun los exteriores; dátiles con bacon; canapés de queso y hasta fortines de queso virgen, más o menos resistentes a las cuchilladas; abanicos becquerianos de arenque y boquerón, manjar sabroso por sí mismo, dispuestos para ser devorados sin necesidad de susurrar tras ellos una historia de amor, nada de *sotto voce*, aunque sí en corro de antiguos soldados; chorizo de Pamplona y también gallego, y en un segundo escalón, la esbelta chistorra navarra, ansiosa de sudar en la cama del pan, presa entre el jergón y la colcha, bien oprimida, casi lascivamente apretada.

Y el vino puesto a refrescar en los cubos repletos de hielo: blanco, rosado, clarete, y tumbados blandamente en sus cestillos, entre madame Recamier, y las dos majas de Goya, los tintos, poniéndose a tono con la temperatura de la habitación.

-¡Una delicia! -suspiró, ansioso por romper el fuego.

Cazalla, ginebra, güisky, coñac, chinchón, vodka, la orquesta completa, el gran preludio y el gran concierto de la cocina, que había dejado al cuidado de manos expertas, ya listo, mientras él esperaba. Lo cierto es que no se asomaba a los ventanales por verlos venir, sino por distraer la espera.

Apenas si se escuchaba la voz del viejo bulvar, de las antiguas rondas militares, ya convertidas en cauce automovilístico. La noche invernal era plena, y la gran avenida pilpaleaba de luces hormigueantes y de luminosos, del pestañazo de los semáforos y el palpar del reloj que marcaba las horas y las temperaturas con su caligrafía electrónica, no como los arqueológicos serenos del «Ave María Purísima, las ocho y media y lloviendo», mejor si nevase, acompaña más la nieve siempre que se esté a cubierto. Pensó que no podían tardar.

Vestía una camisa militar y los pantalones caquis le cubrían las inútiles piernas rolaco, como las definía. Su cabeza era poderosa, con el cráneo afeitado, si bien cultivada una pequeña parcela en forma de coleta manchú o al menos de lidiador decimonónico, a modo de sarcasmo, de antena, de toma de tierra. La aridez superior se convertía en florido oasis en la zona inferior, cubierta por una selvática barba,

impetuosa, blanca y desordenada, más de profeta que de petimetre, que enmascaraba una boca rifeña y sensual. Ostentaba en la cúspide un purísimo gorro de cocinero. A veces era como Juan Palomo, pero a veces él se lo guisaba y él se lo comía con sus amigos. «Será una buena noche», diagnosticó para su coleta.

Le subió la copla socarrona como un sabor grato. Pero no la recordaba bien. Tenía presente dónde la había oído e incluso cuándo, pero el primer verso le fallaba del todo, del segundo no estaba seguro, y en cambio aún le hacían reír el tercero y el cuarto. ¿No era una jota? Probablemente sí, pero tampoco se sentía demasiado seguro. Desde luego decía algo de nevar y de la luna. Luego lo preguntaría. Al primero que viniese, que justamente entraba en aquel momento.

-¡Hola, Salva!

-¿Qué hay Baldomero?

Su amigo era alto, fuerte, la cabeza altiva, romana y nevada de un centurión, de buena facha y compostura firme como una roca cantábrica a pesar de que se apoyaba en un bastón de puño de plata. Le faltaba una pierna. Usaba una prótesis que a ratos chismorreaba indiscreta, quevedescamente, por el muñón.

-Eres el primero en llegar.

-Desde hace casi cincuenta años me he convencido de que los primeros en llegar a todo somos los cojos, y los más puntuales.

Dirigió una mirada a la parada de chucherías:

-¿Está abierta la veda?

-Les esperaremos andando, si te parece.

-Es lo nuestro... ¿y tú por qué vas vestido de ranchero en día de gala?

-Los genízaros eran guerreros, por cierto de infantería, y utilizaban sin empacho distintivos de cocina. Los coroneles fluían el título de «distribuidores de sopa» y los capitanes el nobilísimo de «distribuidores de agua». Ten en cuenta que el Corán y el vino no se llevan bien. Las marmitas eran como sus banderas y los aguadores montaban en caballos llenos de flores, como centros de mesa. Usaban como insignias cucharas, tenedores, cuchillos...

-En ese sentido no tengo nada que oponer.

De modo que ambos comenzaron la fiesta y Salva fue a preguntarle a Baldomero: «Oye, ¿tú te acuerdas de aquella historia de que si tiene cerco la luna?, pero en esto, casi seguidos, llegaron el Gobernador, el Tirolés, el Director, el Actor y el Marine y se inició la verbena, y al anfitrión se le fue el santo al cielo y no preguntó por la copla olvidada ni por las piernas o patas de aquella muchacha. De todos modos aquella noche se habló de canciones, de marchas, de jotas, incluso de himnos. Lo sé porque yo estaba, si bien llegué el último, sin duda porque vivía más cerca de Salva que ninguno. Con las notas que dejó Salva, con algunas más y con unas reliquias insolentes de magnetofón pude apañar lo que sigue, tan deslavazado como se produjo, tan informal, tan saltarín, tan húmedo. No dejé tampoco de recurrir a algunos amigos que no estaban, ni a la consulta de algunos libros. Hay que decirlo todo.

LA MARCHA DE CAESAR

-¿Cuál es el primer sonido que tú recuerdas en el mismo instante de comenzar la guerra?

Como siempre, en estas sobremesas se podía hablar de la actualidad más viva, a condición de no olvidar nuestra cuna común. De lo más nuevo y de lo más viejo. Cuando despertó nuestra guerra habían pasado treinta y ocho años del desastre colonial, y lo de Cuba y Filipinas era un tema de historiadores. Ni siquiera se publicaban libros sobre ello.

-Una ráfaga sobre el Ayuntamiento...

-La cisterna del water, que me quedaba justo encima del coco, en el baño vecino. Yo dormía. Oí gritos en la plaza. Me llamaban -reflexioné con melancolía-. Tenía que acabar todo en esta mierda...

-Oí un «Cara al sol» rabioso.

-Una diana floreada que es la misma que se toca en las mañanicas de San Fermín, antes del encierro.

-¿No te jode? El Himno de Riego... Se proclamaba el estado de guerra.

-Las campanas de mi pueblo y los mozos cantando en el camión. Por cierto «Rocío», ya tú ves.

-La Internacional, la puta y hermosa Internacional.

-Conocía el Alzamiento en África y en Santander no pasaba nada. De modo que me puse a hurgar en la radio y de repente oí la marcha Legionarios y Regulares y el himno de la Legión, que me sabía de memoria. Era Radio Sevilla. Se oía muy claramente. Siempre fue así hasta que me paré. En Santander, no sé por qué, se tocaba mucho en esos días, incluso en el Sardinero, el Bolero de Ravel, tin, tiroriro tirorí, tirorí... ¡Ah!, y aquello de Morena Clara, me parece:

*El día que nací yo
¿qué planeta reinaría?
Por donde quiera que voy
qué mala estrella me guía...*

Lo consideré de buen augurio.

-¡Toma!

-Siempre he sido de natural optimista, así que lo de la estrella me sonaba bien.

-De ocho, seis oyeron música. O música y canciones. Sólo uno escuchó un tiro, y otro la voz profética de una cisterna. ¿Os dais cuenta de lo que supondría recoger todas las canciones de una guerra?

-Eso es imposible.

-Por supuesto, pero interesante. Recuerdo que Juan Ridán, un provisional, se planteaba este tema en una de sus novelas.

Les expliqué más o menos lo que decía. Ahora copio exactamente la referencia:

«Pienso, a veces, lo interesante que sería recopilar en un cancionero de guerra todas las que se han cantado en la historia del mundo. ¡Lástima que se hayan perdido tantas! Ahora tendríamos el tono de los romances fronterizos o conoceríamos las que cantaron las guerrillas de la Independencia. Tampoco faltarían las de la guerra europea, con su Tipperary famoso. Oye, ¿qué cantarían las Legiones de Roma?»

Las sobremesas españolas son milagrosas. El Gobernador había sido seminarista, el Gobernador era abogado, el Gobernador era falangista, el Gobernador había sido Gobernador, el Gobernador era un erudito. Nos hubiera sentado de culo a todos si no hubiese sido esa la postura en que estábamos.

Se arrancó suavemente:

Ecce hunc Caesar triumphat qui subejit Gallias...

-Amén -pió Salva.

-Cierra el pico, bárbaro. Es realmente una canción de marcha de los legionarios de César:

**Ecce hunc Caesar triumphat qui subejit Gallias...
Brutus quia reges ejecit, consul primus factus est;
Hic quia consules ejecit, rex postremo factus est.**

-O sea, en cristiano...

-Traduzco: He aquí que ahora triunfa César, el que sometió las Galias... Bruto, por haber expulsado a los reyes, fue por vez primera nombrado cónsul; éste, por haber expulsado a los cónsules, finalmente fue nombrado rey.

-¡Qué error, qué inmenso error!

-¿Qué hubieses hecho tú?

-Los legionarios quisieron nombrarle rey y otro Bruto se lo cepilló. De estar yo allí eso no pasa.

-¿Qué le hubieras nombrado tú?

-César.

Y tomando una botella invitó a servirse de ella:

-Es Chivas Regal.

Pero aquí las opiniones se dividieron. Los españoles nunca nos ponemos de acuerdo.

LAS CANCIONES TATARABUELAS (los Tercios viejos)

Dos o tres conocíamos algunas canciones de los Tercios de Italia, los que hicieron inventar la famosa Infantería española al Gran Capitán, y nos las echamos al corro. Sin música. ¿Dónde diablos estará su música? ¿y cómo cantarían los almogávares y los de la última campaña de la Reconquista, y con qué letras y con qué melodía? Por supuesto que en estas páginas se podrán ver las letras de algunas canciones militares, pero no su música. Ésa, o la conoce el lector, o se queda in albis. A veces se dan ciertas indicaciones que refrescan la memoria, si se tiene alguna memoria musical y una pizca de oído, pero nada más, ni por aquí ni por allí. Algún musicólogo, o simplemente algún músico, podría hacer el libro de partituras. Pero eso no es cosa mía, y bien que me hubiera gustado. Cuando le daba al piano, a veces se me ocurría pensar en lo hermoso que es componer música y llegar a todos los hombres sin traductores. Por supuesto, cada vez que reflexiono sobre aquello me convenzo más de que me hubiera gustado componer con aire popular y pegadizo, así como el Strauss o el Lanner de los valeses y polcas, como Padilla el de Valencia o El Relicario, o como Cole Porter, o como el maestro de Banderita, Alonso, o el del Soldadito español, Guerrero.

Hay en las Cantigas del Rey Sabio algunas de tema castrense, entreverado hondamente de piedad religiosa, como ésta, cuyo título es casi tan largo como su letra: *«(C)omo uuns almogavares que senpre entravan aterra de mouros e eran desbaratados, teveron vigia na capela do Al(ca)çar de Xerez et prometeron-lle una doa, et entraron en cavalgada et ganaron muy grand'algo.»* Confieso que el argumento y los cantables de la obra quedan mejor explicados en el título que en la letra de la cantiga, razón por la cual no la traigo a cuento.

¿Pero no nos suena a todos la zumba respecto a la unidad vecina, que no ha operado como quería, y se ha quedado corta en un objetivo que se le figuraba muy remunerador?

Cavalleros de Alcalá
entrastes a fazer presa,
et fallaste un morillo
entre Estepona y Marbella.

Las unidades militares de la Reconquista debían de picarse entre sí como cualquier otra agrupación militar de cualquier tiempo. Y a veces mostraban su cabreo, siquiera en esta ocasión fuese por la contienda entre los padres de Fernando el Católico,

y éste contra el lugarteniente de Renato d'Anjou, aspirante al trono de Aragón, que era su hijo Juan, duque de Lorena y Calabria. La irritación era gorda, como se verá:

Muy crüeles bozes dan
catalanes blasfemando:
¡Fuera, fuera, duque Johan,
qu'es casado el rey Fernando!
Torna, torna, Baryilona,
a tu Señor natural.
Francia juega dedos val:
«Sus, e mate por la dona!»
Correos vienen, correos van
por todo'l mundo gritando:
¡Fuera, fuera, duque Juan
qu'es casado el rey Fernando!

...
Si deseas que no muera
tu gente desesperando,
señor duque, ¡fuera, fuera,
qu'es casado el rey Fernando!

Ya ganada la confianza de los castellanos, en la empresa unida de la Reconquista, todos le cantaban:

Por los campos de los moros
el rey Don Fernando yva,
sus batallas ordenadas.
¡O quán bien que parecía!

Del mismo modo, en otra Reconquista se encomiaban la osadía y el talento de un joven coronel y más joven general:

Aunque el general es joven
y tiene cara de niño,
¡hay que joderse, señores,
dónde nos mete Valiño!

Las noticias no corrían en la última campaña de la Reconquista con la velocidad de hoy, ni siquiera con la de la campaña de Liberación, pero los turistas -visitadores de frentes, amigos de colarse en las grandes y definitivas ciudades, de contar luego: «yo entré en Barcelona (o en San Sebastián, o en Madrid) con las tropas»- ya volaban hacia el rumor de la toma con la misma presteza que en nuestra guerra. Los hombres no cambian. Las guerras, las armas, los sistemas de transporte, sí.

Levanta, Pascual, levanta,
aballemos a Granada,
que se suena qu'es tomada.
Levanta toste, priado,
toma tu perro i çurrón,
tu yamarra y yamarrón,
tus alboques, y cayado.
Vamos ver el gasajado
d'aquella çiudad nombrada,
que se suena qu'es tomada.

La tradicional cordialidad con los franceses brilla en esta canción de marcha española:

Françeses, ¿Por qué rrazón
fuistes de Rruysellón?
Françeses de la granxera,
dezíme de qué manera
huístes de la frontera
con miedo del gran león.
Los françeses de París
devotos de san Donís,
dexaron la flor de lis
metida en un botijón.
E comiendo la frिकासca
como puerco quando masca,
con vin clarete que rrasca,
combaten a Rruysellón.
Ellos son onbres jentiles,
mas los nobles y aviles,
si les faltan los barriles,
les fallesçe el coraçón.

Sometido a juicio entre los invitados, a nadie le pareció justo el reproche por la afición al mosto.

Es más, el Gobernador, coreado inmediatamente por los demás, tuvo a bien recordar que en el refranero español existe uno que proclama: «Soldau navarro, buen vino», que tanto se refiere a la condición fugaz de los valientes y de los buenos caldos como a la necesidad que el navarro combatiente tiene de estar bien provisto de leche de bota, a ser posible de la tierra, además de subrayar su general amor al trago, cosa, por cierto, repliqué, en la que coincide con todos los soldados de las demás regiones españolas. También añadí que ignoraba si a los franceses les desfallece el corazón si no

tienen vino a mano, aunque no tenía por qué dudar de las coplas, pero que en cualquier caso a los soldados de mi tierra no les ocurre otro tanto, aunque prefieren tener provista la bodega. El vino y la Infantería española hicieron un trato en las viñas de Barletta y también cerca de Ceriñola, donde el intendente Medina salvó una situación difícil con cuatro barriles de lo fino que había cargado en las mulas.

Quedamos todos muy a bien.

Así como se conserva un buen cancionero de los lansquenets alemanes y de las condotte italianas -y el dato es de Ricardo Fernández de la Torre- parece que de nuestros Tercios de Italia y Flandes apenas queda muestra. Una pena. Casi todas sus coplas y canciones de camino se caracterizan por la mezcla de vocablos y giros de diversos idiomas, lo cual es natural dado que nuestros soldados operaban en el extranjero y en muchos casos sus propios camaradas procedían de otras naciones: croatas, alemanes, italianos, flamencos, suizos. Los llamados Tercios de Naciones se alineaban codo a codo con nuestras Coronelías españolas. Este picadillo idiomático, este pisto campamental fue renovado por los muchachos de la División Azul a base de alemán, ruso, francés y español, faltaría más:

En la rue de la Paix
había un divisionnaire
que se truvaba borracho
perdu por une mademoiselle.

La traducción salta a la vista. Más difícil -para mí- es esta otra de la misma procedencia, sólo que situada en Berlín, en un zoco urbano tan renombrado al menos como la rue de la Paix parisina.

Eran zwei Uhr von Nacht
en Alexander Platz
y me cogieron betrunke
de Bier zwei Polizei Soldats.

Me echó una manita José Luis Gómez Tello.

Eran las dos de la noche (o de la madrugada) en Alexander Platz y me cogieron borracho de cerveza dos policías militares.

Al mismo género gramatical -pero en vertiente desvergonzada y autoencomiástica- pertenece esta otra, también divisionaria, a cuenta del famoso «mucho temperamente» hispano, aplicable a todo género de batallas:

Nicht soldaten ruski,
nicht soldaten doich,
¡gut soldaten spanis
fil temperament!

O por decirlo ala pata la llana: nada de soldados rusos, nada de soldados alemanes, que los que cortan el bacalao son los soldados españoles.

En esta línea poliglota se encuentra La Tricotea, que hace alarde de una especie de papiamento europeo, o por lo menos mediterráneo, de un «piquinglis» continental. A saber:

La tricotea
sa Martín la vea.
Abres un poc
al agua y señalea.
La bota senbra tuletá,
la señal d'un chapiré.
Ge que te gus per mundo spesa.
La botilla plena,
dama, qui maina,
cerrali la vena.
Orli, çerli, trun, madama,
çerliçer, cerrarli ben,
botr'ami contrari ben,
Niqui, niquidon,
formagidón, formagidón.
Yo soy monarchea
de grande nobrea.
Dama, por amor,
dama, bel se mea;
dama, por amor,
dama, yo la vea.

Vascos eran los españoles del XVI que cantaban lo que sigue, más bien áspero y ordinario, que según los eruditos pone como no digan dueñas a una chica de Artajona. Se usa el vascuence con sintaxis castellana, siempre en opinión de los que entienden. La mujer y el vino son dos temas muy de soldados. Voy a ver si por mis contactos amistosos con la lengua vascuence, consigo que alguien me aclare el meollo de la cuestión, aunque no creo que tenga éxito donde fracasó nada menos que el padre Donosti. Si consigo la traducción, el lector la verá, y todos saldremos de dudas. En caso contrario todos nos quedaremos al fresco.

Janyu, Janto dego de Garçigorreta,
Janyu, Janto dego de Garçigorra.
Arre chacorra çei degueçu
gavian dani levari
María Rroche çerca mora
en cantar viçerraco,

es naqui en Artajona
por do Gurgurengoa,
por do pasa Ochoa
candia jaroa
por do vero veroa
vero vero veroa
Estangurria rrico va.

La que sigue se relaciona, siempre en opinión de Fernández de la Torre, autor de una formidable Antología de la Música Militar española, con las campañas italianas del tiempo de Fernando el Católico, o sea, las del Gran Capitán, y evoca una ciudad, un amigo, acaso un amor:

Ay de la noble vile de Pris,
que da due purte l'eno!
Ay de le companon gentil!
Ay de la fille de Rroldon!

¿Pero quién no reconoce la voz española de los soldados de Gonzalo de Córdoba en esta canción de marcha, que trepa desde el tobillo al muslo de la bota italiana?

Gaeta nos es subjeta,
y, si quiere el Capitán,
también lo será Millán.
Si el poderoso Señor
rey de los çielos i tierra,
quiere hazer esta guerra,
¿quién será defendedor?
Si su favor'da favor
a nuestro Gran Capitán.
los françeses ¿qué harán?
Los poderosos leones,
reyes de muy grand estado,
descuyden de su coydado,
descansen sus coraçones.
Passadas son sus passiones
y de bien en bien yrán,
que todo lo ganarán.
Pues es ganada Gaeta
por el grand duque Gonçalo,
la Françia dio tal resbalo,
que se le quebró la teta.
No beberán con galleta,

de Nápoles botarán
a França a beber de ahután.
Moseür de la Tramulla,
condes, duques y marqueses
han dexado sus arneses
para bolar como grulla;
anles dado en la cogulla,
que nunca más bolverán
a beber a San Germán.
Si algún francés con aliento
pudo salir desta caça
quebrante su calabaza
en pedir al Parlamento
más gente, más bastimento,
que, como en asecho, están
esperando quando van.

A Carlos VIII de Francia, monarca metido en sueños medievales, de justa y dama, hombre caballeresco -Bayardo sería uno de sus grandes soldados, muy puntilloso por lo que se refiere al digámoslo, código del marqués de Cabriñana de tiempos de lanza, escudo y celada-, le dio por quijotear en Italia. Pelearon ejércitos pesados, acuartelados en el medievo, contra las tácticas modernas y ágiles del Gran Capitán. La vieja Caballería de los torneos contra la joven Infantería española. De entonces es esta canción, cuya primera noticia encontré en Italia, mi ventura, de Luys Santa Marina, que al parecer estuvo allí:

França, cuenta tu ganança,
¡Por mon arme, je no sé!
Pues yo te lo contaré.
El rrey Cherles cabeçudo,
qu'en las Ytalias pasó,
nuestra España le quebró,
su poder, fuerças escudo.
Dyga la França qué pudo.
-¡Por mon alma, je no sé!
-Pues yo te lo contaré.
A Salsas de allí venistes
a poner vuestro real
y lo que pareció mal,
que sin esperar of fuistes.
Francia, di por qué huistes.
-Par mun arm, ye no sé!

-Pues yo te lo contaré.
 Fuestes a buscar la vida
 a Ytalia, con triste suerte,
 donde hallaste la muerte
 en vuestra segunda yda.
 França, di tu recayda.
 -Par mun am ¡je no sé!
 -Pues yo te lo contaré.
 En aquella de Revena,
 do tanta sangre se vido,
 tú te levaste el sonido,
 nosotros la dicha buena.
 ¿Cómo no te quedó almena?
 -Par mon alma, je no sé!
 -Pues yo te lo contaré.
 Venistes a remediar
 a Navarra con Pamplona;
 corridos como una mona,
 os fuestes sin esperar.
 ¿Sí es huir o retirar?
 -¡Par mon alma, je no sé!
 -¡Pues yo te lo contaré!.
 En aquesta de Nabarra,
 si no fuera por Turín,
 era llegado tu fin,
 que ninguno no quedara.
 Francia, di cómo pasara.
 -¡Par mon alma, je no sé!
 -Pues yo te lo contaré.
 Si algún françes con aliento
 pudo salir desta trulla,
 bolando fue como grulla
 a buscar defendimiento.
 ¿Qué dize tu Parlamento?
 -¡Par mun alma, je no sé!
 -¡Pues yo te lo contaré!.
 Mira, França, la vitoria
 de nuestro humilde león.
 Su intención, su corazón
 gobierna el Rey de la gloria.
 ¿Qué's de ti y de tu memoria?
 -¡Par mun arm, ye no sé!
 -Pues yo te lo contaré.

La sorna de la preguntita se hacía en francés macarrónico, e incluso variable, si bien se observa, pronunciando a barullo el legítimo: *Par mon ame! je ne sais* (¡Por mi alma!, no lo sé), y en un castellano casi contable la respuesta entre castiza y cachonda: «Pues ya te lo contaré.»

Algo más adelante, en vísperas del Saco de Roma, nuestros soldados le cantaban al Condestable de Borbón -que había plantado a su Patria y a su Rey por pasar al servicio de Carlos el Emperador- loas merecidas, pues era un gran general y nadie dudaba de su brillante hoja de servicios, cualquiera que fuese el origen de su alistamiento. Aunque al conde de Benavente y al duque de Rivas les cayese fatal, yo reconozco humildemente que es la única persona de su apellido por la que he sentido simpatía. Además, duró poco al frente de sus tropas. Ya lo dice el refrán: «Los valientes y el buen vino...»

Calla, calla, Julio César,
Aníbal y Escipión...
¡Viva la fama de Borbón!

El Marine se enojó:

-¡Coño, qué pueblo! Aquí, en cuanto se trata de menear el incensario ante un extranjero, la verdad es que nos pasamos. La copla me resulta excesiva en el mismo siglo que produjo a Hernán Cortés y a don Juan de Austria, por citar sólo dos...

-Una copa. Pero que sea de chinchón, nacional hasta las cachas.

Sin embargo, además de las militares, el Condestable tenía otras virtudes. Era generoso con la tropa, al menos de palabras, porque no tenía un cuarto, y cuando le reclamaban la paga les daba promesas y hasta buenas razones, que recoge su canción:

Decíales: Mis señores,
yo soy pobre caballero,
y también como vosotros
no tengo un dinero...

Cosas así ablandan a las mismas piedras. Lo cierto es que entre todos, españoles, lansquenets protestantes de Frungsberg y Carlos de Borbón, no eran capaces de hacer cantar a un ciego, aunque ellos lo hacían con frecuencia y el Condestable, a pie, se agregaba a las filas de la columna de barullo y marchaba cantando con los picasecas.

A Salva, de natura anticlerical, le complació reiterarnos la copla que los Tercios de Italia dedicaban a Clemente VII, y se le notaba que le hubiera gustado entonarla:

Padre Santo, Santo Papa,
sois clemente sin que os cuadre,
más reniego yo del padre
que al hijo le hurta la capa...

Aunque el tiempo ya había pasado, yo pensaba en Clemente VII, en Paulo IV, en Juan XXIII y sobre todo en Pablo VI.

Pero más vale dejar la política religiosa y acercarse al amor. Los soldados del siglo y medio, plenamente imperial, pasaban apresuradamente por villas, aldeas, lugarejos, pueblos y ciudades. Siempre había una dama que despedir:

El amor del soldado
es de una hora,
en tocando la caja,
adiós, señora.

Incluso es de dos horas o de tres o de más, singularmente en las invernadas. Pero al toque de llamada, adiós, muy buenas.

La mujer, el vino, la canción, la baraja... Tomaban de Lutero, antes de Lutero, con él y luego de él, lo mejorcito, y le dejaban lo peor: sus enredos teológicos y su bragueta abierta. Es posible que pensasen en que la Reforma venía sobre todo de la bragueta abierta y aún más del sacristán en la puerta, que manaba de aquella fuente, y a estas alturas no parece que anduviesen muy equivocados a juzgar por lo que hemos visto con la nueva Reforma.

Sin agua y sin vino,
ni viven los hombres
ni muele el molino...

Y no hay molino sin molinera. Todos habíamos conocido una. La encomiamos a coro, jóvenes de nuevo, al diablo con el hígado, con los vetos, con el muchojismo:

¡Qué polvo tiene el camino,
qué polvo la carretera,
qué polvo tiene el molino,
qué polvo la molinera!

-¡Lástima de un buen magnetófono! Podríamos grabar nuestras canciones...

Salva se puso en campaña. Hizo traer el magnetófono a uno de sus hijos y reclamó la exclusiva de su manejo. ¡Por mí! Yo toco el dial de una radio y deja de funcionar, una calculadora me parece un monstruo sagrado y casi no alcancé a entenderme bien con los viejos gramófonos. El Director reclamó algunos derechos, en razón de ejecutoria técnica, pero fue desdeñado. Entretanto se recordaba la copla de los jugadores en Italia, en Flandes, en América. ¿Por cierto, se conoce alguna copla específica de los Conquistadores? Personalmente no encontré ninguna cuando leía en tomo a la marcha sobre Méjico.

Anoche a la medianoche,
antes de cantar el gallo,

bramaba la pura de oros
y relinchaba el caballo...

También se consolarían de aventuras y desventuras, ilusiones, dineros y ascensos
ni alcanzados del todo ni dejados de alcanzar:

Quien pierde la burra
y encuentra la albarda,
ni todo lo pierde,
ni todo lo alcanza...

El que no se consuela es porque no puede, y más si dispone de una botella,
aunque sea de uvas a peras, como supone el brindis (si bien la medida del tiempo la da la
sed, y no el reloj ni el calendario), que no sé si sería cantado o no, aunque supongo que
las dos firmas litúrgicas serían legítimas:

Sangre de Cristo,
¡cuánto hace que no te he visto!
y hoy que te veo,
¡Gloria in excelsis Deo!

Los de Caballería, que siempre han sido muy distinguidos, ponían sus pegas en
solfa:

Caballo de divisa
yo no le quiero:
para entrar en batalla
caballo negro.

Todo acababa en lo mismo:

Ciento cincuenta soldados
todos puestos en bandera,
unos cantan y otros bailan
y otros tocan la vihuela,
menos un pobre soldado
que echa los ojos en tierra...

El Director dijo con sobrada ilustración cinematográfica, atento al detalle, al
guión, a la cámara:

-Siempre hay alguno que sabe que va a morir.

Y bebimos, ¿qué íbamos a hacer para tapar el silencio?

LAS CANCIONES BISABUELAS

Una muestra de las canciones tatarabuelas ha quedado atrás. No se pretendía otra cosa que citar algunos ejemplos, sobre todo para comprobar más tarde, al entonar las de nuestra guerra, que hay temas que permanecen inalterables, porque lo son en sí mismos, sustancialmente, y porque los soldados son idénticos siempre.

El siglo XVIII es un siglo bastante desventurado. Se inicia con un rifirrafe entre Austrias y Borbones por la herencia de Carlos II el Hechizado, y prácticamente concluye con la batalla de Trafalgar, ya en 1805. En aguas de Cádiz perdemos Gibraltar y la última escuadra importante de nuestra historia. La sombra de España permanece desde 1704 manchada por la sombra de una bandera que nos convierte en colonia, lo que ya no son ni los negros del Camerún.

El siglo XVIII, con todas sus innegables virtudes, aparece como un bibelot en una sala de armas, como una botella de agua de azahar en un cuarto de banderas; es pequeñito, delicado, finolis, algo cursi, lleno de polvos en el pelo y de lunares artificiales. Los piojos de Versalles pican en todas las cabezas empelucadas.

No sé si esta canción infantil de corro se corresponderá cronológicamente con el XVIII, pero me temo que sí:

Un cadetito
muy chiquitito
no sabe hacer,
no sabe hacer,
el ejercicio.
Pero, en cambio,
con sus galones
sabe robar,
sabe robar,
los corazones.

Todavía de niño he oído cantar y he cantado otra canción de corro que decía:

Carta del rey ha venido
para las niñas de ahora
de ahora,
que se vayan a la guerra
a defender la Patriá,
Patriá...

Sólo que España comenzaba a perder su memoria histórica, y estas niñas de ahora, que yo juzgaba mis contemporáneas -¡oh, la mano gentil que me daba la mano en las Ventas de Arraiz!-, eran las del tiempo de pérdida de Orán, misteriosamente transformado en *ahorá, ahorá...*

Una pena.

Las niñas moratinianas, con su famoso sí, cantaban de pequeñas:

Si algún soldado
te hace el amor,
dile al momento,
dile que no,
porque un soldado
no puede ser,
comiendo rancho
tener mujer,
tener mujer.

El mismo consejo reciben las niñas moratinianas respecto al estudiante que las pretenda. Claro que el argumento negativo es otro:

...que un estudiante
no puede ser,
yendo a la escuela
tener mujer,

No mejoran las posibilidades de matrimonio ni siquiera con los sargentos, porque las dulces niñas moratinianas, siguiendo el ejemplo de Paquita, buscan amor y también seguridad, y prefieren que su Carlos sea sobrino del acaudalado tío, los dondiegos, aunque el viejo las pretenda:

...porque un sargento
no puede ser,
con su galones
tener mujer,
tener mujer.

Otra cosa es cuando en el horizonte aparece un teniente:

Si algún teniente
te hace el amor,
dile al momento
que sí, señor;
porque un teniente

puede llegar
con sus estrellas
a general,
a general.

Los soldados del XVIII fueron muy buenos, tan buenos como los de cualquier otra época. Es el siglo quien ablandaba las canciones. Se jugaba a pastorcitas en el lomo de un dragón que pronto echaría fuego y pegaría dentelladas. Hasta la diana es trivial y como de colegio:

Quinto, levanta,
tira de la manta;
quinto, levanta,
tira del colchón.
Quinto, quintorro,
quítate ese gorro,
quinto, quintorro,
te daré un capón
que viene el sargento
con el cinturón.

Más parece un reparto de palmetazos entre romanos y cartagineses de un campo de batalla escolar, que una diana perezosa amenizada por los sargentos veteranos con manos, pies y cinturones. O cinchos, como también se decía.

Pero en cambio todo se anima, se estremece, se llena de entusiasmo con las campañas más populares del siglo, que las conoce todavía en Flandes, en Italia, en los mares de todo el mundo -y en un Mediterráneo donde ya nadie sueña Lepantos frente a los corsarios berberiscos-, en el norte de África, en toda América, en Filipinas, en Portugal, en nuestra discreta campaña de ayuda a los Estados Unidos, que van a nacer, en el Rosellón y en el propio suelo. Y en un suelo, ya ajeno, que es más que el propio suelo, que es la sublimación de España, la bandera moral de su decadencia, el estigma que nos hace inclinar los ojos ante el mundo: porque las batallas más populares del siglo se dan en torno a Gibraltar, en busca del arca perdida, en rescate del Santo Grial hispánico.

El pueblo lo siente como algo profundamente suyo, lo toma como una afrenta colectiva y personal, uno a uno, una a una, a hombres y mujeres de España:

Mira cómo corre el agua
por debajo del Peñón;
así corren los dolores
de que no sea español.

Los reinos, las regiones, se pican:

Si el rey de España tuviera
tres reinos como Aragón,
no estaría Gibraltar
en poder de otra nación.

Los españoles comenzamos a mirar en tomo nuestro con recelo, a no confiar en nosotros mismos, a no dar crédito más que a la patria chica.

LLevan las de Aljezares
en el delantal
un letrero que dice:
¡Viva Gibraltar!

¡Y olé!

Como saltan en esta copla las más nobles pulgas de la pelliza de Viriato, las fantasías que pudieran soñar si los hubo en el café moratiniano, los estrategas de recuelo, el aquí estoy yo y después de mí ninguno:

Si el rey de España me hiciera
su capitán general,
le pediría licencia
para sitiar Gibraltar.

Cuando el gran sitio, el marino mallorquín don Antonio Barceló es una figura nacional y sus lanchas torpederas hacen soñar a toda España con el rescate de Gibraltar. Los catalanes le cantan:

Barceló, Inglatterra
Se bol burlá de mi.
Lin declaro la guerra
Li a enbiat a di
Pero ana asitia
Al fort de Gibaltá
Su Magestat Real
Que tots la aben de serví
Si la causa es igual
Primer aben de mori
Que no pas recular
Del fort de Gibaltá
Barceló pren la guía
Per anarcen enbarca

Nit y dia caminá
Pero ana asitiá
Al fort de Gibaltá
Y al siti ba plantá
Está sinch o sis mesos
Si bus ansitiat
Miranse los inglesos
Dintre de Gibaltá
Son sense pa ni bí
Be se auran de arrandí
Viva la flor deis mosos
Que son los fusillers
Que per parar bandera
Ells no son los primers
Y ells sempre van de van
Entre balas y sanch
Un día per desgracia
Ne estaban descuidats
Lo inglés ab sa trasa
Be per laltre costat
Portan probisio
Per la guarnicio
Barceló lo saluda
Ab lo abus y al canó
Si agues tingut ajuda
Lo balen Barceló
Los guardaba de entrar
Dintre de Gibaltá
Planta una batería
Lo mes prest que pogue
De bona artillaría
La mallo que tingue
Dien me planto aquí
Per biurer o per morí

Todo lo que se relacione con el Peñón es exaltado en aquel instante en que Crillon ha recuperado Menorca -que se nos fue también en la guerra de Sucesión, pleitos tengas y los ganes- y está frente a Gibraltar con don Antonio Barceló. Más no se puede pedir:

Con tan buenos militares
como gobierna Crillon,
no pasará el mes de octubre

sin que se rinda el Peñón.
Si el rey de España tuviera
cuatro como Barceló,
Gibraltar fuera de España
que de los ingleses no.

Y hasta las ciudades hacen méritos en función de Gibraltar:

¡Viva Cádiz porque tiene
las murallas sobre el mar,
con los cañones mirando
al Peñón de Gibraltar!

¿No apunta un desengaño en esa copla amatoria que compara la palabra de una mujer con la firmeza del Peñón? Al fin y al cabo esa firmeza está amparada por una bandera extranjera. A veces me parece que en esta letra hay como una especie de convencimiento de la inabitable firmeza de nuestra vieja piedra.

La mujer que quiere a un hombre
con el corazón leal,
es más firme su palabra
que el Peñón de Gibraltar.

Lo cierto es que seguimos rondando Gibraltar a puros suspiros. El último cerco lo levantaron entre los señores Areilza, el pequeño Marcelino, Pérez Llorca y Fernández Ordóñez, en beneficio de Inglaterra, para sonrojo de España, mal de su economía e incremento de las áreas de la *sentina gentium*, que continúa siendo una pura sentina humana, judíos, malteses, renegados, marroquíes, indios... La población de Gibraltar es aun dominio o Estado, lo que el papiamento a un idioma de verdad, al español, por ejemplo. Hasta en los campos de guerra de la URSS nuestros soldados recordaban Gibraltar, y lo reclamaban, como podremos ver a su debido tiempo.

Después se ha hecho el silencio, la sumisión. Sólo los españolitos cantan por lo bajini:

Gibraltar..., ¡ay, Gibraltar!
El Peñón sin su bandera,
sin su bandera española,
porque la tiene extranjera.

Desde 1704. Y lo que cuelga. Se equivocó la buena fe de Franco cuando dijo: «El Peñón no merece una guerra. El Peñón caerá como una fruta madura.»

Me temo que a esa perita amarga -para hacerla dulce- hay que descolgarla a perdigonazos. Y bien tirados, sin confiarse:

¿De qué sirve a los ingleses
tener fragatas ligeras
si saben que Mazarredo
tiene lanchas cañoneras?

Pues les sirve, entre otras cosas, para continuar en Gibraltar.

Y LAS CANCIONES ABUELAS

Y de repente dos cosas revientan, explodian: la guerra contra Napoleón y la jota. La jota es la gran bandera frente a la invasión francesa. Es posible que la primera jota sea precisamente la que certifica:

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa,
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.

Existe un breve currículum sobre la jota, en defensa de otro origen:

La jota nació en Valencia
y de allí pasó a Aragón;
Calatayud fue su cuna
a la orilla del Jalón.

Desde Aragón, como un nuevo Fernando el Católico, matrimonio con Castilla y así pasa a toda España. La jota es tan simbólica como las sevillanas, a la hora de representarla: en América, los Coros y Danzas de la Falange acababan sus representaciones con un toque andaluz o con la jota brava, porque eso es lo que el público exigía para poner picante a la ración de nostalgia que acababa de ingerir.

Los partes de guerra, que en la Reconquista se dieron en romances, durante la francesada se dan en jotas:

Adiós, puente de Tudela,
por debajo pasa el Ebro,
por encima los franceses
que van al degolladero.

Se retiraban hacia su tierra al tener noticias del desastre de Bailén. Luego volvieron, pero por el momento los aragoneses cantaban:

No ha de pasear en carroza
el emperador francés
mientras haya en Zaragoza
¡sangre de un aragonés!

A la Virgen del Pilar
le ha jurado Palafox
que no entrará en Zaragoza
el ejército invasor.
De la sierra de Alcubierre
se escuchan los cañonazos.
¡Zaragoza de mi vida!
ya te habrán hecho pedazos.

Y mientras desde la hoguera de Zaragoza la jota era como una llamarada que iluminaba y calentaba a toda España, en Madrid recibían a los victoriosos con estas coplas:

Dupont, terror del Norte,
fue vencido en Bailén,
y todos sus secuaces
prisioneros con él.
Toda Francia entera
llorará el baldón
al son de la Carmañola.
¡Muera Napoleón! ¡
Muera Napoleón!

Madrid se enorgullecía de su gesta con aire propio, como de baile del candil. Era lo lógico. No sé si nace o reverdece la Cachucha. Elijo la flor y nata porque quiero eliminar todos los loores al rey Fernando y los suspiros que hace lanzar a un pueblo heroico, traicionado y a quien ponen los cuernos el rey, la reina vieja, Godoy, Bonaparte y el Deseado. Lo malo para ellos es que por milagro, lo que debía ser buey mansurrón, salió toro bravo y con cuernos como bayonetas, desventradores.

El alevoso Murat
engañó al pueblo valiente
haciéndose publicar
una paz en lo aparente.
«¡Suspira, Cachucha, y llora,
que a la sombra de esa paz
a todos los que cogían
los mandaban fusilar!»
¡Vámonos!
¡Paredes del verde Prado,
murallas del Buen Retiro,
cuántas almas inocentes
murieron en vuestro sitio!

«¡Ay qué pena, mi Cachucha,
y qué gran dolor me da
al recordar tal escena
que al cielo clamando está!»

¡Vámonos!

Los oficiales heroicos
del Cuerpo de Artillería
fallecieron a las manos
de una infame alevosía.

«¡Admira, mi Cachuchita,
el valor inimitable
del valiente Luis Daoiz,
del bravo Pedro Velarde!»

¡Vámonos!

Noble pueblo madricense
bien puedes hacer alarde
de conservar la memoria
de Daoiz y Velarde.

«¡Ay no ceses de llorar,
Cachucha del alma mía,
sobre la tierra que cubre
la honra de la Artillería!»

¡Vámonos!

El Dos de Mayo en Madrid
publica su Independencia,
y a toda Europa convida
para romper sus cadenas.

«¡España, Cachucha mía,
se ha de alzar a nuestra voz
a desconcertar los planes
del fiero Napoleón!»

¡Vámonos!

Más boletines oficiales, todos navarros:

Salieron los miqueletes
de la Casa Colorada
y les hicieron volver
a bayoneta calada.

Fue en torno a Pamplona, y los hombres de Espoz y Mina se vendimiaban los miqueletes en cuanto les echaban el guante. Los miqueletes eran josefinos catalanes y

navarros, peor que desertores y de su jefe, un tal Chacón, recibieron el remoquete de los chacones.

Se pensaron los franceses
que España era poca cosa
y no creyeron que aquí
se les iba a abrir la fosa.

O con ligero cachondeo:

Ya podemos darnos prisa
en preparar la gamella,
pues dicen que vienen pronto
tropas de Pepe Botella.

Como se sabe, la gamella es la artesa en que se da de comer y de beber a los animales. Las ascas, donde abrevan las caballerías, servían a propósito para ahogar a los gabachos.

Ciento cincuenta franceses
a Val de Roncal subieron
y en las peñas de Yinyari
con sus armas perecieron.

Otra versión modifica levemente los dos últimos versos:

...y en la punta del Yinyari
con sus armas se rindieron.

Ésta dice en cambio:

Ciento cincuenta franceses
al Valle Roncal entraron,
y de la punta de Iñari
a todos los despeñaron.

Total, santas pascuas...

Un día, con mucho ruido,
aquí vino Bonaparte,
pero se tuvo que dir
con la música a otra parte.
¡Guerra a los gabachos!

¡Guerra al invasor!
Quien no tenga otra arma
que use el asador.

Lo de Bailén exalta a los españoles y estremece a Europa. Por vez primera los ejércitos del Emperador capitulaban en campo abierto. España rompía el Mercado Común de la derrota y demostraba que era capaz de vivir sin andadores.

Cuando los vencedores de Andalucía entraron en Madrid, el pueblo del 2 de mayo les recibió cantando, fresca aún la sangre derramada, lacerante el dolor. No es de extrañar que se expresara un tanto retóricamente:

Venid vencedores
columnas de honor
la Patria os dé el premio
de tanto valor.
Tomad los laureles
que habéis merecido
los que os han rendido
Mencey y Dupont.
Vosotros que fieles
habéis acudido
al primer gemido
de nuestra opresión.

De todos modos no era un mal recibimiento. Lo malo para soldados y garrochistas es que el general Castaños en materia de diversiones, que no fueran puramente corales, no transigía. De modo que persiguió a muerte a baldomeras, bizcochas y gentes así, que suelen tener bastante éxito entre la soldadesca. Hubieron de apañarse con lo poco que encontraron. Lo que ellos dirían:

-¡ Venza usted al Corso para esto!

Femandito el Felón, ya graduado *cum laude* en traiciones, continuaba siendo *el Deseado* para el buen pueblo:

Virgen de Atocha,
dame la mano,
que tienes puesta
la banderola
del rey Fernando.
Virgen de Atocha,
dame tu poder,
para que al rey Fernando
lo traigas con bien.

Ya vienen las provincias
arrempujando,
y la Virgen de Atocha
trae a Fernando.
¡Vivan los españoles!
¡Viva la religión!
Yo me cago en el gorro
de Napoleón.

Y se inicia el pitorreo sobre la figura del nuevo rey, a quien todos los razonamientos del mundo, todos los documentos históricos y todos los testimonios neutrales no quitarán su fama de borrachuzo:

Pepe Botella,
baja al despacho.
No puedo ahora,
que estoy borracho.
Ya viene por la Ronda
José Primero,
con un ojo postizo
y el otro huero.
Ya se fue por las Ventas
el rey Pepino,
con un par de botellas
para el camino.

Las andaluzas desafían graciosamente a las tropas napoleónicas en un momento militarmente gravísimo para España. De la flor de sus coplas parece trascender una fragancia que de nuevo pone en marcha ejércitos dispersos, unidos ya hasta que llegue la victoria:

Con las balas que envían
los fanfarrones
hace la gaditana tirabuzones.
Con las balas que tira
el mariscal Sul
hace la gaditana mantillas de tul.

La copla que canta al héroe llega a sus soldados en forma amorosa. Ya la guerra es larga y da tiempo a todo:

Cuando don Julián Sánchez
monta a caballo,

se dicen los franceses,
«ya viene el diablo».
Ea, ea, ea, ea, ea, eh,
era un lancerito
que me viene a ver.
Él me quiere mucho,
yo le quiero a él.
Un lancero me lleva
puesta en su lanza;
¿si querrá que yo marche
con él a Francia?
Ea, ea, ea, ea, ea, eh,
era un lancerito
que me viene a ver.

En los Arapiles suena el penúltimo aldabonazo:

Velintón en Arapiles
a Marmon y sus parciales
para almorzar le dispuso
un gran pisto de tomates.
Y tanto les dio
que los fastidió
y a contarlo fueron
a Napoleón.
Viva Velintón
Viva Velintón
Viva, viva el Lord Velintón.
El León de España duerme
dijo entre sí Bonaparte,
y a que le hiciese cosquillas
envió a sus generales.
Despertó el León
y se esperezó
y abriendo la boca
se tragó a Dupón.
Viva la nación
y abriendo la boca
se tragó a Dupón.
Viva la nación
viva, viva el buen español.
Llora tanto el Rey de Roma
del tío Pepe el desastre

que para callarle tienen
de esta suerte que arrullarle.
A la ro ro ro ro de tu amor Garzon
que vienen Mina y Sánchez
y el Lord Velintón.
Viva el español
viva el Gran Velintón.

En Vitoria se dará el último. Europa, los bajos franceses, se ofrecen a nuestras tropas. Pero no continuaremos. La estocada ha sido española; la puntilla europea. La primera en el ruedo ibérico; la última en Waterloo. Pero no estamos allí. Fernando prefiere su política manola, de alcoba y sarao, de cuchipanda y candil. Nos costará la broma el descubrimiento de los pronunciamientos, tres guerras civiles, cuartelazos a montones, anarquía, cantonalismo, desastres coloniales. Adelantándose al sucesor directo de su biznieto, parece que España renunciase a la guerra como instrumento de política nacional para preferir convertirla en un ejercicio de autofagia.

Los catalanes se burlan de los suspiros del rey José ante su gran hermano:

Germá meu y Bonaparte,
som perduts com tu ja ho veus,
que los russos son á França
y els espanyols á Burdeus.
Si no'm dones cent mil homes
me'n tornaré prontament
á n'el meu regne de Nápol's,
sino'm ficaré a un convent.
¡Ay, si jo m'en torno a Espanya
allí be m'hi matarán!
de las matas surten bales
que les tiren els paisans.
¡Germá meu y Bonaparte,
has fet moltes crueltats!
Fins les roques y montanyes
maleexen nostre pas.

Los rusos están en Francia. Nosotros no pasamos de Burdeos, si bien los napoleónicos llegaron hasta Cádiz. España se coloca las zapatillas, y a partir de aquel momento se hartará de tomar Cuenca.

De la francesada queda un respeto a la independencia española, el valor de un pueblo resuelto a morir y la doble traición de un rey. ¿Pero qué nos resta de ese saldo? Después de seis años de la guerra más feroz, apasionada y sangrienta, nos conformamos con lo que expresa la jota:

Ya no pasean franceses
la calle Mayor de Jaca.
La pasean españoles
con bayonetas caladas.

Habrà que pasar como sobre ascuas sobre este período de enfrentamiento entre blancos y negros, servilones y liberales bajo la atenta mirada de Fernando VII, que jugaba con todos según su conveniencia. Comenzaba el más largo período de guerras civiles que ha conocido nuestra Patria, y lo peor es que a estas alturas no sabemos aún si ha terminado o no. Todo puede temerse, que haya terminado o que no haya terminado. Tan enrevesadas se presentan las cosas al cabo de medio siglito de la última, definitiva y mayor guerra civil, la que ha sido llamada la Gran Guerra Civil, que en tiempos conocimos justamente por Guerra o Cruzada de Liberación.

De liberación... ¿de qué? Todo está igual, parece que fue ayer. O todo está peor que ayer y no parece hoy. Es hoy.

Se cantaba, con un sentido nuevo del municionamiento:

Un artillero sentado
en la rueda del cañón
Lairón
dixo no tengo metrala
metamos un servilón
Lairón.

Comenzaba el Diluvio y unos a otros -como en la jota- al ver caer las primeras gotas se decían:

-¡Qué buen año va a ser éste!

Llegó el dulce día
de paz y de amor
viva el rey dichoso
que así nos unió.
Cesaron los males
la pena cesó
la verdad ya libre
muestra su esplendor.
Viva el rey dichoso
que así nos unió.
Del cuerpo que lleva
tu nombre en blasón
recibe este obsequio
del pueblo en unión.
Viva, viva el rey

y viva el pueblo español
viva, viva el rey
y viva la Constitución.

Las musas eran pésimas, pero edulcoradas. Sólo de imaginar a qué sujeto vitoreaban, el español decoroso se siente preso de bascas. Intervenían en el concierto los negros blancos, o sea los negritos de La Habana:

Dicen con mucho salero
sólo por eso.
En La Habana los negritos
por eso sólo.
Viva Fernando el amado
sólo por eso
y que nos mande solito
por eso sólo
sólo por eso
ha de ser siempre
pues lo queremos Rey absoluto
que no hay remedio.
Los negritos de La Habana
le dicen al Rey Fernando:
que aunque su color es negro
para amarle son muy blancos.
Sólo por eso, etc.
También cantan los negritos
de Realistas blasonando:
El invicto caudillo Angulema
con sus huestes de Francia aguerridas
que pasaron la España atrevidas
por mostrar su constancia y valor.

Virtudes estas últimas que no son muy españolas, por lo que se ve, en líneas generales. Ni el valor, ni la constancia. Como navarro, me siento personalmente orgulloso de Espoz y Mina, que fue el primero en el ataque y el último en la retirada; lo mismo ante Napoleón que frente a Angulema. A veces los traidores no son los jefes que vendieron a Viriato, ni el obispo y el conde que nos vendieron a los árabes, ni los Borbones que nos vendieron a Napoleón; a veces el traidor es el pueblo de España, y mientras no lo reconozcamos así no podremos curarnos de tan espantosa dolencia.

Juntos cuatro botarates
en la isla de León; Layron
a los soldados llenaron

de infame preocupación
Lairon.
Con repetidos engaños
realizaron la intención; Layron
de hacer a unos y ser otros
modelos de vil traición
Lairon.

Las guarniciones son amplias, muchos los soldados, grande la confraternización en la paz y en la guerra. En la tercera carlista, habrá entre líneas más de un garito donde acudirán por la noche a jugarse los cuartos oficiales liberales y oficiales de don Carlos VII. Conoceremos un teatro que podríamos llamar de tema militar, «Militares y paisanos» será su paradigma. «Gigantes y cabezudos», su hito lírico. Los soldados rondan a las mozas:

Manda al diablo los paisanos,
que te prometo, morena,
que en siendo yo coronel,
tú serás la coronela.

Y aun sin inventarse la madrina de guerra, ya se utiliza al gremio de criadas con fines de cierta rentabilidad:

Morena mía, ponte a servir
y lo que ganes dámelo a mí
para tabaco, para papel,
para cerillas para encender.

Si bien ellas y ellos, se recuerdan mutuamente. Con toda probabilidad esta copla es de un soldado fanfarrón, elaborada en una guardia:

Un soldado me dio un ramo
lo coloqué en el vasar,
cada vez que miro el ramo
me acuerdo del militar.

Los quintos se marchaban para siete años de servicio, toda una vida:

Ya se van los quintos, madre,
ya se van los eslegidos
y se quedan las mocitas
con los que el Rey no ha querido.
Ya se van los quintos, madre,

ya se va mi corazón,
ya se va el que le tiraba
chinitas a mi balcón.
La despedida es corta,
la ausencia larga;
¡cuándo volveré a verte
galán del alma!

Por eso no extraña ni la pregunta que se hace al soldado de paso, ni la respuesta que éste da:

Soldadito de a caballo,
¿qué llevas en la mochila?
Llevo las armas del Rey
y el corazón de una niña.

O acaso el descarnado consejo nacido entre tantas campañas, entre tantas guerras, en el Norte, en Levante, en África, en Filipinas, en Cuba:

Muchachas, si querís novio,
hacéilos de gajos de uva,
que a los mocitos de ahora
se los llevan para Cuba.

Hay desesperanza:

Cuando vuelva,
si es que vuelvo,
Dios sabe lo que hallaré;
si una bala mata a un hombre
el tiempo mata un querer.

Otros ven en el catre del cuartel el anticipo del descanso eterno, a lo mejor porque se han puesto de mal humor, o porque les duelen las tabas de tanto caminar:

Como me echo en esta cama
me echarán en la güesera;
como me cubro con manta
me cubrirán con la tierra.

Pero esta fatiga llegará a ser tensa e insostenible, y con harta razón, cuando los gobiernos liberales no acierten a hacer del servicio militar un servicio nacional, sino una contribución que grava a las clases más indefensas desde el punto de vista económico.

Hasta los tiempos de don Miguel Primo de Rivera se podía cantar con justicia este fandango que refleja una España atrozmente injusta y declarada nación a extinguir:

A mí me sortearon con el hijo de un millonario
y me tocó ir a Melilla,
a él, como tenía dinero,
le destinaron a Sevilla.
¡Qué desgracia es el hijo del obrero!

Tuvo que llegar 1921, con el desastre de Annual, para que comenzasen a ser más justas las cosas.

La guerra de África, la de 1860, es una bocanada de aire fresco en la terrible noche española. Se le hace la guerra al moro y se abandonan las guerras civiles, que en definitiva son todas las de ese siglo a partir de la francesada, y sin excluir lo que ésta tuvo de tal con la aparición de afrancesados y josefinos, tanto en la administración como en los ejércitos invasores.

Al pasar por Tetuán
decían las tetuanas:
¡Ay, qué quintos tan bonitos
tiene la Reina de España!

Si los sabría ella, que los usaba.
Por cierto que la cancioncilla anticipa algunas coplas legionarias:

A la entrada de Tetuán
me dijo una tetuana,
legionario, legionario,
vente conmigo a la cama.

Otras tetuanas, al parecer, eran más recatadas y además tetuanas, con evidente incorrección gramatical, aunque con ciertos visos de discreción en la propuesta. Irse a la cama resultaba fuerte. Descansar, ya es otra cosa. Por otra parte, cubrir las apariencias no estorba al refocilo.

A la entrada de Tetuán
me dijo una tetuaní,
legionario, legionario,
vente conmigo a dormir.

A las diversas campañas de Cuba, Santo Domingo y Filipinas les añade melancolía la distancia, el exotismo y la dificultad de comunicaciones:

Marinero, sube al palo
y dile a la madre mía
si se acuerda de aquel hijo
que hacia La Habana tenía.

Los soldados se despedían más o menos como siempre:

Adiós, mi península hermosa,
adiós, que el deber me llama,
adiós, que me voy a La Habana,
a luchar, a luchar por la nación.
Y desde allí, jamás olvidaré
a la prenda querida,
que en España dejé,
Si acaso vuelvo, Dios será testigo,
que su marido, juro yo he de ser.
Adiós, mi península...
Si muero allí, madre consuélate,
que si un día he luchado,
fue por obligación,
ante el sepulcro, arrodillada,
madre adorada, rézame una oración.
Rézame una oración.

Se expresan deseos muy concretos:

Yo quisiera que a Máximo Gómez,
sabes,
le dieran viruelas...

Y temores muy concretos y muy justificados:

Y si me entra la fiebre amarilla
como a muchos les suele pasar
y mi cama se vuelve camilla
y mi casa es el santo hospital...

Claro que no sólo malos presagios se llevan a Cuba, ni se traen de Cuba
exclusivamente malos recuerdos:

Cuando vengo de La Habana
con el rumbo a Tenerife,

quisiera que en un esquife
me siguiera una cubana.

Huele a canela mulata, a andares de rumba, a copla guajira:

Cuando en el muelle
la bella Lola
su verde cola
luciendo va,
los marineritos
se vuelven locos
y hasta el piloto
pierde el compás...

No nace en Cuba, pero en Cuba todavía se cantaba esto que recuerda los malos trances económicos españoles y su repercusión en la paga de los militares, desde los generales a los cabos:

Cuando el cabo anda a puntas
y el sargento a preguntas
de ¿a cuántos estamos de mes?,
¡bien jodidos estamos los tres!

Todavía España, al borde del centenario del Desastre (que todo hace pensar que conmemoraremos con otro mayor), tiene más relación con la habanera que con el vals vienés, y hay club de habaneras y concursos de habaneras y pequeños orfeones, singularmente levantinos, especializados en habaneras.

Se encaja la tremenda derrota, la quijotesca derrota, y por unos años nos olvidamos de todo hasta que comienza a espabilar la eterna llama de la guerra por tierras africanas.

Melilla se convierte en una palabra temida.

No llores,
mi bien, no llores;
no llores,
ramo de flores,
mira como yo no lloro
¡Y me llevan a Melilla
a pelear con el moro!

Posiblemente del Barranco del Lobo nace esa terrible fuente que mana, a la que tanto se alude en el cancionero de nuestra guerra:

En el barranco del Lobo
hay una fuente que mana
sangre de los españoles
que murieron por España.
Ni me lavo ni me peino
ni me quito la mantilla
hasta que vuelva mi novio
de la guerra de Melilla.
Pobrecitas madres
¡cuánto llorarán
al ver que sus hijos
a la guerra van!

Como se ve, siempre que se trata del moro, las novias adoptan una postura equivalente a la de la Reina Católica al emprender la última batalla por Granada y la Unidad de España. Sólo que en este caso me parece, por fortuna para todos, que es más simbólica que otra cosa. Pero, en cualquier caso, muy de agradecer.

Esta guerra del moro, que va a durar hasta 1926, producirá, singularmente a partir de 1920, una buena cantidad de canciones militares, de marcha, de zumba, de descanso, de llamamiento urgente a la mujer, de llamadas legionarias de amor; pero lo cierto es que la parte más notable de ese tesoro se fue a fundir con el gran río lírico de la Gran Guerra Civil española, amén de otros afluentes, y personalmente considero que, sin perder su origen específico, pertenecen a él, de modo que a mi tesis me atengo y con él tomarán parte en esta revista general a las canciones de una guerra, igual que las que vienen desde las guerras carlistas, torrente literario y bárbaro que también desemboca en el nacedero de la de Liberación, traído del naranjal a nuestros labios por los propios carlistas, por los inmortales requetés.

Así que, hermanos, punto y aparte. Y por no pasar a otra cosa sin música recurramos a la de fajina, cuyo anuncio avisa de que nos vamos a llenar el buche:

Soldadito de España,
no pases pena,
que en tocando fajina
la tripa llenas...
Soldadito valiente,
no tengas pena,
que en tocando fajina
barriga llena...

Será la barriga del alma la que llenemos con las canciones que ya están a punto de llegar, mientras hacemos boca con estos toques y contraseñas:

Cuatro van por aquí,
cuatro van por allá...

Los de la guardia, venid, venid,
los de la guardia, llegad, llegad.
Unos van al polvorín
y otros van a principal...
Como quieres, Lola,
que te vaya a ver,
si salgo de guardia
y entro de retén...

Escondidas fuentes, ocultos nacederos, manantiales secretos van a ver correr sangre de los españoles que murieron por España a uno y a otro lado. Más en un lado que en otro, las cosas como son, más del lado nacional, menos -pero bien intencionados en las filas- los nuevos afrancesados, los resucitados josefinos, los pimpantes arrusados, que colocarán el ¡viva Rusia! blasfemo por encima de todas las cosas, el ¡viva la República! sobre el ¡viva España! y el esperanzador y nuevo ¡arriba España!

Las Navas no vuelven la espalda jamás.
Su norma es la lucha, su ley, avanzar.
Más el peligro es, más valeroso está.

19-20 DE JULIO DE 1936: UNA NOCHE EN AUTOCAR

Era a la tardada cuando el autobús, que nos había correspondido a los enlaces del Batallón de Montaña Sicilia número 8, comenzó a moverse. Aún dimos alguna vuelta por la amplia explanada que limitaba la Estación de Autobuses y la Vuelta del Castillo, la Estación del Plazaola y los Cuarteles, pero ya había atardecido definitivamente para cuando desembocábamos en la carretera de Estella por Navas de Tolosa. Marchábamos hacia Logroño y dejábamos a la cola el domingo 19 de julio de 1936, el día radiante de Navarra.

Creo que al pasar entre el bosquecillo de la Taconera y el colegio de los Hermanos Maristas ya íbamos cantando. El coro era unánime, sinceramente protocolario y sin pizca de melancolía:

Adiós, Pamplona,
Pamplona de mi querer, mi querer,
Adiós, Pamplona
¡Cuándo te volveré a ver!

Este cuándo era ponderativo, aunque con el tiempo se fue tornando interrogativo: ¿Cuándo te volveré a ver?, tanto porque aprendimos a conocer el valor elástico del tiempo como porque las dificultades de retorno crecían al paso de los meses, de las vivencias y de lo que íbamos aprendiendo sobre la vida y la muerte.

Del mismo modo, la segunda estrofa era, si bien ésta por un momento nada más, unánime:

No me marchó por las chicas
que las chicas guapas son, guapas son,
me marchó porque me llama
el Ejército español.

Quedaba, con el machaqueo de la canción, que se aferraba de nuevo al adiós, a la duda de cuándo se produciría el hecho de volver a la ciudad/novia del cantar, el establecer para qué te llamaba el Ejército español:

...me marchó porque me llama
a defender la Nación...

El tiempo -seguro que en aquella misma noche- encontraría modificaciones no esenciales, pero sí importantes y particulares a lo que en efecto acababa de ocurrir porque el Ejército español había tocado diana y llamada. Lo que ocurre es que los viajeros de «La Bidasotarra», que era el autobús en que íbamos los enlaces voluntarios del Batallón de Montaña Sicilia número 8, la diana nos había pescado totalmente espabilados, dispuestos, y no por cuestión de minutos, sino por cuestión de años y de un siglo, según fuésemos falangistas o requetés. De modo que unos remachaban la canción de despedida así:

...me marchó porque me llama
nuestra santa Tradición.

O asao:

...me marchó porque me llama
Don Carlos de Borbón.

Nosotros improvisábamos sobre la marcha:

Me marchó porque nos llama
la Falange de las JONS.

O bien:

Me marchó porque me llaman
a hacer la Revolución.

Tocaban madera los requetés ante la palabra revolución, pues para ellos sólo había una. Y tocábamos madera la mayor parte de los falangistas -no digo todos por hacer honor a la verdad-, con la cita constante de don Carlos de Borbón o a don Alfonso Carlos de Borbón, y no por ellos mismos, sino por el apellido, que para nosotros significaba desventura a partir de 1704, fecha de la pérdida de Gibraltar, prolongada hasta aquel mismo instante. Realmente, también la mayoría de los de F.E. dispensaba de su apellido a los reyes carlistas, pero yo, aprendiz de historiador, no podía olvidarlo. Sin embargo, me acostumbré a escuchar aquellas canciones con alegría, porque todas ellas eran un manantial popular puro, sincero, cordial y jovialísimo.

El «Adiós, Pamplona» estaba llamado a gran expansión geográfica. Con variar el nombre de la capital navarra y sustituirlo por el de la ciudad, pueblo o lugar que se prefiriese o exigiera la despedida, lo mismo servía para un fregado que para un barrido. El nombre necesario se estiraba o encogía bárbaramente, según fuese menester, y al avío. Otras veces era sustituido decorosamente y con arreglo a métrica: Adiós, San Sebastián no cabía, pero San Sebastián siempre ha sido San Sebas o Donosti, de modo que con cantar Adiós, San Sebas o Adiós, Donosti todo quedaba perfecto. Así lo harían semanas después los voluntarios guipuzcoanos de la columna Sagardía. Por otra parte, las cuestiones de métrica nunca han arredrado a la tropa.

Pero aquella noche que comenzaba en «La Bidasotarra» iba a resultarnos mágica a muchos de los falangistas, lo mismo que los días que aquel autocar de curas, carabineros y contrabandistas, nos sirvió de residencia particular, que fue hasta la media tarde del 24 de julio, en que lo abandonamos, para no verlo más, el pie de Somosierra. Después todo se haría a base de alpargata y sin más techo que el del cielo o el cielo nocturno fingido por mantas y capotes en las primeras y estrambóticas chabolas del verano, cuando la guerra se acababa al día siguiente.

Los requetés nos inundaron realmente con las viejas canciones de las guerras civiles del XIX. La memoria popular carlista se transmitió a través de estos cánticos y de los Círculos Carlistas. Yo me asomaba a un mundo desconocido, entrevisto en los libros, atisbado en Valle-Inclán, algo en Baroja, y mucho en don Benito.

Navarra, noble y guerrera,
fue la primera
en defender nuestra nación.
Su sangre, su vida entera
dará gozosa por la santa religión.
A las armas, voluntarios;
a las armas a luchar por nuestra fe.
Moriremos defendiendo la bandera
de Dios, la Patria y el Rey.
Ya avanzan nuestras banderas;
bajo sus pliegues
palpita un mismo corazón,
las boinas rojas saludan
y el Requeté despliega airoso su pendón.
No llores, madre; no llores,
porque ala guerra tus hijos van.
¡Qué importa que el cuerpo muera,
si al fin el alma gozará
en la eternidad, la eternidad!...

Creo que en esta canción se condensaban décadas de lucha a través de otras versiones más antiguas que no he llegado a conocer. A mí me tocaba especialmente

aquella entrega a la defensa de la Religión, el magnífico final cristiano y la llamada a los voluntarios: A las armas, voluntarios...

Era un son español totalmente distinto a lo que yo había oído hasta el momento, y me causaba sorpresa y admiración. Pero apenas atender cortésmente a la bota, al camino, al comentario y a la conversación, el coro se alzaba de nuevo:

Si nos preguntan ¡Alto!, ¿quién vive?
Responderemos en alta voz:
Los voluntarios del Rey Don Carlos.
¡Vivan sus Fueros y Religión!
Si nos...
Nobles carlistas del alma mía.
Miedo a las balas no hay que tener.
Miedo a las balas no hay que tener.
Defendiendo la bandera
de Dios, la Patria y el Rey.
Defendiendo...
En realidad, ya tenemos Rey,
que reine el Rey Don Carlos
que gobierna bien.
Y arriba el clero, curas y frailes,
y abajo todos los liberales;
y arriba el clero conciliador,
viva Don Carlos de Borbón.
Cobarde el enemigo que no supo vencer
y agitan los pañuelos y gritan:
¡Viva el Rey!

Es lo cierto que la tercera estrofa la oí de otro modo, más actual con el tiempo en que se vivía:

En realidad, ya tenemos Rey,
que viva Alfonso Carlos
que gobierna bien.

Yo de don Alfonso Carlos tenía una idea muy vaga. Alguien gritó: «¡Viva el Abuelo!»

-¿Quién es el abuelo? -pregunté yo perdido del todo.

-El Abuelo es el Rey, don Alfonso Carlos.

Así llamaban los socialistas a Pablo Iglesias y muchos años más tarde así se designaría a Franco por muchos de sus partidarios, ya en su último tiempo, y bastantes de estos partidarios en trance ya de pasarse con armas y bagajes a la democracia

progresista, y en general a la traición y la ingratitud. Pero esto no se podía adivinar. Ni siquiera se adivinaba a Franco.

Ahora bien, la estrofa morrocotuda resultó, al menos para mí, la que glorificaba al clero. Debo confesar que la encontraba tan desfasada y tan fuera de lugar como la escandalosa grosería de los republicanos anticlericales cuando cantaban el himno de Riego:

Si supieran los curas y frailes
la paliza que van a llevar,
subirían al Coro cantando
¡Libertad, Libertad, Libertad!

En mi esquema mental el clero quedaba aparte, ni arriba, ni abajo, simplemente en la Iglesia, en la parroquia, en el apostolado. Pero España no estaba diseñada así, no lo está ahora. De todos modos, dada la conducta de buena parte del clero español en los últimos veinte años, mi corazón se inclina más hacia los liberales que hacia los carlistas. Lo que ocurre es que la música del himno de Riego no me gusta y en cambio me entusiasma la de «Si nos preguntan...». Son las eternas contradicciones españolas. Lo bueno es que aprovechando el consejo de que no hay que tener miedo a las balas, entre Antonio Arteche y yo colocamos una copleja falangista con música de *La Cucaracha*:

Cuando avanza la Falange
y se oyen silbar las balas
o te apartas por las buenas
o te apartas por las malas.

Poca cosa era, pero ya no quedábamos como pobres de pedir canciones. Contratacaban impetuosamente los requetés:

Don Carlos tiene un cañón
que le llaman «Bocanegra»
y el día que lo dispare
la República a la mierda.

Se cantaba como en San Fermín y se bebía como en San Fermín. De verdad que no sé de dónde surgían tantas botas, bien curadas y con buena carga. La recarga era fácil en cuanto se paraba en algún pueblo, donde nos sacaban tentempiés y vino. Parecía como si la gente se empeñara en que llegásemos a Madrid iluminados. Esto fomentaba el tráfico con las musas, así que pronto cantamos por nuestra cuenta:

Si nos preguntan ¡alto!, ¿quién vive?
responderemos en alta voz:
Los voluntarios de José Antonio
con más cojones que manda Dios.

O con menos fanfarronería:

Los voluntarios de José Antonio
¡Viva Falange, vivan las JONS!

Coincidíamos en la gabarra, porque era canción antigua y popular:

Por el río Nervión
bajaba una gabarra
con once requetés
de boina colorada,
rumba, la rumba, la rumba,
la rumba del cañón.

La gabarra, en la guerra que se iniciaba bajo la especie de marcha sobre Madrid, total, dos días, y hala, a casa, bajarían por el Nervión falangistas, regulares, legionarios, pipis, en fin, toda la Infantería nacional y supongo que buena parte de la roja. La separatista «baska», desde luego.

Por el río Nervión
bajaba una gabarra
con once falangistas
gritando ¡Arriba España!

La gabarra parecía embarcación hecha a la medida de las viejas escuadras falangistas, que eran de once hombres. Tres elementos de a tres, un jefe y un subjefe.

Entonaron otra canción que me sonaba, muy lejana, como oída en la infancia y no vuelta a escuchar. Es una canción específicamente carlista, de soldado a domicilio, que en su propia casa tiene el uniforme, el calzado y el arma, seguramente enterrada en el huerto o bajo la madera del comedor en la casa campesina o en el desván del caserío. Era una canción que con un leve retoque quedaría de repertorio en el Ejército nacional. Tenía una soltura alegre, decidida, a veces sentimental:

Cálzame las alpargatas,
dáme la boina, dáme el fusil
que voy a matar más guiris
que flores tienen mayo y abril.

Los *guiris* eran los liberales de las primeras guerras carlistas. Unos dicen que el vocablo se originaba en la corrupción del cristiano, guiristino, abreviado guiri, como carlista en carca, pero no parece que ésta sea la verdadera natura de la palabra. Más bien se deriva de las letras G.R.I., que la Guardia Real de Infantería llevaba en sus morriones esparteristas y también en las cartucheras. El vocablo fue desechado en el 36 y sustituido

por el de rojos, que era el del tiempo, si bien siempre quedaban corales inclinadas al historicismo y a la nostalgia.

Muchos años después -hace bien poco- conocí una de las versiones históricas:

Cálzame las alpargatas.
Dáme el trabuco ¡Que viva Dios!
Cálzame las...
Me marchó con Don Carlos.
Me marchó con Don Carlos.
Que allá en la frontera espera
a los bravos mozos de la Nación.
Que allá...
Que yo me voy, que yo me voy.
Que yo me voy a la facción
a defender la bandera
de la Santa Tradición.
Cálzame las alpargatas.
Pónme la boina, dáme el fusil.
Cálzame las...
Que voy a matar más guiris.
Que voy a matar más guiris.
Que flores tienen mayo y abril.
Que yo me voy, que yo me voy.
Que yo me voy a la facción
a defender la bandera
de la Santa Tradición.
Montado en caballo blanco
viene Don Carlos con una flor.
Montado en...
¿Será una margarita?
¿Será una margarita?
Que a todos los españoles
tiene robado el corazón.
Que a todos...
Que yo me voy, que yo me voy
con Don Carlos de Borbón
a defender la bandera
de la Santa Tradición.
Campanas del campanario,
aldea mía, adiós, adiós.
Campanas del...
Madre mía no llores.
Madre mía no llores.

Que yo no voy a morir,
y si muero, muero por Dios.
Que yo no...
Que yo me voy, que yo me voy
con Don Carlos de Borbón,
a defender la bandera
de la Santa Tradición.

La canción fue sustancialmente la misma. Todo el concepto literario e histórico que yo tenía de la facción a través de los textos universitarios y la literatura, se hacía vida repentinamente ante mis oídos y mis ojos. Los soldados, y los primeros en hacerlo fueron los de las Brigadas de Navarra, sustituían el que yo me voy a la facción por el que yo me voy al batallón, y santas pascuas.

También he conocido, por referencia de cancionero impreso, una versión de la Gran Guerra Civil:

Campanas de la Giralda,
Sevilla mía, adiós, adiós,
Sevilla mía...
Que me marchó con Fal Conde,
que me marchó con Fal Conde,
a defender la Nación.
Que ya me voy, que ya me voy
que ya me voy a la facción,
a defender la bandera
de la Santa Tradición.

Don Manuel Fal Conde, abogado andaluz, era el Jefe Delegado de la Comunión Tradicionalista y el autor de la maravillosa resurrección del Requeté, que a tantos sectores españoles de la izquierda y de la derecha dejó atónitos.

Para mi gusto, la forma perfecta de tan hermosa canción es ésta, la misma o muy parecida a la que recuerdo haber oído en el autocar de los enlaces.

Cálzame las alpargatas,
dáme la boina, dáme el fusil,
que voy a matar más guiris
que flores tienen mayo y abril.
Que yo me voy a la facción
a defender la bandera
de la Santa Tradición.
Campanas del campanario,
aldea mía, me voy. ¡Adiós!
que me voy con Don Carlos.

No llores, madre querida,
que, si me matan, muero por Dios.

Algunos decían ponme la boina y no dame la boina, pero yo personalmente preferí el dame. La boina se la pone uno solo, sin ayudas de madre, de novia, de mujer o de hermana. La boina es mucho más importante que la corona napoleónica, y ya Napoleón no se dejó colocar aquel boinón imperial, ni siquiera por el Papa. Lo hizo por sí mismo. Respecto de la boina, sea roja o no, me inclino hacia la postura del Corso. Por otra parte, no encuentro otra manera decente de colocársela bien y ajustarla como es debido, ni en la vida militar ni en la vida civil, ni en la facción ni en la plaza del Castillo o en Francisco Silvela, sino por las propias manos y a cierraosjos.

(Echábamos un trago de la bota y refrescábamos las canciones con una que se intercalaba entre todas y a todas iba bien, acaso porque había nacido con vocación de estribillo universal:

¡Ánimo pues, ánimo pues,
que la victoria nos sonríe!
¡Ánimo pues, ánimo pues,
¡que la victoria nuestra es!

Lo cierto es que esta copla encerraba una gran verdad. Jamás en nuestras filas, del principio al fin, dudó la tropa de la victoria, por más que la marcha sobre Madrid se fuera convirtiendo en una guerra que tronaba por toda España: al Norte, Guipúzcoa; al Sur, Andalucía; al Oeste, Extremadura; y a lo largo de Aragón, en un doméstico Este peligrosamente situado en la proximidad de las tres capitales baturras. Estuvimos largo rato en Cizur, paramos en muchos pueblos, en Puente, en Mañeru, qué sé yo, en Estella, donde se nos incorporó más fuerza. Las gentes estaban en la calle, que era la carretera, y nos atendía cariñosamente. Subíamos y bajábamos del autobús, no se sabe bien por qué. A veces para sacudirnos la modorra, porque en medio del alboroto general a veces se descabezaba un sueñecito. Las chicas se dejaban ver... Algunas lucían boina roja. Si vi alguna blanca, la debí de confundir con un tocado normal, porque mi ya débil memoria no la registra.

¡Qué guapa eres,
qué bien te está
la boina blanca
y la colorá!
Cuando vayas por el campo
no pises las margaritas,
que son las flores más bellas
del Ejército carlista.
¡Qué guapa eres,
qué bien te está

la boina blanca
y la colorá!

Me da la impresión de que esta delicada copla pasó también a la categoría de estribillo universal, de modo que servía como un respiro para ir enjaretando canciones como piropos de la letanía, aunque también lo fue por sí misma. Una especie de sentimental orapronobis.

De un cancionero carlista extraigo esta versión de los años 36-39.

Dicen que no hay en España
requetés ni margaritas,
y brotan de entre las peñas
como de la fragua chispas.
¡Que guapa eres...!
Ayer, niña, me pasaron
de Pelayo a Requeté;
mañana me iré a la guerra.
¿Volveré? ¿No volveré?
¡Que guapa eres...!
Madre, me voy a la guerra,
nos vamos los escogidos;
que nos sigan los que quedan
y nadie quede escondido.
¡Que guapa eres...!
Si la Patria te reclama
enseguida has de acudir
para por ella luchar
hasta vencer o morir.
¡Que guapa eres...!
Al partir, dice la madre,
abrazando al requeté:
Hijo mío, ¡Viva España!
¡Viva Cristo! ¡Viva el Rey!

Dolores Baleztena supone que la canción nace de un diálogo entre mozos y mozas. Las margaritas dicen:

Cuando un carlista se pone
la boina de medio lado,
no se presenta en el mundo
un mozo más resalado.

De paso observaré que las margaritas son partidarias de que el requeté se ponga la boina, dame la boina, no ponme la boina, como yo presuponía anteriormente, con el resultado que se muestra en el juicio que tal acto le merece. Y a tan halagadora opinión corresponde la respuesta que así daría origen a la canción:

¡Qué guapa eres,
qué bien te está
la boina blanca
y la colorá!

El carlista, desde el punto de vista amoroso, es tierno, sentimental, dulce. Las mujeres lo afirman:

Todos los carlistas son
dulces como el caramelo,
y yo como soy golosa,
por un carlista me muero.

¿No es lógico que ellos respondan:

¡Qué guapa eres,
qué bien te está
la boina blanca
y la colorá?!

Podía haber roto a cantar Rocío, que estaba muy de moda aquel verano, con letra de circunstancias, pero me limité a susurrarla por si alguien me seguía. Nadie lo hizo. No la recuerdo completa:

...a las altas horas del amanecer
por mi calle arriba pasaba una escuadra
de azules camisas prestas a vencer.
Ya llegará el día en que alegre cantemos
el himno que España anhelando está,
el himno querido, el himno Falange,
con la cara alegre y el corazón más.
Cantemos nuestras canciones de amor y de libertad,
que los pobres socialistas no las quieren escuchar.

Pobres era intercambiable con cutres, a gusto del consumidor, y no las quieren escuchar con no las saben apreciar. Luego venía el estribillo:

España, ¡arriba España!
la nación que yo más quiero.

Por ser mi Patria adorada
yo quisiera engrandecerte
y subirte hasta la cima
de los altos ideales
de la Falange Española,
España, ¡arriba España...!

La canción me la habían enseñando unos camaradas de la Ribera. ¿ O me facilitaron su letra la noche del 23 de julio en Aranda de Duero? No estoy seguro, pero me parece recordarme canturreármela entre el silencio breve, como para tomar el aliento y proseguir los comentarios, los vaticinios y el recital. Por supuesto que se cantó el Oriamendi, más de una vez, y el Cara al sol, lo mismo. Unos y otros conocíamos nuestros himnos y los ajenos, y aun diría que ellos transitaban más seguros por la letra del Cara al sol que nosotros por la del Oriamendi, pero eso sí, llenos de buena voluntad.

La canción -una más- que vino después, a mí me tocó en el corazón por la nobleza con que aceptaba un revés de sus armas. Cantaban con solemne lentitud:

De Bilbao se retiran
con mucho honor
los que siempre vencieron
a lo mejor.

Bilbao, en la primera guerra carlista, mató al gran Zumalacárregui, y en la tercera al general Ollo y al mítico «Radica», el de las cargas a la bayoneta. Ignoro a cual de las dos contiendas alude la canción, o si es de aplicación en ambas. Yo conocía la letra, no la música, de otra copla carlista que expresa ingenuamente la alegría y la esperanza con que los carlistas se dirigen hacia Bilbao:

Ya vienen los chapelgorris
con corneta y clarín
al sitio de Bilbao
a beber chacolí.

Pero ahora los modernos chapelgorris (boinas coloradas), con chacolí o sin él, cantaban su propia retirada. Inmediatamente pensé que era de grandes soldados aceptar la derrota con la misma entereza que la victoria. Kipling, que iba a morir ese año, estaba muy de moda entre los universitarios falangistas, y uno ya sabía que para ser hombre, hijo mío, hay que tratar con el mismo desdén a los dos impostores, la victoria y la derrota. Lo que no sabíamos aún era cuánto duelen y cuánto defraudan las dos. Nos quedaban muchas cosas por aprender. La Cruzada de Liberación conduciría al Ejército nacional, suma del carlista y del liberal, a la toma de Bilbao. Un Moriones mandaba requetés. Un Mola se convertía en su ídolo.

Lamento no haberme podido hacer con la letra completa de la canción de retirada, pero sí tengo la de réplica, idéntica en música y en algunas estrofas de la letra, que no son precisas de señalar porque ellas hablan de por sí.

En Bilbao han entrado,
con mucho honor,
los que siempre vencieron
y ahora mejor.
El Cinturón de Hierro
rompen los requetés
gritando ¡Viva España!
gritando ¡Viva el Rey!
Y así, así van los carlistas,
en brava y buena ley,
tomando los parapetos
que han sabido vencer.
Neskacha polita, navarra preciosa,
alavesa airoso, aragonesa amable,
la dulce castellana:
Venid con flores todas
a poner a los carlistas
en sus sienes las coronas.

A mí me agradaba más el adjetivo graciosa para mi paisana, como con frecuencia la oí, que el de preciosa. Yo las tenía a todas por guapísimas. Neskacha polita es tanto como muchacha linda, bonita, hermosa.

La acostumbrada precisión carlista, que arranca del romancero, especificaba en otra versión o quizás en otra estrofa que yo hallé en otro lado, cómo fue (después de romper el Cinturón de hierro y de gritar ¡Viva el Rey!) la reacción de Aguirre, el famoso Napoleonchu, al conocer la proximidad de las Brigadas:

Aguirre, Aguirre,
se marcha a Santander
diciendo, gritando:
«¡Vienen los requetés!»

Cuando escuché de Bilbao se retiran, comprendí que a los requetés no se les podía herir por la ironía, porque tenían sentido del humor. De modo que poco importaba que los rojos parodiasen -más adelante- el Oriamendi:

Si tu padre se tirara
desde lo alto de un balcón

tú también te tirarías
por seguir la Tradición...

La Tradición trata, por todos los medios, de evitar que un pueblo se tire de cabeza al vacío, por los balcones y las ventanas de la historia. Ahora vamos por el quinto piso y sin novedad. Ya veremos al llegar al suelo, si llegamos.

Me dormí con las oraciones, esto es, con la charla y el coro. Lo último que escuché fue esto:

Adiós Pamplona, que es mi Navarra.
Adiós, pero no p'a siempre,
que si cien años viviera,
cien años vendría a verte.

Me despertó el sol asomando por las bardas de Levante. Tenía la boca seca de fumar, de beber, de charlar, de cantar, lo cual, en casos de urgencia, se quita con un enjuague de bota. Paró la Columna. Nosotros juntos a un viñedo.

-¿Dónde estamos?

-Cerca de Viana, a un paso de Logroño.

Aprovechamos para femar las viñas.

Era el 20 de julio de 1936.

SEGUNDA PARTE

EL HIMNO NACIONAL

Es sabido que la Marcha Real, o Marcha Granadera, no tiene letra, aunque ha habido varios meritorios y poéticos intentos de ponérsela. Es bastante conocida la anécdota, que creo he contado alguna vez, aunque no recuerdo dónde ni de dónde la saqué, pero, como auténtica me la dieron y no me canso de repetirla, porque es buena, muy buena.

A principios de siglo hubo un desfile naval en la bahía de Tokio. Pasaron en perfecta formación las escuadras de varios países y también la representación de nuestra Armada. Al final, la tripulación de los distintos buques fueron cantando sus himnos nacionales, así ingleses, alemanes, franceses. Cuando llegó el turno a la Armada española, al almirante, cuyo nombre no hace al caso, sólo se le ocurrió, para salir del paso, que sus marineros cantasen el Corazón santo, que estaba seguro que todos conocían. Así sucedió, y la marinería hispana lo cantó con mucho garbo, muy entonados, conociendo perfectamente la letra. El pabellón de España quedó muy alto.

Sobre la Marcha Real, y su significado en nuestra guerra, tengo algunas notas: el Alzamiento, en el proyecto de los militares nacía republicano en los símbolos y en los propósitos. Fueron los carlistas los que discutieron tenazmente con Mola el asunto de la bandera. Antonio de Lizarza lo ha dejado escrito en sus Memorias de la Conspiración. Como se recordará, al final terció el Jefe, que era el general Sanjurjo, y los requetés se salieron con la suya, es decir, con la bicolor. Que era lo menos y lo más.

En cuanto a la música, se tardó varios meses en declarar himno nacional a la Marcha Real, y se hizo allá por febrero de 1937. «Se declara himno nacional el que lo fue hasta el 14 de abril de 1931, conocido por Marcha Granadera, que se titulará Himno Nacional y que será ejecutado en los actos oficiales, tributándole la solemnidad, acatamiento y respeto que el culto a la Patria requiere.»

Me han contado un detalle, y es de cuando el general Mola se enteró de que una banda de música -¿sería seguramente la del Requeté, de Pamplona?- había interpretado la Marcha Real en San Sebastián un día de septiembre de 1936, recién tomada la capital donostiarra por los cuarenta de Artajona, se llevó un gran disgusto y lo exteriorizó. Y lo cuento como me lo contaron del Cuartel General de Mola.

Hay, que yo sepa, dos letras para el Himno Nacional, una de Pemán y otra de Eduardo Marquina. Creo que se popularizó más ésta en colegios y escuelas, sobre todo en su segunda parte, la que comienza con «¡Viva España!». Sin embargo, tengo recogida una letra, que recuerda Javier Martinena como cantada en la Academia. La música era de Falla. Me sorprendió siempre la irregularidad de los «versos», que se va agravando

progresivamente; pero Javier me enseñó cómo José María Gárate, en su libro *Los tenientes provisionales*, pág. 269 y sigs., cita en la misma forma los versos que señalo con una «X» al margen.

Una irregularidad de este tipo se explicaría si el texto hubiera debido ajustarse a una previa partitura, pero no parece que fuera ese el caso. Básicamente, se diría que Pemán empieza con un romance (a pesar del primer verso de siete sílabas), pero deja de hacerlo, por la medida, desde la tercera estrofa, y, del todo, en la última. Gárate dice que era un himno «difícil» de cantar como marcha militar, «sobre todo en su final, decididamente desinflado». Ésta es también mi impresión, aunque no conozca la música; pero Martinena asegura que se acomodaba muy bien a la marcha.

No parece, pues, que haya que dudar de la correcta transmisión de este texto, aunque se comprende que tuviera poca popularidad. Comparado con el *Cara el sol*, que es también de tono poético elevado, se comprende la diferencia de éxito. Faltaba a Pemán -respetable también como poeta- la vibración rítmica de la militancia; como también, naturalmente, al gran Falla.

Letra del himno nacional De José María Pemán.

¡Viva España!
Alzad los brazos hijos
del pueblo español
que vuelve a resurgir.
Gloria a la Patria
que supo seguir
sobre el azul del mar
el camino del sol.
Triunfa España:
los yunques y las ruedas
canten al compás
del himno de la fe.
Juntos con ellos
cantemos de pie
la vida nueva y fuerte
de trabajo y paz.

De Eduardo Marquina.

(Coro)

LA BANDERA DE ESPAÑA

¡Gloria, gloria, corona de la Patria,
soberana luz,
que es oro en tu pendón!
¡Viva, viva, futuro de la Patria,
que en tus ojos es
abierto corazón!
Púrpura y oro: ¡bandera inmortal,
en tus colores juntas carne y alma están!
Púrpura y oro: querer y lograr:
¡tú eres, bandera, el signo del humano afán!

(Solo)

ESPAÑA GUIADORA

¡Pide, España! ¡Tu nombre llevaremos
donde quieras tú;
que honrarlo es nuestra ley!
¡Manda, España, y unidos lucharemos,
porque vivas tu,
sin tregua, pueblo y rey!
Una bandera gloriosa nos das:
¡nadie viviendo, España, nos la arrancará!
Para que, un día, nos pueda cubrir,
¡dános, España, el gozo de morir por ti!

(Coro)

¡VIVA ESPAÑA!...

¡Viva España! Del grito de la Patria
la explosión triunfal
abrió camino al sol:
¡Viva España!, repiten veinte pueblos
y al hablar dan fe
del ánimo español...
¡Marquen arado, martillo y clarín
su noble ritmo al grito de la Patria fe!
¡Guíe la mente a la mano hasta el fin,
y al «Viva España» asista toda España en pie!

HIMNO DE FALANGE ESPAÑOLA

Cara al sol

Cara al sol con la camisa nueva.
Que tú bordaste en rojo ayer.
Me hallará la muerte si me lleva
y no te vuelvo a ver.
Formaré junto a los compañeros
que hacen guardia sobre los luceros.
Impasible el ademán,
y están presentes en nuestro afán.
Si te dicen que caí, me fui
al puesto que tengo allí.
Volverán banderas victoriosas,
al paso alegre de la paz
y traerán prendidas cinco rosas,
las flechas de mi haz.
Volverá a reír la primavera,
que por cielo, tierra y mar se espera.
¡Arriba, escuadras, a vencer,
que en España empieza a amanecer!

Cómo nació la canción de la Falange⁽¹⁾

La echábamos de menos al final clamoroso de todos los mítines, cuando la voz de José Antonio se apagaba entre aplausos.

La presentíamos, casi la amábamos sin conocerla. Varias veces habíamos dicho al Jefe al terminar un discurso:

-Figúrate cómo prolongaríamos la emoción, si una banda nuestra tocara ahora una canción de guerra.

¹ Canción de la Falange, texto de Agustín de Foxá, estampas de C. Sáenz de Tejada. Sevilla, Ediciones Españolas, s/f.

Él nos tranquilizaba:

-Os prometo que tendremos una canción pronto.

José María Alfaro, poeta de las primeras horas de la Falange, componía y destruía estrofas. Era uno de los más entusiastas de la idea. Nos leía trozos revueltos con estrofas imperiales. ¿Te acuerdas, José María, de aquella que escribiste, de amarga profecía, que yo quise incorporar a nuestro himno no nacido?

¿Dónde está el Capitán... ? Nadie lo sabe;
Del Arlanzón al Duero se ha perdido.

En la casa del Marqués de Bolarque, en aquel cuarto de música de suave penumbra con exangües mascarillas en yeso de los grandes maestros alemanes, Juan Tellería tocó una tarde una canción alegre y decidida; Bolarque y Miquelarena hicieron unos proyectos de estrofas.

Días después fuimos a cenar con José Antonio a «Or-Kompn», restaurante vasco situado en la calle de Miguel Moya.

Era una especie de cueva con acuarelas de Guipúzcoa en los zócalos, carros de bueyes rojos con lana sobre el testuz, caseros de boina, frontones, maizales y curas con paraguas bajo los cielos plomizos de Loyola.

Estábamos, además de José Antonio, el maestro Juan Tellería, Luis Bolarque, don Pedro Mourlane Michelena, Rafael Sánchez Mazas, José María Alfaro, Agustín Aznar y Dionisio Ridruejo.

El tema de la conversación aquella noche fue el teatro y la música. Se comentó El joven piloto, zarzuela de Luis Bolarque y de Jacinto Miquelarena.

Había gran jaleo de vasos; los mozos trajeron chacolí, sidra y bacalao; alguien dijo:

-Vamos a hacer una sangría.

Después de la cena, el maestro Tellería se puso al piano. Tocaba pasodobles y tangos.

-Oye; toca eso que hiciste el otro día.

Sonó una música enérgica, alegre y guerrera.

-¿Te gusta, José Antonio?

-Está bien. ¿A ver cuántos poetas hay aquí?

Nos contó, añadiendo:

-Vamos a hacer un himno para que lo canten los chicos.

Un mozo trajo unas cuartillas y nos desperdigamos por las mesas.

Bolarque, con su fino oído musical, hacía los «monstruos», es decir, las estrofas sin sentido que llenaban la música y que luego había que sustituir con otras poéticas. Recuerdo que uno de ellos era:

Adiós, adiós, el Capitán se va

hecho sin duda, bajo la influencia de la desoladora estrofa de José María que ya hemos citado.

Trazó el plan José Antonio.

-Nuestros muchachos exigen una canción alegre, de guerra y de amor, pero exenta de odio. No ha de ser engolada ni solemne. En la primera parte debemos hablar de la novia; luego, de la muerte, haciendo una alusión a la guardia eterna de las estrellas, y después algo sobre la paz y sobre la victoria.

Con su voz caliente, un poco nasal, nos recitó media estrofa que ya traía pensada:

Traerán prendidas cinco rosas,
las cinco flechas de mi haz.

El músico, despeinado, golpeaba las teclas. Yo escribía en una mesa entre las migas de pan y las peladuras en espiral de la fruta. Quise poner un arranque brioso.

De cara al sol con la nueva camisa
que me bordaste ayer.

José Antonio y Rafael Sánchez Mazas hicieron algunas modificaciones. Se suprimió la preposición «de» y se puso «camisa nueva» por necesidades de la rima. En el segundo verso se añadieron las palabras «tú», que daba energía y perfilaba la idea de la novia, y «en rojo» porque resultaba corto este verso.

Hubo una larga pausa. Todos meditaban sobre las cuartillas y algunos mordían el lápiz y miraban al techo. Al fin se nos acercó Dionisio Ridruejo leyéndonos un papel arrugado. Había modificado una idea y un verso de José Antonio y añadido el verso completo.

Volverán banderas victoriosas
al paso alegre de la paz.

No fue tan fácil capturar el adjetivo «alegre». En los primeros papeles (que Bolarque conservó hasta la revolución) aparecían tachados los adjetivos «recio» y «fuerte».

No recuerdo exactamente quién lo propuso. Únicamente sé que, cuando quedó flotando en el aire, hicimos el ademán de cogerlo con la mano. Eso era. Alegre tenía que ser el paso de la paz.

-Eso, eso es magnífico.

Aznar, que vigilaba la puerta, preguntó por José María.

-Está arriba en la barra. Voy a buscarle.

No salía la segunda estrofa. A mí me resultaban barrocos todos los intentos basados en centurias formadas sobre nubes y desfiles pálidos de muertos.

Bajó Alfaro y nos recitó la estrofa de la sonrisa de la primavera.

Volverá a reír la primavera
y será la vida, vida nueva.

Eran las dos y media de la madrugada. Encendí un pitillo; algunos querían marcharse, pero Agustín Aznar y Luis Aguilar vigilaban la puerta.

-De aquí no sale nadie.

Campanudo y taciturno, don Pedro Mourlane, el canciller, como le llamaba José Antonio en las cenas de Carlomagno, tachaba con una línea de lápiz el segundo verso, que ya no iban a repetir los camaradas, y escribía con letra menuda encima unas palabras. Preguntó:

-¿No os gusta más esto?

Que por cielo, tierra y mar se espera.

Todos aprobamos unánimes y le felicitamos.

José María Alfaro acababa de encontrar la gran palabra decisiva, la promesa del amanecer de España. Escribió al lado de José Antonio:

¡Arriba, escuadras, a vencer,
que en España empieza a amanecer!

Impaciente, propuso Bolarque:

-Aunque el himno está incompleto, vamos a cantarlo.

José Antonio se frotaba infantilmente las manos y nos agrupamos todos alrededor del piano.

Se abrieron los primeros compases. Comenzamos a cantar. La música sonaba vibrante; eran voces juveniles que invocábamos a la muerte y a la victoria; nos poníamos firmes inconscientemente y levantábamos el brazo.

Era que estaba allí el himno arrebatándonos, sorprendiéndonos a nosotros mismos, vivo ya, independiente, desgajado de sus autores.

En los ojos de José Antonio brillaba una luz de entusiasmo velada por una ligera tristeza. Le parecía escuchar en la apartada calleja las pisadas rítmicas de sus camaradas que marchaban hacia un frente desconocido. Y se imaginó a sus mejores, pronunciando moribundos en la tierra, en el mar y en el aire, aquellas palabras que hacía unos minutos sobre el papel no eran nada y que ya no pertenecían a los poetas.

Comentaba José Antonio, todavía enardecido:

-Ha quedado estupendo.

Añadía:

-Le haremos cantar en la calle de Alcalá con acompañamiento de pistolas.

Exaltábale Rafael:

-Esto es lo bueno, lo popular, los consonantes fáciles: «lleva» con «nueva». Aludía a los dos versos de la primera estrofa.

Flotaba sobre las mesas el humo denso de los pitillos. Salimos de «Or-Kompn». Hacía frío aquella noche. Subimos por Alcalá, entre faroles, levantándonos los cuellos de los abrigos.

Al día siguiente en el despacho de mi padre -espadas, cotas de malla, viejos libros ilustrados por Gustavo Doré- encontré yo la estrofa de los caídos. José Antonio había

interpretado poéticamente el más allá por medio de las estrellas. Fui fiel a su idea; pero, por razones métricas, escribí, en lugar de estrellas, «luceros». Me quedó así la estrofa:

Si caigo aquí, tengo otros compañeros
que montan ya la guardia en los luceros,
impasible el ademán,
y están
presentes en nuestro afán.

Fui por la noche a buscar a José Antonio y se la leí. Como la estrofa resultaba corta con relación a la música, añadió él estos tres versos:

Si te dicen que caí, me fui
al puesto que tengo allí.

Le hice un reparo.
Dos veces «caí» no me gusta.
-Tienes razón.
Entre los dos la modificamos y escribimos:

Formaré junto a mis compañeros
que hacen guardia sobre los luceros.

Acabábamos de hacer la Canción de la Falange. Bajamos los dos por la calle de Olózaga y me despedí de José Antonio. Tardé varios días en volverle a ver. Por la Gran Vía pasaban grupos de gentes que salían del «Cine Avenida», donde acababa de estrenarse la película titulada *La Bandera*.

Había neblina en torno a los faroles.

Todo esto sucedía exactamente el 4 de diciembre del año 1935.

El «Cara al sol» y los luceros ⁽¹⁾

Cara al sol

Las tres primeras palabras del himno de la Falange, y también su título popular, su nombre más íntimo y extenso, entraron pronto, con sentido propio, a formar parte del tesoro coloquial de la tropa. Sus significados fueron diversos.

Quedar cara al sol equivalía a morir en combate. La expresión a tanta distancia puede parecer enfática, pero entonces resultaba natural:

¹ GARCÍA SERRANO, Rafael, *Diccionario para un macuto*, Madrid, 1964. Editora Nacional, págs. 16 y 207.

-Luis se quedó cara al sol nada más desplegar...

Dejar cara al sol, tenía otro sentido más triste y sucio: fusilar. Daba pena y vergüenza que tan hermosas palabras pudieran emplearse así.

Estar cara al sol quería decir estar en el frente, en primera línea, en la vanguardia. Las cartas, coplas y crónicas ingenuas que solían llenar aquel espacio que todos los periódicos destinaban a correo de los combatientes, aparecen repletas de frases semejantes a ésta: «Aquí estamos cara al sol desde el primer día del Alzamiento», o «A España se la defiende como nosotros, cara al sol», y así hasta el infinito.

Giraldo, un día que llovía a chorros, le dijo a un camarada que llegó tarde a relevarle la centinela:

-Yo, aquí, cara al sol, y tú, tocándote los cojones en la chabola.

El mismo Giraldo vaticinaba el futuro de un joven oficial que era valiente con exceso y que, además, estaba absolutamente loco:

-Ése va a quedarse cara al sol antes de un mes.

Se equivocó en el plazo. Aquel oficial duró hasta Rusia.

Supongo que, además de la fuerza emotiva de la expresión, contribuyó a popularizarla el hecho de que la guerra comenzase en verano; en un cálido, ardiente, largo y terrible verano.

Los luceros

Hay tres claras citas joseantonianas en cuanto a estrellas se refiere. En el discurso de la Comedia, precisamente en el último párrafo: «Nuestro sitio está al aire libre, bajo la noche clara, arma al brazo, y en lo alto, las estrellas»; en el segundo discurso del cine Madrid, un 17 de noviembre de 1935: «La Falange seguirá hasta el final en su altiva intemperie, y ésta será otra vez -¿os acordáis, camaradas de la primera hora?-, está será otra vez nuestra guardia bajo las estrellas»; y en un discurso pronunciado la primavera del 35 en Córdoba, donde estampó aquella hermosa afirmación política que el abuso de los fieles cómodos ha ido desnaturalizando: «Aquellos cordobeses (Séneca, Trajano, el Gran Capitán) sabían que, ordenando al mundo, ordenaban a España; sabían ya que, en la Historia y en la política, el camino más corto entre dos puntos es el que pasa por las estrellas.»

Estos párrafos, por su cordial y emocionada resonancia, nos los sabíamos de memoria todos los muchachos de entonces. De la guardia bajo las estrellas era natural que se pasase, en un mundo donde el pistoletazo estaba a la orden del día, a la guardia sobre las estrellas, de modo que a nadie le extrañó la fabulosa metáfora incluida en la segunda estrofa del himno de la Falange:

Formaré junto a mis compañeros,
que hacen guardia sobre los luceros.

Calculo que fue la fuerza del consonante la que convirtió en luceros a las estrellas joseantonianas. Lucero, por entonces, era una palabra vagamente desvalorizada desde el

punto de vista poético. El lucero del alba -¡tan hermoso, Señor!- se reducía a una especie de rebote contra el cual cada quisque lanzaba sus cuatro frescas; y el tiempo era enormemente propicio a soltar no solamente cuatro frescas, sino cuatrocientas, y no sólo al lucero del alba, sino a quien se le pusiera a uno por delante. Había muchos luceros en las canciones andaluzas que ya comenzaban a influirse con la poesía de Lorca, y luceros a montones se encontraban en el padrón de machos, toros y perros. Al margen de cualquier contabilidad, como un patrón oro del amor, estaba el maternal y tierno «lucero mío».

Agustín de Foxá fue el que trajo los luceros a la Falange. Él mismo lo cuenta en Madrid de corte a cheka, por donde transita como un personaje más: «Al día siguiente Agustín Foxá encontró la estrofa de los caídos. Se la llevó al anochecer a José Antonio.

Si caigo aquí tengo otros compañeros
que montan ya la guardia en los luceros,
imposible el ademán.

José Antonio añadió tres versos para enlazar con la tercera estrofa:

Si te dicen que caí me fui
al puesto que tengo allí.

»Reparó Agustín:

»-Dos veces caí, no me gusta.

»-Pon en su lugar formaré y acompáñame a Recoletos.»

Algunos cantaban con dulce ignorancia: «Imposible el ademán» o «imposible el alemán». Luego aprendieron.

En la terminología de la uniformidad, luceros se llamaron a las estrellas de cuatro puntas que marcaban la jerarquía. Tres luceros de plata llevaba José Antonio como Jefe Nacional de la Primera Línea. La frase de «estar en los luceros» y «hacer la guardia sobre los luceros» pasó a la literatura periodística y llegó hasta la nota necrológica más o menos cuidada y también a la gacetilla que se despacha con premura y aburrimiento. Es lo natural en estos casos. Del mismo modo, el hallazgo poético fue utilizado con una sinceridad coloquial que aún escalofría:

-¿Y Manolo? -preguntaba al volver al frente uno que había estado de permiso o en el hospital.

-En los luceros -le contesta su camarada. Y no había más que hablar.

Gabriel Araceli recuerda la despedida de seis oficiales prisioneros a bordo del «Mar Cantábrico», fondeado en aguas de Valencia:

«El teniente Lafuente, al ir a subir la escalerilla, se volvió a los que acabábamos de abrazarle y nos dijo en tono profético:

»-¡Nos veremos en los luceros!

»Lo recuerdo aún, agarrándose a la escalerilla con mano nerviosa; es una visión que jamás podrá borrarse de la memoria.

»Y allí, en los luceros, monta su guardia perenne el amigo querido, alegre y optimista, que compartía mi camastro.»

Creo que fue José María Sánchez-Silva quien acuñó hace años una frase felizmente despiadada para situar sobre el mapa a ciertos caballeros demasiado vivos: «Ése está de vuelta de los luceros.»

Punto redondo, sin que lo haya dicho Blas, sino José María.

HIMNO Y MARCHA DE ORIAMENDI

Letra del «Oriamendi»

ORIAMENDI

Por Dios, por la Patria y el Rey
lucharon nuestros padres.
Por Dios, por la Patria y el Rey
lucharemos nosotros también.
Lucharemos todos juntos,
todos juntos en unión,
defendiendo la bandera
de la Santa Tradición (bis).
Cueste lo que cueste
se ha de conseguir
venga el Rey de España
a la Corte de Madrid (bis).
Por Dios, por la Patria y el Rey
lucharon nuestros padres.
Por Dios, por la Patria y el Rey
lucharemos nosotros también.

El «Oriamendi», un himno improvisado (¹)

Corre por toda la Historia de España, y es su sostén, su cimiento, y en los instantes decisivos, su salvación, una fuerte e impetuosa corriente vital, hecha de valores elementales y humanos, resistentes a todo cambio y desfiguración. Ella pone todo lo que de fuerte y genuino tienen nuestras creaciones, así en el pensamiento como en la vida. Ella quita a veces, por su propia y henchida vitalidad, facilidades para meter esa vida o ese pensamiento en perfiles clásicos y austeros. En Literatura esa corriente produce el romancero, el teatro clásico y romántico. En Historia produce la guerra de la Independencia o el Carlismo.

¹ Cancionero popular carlista. Madrid, Publicaciones Españolas, 1957, págs. 6 y 7.

Esa corriente impetuosa parece a veces que se pierde; pero es únicamente que se ha ocultado, como el Guadiana, para reaparecer poco después. En definitiva, nada la detiene, ni la tiñe ni desfigura. Con nada pacta ni se alía. Triunfan el endecasílabo y el soneto, pero siguen corriendo subterráneamente los octosílabos populares, dispuestos a renacer en décimas y romances. Triunfa el afrancesamiento clásico o político, pero la vena nativa sigue corriendo oculta, dispuesta cualquier día a pintar como Goya o pelear como Daoiz.

O como Tomás de Zumalacárregui. Pocas figuras como ésta representan, con todas sus cualidades y defectos, un rebrote silvestre de lo más nativo y elemental de España. En un siglo de traiciones, exotismos y afrancesamiento, él encarna la España reacia: el fondo de reserva moral que nos salvó del Renacimiento, de la Reforma y entonces de la Enciclopedia. Repertorio de todas las elementalidades españolas, en él reviven las guerrillas de Viriato, la intransigencia clarividente de Felipe II, el honor calderoniano, la rebeldía cidiana. Él es impermeable a todas las aportaciones, a las malas e incluso a las buenas, añadidas a este primer inventario de nuestro ajuar moral.

Y lo mismo el himno que acaba por cifrar y perpetuar su gesta. En la España oficial predominan por aquella hora en música, como en todo, las ideas revolucionarias francesas. Éstas reservan para los himnos un tono grave, forzado, un poco gemelo de la pomposa retórica de los discursos doceañistas. Se afanan por lograr una solemnidad litúrgica, con una absoluta asepsia religiosa. Son himnos que están pidiendo, para cantarse, el altar lacio y un poco cursi, enramado de laurel y mirto, de la diosa Razón. El modelo es *La Marsellesa*, transformación civil de un *tantum ergo*, madre de todos los «himnos» de la hora revolucionaria, abuela de todas las «marchas» solemnes que se hacen indispensables en las óperas de la generación siguiente: *La Africana*, *Aida*, *El Profeta*. Todas las liturgias liberales se acompasarán a su ritmo civicorreligioso; arrullados por ellas se han puesto primeras piedras y se han inaugurado traídas de agua. Las últimas chispas del género -Tannhäuser, Lohengrin- llegarán ya a invadir hasta el templo y a sus compases entrarán los novios en él, cuando el espíritu de la época hizo ya de las bodas ceremonia mixta de sacerdotes y jueces municipales.

Pero las guerrillas de Tomás de Zumalacárregui no iban a ningún alarde cívico y liberal ni a ninguna boda burguesa. Iban por caminos de gesta y romancero, pisando jaras y helechos, peleando por la Tradición. No se enteran, no se quieren enterar para nada de que existe *La Marsellesa*, ni el nuevo tono himnario y solemne, como Lope no se quería enterar de que existían retóricas humanísticas, como Goya no se quería enterar de que existía Mengs. Padecen la divina sordera de la salvadora y terca tradición española.

Un día frío y ventoso de marzo de 1837 se libra la batalla de Oriamendi. El infante don Sebastián -nombre de leyenda- manda las tropas de Don Carlos. Espartero, Evans, Sarsfield -nombres de periodismo- mandan las tropas de la Reina. Los «cristinos» cuentan con ganar en aquella batalla las puertas de Hernani. Tan ufanos y ciertos andan ya de su logro, que hasta han compuesto, prematuramente, un himno para celebrar la victoria. Pero la batalla de Oriamendi les es adversa. Los «cristinos», por perderlo todo, pierden hasta los papeles de música donde se anota el himno nonato. Los carlistas se apoderan de él. Les gusta, lo tocan, lo repiten, y así nace el Oriamendi.

¿Por qué les ha gustado tanto a los carlistas? Ah; porque aquel «himno» improvisado en el campo de batalla, no traído de la Corte, estaba lleno, como ellos, de elementalidad, de paisaje. Se había compuesto en el sector «cristino», pero las breñas vascas habían podido en el ánimo de su ingenio compositor más que la etiqueta liberal de su filiación. Había sido derrotado ya por el ambiente y por su inspiración, antes de que llegaran a derrotarle los carlistas. Nada de afrancesamiento, nada de «marcha» cívica; cuatro notas de tamborilero, la sintética melodía que cabe en el precario registro del «chistu». ¿Para qué más notas? ¿Acaso con tres palabras -Dios, Patria y Rey- no basta para gritar al aire todo un pensamiento tradicional?

El Oriamendi está al margen de todas las modas y de todas las recetas. Consta de un toque marcial de cornetas y pasa enseguida a un ritmo saltarín y ágil como de piernas que brincan, cuesta arriba, entre matas y breñas. No tiene más. Como no tiene más la última apelación a que hay que recurrir siempre, para salvarse, en los instantes decisivos: la guerra santa.

No se hace ahora una serie de glosas y comentarios sobre la letra del himno. La letra no se presta a ello: es elemental, ingenua, tosca.

Llegan los romances hasta la Cruzada Nacional de 18 de julio, que es también un último rebrote y erupción de esa corriente vital, salvadora, de que hemos hablado en estas líneas. Ahora, al encuentro de ella, vendrán otras influencias más intencionadas a meterla en perfiles clásicos, a organizarla y darle sentido civil y administrativo, a ponerla en hora de acuerdo con el momento y el mundo. España repasa siempre su cartilla en las consignas sagradas de la Tradición y en las cinco notas elementales del registro manual del «chistu». El Oriamendi está otra vez colocado antes de toda retórica. Es España que deletrea y hace escalas para volver a empezar.

José María Pemán.

Letra en vascuence

Coronándose con la boina roja, corren los voluntarios a luchar bajo la bandera que ostenta el gran lema «Dios, Patria, Rey».

Al verlos pasar, pertrechados de más valor y entusiasmo que de armas y municiones, les cantan las gentes, entre compasivas y burlonas:

Carlita, ¿adónde vas
con la chapela gorriá?
Carlita, ten cuidau
que te van a matar.

A lo que ellos responden, confiados y altivos:

Gora Cabrerá
eta Zumalacarregui.
¡Carlistak!
¡Aurrerá con la bayonetá!

Y aurrerá, ¡adelante!, con la bayoneta calada, se encaminan hacia el Oriamendi, montaña de Guipúzcoa que tan vinculada había de quedar a la historia. En ella han sentado sus reales lo más granado del ejército cristino, más la legión inglesa mandada por Lacy Evans.

Pero suben por sus laderas batallones de diversas regiones españolas, capitaneados por el Infante don Sebastián, hijo de la intrépida Princesa de Beira, bien dispuestos a ganar la batalla que juzgaban los del Gobierno decisiva para aniquilar a los «facciosos»,

Los guipuzcoanos se crecen ante la expectación de nacionales y extranjeros, y, queriéndose lucir y ganar en su propio terreno, arremeten con tal brío que ponen en derrota al enemigo.

Yacen por tierra los rubicundos ingleses; por entre los helechales se ven huir sus casacas coloradas. Abandonado queda importante botín de municiones, armamentos, uniformes y hasta instrumentos y papeles de música...

¡Vaya con la pretensión de los cristinos! ¡Pues no tenían ya compuesto un himno para celebrar la victoria y entrar en Hernani interpretándolo!

Hay que ser noble y respetar al vencido, pues ésa es la mayor gloria del vencedor. ¿Hubieran querido los guiris que se oyera en aquella ocasión un himno triunfal? Pues bien. Que se esparzan sus notas por el valle, llenando de alegría los corazones.

Pero ¿y la letra? Poca importancia tiene ello para el versolari vasco. Al calor del entusiasmo, brota la inspiración. Y con aire marcial, ennegrecidos por el humo del combate, aureolados por la gloria del triunfo, desfilan los carlistas por las calles de Hernani, en medio del delirio de la muchedumbre.

(Transcribimos la letra vascuence del Oriamendi, la primera que se adoptó a la fracasada marcha de los cristinos.)

Gora Jainko maite maitea
zagun denon jabe.
Gora Espana tu Euskalerrria
ta bidezko erregue.
Maite degu Euskalerrria,
maite bere Fuero zarrak,
asmo ontara jarritz daude
beti karlista indarrak.
¡Gora Jaingoiko illezkor!
Gora euskalduna,
auto ondo España-ko
erregue bear duna!

«Arriba, Dios amado, Señor de todos. Arriba España y la Euskalerría y el rey de las dos. Amamos Euskalerría, amamos sus Fueros viejos; ése es nuestro pensamiento fijo en los carlistas. Arriba Dios inmortal. Arriba los euskaldunas y el rey que para España necesitamos.»

Dolores Baleztena (¹)

Himno guerrero del Requeté (²)

Tiene cumplidos los ciento cincuenta años y está hecho un mozo, gracias sean dadas a Dios.

Lo bueno del Oriamendi es que es una canción liberal, hecha prisionera y ganada fulminantemente para la causa, de modo que ya desde su origen demuestra dos cosas: la fuerza proselitista de la verdad y el indomable valor de los requetés, que se municionaban en las cartucheras del adversario, disparaban con los fusiles y los cañones del botín y hasta cantaban con la música de los liberales.

Naturalmente, no todos los que se sienten ganados por la grandeza histórica del carlismo tienen tanta perseverancia como el Oriamendi. Ya he contado cómo en los comienzos de la Cruzada se llamaron «requetés sin madurar» a los que llevaban la boina verde de Renovación Española, y estaba muy bien traído, porque un proceso de madurez conducía a muchos de los antiguos dirigentes de la Monarquía liberal a aceptar la boina roja. En familia, también lo dije, llamábamos a la boina roja el pimiento o el tomate, de ahí lo de requetés sin madurar. Maduró el verde de muchas cabezas, incluso de egregias cabezas que posteriormente reposaron en los alegres pradillos del sufragio universal y otras zarandajas. También, triste y sano es decirlo, alguna boina roja sufrió el proceso colorante o decolorante a la inversa y puso su boina roja a los pies de la boina verde. De procesos colorantes y decolorantes los falangistas sabemos mucho. Los de la Falange, digo, ¿se acuerdan?...

Las Brigadas Internacionales de Isabel II, mandadas por el general Evans, se habían apuntado para victoriosas en las laderas del monte Oria, o sea, Oriamendi. Fue el 16 de marzo de 1837, justo un siglo y unos días antes de que Mola desatase la ofensiva sobre Vizcaya desde tierras guipuzcoanas y alavesas. Al parecer, los liberales de San Sebastián, por mediación de las musas que asistían a un oficial de la Milicia Nacional, llamado Santisteban, habían regalado a Evans una canción de marcha, o al menos la música para una canción de marcha, porque de aquella letra liberal nunca más se supo, si es que se supo algo alguna vez.

La música no era un prodigio. «Muy mal considerado por los críticos musicales, su música no debe ser, por lo visto, ninguna obra de arte», escriben el general Redondo

¹ PEMÁN, José María, Por Dios, por la Patria y el Rey

² GARCÍA SERRANO, Rafael, Diccionario para un macuto, cit., pág. 558.

y el comandante Zavala en *El Requeté*. ¡Y qué más da! La música era un tanto pastoril, montañera, como de la tierra. Algunos entendidos dicen que sabe a zorziko. Si es así, yo diría que en ello reside la primera razón de su popularidad, porque de seguro les entró bien por el oído y por el pecho de ezpatandantzaris a los que capturaron la banda de música, partitura y toda la pesca.

No sé si los inglesitos de Evans aguantaron con los instrumentos musicales algo más que sus compatriotas desalojados del monte Oria por las bayonetas carlistas, así es que ignoro si recibieron a sus vencedores tocando aquel zorziko que en esa misma jornada entraba en la Historia. El hecho más parecido del que tengo referencia directa sucedió en San Sadurní de Noya, y lo cuenta Torre Enciso en *La marcha sobre Barcelona*:

«En esta villa, como en tantas otras catalanas, nuestros soldados son aclamados con inenarrable emoción, dándose el caso peregrino de que la banda de música de la División del Campesino se rompe los pulmones tocando en la plaza el Himno Nacional, como bienvenida a nuestros soldados. Ni más ni menos que si hubieran perdido una huelga y cambiaran de patrono.»

Seguramente que los primeros en usufructuar el botín musical fueron -como cuando de gallinas se trata- los que estuvieron directamente en la acción. El Oriamendi recién nacido les sabría como un buen kaiku rebotante de leche; como sidra agria, verde, fresca y alegre; como un vinillo blanco, seco y reconfortante. Los soldados son siempre los mismos. Algún poeta popular -las compañías están muy bien provistas de copleros, de gentes que fijan una batalla en una jota o en un carrasclás- recitaría la primera letra del Oriamendi, que me extrañaría mucho que no hablase precisamente de lo buena que era la unidad del coplero.

Andarina, como buena guipuzcoana, gentil, con buen aire, la música del Oriamendi se extendió por todo el Ejército carlista y sirvió de perpetua tentación a los poetas elementales de las compañías, que a mí me caen mejor que Quasimodo, pongo por caso de tipo fino, con su bolsa de viaje hacia Moscú y con su premiecito Nobel y todo. Tuvo letras en vasco, en castellano y en catalán, hasta que un día fue consagrado como himno guerrero del Requeté, como canción de marcha de unos soldados que siempre dieron ejemplo de honor y de valentía.

Sucedió esto en una concentración carlista celebrada en Zumárraga allá por 1908. La propuesta fue de Ignacio Baleztena, ingenioso escritor y templado carlista navarro. Al parecer, la letra es comunitaria, casi plebiscitaria, como también le ocurre al *Cara al sol*.

Con este himno y el de la Legión, el Oriamendi fue señalado por decreto como canto nacional. Había obligación de saludo. No sé qué habrá sido de esta disposición.

CANCIONES DE LAS BANDERAS DE FALANGE

Las banderas nacieron para la guerra (¹)

Bandera

Almirante declara esta voz sinónimo de compañía. Cuando con la Legión se resucita el Tercio viejo, la unidad equivalente al batallón toma el nombre de Bandera, lleno de antiguas y nobles resonancias. Al organizar la Falange su milicia, reserva el nombre de Bandera a la agrupación de tres centurias -el número tres era básico en la milicia falangista: tres escuadristas un elemento, tres elementos una escuadra, tres escuadras una falange, tres falanges una centuria, tres centurias una bandera, tres banderas un tercio, tres tercios una legión- y así fueron conocidas las unidades azules durante la guerra y antes de ella; después no. Después no se conocieron y a veces ni siquiera se reconocieron. El *Reglamento de la Primera Línea* falangista se inspira mucho en el *Credo Legionario*, de modo que es muy posible que de ahí haya salido también el uso de la palabra Bandera, en su sentido orgánico.

Convendrá avisar que las banderas nacieron para la guerra a través de aquel verano del 36 y también en el otoño. Las primeras semanas del Alzamiento fueron guerrilleras y entonces predominaron la escuadra y la falange. Generalmente, donde ya había constituidas centurias antes del Alzamiento fueron fragmentadas en los primeros días para servir de solera cerca de la gente moza y nueva que clamaba por un fusil. La tarea de sofocar núcleos aislados, ir asegurando comunicaciones y transportes de armas se encomendaba a escuadras veteranas, fogueadas de sobra en las luchas de la preguerra. Solamente en aquellas regiones donde el triunfo inicial fue rotundo, sin más complicaciones que las reglamentarias de toda revolución -que ya son de por sí bastantes-, se pudo disponer desde el primer momento de unidades de centuria o Bandera, equivalentes a compañía o batallón, para batirse junto a los esqueléticos cuadros del Ejército que nos había dejado Azaña, esta vez por obra de su *ersatz* Casares Quiroga.

Valladolid y Navarra, por ejemplo, estaban en este caso. Navarra se desbordó de tal manera que el propio general Mola, seis horas después de haber proclamado el estado

¹ GARCÍA SERRANO, Rafael, op. cit., págs. 698-693.

de guerra, tuvo que dirigirse por radio a la provincia pidiendo que no enviase más voluntarios a Pamplona. Naturalmente, Navarra no le hizo caso. Fue, quizá, la única orden de Mola que no cumplieron mis paisanos. De Valladolid salieron inmediatamente varias centurias para diversos frentes, y no sé si la fuerza que batió todas las marcas del heroísmo en los Leones -los hombres de Girón y de Vicén-, constituían orgánicamente Bandera o simplemente fueron centurias sueltas que trabajaron, de momento, agrupadas; por mi parte, las dos primeras centurias que vi con fusiles fueron la Primera y la Segunda de Navarra, que salieron camino de Madrid, vía Soria-Guadalajara, inicialmente, y luego pasando por Somosierra, la misma tarde del domingo 19, fecha del Alzamiento en Navarra. Las mandaban dos capitanes falangistas, Gonzalo y Gerardo Lastra. La Primera se especializó en ataques nocturnos, muy estilo legionario, y ganó el honroso sobrenombre de «Centuria de la Noche y del Silencio». Entró en fuego por vez primera enlazando a la Segunda, que mandaba González Lastra con la P. M. del Batallón de Montaña. Sicilia nº 8, dentro del cual formaba la centuria. Fue en la madrugada de Santiago, escalando el murallón de Somosierra.

Las banderas de la Falange no tenían nombre: eran, simplemente, la Primera de Navarra, la Quinta de Castilla, la Tercera de Aragón, la Bandera de Marruecos -con la camisa azul y el tarbus rojo-, la Cuarta de Burgos, etc. La Bandera Móvil de la Falange aragonesa, que mandaba Lostaló, hizo una guerra insuperable, lo mismo cuando Aragón era yunque que cuando comenzó a repartir martillazos. Formaba parte de la Brigada Móvil que mandó Galera, y desde Zaragoza salía como una centella a apagar los fuegos en cualquier parte que hubiese hule. A esta o a otra Bandera de Aragón pertenecían «los sesenta de Alcubierre», aquellos falangistas que murieron sin retroceder un paso, literalmente clavados -con picos democráticos- en el puesto cuya guarda les fue encomendada. (¡Oh, Dios mío! ¿Cuándo desataremos el balduque para saber todos con precisión lo que ahora solamente saben los supervivientes de cada Bandera?)

Sólo en Navarra salieron al frente nueve Banderas falangistas.

Cantaban los falangistas...

En la cárcel de Madrid

«¡Cantaban los falangistas de las banderas! Donde estuvieran.

La cárcel de Madrid
es una gran prisión
donde se muere el preso
por falta de atención.
Y si quieres Comer
lo tienes que pagar,
porque lo que te sirven
lo tienes que tirar.
Arroz, judías y lentejas,

que no se pueden tragar,
y el café de por la mañana
es aceite de ricino
que sirve para purgar...

Prisioneros, en los barcos de Santander

Son las tres de la mañana
y a mi vista se presenta
una reja que aparenta
la confusión más tirana.
Luego suena una campana
que a lo lejos estremece,
y que al desgraciado ofrece
un porvenir sin igual;
¡Y él sin poder ni disfrutar
del día cuando amanece!
Pun, cataplún, cataplún, lairá.
A la reja estoy mirando
las estrellas relumbrar,
cansado de cavilar
lo que por ti estoy pasando;
noche y día suspirando,
la fatiga me desvela;
sólo me alumbra una vela
en mi triste calabozo.
Y para mayor reposo
oigo «¡Alerta, centinela!»
Pun, cataplún, cataplún, lairá.
Por la mañana dan pan
en un cesto repartido
y, según tengo entendido,
por la tarde no lo dan.
Todos corren con loco afán
con su cuchara y cazuela...
y aquí el que no corre, vuela
y, el que no, se chupa el dedo.
Todo aquel que no ha «estao» preso
no sabe lo que son penas.
Pun, cataplún, cataplún, lairá.
Adiós al calabozo y cárcel,
cantinera y la cantina;

enfermería y botica,
capilla de Santa Rosa.
Adiós, cárcel rigurosa,
adiós, que de ti me alejo
y de tu rigor me quejo
por lo tirana que eres.
Adiós, fuente del olvido,
galera de las mujeres.
Pun, cataplún, cataplún, lairá...
pun, cataplún, cataplún, lairá.

«Solamente una canción, extraña y absurda, como todas las que salen del anónimo de una celda, pero bella y galana en su misma monótona y triste sencillez, escapó de la general y espontánea condena al silencio y al olvido. No tiene pies ni cabeza; no comprendíamos el significado de la mayoría de sus palabras y frases; estaba llena de incorrecciones y disparates, pero venía a constituir nuestro himno del cautiverio, y por ello, y porque era triste como el ambiente, la seguíamos cantando en voz baja y por pequeños grupos, golpeando en los platos con las cucharas de madera para seguir sus compases»⁽¹⁾

«Cantaban con música y letra que se antepusieron (¿o pospusieron?) a canciones de Tercios de requetés, como la del Lácar, luego famosa...

Somos la cuadrilla santa
que ré;
somos la cuadrilla santa
que ré,
que rá, que rota estaba ya,
que ya se arreglará;
la que con nadie se mete,
que ré.
Desgraciado del que caiga,
que ré, que rá, que rota estaba ya,
que ya se arreglará;
en manos del Presidente
que ré.
¡Vivan los de Peña Labra!
¡Vivan los de Peña Labra!
los que tiran del garrote;
los que tiran de navaja
a eso de la media noche.

¹ BUSTAMANTE QUIJANO, Ramón, A bordo del Alfonso Pérez, págs. 222-3 y 4.

Esta tonada, según Ramón Bustamante, la llevaron al barco los de Santoña. ¿Procedentes de *El Dueso*? Quizá con esta música hicieron los de Lácar su famosa canción, a juzgar por los cinco últimos versos, y singularmente los tres últimos que tienen que ver también con el tono de la letra que me refiero.

«Cantaban en “El Uruguay”, barco en que cientos de españoles, allí cautivos, perdieron la vida por España...

¡El Uruguay! ¡El Uruguay!
es lo mejor para engordar;
si no vas al paredón
mueres de una indigestión.
¡El Uruguay! ¡El Uruguay!
Tres meses llevo en el barco
y no ha salido del puerto;
y no sé porqué me parece
que ya estoy oliendo a muerto.

(Estribillo.)

La comida de este barco
varía todos los días;
las lentejas y el garbanzo
alternan con las judías.

(Estribillo.)

Dicen que por suscripción
en el pueblo de las Rozas
han comprado un cabezón
para ponérselo a Pozas.

En las trincheras

«Y luego, cantaban en las trincheras, en los avances, en los descansos y permisos.
¡Cantaban!

Los de las JONS, vallisoletanos:

Amanece para mí el día de sol
que tanto ambicioné.
Nuestro haz de cinco flechas es
el emblema de hoy, el escudo de ayer.
Por ti seré, España, Patria mía,
hombre de fe
y de esperanza lleno.

Por ti seré patriota si me guía
la fe sindicalista nacional.
Arriba la España que será
la honra del mundo y su blasón.
Arriba la juventud que siente
Falange Española de las JONS.

Los «mariscos» de las Falanges gallegas:

Los falangistas, los falangistas,
no le tienen miedo a «ná»
porque ellos saben que si les matan
con diez se les vengará.

(Con música de La Cucaracha y precisamente del estribillo.)
Las Falanges de Andalucía, a veces con su miaja de sorna:

Rocío

A altas horas del amanecer
por mi calle arriba pasaba una escuadra
de azules camisas puestos a vencer.
Ya llegará el día en que alegres cantemos
el himno que España esperando está,
el himno querido, el Himno Falange,
con la cara alegre y el corazón más.
Cantemos nuestras canciones
de amor y de libertad
que los pobres socialistas
no las quieren escuchar.

Rocío

España, Arriba España,
la nación que yo más quiero.
Por ser mi Patria adorada
yo quisiera engrandecerte
y subirte hasta la cima
de los altos ideales
de la Falange Española,
España, Arriba España...
Me dejaron de herencia mis padres
además de la luna y el sol,
la camisa que en rojo bordaste

el emblema de FE y de la JONS
un fusil y una ametralladora,
dos pistolas y un buen mosquetón
y con esto y las bombas de mano
empezamos la revolución.
Pim pam pum
muy poquita cosa
pim pam pum
ésa es la verdad
pim pam pum
pero soy dichoso
pim pam pum
pudiendo cantar
Soy de la FE de las JONS
que a España dicta sus leyes.

Canciones para la nostalgia

Sí, cantaban las Falanges de combate con su himno que se alzó en las calles de Madrid antes del Alzamiento.

Juventudes de vida española
y de muerte española también,
ha llegado otra vez la fortuna
de arriesgar (se), luchar, vencer
sobre el mundo cobarde y avaro,
sin justicia, belleza ni Dios,
impongamos nosotros la garra
del imperio solar español.
No más reyes de estirpe extranjera,
ni más hombres sin pan que comer.
El trabajo será para todos
un derecho más bien que un deber.
Nuestra sangre es antigua y eterna,
como el sol, el amor y la mar.

Canciones que hoy nos traen a los que las entonamos y escuchamos la nostalgia de un tiempo del que la Historia -abuela viejísima, con recuerdos de siglos- dirá que recomenzó la de España:

Montecico del Naranco,
manantiales de aguas buenas,
yo escribí en los arbolitos:
¡Viva Primo de Rivera!
Cojonudo el comandante,
cojonudo el capitán,
cojonudos los sargentos
y los falangistas más.
De una Bandera de Palencia que
iba en la Columna Sagardía.
Cuando se enteró mi madre
de que yo era de la JONS
me dio un abrazo y me dijo:
Hijo mío de mi alma, así te quería yo.
Falangista valeroso,
y con este patrimonio,
la Justicia, el Pan, la Patria
y la España Grande y Libre
que soñaba José Antonio.
La juventud está en nuestras filas
y nuestro es también el porvenir;
España, te haremos Una, Grande y Libre
aunque nosotros vamos a morir.
Por el honor, el pan y la justicia,
Falange azul, nos hemos puesto en pie.
Y si la muerte llega y nos acaricia
¡Arriba España! damos al caer.

Dos jotas a José Antonio

Y aquellas dos jotas, escalofriantes, inolvidables, en honor de José Antonio, que
oí en Teruel, cuando la batalla, en invierno:

Echale amargura al vino
y tristeza a la guitarra.
Compañero, nos mataron
al mejor hombre de España.
Con un puñado de sal
y otro de canela en rama
hizo Dios a José Antonio
para que salvara a España.

Los falanges (¹)

Así fueron los falanges, así se llamaron popularmente, durante mucho tiempo, los falangistas. Esta deformación pegó tan fuerte que incluso la utilizaron en sus discursos algunos oradores. Se podía leer con frecuencia en los periódicos de la guerra del verano, la michelín, y también en los libros escritos en el calor del primer momento. Pongo por ejemplo: La guerra civil en Guipúzcoa. Julio, agosto 1936. Con la columna del comandante Galbis: «En mis compañeros, los falanges de Segovia, no se notaba entonces actividad», escribe Morales, que unas líneas más adelante utiliza también, como era usual, fascio por fascista: «En La Granja no había más fascio que Antonio Navas, un madrileño por cien...»

-Mi hijo está con los falanges -decía una madre, a quien le quisiera oír.

Y más de un padre tenazmente tradicionalista podía explicarse, como aquel del cuento:

-De mis tres hijos, dos son requetés, y el tercero me ha salido falange, pero también buen chico.

Había mucha costumbre de escribir versitos y coplas desde el frente, sobre todo en períodos de calma, y raro era el periódico que no publicase esta correspondencia literaria, sencilla, ruda y generalmente octosílabo. Tengo ante mí un ejemplar de Arriba España, de Pamplona, del 4 de abril de 1937, Año I de la Falange, según reza la cabecera del diario. Es un ejemplar amarillo y emocionante que ha resucitado de entre mis papeles perdidos, con ocasión de un traslado de domicilio. En la página cuarta, sección Correo del Frente, leo estos versos, que firma Julián Torres. Bajo la firma hay un «¡Arriba España!» y un «¡Viva la Muerte!». Los versos forman parte de una larga tira dedicada a hablar de la vida de su centuria:

Cuando me toca el relevo,
cara cara a la trinchera,
siempre canto una jotica,
para que los rojos vean
que los falanges navarros
no abandonan las trincheras.

Y en el mismo número también hay un anuncio en el que se lee: «¡Falanges! Brazo en alto. Casa Sanz. Precios bajos. Confeccionamos toda clase de prendas de uniforme», etc.

¹ Diccionario para un macuto, cit., págs. 317-318.

CANCIONES DE LOS TERCIOS DE REQUETÉS

Nuestra guerra, al menos en el lado nacional, fue bien cantarina. Cantaban requetés y falangistas, pipis y paisas, legionarios y regulares, marineros y aviadores. Algunas de las canciones de los requetés, que poseían un extenso romancero lírico, expresaban, más o menos a las claras, cierta veta medieval de las que pueden caer por el lado de nuestro inconmensurable Arcipreste.

A mí me encandilaba aquel balance -un poco como de «Hostería del Laurel»- que aprendí en «La Bidasotarra», el autobús que nos tocó a los enlaces para el camino de Somosierra. Mis profesores eran Ardanaz, Cirauqui, Corellica, Goñi, Istilar:

Neskacha polita,
navarra graciosa,
alavesa airosa,
la aragonesa amable,
la dulce castellana,
venid con flores todas
a poner a los carlistas
en sus sienes las coronas.

No la recuerdo completa, pero siempre me gustó aquella en la que se pronostica a una muchacha:

y dormirás en un lecho de flores
con cuatro requetés
que te hablarán de amores.

Tampoco es manca, ni teológicamente hablando, ni al hablar de otro modo, la que proclama:

Viva Dios, que nunca muere,
y si muere resucita.
Viva la mujer que tiene
amores con un carlista.

Ésta, amigos míos, al menos desde un punto de vista puramente cuantitativo, era más modesta que la chica del «lecho de flores».

Cantando daban lecciones de moral militar y de un cristiano entendimiento de la vida y de la muerte:

No llores, madre, no llores,
porque tus hijos
a la guerra van, a la guerra van.
¡Qué importa que el cuerpo muera,
si al fin el alma gozará
en la eternidad, la eternidad!
¡A las armas, voluntarios,
a las armas a luchar por nuestra fe!
Moriremos defendiendo la bandera
de Dios, los Fueros, Patria y Rey.

* * *

Navarra, noble y guerrera,
fue la primera de la nación, de la nación;
por eso, como Navarra
no hay quien defienda la Religión, la Religión.
Voluntarios, a las armas,
a las armas a luchar por nuestra Fe.
Moriremos defendiendo la bandera
de Dios, la Patria y el Rey.
Moriremos...

¡Qué admiración por los Tercios de requetés, qué envidia por los nombres de sus unidades! ¡Qué hermosos, sugerentes, estupendos nombres!

¡Tercios de Lácar y de Navarra, de Montejurra, San Miguel y San Fermín, de María de las Nieves y de Montserrat -laureado en Codo-, de Nuestra Señora de Begoña, del Camino, de Estíbaliz y de la Virgen Blanca («Banderas de Montejurra, de San Marcial y de Lácar, recio muro de alaveses, Tercio de la Virgen Blanca», que cantó Góngora), ¡Almogávares y María de Molina, aragoneses y laureados en Belchite y Quinto, gemelos de Cristo Rey y de El Alcázar, guipuzcoanos de Oriamendi, de San Ignacio, de Zumalacárregui, andaluces de San Rafael, del Rocío... !

Hay en su sola enunciación como una brisa de fe, como de aire de las montañas, como de rumor del gran río de la Historia.

El Tercio de Lácar -¡fuera boinas!- tuvo setecientos veinte muertos, es decir, más del 100 por 100 de sus efectivos.

El de Lácar

Arremetían los de Lácar en vanguardia en todos los frentes. Tras las impetuosas brisas del Cantábrico embravecido, aspiraban luego con deleite las suaves del Mediterráneo, intensamente azul y tranquilo.

«Cuántas veces el soldado, con las espaldas cubiertas de nieve -comenta Henry de Vilmorin- no soñó con esas brisas cálidas en lo más alto de la sierra. ¡Cuántas veces el Requeté no rezó fervorosamente para que le fuera dado contemplar el mar!...»

Sus ruegos, sus deseos, se vieron satisfechos, y bajo los rayos acariciadores del sol de Levante, y aspirando el delicioso aroma de los naranjos, cantaban y bailaban los de Lácar, comentando su campaña.

Cantaban los de Lácar una canción castellana, que les enseñó un oficial que venía de Castilla ⁽¹⁾.

Somos los del Tercio Lácar
los que arrastran el capote,
los que tiran de cuchillo
a eso de la media noche.
Al Tercio de Lácar no hay que comparar
porque es un tercio muy singular
habiendo vino, siempre hay buen humor,
y si hay margaritas, mucho mejor.
Somos los de todo el Norte
y también los de Teruel.
Con nosotros no hay quien pueda
¿porqué?
Porque somos requetés.

* * *

¿Qué compañía es aquella
que baja por aquel cerro?
Es la tercera de Lácar,
que viene rompiendo el fuego.
Somos los del Tercio Lácar,
que ré, que ré, que rá,
que roto estaba ya,
si no se rompe más,
que bien roto está ya.
Los que arrastran el capote,
que ré,
acostumbras al ataque,
que ré, que ré, que rá,

¹ El teniente provisional Miguel Eugenio Cano Gutiérrez de Rueda, muerto en combate, al que se instruyó expediente de concesión de la Cruz Laureada de San Fernando.

que roto estaba ya,
si no se rompe más,
que bien roto está ya.
Que ya se arreglará.
Por el día y por la noche,
que ré.
A los de Lácar no hay que comparar.
¿Porqué?
Porque es un Tercio muy popular.
Habiendo vino, siempre hay buen humor,
si hay margaritas, mucho mejor.
Somos los de Calamúa,
los del Mazuco y Benzúa,
también en el Guadalope
nos cubrimos de laureles.
Somos los de todo el Norte,
los de San Blas y Teruel,
los de la Sierra Espadán
y los del Ebro también.
Con nosotros nadie puede.
¿Porqué?
¡Porque somos requetés!
A los de Lácar no hay que comparar...

El de Montejurra

Montejurra, el tercio gemelo, compañero inseparable en la inolvidable «1ª de Navarra», tenía su canción, con música de la Madelón.

Los requetés del Tercio Montejurra
luchan por Dios y España con ardor,
siempre pelean con gran valentía.
¡Qué bravos son!
Desde que salen camino de Lesaca
hasta que llegan al campo del honor,
van muy alegres cantando el Oriamendi
y no hay para ellos cansancio ni dolor.
Ya están dispuestos al combate,
nada resiste su valor,
ya escapan corriendo los rojos
ante sus boinas de color.

Y su grito es: ¡No hay que desmayar!
Por eso la gente canta sin cesar:
 Los requetés del Tercio...
Cuando adelantan por tierras guipuzcoanas
en Guadalupe, Erlaiz y San Marcial,
dejan tras sí una brillante estela
que es imposible que se pueda borrar.
Siempre maniobran en vanguardia,
nada les hace desmayar,
sin que haya para ellos trinchera
que no se pueda conquistar.
Saben decir cosas bonitas
cuando una flor dejan caer,
se siente orgullosa la moza
tal homenaje al recoger.
Y así se verán sus hechos volar,
y decir la gente sin poder callar:
 Los requetés...

El de Navarra

Y el Tercio de Navarra cantaba aquello de «Sale el sol por los montes de Teruel».

Somos siempre los bravos requetés,
los que dispuestos estamos a luchar,
esperamos la voz de nuestros jefes
metidos en las trincheras
para salir a avanzar. ¡Viva el Rey!
Sale el sol por los montes de Teruel,
y el capitán les dice a los requetés:
Preparad correa y armamento,
que aquellas trincheras rojas
pronto nuestras han de ser.
¡Viva el Rey!
Por la mañana comienza el bombardeo
y los rojillos no pueden aguantar.
Y de pronto se oye un grito:
¡Vamos a por ellos!, dice el capitán.
Por entre matas, los boinas rojas,
todos unidos, corriendo van (bis),
y el enemigo, al darse cuenta,

ha comenzado a tirotear.
Pacum, pacum.
Siempre adelante: sin temor,
vamos los requetes,
siempre adelante, por Dios,
la Patria y el Rey.
Las balas rojas nos seguirán,
mas no por eso hemos de retroceder;
seguiremos adelante hasta morir,
o vencer.

El Tercio de San Miguel

El Tercio de San Miguel que fue otro de los de quitarse la boina, mixto de navarros (de Olite y Leiza) y de guipuzcoanos, entró en fuego con los miqueletes, en Urto. Les había arengado el comandante Tutor en la plaza de Leiza. Habían llegado por monte guipuzcoanos de Tolosa y de San Sebastián, Pantaleón Zabala tocaba el chistu y cantaron el Oriamendi y el Guernikako Arbola. Sus oficiales naturales se llamaban Villanueva Unzu, Gorriz, Zabala, Echevarría, Gorospe, Querejeta y Almandoz, lo que se dice «maketos» invasores del País Vasco.

En Urto cae el primer requeté, Joaquín Muruzábal, de San Martín de Unx. Es el único combatiente muerto sobre tierra navarra. A ocupar su puesto vino su tío, cura viejo.

¡Qué sencillamente hermoso, con el verde paisaje de Leiza, la bendición de la iglesia y de la bandera, las voces de las mujeres y el agrio, montaraz y pastoril sonido de chistu! El chistu es un pífano silvestre, como el clarín de la espatadanza, en la que los antiguos soldados de la Montaña vasca bailaban en torno a su jefe muerto, a su héroe muerto, a un eterno Joaquín Muruzábal, de San Martín de Unx, muerto con las armas en la mano siempre que Dios llama al combate. Es algo tan simple y tan hondo, tan claro y tan veraz, que me temo mucho que nunca puedan entenderlo los de la literatura de ratas, la panda de ropavejeros del instinto, los héroes de la alcantarilla, los buscones de la mierda, los mamacaldos de la letrina, los sacristanes de Sartre.

La cuarta Compañía, la de Tolosa, que llevó charanga, cantaba aquello «la Compañía Tolosa, siempre de buen humor, porque nunca le falta vino en el garrafón».

El Tercio catalán

El Tercio catalán, laureado, diezmado en Codo y en El Ebro, tenía su himno, con letra de Martín Riquer y Ramón Pey Desclans, que muere en la gran batalla y música del también requeté José Portolas Vila.

Requetés catalanes, por España
luchad con valentía hasta morir;
conquistad la simbólica montaña
y los enemigos tendrán que huir.
Adelante, adelante requeté,
que en el pecho del caído
una rosa ha florecido;
adelante, adelante requetés.
¡Por Dios, por la Patria y el Rey!
El amor que te espera en tu tierra,
sus ojos siempre fija en Montserrat;
cuando vuelvas allá, ya sin la guerra,
sobre tu boina un laurel pondrá,
y cuando suenen gritos de victoria
recuerda al requeté que cayó ayer;
siempre pura conserva su memoria
que a nuestro Imperio ha hecho renacer.

Cantaban también los catalanes aquello de:

El Tercio de Montserrat
sólo tiene una bandera.
Pero en ella está una Virgen
de todas la más Morena.

Y el virolari:

Rosa d' Abril, Morena de la Serra,
de Montserrat estel,
il-lumineu la catalana terra,
guieu-nos cap al cel...

.....

Doneu consol a qui la patria enyora, -sens veure
mai els cims de Montserrat...

El San Fermín

Y el San Fermín, navarro, que se deshizo en sangre y pasó a incorporarse -lo que quedó, los que quedaron-, en el Tercio de Lácar, con sus protestas, porque consideraban que debía ser al revés, por méritos, y por su contribución en sangre.

Fui a luchar con mi boina encarnada
por la causa de Dios, Patria y Rey.
Somos los de San Fermín,
los del tercio pamplonica
que lleva el nombre del santo
que adoran las navarricas.
Somos los chicos valientes
que contra el rojo han luchau,
somos los mozos alegres
del encierro y del riau-riau.
Los que en las últimas fiestas
supieron reír,
mientras callando sacaban
la boina y el fusil.
Los que ya entonces tal vez
en la muerte han pensau
mientras cantaban y bailaban riau-riau.
Cuando al pelear,
pensé algunas veces en morir,
solía invocar
a mi gran patrono San Fermín.
Y él así me decía:
«Navarrico, ten fe,
los toros en la Estafeta
tú has de correr.»
El fragor de la batalla
a ninguno nos inquieta,
que acostumbrados estamos
a las tracas de Oroquieta.
Y al empezar el ataque,
cuando el follón está armau,
avanzamos invencibles
los mocicos del riau-riau.
Los que en los campos dejaron
la mies sin segar,
abandonando en su arranque

amores y hogar;
los que lucharon valientes,
por un ideal,
ya han triunfau y ahora cantan riau-riau.
Cuando al regresar,
me encontré en Pamplona triunfador,
fue todo mi afán
saludar fervientemente a mi patrón.
Y él entonces me dijo:
«Navarro, acércate
y dame tu boina roja. ¡Soy requeté!»

Y el Requeté de Numancia y el Tercio del Pilar

MARCHA DEL REQUETÉ DE NUMANCIA

Requeté valiente,
vamos a formar,
que ha dado la orden
nuestro capitán.
Requeté aguerrido,
ya suena el clarín
y su eco nos llama
a entrar en la lid.
Por mi Dios, que me dio la existencia,
por la Patria, que me vio nacer;
por el Rey, si gobierna en justicia,
cuanto soy, cuanto tengo daré.
El Averno ha lanzado sus huestes
decididas a ahogar nuestra Fe;
vano empeño, lo impide el baluarte
invencible del fiel Requeté.
Si durante el fragor del combate
Dios dispone mi vida tomar,
sé tú, ¡oh Virgen!, mi amparo y mi guía
de este mundo a la Patria inmortal.
Mas si quiere que goce del triunfo,
y tras él, nos gobierna su Ley,
déjame que gozoso bendiga
a mi Dios, a mi Patria, a mi Rey.
Requeté valiente...

HIMNO DEL TERCIO DEL PILAR

A la orilla del Ebro, el requeté,
que veía su Patria sucumbir
levantó la bandera de la fe
y juró defenderla hasta morir.
Por España su vista paseó
y a sus nobles hermanos de ideal
con un grito de guerra convocó,
que fue clarín de fe, llamada triunfal.
Y a la sombra del templo milagroso,
de la raza magnífico solar,
formaremos un tercio valeroso
que será nuestro Tercio del Pilar.
Y lleno de coraje y de amor el corazón,
lucharemos decididos por salvar la Tradición.
La boina roja es testigo
de que la lleva un valiente,
que le dice al enemigo:
«Por este color te obligo
que me apuntes a la frente.
Mi frente no vale nada,
mi pecho quiero guardar,
porque en él llevo encerrada
a mi Virgen del Pilar.»
Boinas rojas, a luchar,
defendiendo nuestra bandera.
Boinas rojas, combatid.
¡Por España, vencer o morir!

Los requetés cantaban, quizá más que nadie, y cantando ganaban las más duras batallas y... la guerra. «Sí, ganaban las más duras batallas... Como, para ejemplo de valor heroico desde los inicios del Alzamiento, la batalla de San Marcial en la que compitieron -¡aquellos bisoños voluntarios navarros!- con los duros y curtidos hombres de la 2ª Bandera del Tercio, ¡la del Comandante Carbonell!»

Los requetés sobre todos, y en especial los navarros, cantaban en marchas, en los contrataques, cuando descansaban. Lo hacían con canciones antiguas de las carlistadas, sanfermineras, de sus pueblos, con jotas viejas, nuevas o inventadas. Lo importante para ellos era cantar, como se hace en Navarra en fiestas, pues la guerra era la gran ocasión de sus vidas:

Hubo una canción de los voluntarios de Navarra que trascendió a toda España, con las consiguientes variaciones tanto al comienzo como al final:

Adiós, Pamplona,
Pamplona de mi querer, mi querer,
adiós Pamplona,
¿cuándo te volveré a ver?
No me marchó por las chicas,
que las chicas guapas son,
me marchó porque me llaman
a defender la Nación.
Me marchó porque me llama
el Ejército español.
(Me marchó porque me llama
La Falange de las Jons.)
(Me marchó porque me llama
el Requeté y la Tradición.)

Del parón, o de la parada, antes del avance y rotura del frente de Vizcaya:

En el Monte Calamúa
hay una fuente que mana
sangre de los navarricos
que murieron por España.
¿De qué les sirve a los rojos
el tener tanta trinchera,
si luego los requetés
se las quintan cuando quiera?

Y en homenaje al coronel jefe de la «1ª Brigada de Navarra», luego general de la «1ª División», ésta:

Aunque el coronel es joven
y tiene cara de niño,
¡ay que joderse, señores,
dónde nos mete Valiño!

En los permisos y descansos, cuando el voluntario vuelve a su pueblo, deja de ser guerrero para convertirse en un mozo alegre y pacífico. Y por las noches sale con la guitarra y sus amigos a rondar a su chica.

He venido de la guerra
a decirte que te quiero;
pues lo sabes, ya no importa
si en el parapeto muero.
Al son de la jota, jota de mi tierra,
canta sus amores este requeté.
Me vuelvo a la guerra, y en el parapeto
tu amor, navarrica, mantendrá mi fe.
Navarrica, un montejurra
que nunca temió a las balas
está temblando de amores
a los pies de tu ventana.
De los campos, la amapola
dicen es la flor bonita;
este requeté prefiere
llevarse una margarita.
Tu escapulario en el pecho,
cual coraza,
del mal me preservará.
Con él, y mi boina roja,
si me quieres,
¡qué fácil será triunfar!

LAS MARGARITAS

Carcastillo, Morentín.
Lumbier, Cintruénigo, Sesma...
Expresiones militares,
latigazos de banderas
desplegadas en el viento,
destellos de bayonetas.
Margarita de Navarra
-¿fue la Navarra francesa
o Francia española?- fue
la deliciosa princesa
que de nombres semejantes
hizo a su corona gemas...
De Margaritas del campo
dicen y nieves perpetuas
y valientes corazones
de corazones de sierras...
Y de otra gran Margarita

en los corazones reina
de buena parte de España,
buena parte y parte buena.
Manuel Machado (1)

HIMNO DE LAS MARGARITAS

Música de Luis Aramayona, letra de Baldomero Barón.

Margaritas de España cantemos
nuestro himno de amor y de Fe,
nuestras santas banderas alcemos
por la causa de Dios, Patria y Rey.
Margaritas...
Nuestras almas que buscan conquistas
también quieren salvar la nación
ayudando a los bravos carlistas
que combaten por la Tradición. -Ayudando...
Margaritas...
Corazón de mujer española,
Margarita crisol de bondad
por tus nobles soldados inmola
los consuelos de tu caridad.
Por el triunfo de nuestras banderas
por la Cruz de Borgoña y su Fe
lucharemos con ansias guerreras,
¡Gloria a Dios, a la Patria y al Rey!

Villancicos de guerra

¿Y los villancicos entonados en las chabolas en aquellas primeras Navidades de la guerra?

Seguramente existen muchos villancicos de guerra, sobre los populares y casi eternos, pero yo no los conozco. Serían improvisaciones sobre la marcha, flor de un día -mejor, de una noche, la Nochebuena- y se han quedado en la memoria de quienes los cantaron y perdidos en los tranquilos campos de la paz, que un día fueron de guerra, de cuyo recuerdo apenas queda alguna cicatriz vieja, como el costurón de un navajazo, en el rostro impasible de la tierra.

¹ Poesía, Barcelona, 1940, pág. 397.

El villancico era entonces un arma de guerra entre los que celebraban la Nochebuena y los que la habían abolido bajo mil disfraces, la Noche Popular, la Semana del Niño y otras sandeces. Un canto de amor y absolutamente pacífico se tornaba por la mala suerte de España en una frontera entre las dos Españas, que todavía subsisten y que van a florecer en muchas más con el sistema autonómico, dándonos las mil y una Españitas, cada una con sus dos Españitas a cuestas.

Los falangistas de Valtierra -recordados por Javier Nagore Yárnoz- cantaban villancicos de su pueblo, riñón de la Ribera de Navarra, Covadonga de entonces y quién sabe si de ahora frente a los avances del rojoseparatismo basko. En su libro los he leído por primera vez y me parecen una delicia de ternura expresada en el duro hablar ribereño:

En probe pesebre,
tendidico está,
¡el probe muetico
cómo llorará!
Muy fría es la nieve,
que cayendo está:
¡Ay el probetico, qué frío tendrá!

Ni Lope de Vega, el rey de los villancicos, consiguió mayor sentimiento al cantar al Niño Dios, al probe muetico que pasa frío en el portal de Belén. Si alguien entiende mejor la condición humana del Dios hecho Hombre, que dé un paso al frente.

Eran aquellos días muy fríos, de nieve, y la Primera División de Navarra presentía su destino porque ya el 21 de diciembre del 37 cantaba una de las romanzas soldadescas de mayor éxito en nuestra guerra, ajena, por supuesto, a villancicos:

Viva el follón,
viva el follón,
viva el follón
bien organizau,
porque con él,
porque con él,
unos a Huesca y otros a Teruel.

Ignoro si la canción nació en los primeros días del Alzamiento, cuando los requetés del María de las Nieves, mandados por el legendario teniente coronel don Alejandro Utrilla, llegaron a Zaragoza para apoyar al general Cabanellas, y de allí, aprisa y corriendo, fueron unos a Teruel, y a Huesca los requetés sangüesinos. Con aquel Tercio con nombre de Reina iba Ignacio Baleztena, a pesar de sus años y de tantos hijos. Él pudo perfectamente haberla inventado, como tantas canciones inolvidables. O pudo haberse originado en la Brigada Móvil de Aragón, que acudía de aquí para allá a tapar agujeros en el largo y duro frente maño. Lo que sí sé es que la cantábamos aquel diciembre en la Academia de Ávila. También nosotros hacíamos zumbiar los tambores

de Radio Macuto, y acertamos. La mayor parte de mi promoción fue a Teruel, y mis ceriñolos desde Teruel pasarían a Huesca para la ofensiva, el tout complet.

Supongo que existirán villancicos falangistas. Sin embargo, me confieso de no conocer ninguno. Los carlistas sí que los tuvieron. Especialmente ellos se consideraban más aún que los cruzados de la Causa, los cruzados de una Cruzada que llamaban Santa (y yo creo que lo fue, pese a sus pecados y los del resto del Ejército Nacional. «El requeté me dijo uno de ellos en Somosierra- es santo de cintura para arriba, y de cintura para abajo se administra como puede.»)

Me da igual que estos villancicos nacieran en vanguardia o en retaguardia, de la mano de un bardo cualquiera. Me da igual si se cantaron o no en el frente. Dolores Baleztena, en su Cancionero Carlista, dice que sí.

«La Nochebuena del año 1834, cuenta el barón Du-Casse, que le tocó hacer guardia con veinticinco hombres en el pórtico de una iglesia antigua a la entrada de un pueblecito. “Era una de esas noches malas de invierno. Arremolinada por ráfagas de un viento frío y húmedo, se desprendía gran cantidad de nieve de un cielo horrísonamente negro. Mis soldados, embozados en sus mantas, acompañados de una guitarra, cantaban con un tono lento las melancólicas canciones de Navarra.” Ni las inclemencias del clima ni el temple y valor de los voluntarios -sigue Dolores Baleztena- han cambiado al correr los tiempos. La Nochebuena de 1937 sorprende a los soldados en el frente de Teruel. Y aunque añorando el calor del hogar, en medio de aquellas glaciales temperaturas, se aprestan a celebrar la fiesta sacrosanta, creando una cálida atmósfera de amor y alegría. Ante un precioso Niño Jesús, regalo de una madrina cariñosa, improvisan estos sentidos villancicos.»

Es interesante hacer notar el carácter de improvisados en el frente -y Dolores Baleztena sabía bien de los requetés- porque ganan espontaneidad y significan fe y valor.

Esta noche tan fría,
ante el humilde portal,
los requetés de Navarra
nos ponemos a cantar.
Si en Belén hubiera habido
requetés y margaritas,
no naciera el Niño Dios
en tan humildes pajitas.

Un rey franco dijo a los suyos en una vigilia de Viernes Santo, cuando le leían el Evangelio de la Pasión: «Si yo y mis soldados hubiéramos estado allí, no crucifican a Cristo.» Los requetés, más modestos, querían ahorrarle el pesebre, la intemperie, el frío a la hora de nacer.

Este otro revela la misma inquietud y apunta un remedio:

Para que no pases frío
como en la noche en Belén

quiero darte mi capote
y mi boinica también.

Asimismo, se conoce un villancico que yo llamo el de la filiación, porque dice así:

San José era requeté
y la Virgen, margarita;
el Niño Jesús, pelayo:
¡Vaya familia carlista!
Niño divino, Jesús, mi bien
ampara y guarda al requeté.

Los liberales decimonónicos, o sea desde la primera guerra carlista hasta el 14 de abril, también filiaban lo suyo:

Qué religión es ésta
que contra Cristo va,
los curas son carlistas
y Cristo es liberal.

Pero esto no era un villancico, sino una de las infinitas letras del himno de Riego, tan de chundarata como el régimen que nos hemos dado a nosotros mismos. Yo no. Ni siquiera voté.

Conociendo el villancico de la filiación no me extrañaría que algún camarada mío hubiese escrito:

San José era de las CONS
y la Virgen falangista,
el Niño Jesús, flechilla...
y Santa Ana, jonsista.

Sería de Tudela, el bardo.

(El Alcázar, martes, 23 de diciembre 1986.)

La boina de los requetés

«A la boina dieron poesía Zumalacárregui y sus “Guías de Navarra”. Nadie desconocía la historia de la boina blanca y de la boina roja, ni el perfil de águila de don Tomás Zumalacárregui, agudizado por el pico de su boina, que parecía buscar un imposible paralelismo con la nariz del más genial guerrero de la Montaña. Por cierto, que no me explicaba bien cómo la boina del Tío Tomás podía adoptar la forma airosa y algo extravagante que exhibía en el dibujo de Henningsen o en el grabado de Maeztu, y tuve que esperar a ver los primeros requetés andaluces para descubrir el truco de la arandela, que es el que han utilizado los requetés de la escolta del Generalísimo.»

«Zumalacárregui, que, como bien dice José María Iribarren, “logró reducir y aligerar de manera pasmosa el equipo de sus soldados; que frente a los incómodos morriones y chacós de las tropas cristinas estableció las boinas baztanesas como tocado típico de los carlistas”, transformó una prenda campesina en el tocado militar de la Montaña, y un siglo y pico después, un general británico, Montgomery, la convertiría en la prenda militar del desierto»⁽¹⁾.

Los carlistas cantaron a «la boina blanca y la colorá» en el siglo XIX, y los requetés las volvieron a cantar en 1936.

Qué guapa eres,
qué bien te está
la boina blanca y la colorá.
Si subes al Oriamendi
no pises las margaritas
que están regadas con sangre
de voluntarios carlistas.

Qué guapa eres...
¿Dónde vas, Virgen del Carmen,
con esa vela encendida?
Voy en busca de don Carlos
que está la España perdida.
Qué guapa eres...

El valor de la boina roja es carismático. Se heredan descoloridas y ensangrentadas, como ejecutorias de valor. Existe toda una mística de la boina roja. «Impóntela después de comulgar», ordena el «Devocionario del Requeté».

San Pedro se ve en apuros ante un ataque infernal desatado sobre el cielo. Pide socorro a San Fermín.

-Ayuda, Fermín, que el diablo
pretende asaltar el cielo.
-Pedro, sal con boina roja
y les harás entrar miedo.

¹ Diccionario para un macuto, págs. 476 y 477, Madrid, 1964.

¿Qué más es la boina roja? Acompañados de sus «inseparables guitarras», como escribió el barón Du-Casse en la primera guerra carlista, pasa la ronda por las calles de los pueblos recién tomados. La jota, con su ritmo obsesionante, en el que cada nota es el sonido de una voz amada, una evocación de la casa lejana, una añoranza de días felices, se deja oír, entre el estruendo de la guerra:

El camino que va al cielo
es de piedras coloradas;
son boinas de requetés
muertos por Dios y por España.
Con la boina en la cabeza,
valor en el corazón,
sabré defender la causa
de la Santa Tradición.
Roja flor de nuestros campos,
hechizo de nuestras fiestas,
el verte me regocija,
el tenerte me embelesa.
Boina roja, bella prenda
de mis amores emblema;
en mi cabeza tú mandas,
en mi corazón tú reinas.

El combate y la muerte

Banderas de San Marcial ⁽¹⁾

...«Veía a los requetés que atacaron aquella mañana y les veía avanzar hacia las ametralladoras rojas llevando a Cristo en cabeza, como su Capitán, y veía con despechado asombro cómo el cristóforo marchaba sin armas, tranquilamente, como en una simple maniobra, y por un momento las boinas rojas parecieron gotas de la sangre de Cristo.

...Dos conversaban apaciblemente; uno, sentado, sobre un mojón de la carretera, y el otro, al parecer, arrodillado. Sí, desde luego, arrodillado. El que estaba sentado bendijo al que estaba de rodillas, que enseguida se puso en pie y besó la mano al de la bendición. Estaba confesándose.

¹ GARCÍA SERRANO, Rafael, *Frente Norte. La ventana daba al río*, Barcelona. Planeta, 1982, págs. 56, 83, 86, 95 y 96.

...Siento cierto respeto hacia todos los que van a morir, y me gusta que sean capaces de llevar su fe hasta las bayonetas. Debe ser muy hermoso tener una fe así, valerosa, implacable, intrépida, llena de generosidad. Matan a su prójimo como se dejan matar a sí mismos, quizá porque aman a su prójimo como a sí mismos. O al menos lo intentan, que ya es bueno.

...Estaba el altar al pie mismo de las montañas, en el borde de la plana, y la casulla emitía reflejos blancos y dorados a cada litúrgico movimiento del celebrante. La casulla era como un heliógrafo de Dios. “Adelante, hijos míos”, decía. Vio a los soldados de rodillas con el arma inclinada hacia la Hostia, y luego, cuando el sacerdote dio la comunión, muchos se acercaron hasta él para meterse a Cristo en su pecho, para no estar solos frente a la muerte, para que Alguien les diese la mano.

...Alzábanse columnas de humo en el espinazo del monte San Marcial, que daba sobre Irún y desde el cual podría hostilizarse a la ciudad simplemente a cantazos.

...Por los altos se vio a los requetés a la carrera, y un instante después comenzaron a oírse las parrafadas largas, prietas, abundosas, de las ametralladoras. El tapiz se tornaba, finalmente, un verdadero lienzo castrense. Atacan a la bayoneta. Van a pecho descubierto sobre las ametralladoras. Increíble. Quedaban requetés a medio camino y los demás seguían adelante con fogosa impasibilidad. Y allá en lo alto, el violento ciclón de los requetés de Pamplona se preparaba a hender las primeras defensas del fuerte como un cuchillo carnicero, y se veía al Cristo en vanguardia. A veces los hombres se doblaban sobre sí mismos, a veces parecían estallar, a veces se detenían asombrados y poco a poco se inclinaban hacia adelante buscando a la muerte como a una muchacha que estuviese tendida en las verdes praderas, como a una muchacha ante la cual no valen brusquedades, con la que es necesario proceder discreta y dulcemente. Y luego se quedaban quietos, silenciosos, ya sin la aureola de olímpicos que tenían antes y parecían descansar; y muchos descansaban para siempre, y muchos estaban ya ante la luz eterna y eran unos honrados padres de familia, y otros alegres estudiantes, y otros horteras amigos del baile y del vino, y otros campesinos de la huerta, y a todos les gustaba mucho el fútbol, y otros leían novelas y algunos pasaron en vida por donjuanes, y otros eran inocentes como niños, niños casi, y todos eran honestos pecadores, cristianos viejos, y creían en la Santísima Trinidad, en la Comunión de los Santos, en el perdón de los pecados, en la vida perdurable, en la resurrección, amén. Y creían en las infinitas Vírgenes de Navarra, en la del Puy y el Camino, en la Real y la de Ujué, en la de las Nieves y Zuberoa, en la del Romero y las Viñas, en la del Rosario y de los Conjuros, en la de las Fuentes y en la de la Cerca, en la de Idoya y Arrigorriá, en la de Sancho Abarca y en la de Musquilda, en la de Arguiloain y en la de Roncesvalles, y sólo en una, en la Madre de Dios; y a ninguno le complacía eso de morir, pero morían.

...En aquel mismo instante las dos alas del dispositivo de ataque se adelantaban ligeramente al centro, de modo que legionarios y falangistas empujaban por Zubelzu, sobre las Ventas de Irún, y los blindados de los camisas azules insistían hacia Behobia, mientras que los requetés del Montejurra se lanzaban al asalto de San Marcial. Entre el humo, a veces, los prismáticos localizaban al Cristo guerrillero. La suave y verde ondulación del monte se tornaba dramática y las manchas como moradas de los pinares

daban un tono patético y doloroso al paisaje; desde tres días antes se luchaban en sus faldas.

En lo alto de San Marcial parecía reposar la batalla, dormirse entre el humo de las explosiones, pero enseguida se vieron el tremolar de la bandera roja y amarilla y las boinas coloradas alzadas en la punta de los machetes. Era difícil y emocionante la imprecisión que daban los prismáticos a las imágenes. ¡Están en San Marcial!»

¡Y los requetés morían!...

Casariego los ve así camino de la muerte: «Las recias abarcas de becerro vuelto y ancha suela claveteada pisaban, firmes y acompasadas, la tierra fragosa de un bosque tupido y melancólico por el que el Tercio subía en larga y serpenteante hilera de combate. Los requetés -camisa despechugada y descolorida boina caída sobre la nuca- marchaban lentamente, bajo la pesadumbre de sus equipos y cartucheras.»

El general Rada -a cuyas órdenes tuve el honor de servir en Somosierra- les decía en las puertas de Madrid: «Por ser requetés, tenéis que ser buenos cristianos, buenos soldados y buenos caballeros; ningún acto sería por mí tan castigado como el que lleve envuelto un afán de crueldad o de lucro; cuando lleguéis a las casas madrileñas, ser requetés es ser valientes, pero ser humanitarios; ser implacables, pero ser ecuanímenes.»

Nada más comenzada la guerra, el jefe regional carlista Joaquín Baleztena difundió esta orden: «Los carlistas, soldados, nietos y biznietos de soldados, no ven enemigo más que en el campo de batalla; por consiguiente, ningún movilizado, voluntario, ni afiliado a nuestra Comunión debe ejercer acto de violencia, y sí evitar que se cometan en su presencia. Para nosotros no existen más actos de represalia que los que la autoridad militar, siempre justa y prudente, se crea en el deber de ordenar. -El Jefe Regional, Joaquín Baleztena.»

Un periodista francés, André Villoboeuf, de Gringoire, los vería así en el desfile de la Victoria: «De pronto, un grito inmenso se sobrepone a todos los vítores. Es que avanza la infantería navarra, mandada por el general Solchaga. Se toca con la boina roja y ondula como un campo de amapolas entre los árboles de la Castellana. ¡Requetés y navarros! Bravos entre los bravos, siempre en los puestos de peligro, helos aquí, ahora, en el del honor. ¡Qué hermosos resultan sus rostros devorados por la fiebre patriótica, detrás de sus grandes crucifijos de cobre que acarician las banderas maculadas de sangre! Yo, que formé durante la gran guerra en nuestros batallones de Cazadores, que afrontaron con honor las embestidas de los más rudos regimientos alemanes, puedo afirmar que a esta hora no hay en Europa una infantería superior a la navarra. Existirán las que se le puedan comparar, pero no las mejores. Matriz de toda la infantería española, legión alerta, mordiente, posee un fuego, una elegancia en la marcha, que electriza a la multitud y desencadena a su paso huracanes de vítores.»

Se me ocurren mil maneras de terminar esta papeleta, y sin falsa modestia, juro que todas brillantes. Pero renuncio a ello. Prefiero liquidar el tema con la más caliente estadística. Escribe Antonio Lizarza: «De las unidades navarras fue el Tercio de Lácar, el que más bajas sufrió en la Cruzada: 720 muertos y 7.500 heridos, lo que supone sobre los efectivos normales de un Tercio (700 hombres), un 102 por 100 de muertos y un 1.071 por 100 de heridos. Tanta baja obligó a varias reorganizaciones de la Unidad, por

la que pasaron sobre 12.000 combatientes, es decir, los efectivos de una división bien completa.

Le sigue en orden de bajas el Tercio de Montejurra, con 430 muertos y 5.200 heridos, es decir, 61 y 742 por 100 de muertos y heridos, respectivamente, sobre los efectivos normales.

El tercer lugar lo ocupa el Tercio de San Miguel, con 370 muertos (52 por 100) y 3.800 heridos (542 por 100).

El Tercio de Navarra tuvo 240 muertos (34 por 100) y 960 heridos (137 por 100)⁽¹⁾.

El requeté tiene una actitud vital llena de alegría cristiana, de la más gentil tradición española, que suena a fe y al júbilo de Berceo y del Arcipreste. Su confianza en la «Gloriosa» y en la eficacia de las tres Avemarías llega hasta los nombres de sus unidades: nada menos que diecisiete Tercios llevaban el nombre de la Virgen en diversas advocaciones. ¡Tercios de la Virgen del Camino, del Puy, de Nuestra Señora de Estíbaliz y de la Virgen Blanca, de Nuestra Señora de Begoña y de la Antigua, de Valvanera y de Covadonga, del Pilar y de Montserrat, de la Virgen de los Reyes y de la del Rocío, de la Merced y de la Victoria!

Y algunos de estos nombres eran «repes», como dicen los chicos de mi tierra. El grito de «¡Viva Cristo Rey!» solía ser la última jaculatoria del requeté muerto sobre el campo. López Sanz cuenta en uno de sus libros la muerte de José García Imaz, de Larraga, acaecida a los catorce meses de frente en las filas gloriosas del Tercio de Lácár. «A un hermano (suyo), sargento en el mismo Tercio, le avisaron de la desgracia:

»-Tu hermano José ha caído gravemente herido.

»Marchó a buscarle y le encontró moribundo. Le abrazó y le dijo:

»-Grita ¡viva Cristo Rey!»

Jesús Lambea, un requeté navarro, alférez provisional, que habría de morir al frente de una sección de la Primera Bandera de la Falange de Navarra, explicaba su valor con gran modestia en una carta familiar: «Al subir el monte para tomarlo, recé tres Avemarías a la Virgen Santísima y no dejo de repetir la hermosa jaculatoria: “Sagrado Corazón de Jesús: en Vos confío”».

Lambea se municionaba en el mejor parque posible: en el de la fe en Dios. Por si fuera poco, asistía a los moribundos de uno u otro bando, si el capellán no estaba a mano, ayudándolos en el trance con las oraciones del *Devocionario del Requeté*. Se le llamó el *Alférez de Cristo Rey*, que no es parvo sobrenombre. Seguramente que Jesús Lambea se hubiera extrañado leyendo aquello que cuenta en España don Salvador de Madariaga: «En plena batalla del Ebro, el curo castrense de un regimiento navarro que solía rezar un rosario al anochecer, se encontró sorprendido con que la tropa le hacía una “huelga” de padrenuestros al llegar el momento de orar “por nuestros caídos”. “¿Qué pasa?”, preguntó. Y un barbudo navarro le contestó con voz varonil: Que se diga “por nuestros caídos y por los de nuestros hermanos de enfrente”».

Cualquiera sabe que esto de rezar por todos los caídos era una costumbre muy extendida desde el primer momento. En *La fiel Infantería* anotaba yo este recuerdo de los

¹ Memoria de la Conspiración. Pamplona, 1969, 4.ª ed., pág. 200.

días de julio y agosto en Somosierra: «Acabamos con un responso por todos los muertos de la campaña, por sus muertos también.» De modo que, agradeciendo la buena intención del reverendo don Salvador, de la S. N. (Sociedad de las Naciones), lo de su «huelga» es otra cosa, así como lo del requeté de Estella. El alférez protagonista de *Los ojos perdidos*, que está en línea ortodoxa, «pidió por sus amigos muertos a los dos lados y pidió por todos los muertos de su bando y también por los enemigos muertos, excluyendo, eso sí, a los checos, los franceses, los norteamericanos, los ingleses, los yugoslavos y, en general, a todos los hijos de mala madre de las Brigadas Internacionales. Pidió perdón por excluirlos, pero no lo podía remediar ni aun sabiendo que los hijos de mala madre de las Brigadas Internacionales también eran hijos de Dios.»

La fe de los requetés era algo tan vivo como el universo; tan suyo como su piel; tangible y próximo como su cantimplora o su bota.

«¿Crees que es importante la herida, Babil?» -le preguntaba un alférez carlista a su enlace, un chico de como dieciséis años, según cuenta Zavala.

«No lo sé, mi alférez; pero, por si acaso, vamos a rezar juntos el Señor mío Jesucristo» -le contestó Babil, a quien también le habían cascado.

Rezar el Señor mío Jesucristo por si acaso es una buena fórmula para vivir bien y morir con decencia.

Peter Kemp nos da un testimonio de excepción: «El hospital se llenó pronto con los heridos que llegaban del Ebro. Un joven oficial navarro de los requetés, con una pierna destrozada, fue aposentado en mi habitación. Sufría horribilmente, y su cara era verde bajo el sudor. Contrariamente a mí, jamás se quejaba de su herida, y se manifestó encantado de compartir una habitación con un inglés llegado para combatir por la causa de España. Cierta día, al despertar de un período de inconsciencia, vi que había desaparecido. Eileen O'Brian me explicó la razón: el hospital estaba atestado, debido a los numerosos ingresos, y uno de nosotros dos debía ser trasladado a otro punto más lejano. Estaba inconsciente cuando llegó la orden, pero el requeté afirmó que, puesto que yo era un voluntario inglés, tenía prioridad sobre él, y a pesar de que su estado no era mejor que el mío, insistió en ser trasladado. Profundamente emocionado, pedí a Eileen que procurara encontrarle y le diera las gracias en mi nombre, pero ella negó con la cabeza.

»No puedo. Murió durante el viaje.»

Cantar, cantaban a modo los requetés.

Muerto

En la guerra de 1936 se llamó caído al muerto en combate. A los falangistas les gustaba más hablar de caídos que de muertos. Puede que se debiese a la novedad y también a los noticiarios italianos con el ceremonial ante las madres de los «caduti».

Los requetés hablaban de mártires, o sencillamente de muertos. La maravillosa oración de Sánchez Mazas se titulaba «Oración por los muertos de la Falange». El monumento que la Diputación Foral de Navarra levantó en Pamplona tiene esta dedicatoria «Navarra a sus muertos en la Cruzada».

La palabra caído tuvo confirmación oficial al verse utilizada oficialmente en el Valle de los Caídos, que perdura.

Algunos llamaban a los caídos «presentes», y hacía un poco raro oír un discurso en el que el orador decía esto o lo otro sobre el sacrificio de «nuestros presentes». Una vez se le preguntó a un seuista madrileño que estaba de guardia en la provincial del Sindicato, pocos días después de la Liberación, por un querido camarada del cual no tenía noticias, y el muchacho contestó:

-Ése está «presente» desde noviembre del treinta y seis.

La palabra caído tiene rango y emoción, y a nosotros nos llena la memoria de los amigos que se quedaron eternamente jóvenes. La palabra es a la vez sencilla y grave, y resiste con entereza el uso indebido, el floripondio hipócrita y hasta la calderilla sentimental. Es moneda eterna y dura que no puede sufrir desgastes. Así, caer equivale a morir.

Alguien cerró la puerta de un despacho, del que salía enfadado, murmurando con indignación:

«-¿Y para eso hemos caído un millón de españoles?»

Es verdad que todos morimos un poco con los que entonces murieron sobre nuestra tierra y también que por ellos alentamos.

De todos modos, la frase resulta un tanto excesiva, aun en el caso de que el protestante tuviese toda la razón.

Por otra parte, los fines de una guerra suelen variar según el punto de vista del que los considera. José María Iribarren cuenta de dos viejos estelleses que andaban de muy mal humor, porque a causa de la guerra en curso no iba a haber vacas aquel año. Las vacas son la gran afición del pueblo estellés, que las corre y las torea en conjunto, individualmente y por estamentos: los mozos, las mozas, los niños, los hombres y hasta los ancianos. Los dos viejos de Iribarren conversaban:

«-¿Sabes lo que se dice?

-¿Qué?

-Que este año no va a haber fiestas.

-¿Qué no va a haber vacas? ¿y pa eso hemos mandau los hijos a la guerra?»

Navarra tuvo una enorme contribución de muertos en la guerra: 4.545 de los 40.461 que puso en pie de guerra, que fueron más del 20 por 100 de su población masculina.

Cantata de Larregla

Joaquín Larregla era de Lumbier, donde nació en 1863, aunque Puente La Reina disputó su paternidad en razón de que allí transcurrió su infancia.

Fue músico famoso, con una gran carrera artística, que le llevó a ingresar en la Real de Bellas Artes. Es autor de la gran jota «Siempre P'alante», estrenada en el teatro Gayarre, de Pamplona, en 1899. Es la Marsellesa de los navarros, pues donde quiera que se cante enardece, levanta aplausos y pone a mis paisanos en pie. Se vio en Madrid y en

toda España por televisión, con ocasión del homenaje al maestro Moreno Torroba, su yerno, que estrenó aquella noche en el teatro Real (6 de noviembre 1981) sus «Canciones navarras».

La letra de la jota, escrita por el aragonés Eusebio Blasco, es un homenaje a Navarra, su españolía.

Fue carlista el maestro, y algunos han visto en aquella parte de la gran jota, «en el cuerpo tenemos los navarros un rey», una alusión a sentimientos legitimistas. Sea o no sea así, compuso Larregla una meditación lírica que tituló «Ante la tumba de un requeté».

De Lumbier («el coraje y la gente que amenaza y que da») salieron a la guerra el primer día 120 voluntarios, que formaron una compañía, la segunda, del famoso Tercio de Lácar, que entró la primera en San Sebastián.

Treinta y siete lumbierinos murieron «por Dios y por España». Larregla, el maestro, los recordaba sin duda cuando compuso la meditación que se reproduce a continuación.

McAdams 4.

JOAQUIN LARREGLA.

UNIÓN MUSICAL ESPAÑOLA-Editores.

17403

Jaquim

f *p* *c* *h* *e* *n* *s* *e* *n* *t* *i* *t* *o*

Red. ** Red. * Red. * Red. **

Poco più mosso

pp mf espressivo e ben m.d. cantato m.i. m.d.

*Red. * Red. * Red. * Red. **

m.d. m.d. p m.d.

*Red. * Red. * Red. * Red. **

m.d. m.i. rit

*Red. * Red. * Red. * Red. **

a tempo m.d. sfz m.d.

*Red. * Red. * Red. * Red. **

rit e dim a tempo e p m.d.

*Red. * Red. * Red. **

ten

m.d.

Red. * *A tpo.* *p* m.i. *m.d.* *m.i.* *pp* *m.d.* *p* m.i. *erese*

Red. * *Red.* * *Red.* *

m.d. *m.i.* *m.d.* *m.i.* *pp* *m.d.*

* *Red.* * *Red.* * *Red.* *

p *f* *dim e rit* *pp* *brillante*

* *Red.* * *Red.* *

m.d. *m.i.* *erese* *a delicato*

* *Red.* * *Red.* *

haja *m.d.* *m.i.* *f* *p e ben sentito* *m.i.* *m.d.*

* *Red.* * *Red.* *

17-103

con dolore rit a tpo. cantato con molta espressione
sfz *cresc*

Più mosso
 rit e dim *f* e risoluto m.d. *pp*

m.i. Lento *ppp*

17-103

CANCIONES DE LAS BRIGADAS DE NAVARRA

Las Brigadas

Se decía: «Las Brigadas», y todo el mundo entendía las Brigadas de Navarra. Esto, claro, por lo que a zona nacional se refiere. Supongo que nadie dudará de que se conocía la existencia de las Brigadas Internacionales, pero a éstas se las llamaba, simplemente, las Internacionales.

Las Brigadas de Navarra se engendraron en la plaza del Castillo, en la mañana del 19 de julio, y su cuna fueron los montes de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, en los tiempos de la parada, cuando las columnas de los primeros meses reposan, se entrenan, se endurecen en la paciencia y crecen. Valiño recuerda que en vísperas de iniciarse la ofensiva del Norte, las fuerzas que allí lucharían se organizaron «en cuatro Brigadas (de Navarra), compuestas por diez batallones de Infantería y dos grupos de Artillería con sus cuarteles generales y servicios, y estaban desplegados a lo largo del Deva, teniendo como cabecera las villas de Ondárroa, Vergara, Mondragón y Vitoria».

Mientras se avanzaba sobre Bilbao, se crearon dos nuevas Brigadas, la 5ª y la 6ª. La 1ª absorbió a la 3ª, no sé cuándo.

He aquí los nombres de sus primeros mandos: la 1ª, teniente coronel García Valiño; la 2ª, coronel Cayuela; la 3ª, coronel Latorre; la 4ª, teniente coronel Alonso Vega; la 5ª, coronel Juan Bautista Sánchez y la 6ª, coronel Bartoméu. Todas estas unidades gozaron -y gozan- de gran fama, pero acaso más que ninguna, la 1ª, y luego la 4ª. Las Brigadas de Navarra fueron un arquetipo de valor y eficacia bajo el mando del general Solchaga, que tenía a su lado, en el E. M., a aquel prodigio que fue el coronel Vigón. Es curioso pensar que dos años antes se había producido una como premonición de estas famosas unidades, también en el Norte y también contra el comunismo. Precisamente durante el octubre asturiano coinciden algunos de estos nombres en el despliegue nacional frente al marxismo armado: Solchaga manda una columna que desde Bilbao marcha hacia Llanes, y a la altura de Ribadeo se le presenta el teniente coronel Juan Vigón, en situación de retirado, y se le incorpora al E. M., mientras que el comandante Alonso Vega se ofrece como conocedor del terreno y opera con las fuerzas que van a la conquista de Noreña.

El general Kindelán escribe a propósito de las Brigadas: «El prestigio personal y las dotes del general Mola, hicieron que el Generalísimo le concediera gran libertad ejecutante, y la circunstancia de que el mando regional siguió en Burgos, limitándose a sus misiones de segunda línea, sin intervenir en las operaciones, hizo que las unidades que se llamaron, primero, Columnas de Navarra, y luego, Brigadas del mismo nombre, no se sintieran oprimidas por el peso de múltiples mandos, pues su jefe, el general Solchaga, a quien ayudaba el coronel Vigón, convivió con Mola y juntos los tres

formaban un solo cuartel general que conducía las operaciones, dejando a los jefes de columnas la necesaria autonomía que nunca degeneró en intempestiva independencia. Ello se tradujo por de pronto en una mayor agilidad operatoria y en un mayor rendimiento de las escasas fuerzas de que se disponía -dos docenas de batallones- y, más tarde, tuvo la consecuencia beneficiosa de acostumbrar a los mandos a la iniciativa y que, apreciando sus ventajas, la practicaran en otras operaciones de guerra. Las Brigadas de Navarra fueron plantel de generales que supieron emplear la iniciativa y la obediencia activa.»

Las Brigadas ganan pronto su sitio en el corazón del pueblo y a partir de su bateo militar, celebrado el 31 de marzo de 1937 -bien estruendosamente por cierto, según testimonia Jorge Vigón: «Quizá por primera vez en esta guerra, el 31 de marzo se emplea la artillería en masa en una acción coordinada y potente»-, no dejan de escuchar loores, ni tampoco de sentirse acosadas por la lluvia. La lluvia y la niebla serán compañeras inseparables de todas sus acciones, y no precisamente para favorecerlas. «La niebla se ha hecho roja», dirá Mola el mismo día de su muerte, horas antes de que la niebla lo lleve a estrellarse contra un cerro de Alcocero.

Las Brigadas -anota Valiño, que las conoce muy bien- «en realidad eran pequeñas Divisiones, muy ágiles, maniobreras y fácilmente adaptables a toda clase de terrenos, incluido el de alta montaña». Cuando Asensio ve bajar a la 4ª y a la 5ª desde Santander hacia Brunete, escribe que «de Brigadas no tenían más que el nombre, pues eran auténticas Divisiones».

Pasaron a ser oficialmente divisiones al acabar la campaña del Norte e iniciarse la de Teruel. Entonces tuvieron un merecido descanso, lleno de gloria, entre Navarra y las Vascongadas. La 1ª descansó en Pamplona y fue revistada por Franco, que ese día impuso la laureada a Navarra. El juicio de Valiño no deja margen a la duda y confirma aquella que el pueblo sintió desde el primer momento al hacerlas sus favoritas: «La organización de las Brigadas Navarras fue un acierto indiscutible. Ligeras y maniobreras, capaces de embeber unidades de refuerzo, aptas para la acción ofensiva y defensiva y, sobre todo, para moverse en ese terreno áspero, frío y endiabladamente atormentado, fueron la clave del éxito final.»

Las Brigadas levantaron torrentes de literatura periodística y poética, y es de esperar que algún día tengan su precisa conmemoración literaria e histórica. Operaron siempre en familia, como tales Brigadas; luego, ya de Divisiones, sus actuaciones fueron más desperdigadas, pero la resonancia popular las unía siempre. En la sierra de Cuera, cerca de Llanes, nació la canción que las caracterizaba. Fue un impromptu al acordeón, sobre una melodía mejicana y una letra que iba inventando el propio tañedor del instrumento:

Adelante las Brigadas de Navarra
avanzando y avanzando siempre van.
La Primera, como siempre, la primera,
que las otras le seguirán detrás.

La canción, claro, nació en la 1ª, pero es justo reconocer que sus hechos la colocaron a la cabeza del más glorioso escalafón. El último verso de la primera estrofa tiene algunas variantes sin importancia: «que las otras siempre marchan detrás» o «que las otras marchan siempre detrás». Total, nada; y enseguida viene la graciosa enumeración de las unidades:

La Cuarta de Camilo no es camelo.
La Segunda y la Tercera, ¿dónde están?
La Sexta que nos llega de relevo
y la Quinta que no lo hace mal.

La pregunta sobre la 2ª y la 3ª no tiene malicia. Se refiere a que en aquel instante no andaban con la 1ª, sino que iban por la parte de León sobre Asturias, y el juglar y sus compadres no las veían. En cuanto a la 6ª, era una confirmación poética de un hecho normal, porque según parece la 6ª solía ser el relevo habitual de la 1ª. La copla se remataba así:

Avanzando las Brigadas de Navarra,
avanzando y avanzando siempre van;
la Primera porque es siempre la primera
y de ella la Agrupación de Gual.

Queda bien claro, con arreglo a todas las tradiciones lírico-militares, que la Agrupación de Gual era la del juglar, un capitán de complemento que mandaba las ametralladoras del 6º Batallón de América, y la de los primeros alegres cantores. Este capitán se llamaba Sergio Senador -hijo del famoso notario Julio Senador, el de La canción del Duero-, más conocido en el Ejército de la posguerra por teniente coronel Gómez Alba. De modo que para que en España pudiera escucharse un día la canción del Duero, y de tantos otros ríos, el hijo del notario del 98 tuvo que hacer la guerra e inventarse la canción de las Brigadas de Navarra, al final de Santander y al comienzo de Asturias, hacia Panes.

En las Brigadas de aquellos tiempos del Frente del Norte, las canciones eran, más o menos, idénticas, con variaciones mínimas, a las que se cantaban en todos los frentes por los soldados nacionales.

¿Quién, los que cantábamos en aquellos meses, en los que la guerra era romántica, ha olvidado La Chaparrita, que fue la dulce Madelón, la anticipada Lili Marlén, la novia de nuestra guerra?

Chaparrita, la divina,
la que al templo se encamina
muy pronto para rezar.
A Dios le pide y le implora
que se la lleve en buena hora
a su seno a descansar.

Lleva *rouge* en las mejillas,
la falda por las rodillas
-será para la calor-,
lleva las uñas pintadas
y las orejas moradas
y los labios de color.
Me da besos a montones,
ardorosos mordiscones
que a veces me hacen llorar.
Ella a veces también llora
y el llanto la decolora
pero se vuelve a pintar.

¿Quién no entonó, con el corazón, el «Adiós con el corazón»?

Adiós con el corazón,
que con el alma no puedo;
al despedirme de ti,
al despedirme me muero.
Tú serás el bien de mi vida,
tú serás el bien de mi alma,
tú serás el pájaro pinto ⁽¹⁾
que alegre canta por la mañana.

¿Recordáis, amigos, las canciones de cuando comenzó la ofensiva de Vizcaya?
¿Recordáis estas que nos ponían en los ojos la ternura y una nostalgia inexplicable?

Mañana, mañana,
mañana de llover, de llover.
Así estaba la mañana
cuando te empecé a querer.
Mañana, mañana,
mañana de nevar, de nevar,
así estaba la mañana
cuando te empecé a olvidar.
Si tu padre me cierra la puerta,
abre niña ventana y balcón;
juntaremos los corazoncicos
y hablaremos cosicas de amor.
Mañana, mañana...

* * *

Una mañana temprano

¹ El pájaro pinta, decían los vascos.

cogí mi caballo
y me fui a pasear.
Tuve (hube) de (que) cruzar la ría
de Villagarcía
que es puerto de mar.
Yo te daré,
te daré, niña hermosa, etc...

* * *

No hay quien pueda,
no hay quien pueda,
con la gente de la Ribera,
la Ribera de Navarra,
no hay quien pueda,
por ahora.

* * *

Carrascal, carrascal,
que bonita serenata,
carrascal, carrascal,
que me estás dando la lata ⁽¹⁾

Yo me enamoré del aire,
del aire, del aire;
yo me enamoré del aire,
del aire de una mujer.
Como la mujer es aire,
es aire, es aire;
como la mujer es aire
del aire me enamoré.

Creo que su origen era popular. Se cantaba mucho. Luego, algunos, se la atribuían a los aviadores. Me parece que en esta canción se apoyó Víctor de la Serna para una de sus crónicas sobre Joaquín García Morato.

Pienso que el recuerdo de las canciones de las Brigadas navarras se hace más intenso y se queda fijo, por el espíritu religioso que revelan -¡gente brava y fina la de mi tierra!- al traer a la memoria sus villancicos y sus canciones.

Han pasado más de cincuenta años sobre la última acción de estas unidades y todavía tienen una inconfundible vigencia en el lenguaje. Las Brigadas siguen siendo, para el español, las Brigadas de Navarra, y el orgullo de haber servido en ellas alcanza, como una bendición, a los hijos de aquellos soldados.

¹ Se cantaba también «carrasclás», pero en la 1ª Brigada siempre se cantó «carrascal»

«Las Brigadas de Navarra», por Manuel de Góngora.

¿Adónde van esos locos,
pasados de celo y rabia,
blancos de bíblicas iras,
verdes de ciega esperanza,
sordos a voz que no sea
grito de guerra y cruzada,
apretados de coraje,
maduros en sus entrañas
de la fe de lo imposible,
que es levadura y sustancia
del pan caliente que un hombre,
con un acero y un mapa,
cara al sol que borda en oro
las piedras de Salamanca,
en artesas españolas
para todo el mundo amasa?
¿Adónde van esos locos,
camisa despechugada
donde un haz de cinco flechas
cinco sentidos traspasa,
o se abre la cruz sangrante
de las borgoñesas aspas,
o militares emblemas
de honor y gloria ametrallan,
como en cielos de ceniza
vivas estrellas de plata?
¿Adónde van, me preguntas,
voz de razón calculada?
¡A emborracharse de cielos
altos y de crestas ásperas!;
¡a ensartar soles y estrellas,
si trepar cimas no basta!
¡Banderas de Montejurra,
de San Marcial y de Lácar...!
¡Recio muro de alaveses,
Tercio de la Virgen Blanca...!
Espumas del Bidasoa
traen en sus recias abarcas,
y se aderezan penachos
con los humos de Vizcaya...
Ya escuchó sus oraciones

el claustro de Santillana...
¡Plantáronse en Covadonga!
¡Ay, Dios, y cómo temblaba,
bajo su losa de muerte
escarnecida y befada,
la osamenta de Pelayo
entre su rota mortaja!
Corzos de elásticos remos,
de un monte a otro monte saltan,
desgrañan crines de bosques
y culebrean gargantas;
triscan, laten, copan, vengan,
tumban, hienden, rezan, cantan,
trepan, brincan, vuelan, baten,
chocan, flechan, mueren, matan.

Canción de guerra para las Brigadas de Navarra

Letra de Jesús M^a de Arozamena, música de J. Guridi.

Al Excmo. Sr. don José Solchaga
General de las Brigadas de Navarra

¡Adelante, voluntarios,
mozos fuertes de Navarra,
que ya suenan los cañones,
que ya suenan las campanas!
¡Guerra!, claman vuestros montes
en canción vieja y triunfal,
¡Por la España grande y fuerte,
vuestro empeño vencerá,
vencerá!
¡Gloria a ti, Navarra Reina y Madre,
es tu trono lugar de oración;
tus cadenas son lazos de triunfo,
tu Laureada recinto de honor!
¡Gloria a ti Navarra,
roble sano que por el mundo esparces la luz,
es tu guerra aquel gesto cristiano
de una Patria, de un Rey, de una Cruz!
Cruz.

Si vas al Oriamendi,
no pises las flores blancas,
que están regadas con sangre
de los mozos de Navarra.
Qué guapa eres,
qué bien te está
la boina blanca
y la colorá.
No llores madre, no llores
porque tus hijos a la guerra van,
a la guerra van.
¡Qué importa que el cuerpo muera
si el alma va a la eternidad!

CANCIONES DEL TERCIO (La Legión)

El Tercio

Fue Raimundo Lanas, de la Ribera del Ebro, quien puso de moda por las vísperas de nuestra guerra, una jota que dio mucho quehacer, junto con la de la noche de la Bardena en que llovía y nevaba, la de la flor plantada a las orillas del Arga, la del pajarraco que quería volverse yedra por aquello de ir por atún y a ver al duque, y la del más lindo querer que, como saben, es el querer sin esperanza.

La jota a que me refiero decía:

Tengo un hermano en el Tercio
y otro tengo en Regulares,
y el hermano más pequeño
preso en Alcalá de Henares.

El alma más cándida encontrará en la copla una evidente intención de menosprecio que va muy bien con aquella época de pacifistas profesionales y armabollos escandalosos que tan gentilmente llenaron de retórica nuestra preguerra.

Era muy corriente por entonces rubricar la jota con un grito de «¡Jodó, qué familiar!», sin duda porque el Tercio, desde un punto de vista burgués y hasta político, no tenía buena fama, y otro tanto pasaba con los Regulares. De lo de Alcalá no hay por qué dar explicaciones, aunque ya faltaba muy poco tiempo para que el que tuviese un hermano en el Tercio, otro en Regulares y el hermano más pequeño preso en Alcalá de Henares, pudiera andar por ahí con la frente bien alta en la seguridad de que todo el mundo iba a saludarle con honesta envidia en aquella naciente, pequeña y crecedera España que fue la zona nacional, como miembro de la mejor casta de familias españolas.

Los conocimientos que sobre la condición, calidad y origen histórico del Tercio de Extranjeros, fundado el 4 de septiembre de 1920, dando así solidez militar a una aguda idea de Millán Astray, pudiese tener el español medio eran muy escasos. El Tercio no resultaba familiar a los españoles, sino más bien algo lejano y distante. En aquella época no viajaba casi nadie, y Marruecos quedaba en el otro mundo, dicho sea, popularmente hablando, en todos los sentidos posibles. El Tercio, en cambio, tenía son.

Para las mujeres era el Tercio una especie de misterioso convento de perdularios adonde iba a parar «lo mejor de cada casa»; para los hombres, una guarida de

aventureros profesionales, un eventual «refugium peccatorum» para quien quisiera esquivar la justicia, algo inevitable y bueno para tenerlo lejos; un correccional de Santa Rita al fuego, útil para los cimarrones de cualquier calibre. Una simple nómina de funcionarios de la muerte.

De todo había, como se verá, pero en bueno.

«Sindicalistas rojos, sindicalistas blancos, pistoleros a sueldo, jefes de cabeza cotizada, cómplices, autores quizá de atentados famosos, perseguidos de cerca, envueltos acaso en sus mismas redes, se acogieron a la Bandera Negra, como en otro tiempo a la Casa de Dios -escribe Luys Santa Marina, que con ellos estuvo, recordando a los primeros legionarios, y termina-: De nuevo, tétrica enamorada, exiges varones de pro, y los que mataban por instinto, o por odio, o por hambre, o por miedo, te tendieron los brazos, y como hidalgos de cuatro linajes, mataron, murieron por tu honra, por la honra de España.»

No faltaban españoles que elogiase plenamente al Tercio por aquellas calendas democráticas, pero con ademán pulido objetaban que sus soldados eran mercenarios. ¡Los hay finolis!

«¿Quién buscó dineros en este Tercio que hubiesen acaudillado orgullosamente Gonzalo de Córdoba y el duque de Alba, y que don Lope de Figueroa hubiese defendido –“contra la mentira, contra la verdad”-; este Tercio, jamás amotinado... y sin la esperanza de opulentas villas en que entrar a saco... ¡A sueldo...! Es inicuo y grotesco a la vez. ¡Ya estamos hartos de calumnias! El Tercio no es una banda de condotieros, no es una Legión. Formóse casi exclusivamente con españoles (y por españoles cuento también a los hispanoamericanos) que amaban a España sobre todas las cosas.»

Con estas palabras termina Luys Santa Marina el mejor libro que se ha escrito sobre el Tercio; en él narra algunas de sus impresiones de los años veintiuno y veintidós en tierras de África y bajo el guión de la catorcena compañía, dicha «de las cabezas», a quien está dedicado *Tras el águila del César*. El libro salta del escalofrío al lirismo con la misma facilidad que un legionario pega un brinco sobre el parapeto. Naturalmente, después de este libro y de otros muchos, los hombres sesudos siguieron calificando de mercenarios a los soldados del Tercio.

Pero con esto ya contaban los de la catorcena, dicha «de las cabezas», Luys Santa Marina y el Tercio entero. Por todo lo cual cantaban entre Anual y Alhucemas, casi como en un poético balance:

¡Ay, tira; ay, dale;
que en el Tercio,
en dos días,
se ganan diez reales...!

Por semejante jornal morían a chorros y eran considerados muertos de tercera, de los que no hay que dolerse, hasta el punto de que Asenjo recuerda a propósito de un combate africano en el que hubo más de quinientas bajas, la aclaración brindada a la retaguardia y al comentario, nada menos que por el boletín de guerra, el cual, «para

dulcificar la noticia -escribe Asenjo, agrega al final esta indecencia: “En su mayor parte de indígenas y legionarios”...»

En aquella Legión, evocada por Luys Santa Marina, nacieron las canciones más estrambóticas y, a la vez, ingenuas, como propias de hombres en riesgo constante de muerte; una muerte temida y vencida con jactancia, asimismo infantil.

Canciones como éstas:

Ay, ay, ay, ay,
moros asesinos,
los vamos a degollar,
cielito mío,
los neoyorquinos.

* * *

No llores,
mi bien, no llores;
no llores,
ramo de flores,
mira cómo yo no lloro
¡Y me llevan a Melilla
a pelear con el moro!

(Réquiem legionario de urgencia)

Dies irae, Dies illa,
el que es tonto se espabila (v),
que lo manda el Rey Favila...

* * *

Ya le llevan a enterrar,
tirular, tirular,
al hermanito del «Gato»,
tirulato, tirulato...

(Copla legionaria de Marruecos, sobre la posible muerte de un hermano del «Gato», cabecilla rebelde.)

* * *

LA CHAMELONA

Se están juntando jamidos
en lo alto de aquellas lomas.
Aé, aé, aé, la chamelona.

Vamos allá los del Tercio
que somos buenas personas...
Aé, aé, aé, la chamelona.
No llevaremos fusiles;
basta con unas escobas.
Aé, aé, aé, la chamelona.
Para barrer los mojamás
y cortarles la chinostra.
Aé, aé, aé, la chamelona.
Y así le podré mandar
dos orejas a mi novia...
Aé, aé, aé, la chamelona...
¡Mucho me pican las pulgas
y no menos las pulgonas!
Aé, aé, aé, la chamelona.
Lo mismo nos pasa a todos
y no decimos ni jota...
Aé, aé, aé, la chamelona.
Tengo paradas las muelas
hace no sé cuántas horas...
Aé, aé, aé, la chamelona.
Pues, hermanos en Jesucristo,
récele a Santa Apolonia...
Aé, aé, aé, la chamelona.
Hay ojos que cuando miran
los corazones destrozan.
Aé, la chamelona.
¿Qué pasa, que hay peligro
allá arriba en la loma?
Aé, la chamelona.
Pues vamos los legionarios,
que somos buenas personas.
Aé, la chamelona.
Saludo a los oficiales,
que son muy buenas personas.
Aé, la chamelona.

* * *

Dicen que los legionarios
tienen la vida en un hilo,
legionario fue mi padre,
legionario es mi marido.
Selepinar, selepinó
el aparato para volar...

A los chicos de mi quinta, el Tercio nos traía locos. A través de los periódicos, de las conversaciones hogareñas, de cambios de impresiones entre reales y fantásticos en los patios elementales, y hasta de contactos de buena y admirada vecindad con legionarios que venían de África, heridos o de permiso, con las patillas flamencas pintadas por Velázquez, nos daba en las narices un tufo a romance bueno.

Los tristes héroes de nuestra infancia -aquellos episodios de Dick Turpin o el pirata Drake, y en los raptos de patriotismo, las entregas semanales sobre las hazañas de Jaime el Barbudo, Diego Corrientes o el Tempranillo- chaqueteaban ante la verdad que suponía en nuestro horizonte la simple presencia de aquellos hombres. Se parecían a los amigos de Búffalo Bill y olían al sudor de los amigos de Rodrigo Díaz -que, a veces, cruzaba el aula colegial en los versos de Manuel Machado- y también a los amigos de Gabrielillo Araceli, a quien yo particularmente había sido presentado por mi padre.

Pienso que el Tercio anda ya por los sesenta y pico añitos, los mismos que cumplen los escalones más juveniles de la generación de la guerra, y me gusta descubrir que la dadivosa promoción de los voluntarios -los que a un lado y a otro quisieron arreglar las cosas de España para siempre-, de los soldados del 36 y de los alféreces provisionales, nació, más o menos, con el Tercio: que de su espíritu se nutrieron el Reglamento de la Primera Línea de la Falange y las Ordenanzas del Requeté y que del Tercio salió el hombre de la paz de España.

No hay heroísmo sin canción heroica. El Tercio tuvo dos himnos que, en aquel tiempo de heroísmo juvenil de los años 1936-1939, llegaron a ser himnos oficiales de una España heroica también.

De los himnos oficiales -la Marcha Real, no cantada; el Oriamendi y el Cara al sol; el Himno de la Legión y el Novio de la Muerte, que se fundieron en realidad y se empalmaban las respectivas letras y músicas-, el de la Legión se escuchaba también en posición de firmes.

Aunque aquello le iba menos que escucharlo, en la calle o en el frente, entonado por aquel «vendaval de hombres arremangados y cantando», como definió a la V Bandera de la Legión un corresponsal inglés atónito al verlos desfilar por Barcelona liberada.

HIMNO DE LA LEGIÓN

(Letra de Emilio Guillén Pedemonti y música de Modesto Romero.)

Soy valiente y leal legionario,
soy soldado de brava Legión;
pesa en mi alma doliente calvario
que en el fuego busca redención.
Mi divisa no conoce el miedo,
mi destino tan sólo es sufrir;
mi Bandera luchar con denuedo
hasta conseguir vencer o morir.

Legionario, legionario,
que te entregas a luchar
y al azar dejas tu suerte
pues tu vida es un azar.
Legionario, legionario,
de bravura sin igual
¡si en la guerra hallas la muerte
tendrás siempre por sudario,
legionario,
la bandera nacional.
Somos héroes incógnitos todos,
nadie aspire a saber quién soy yo.
Mil tragedias de diversos modos
el correr de la vida formó.
Cada uno será lo que quiera,
nada importa mi vida anterior,
pero juntos formamos Bandera
que da a la Legión el más alto honor.
Legionario, legionario, etc.

EL NOVIO DE LA MUERTE

Nadie en el Tercio sabía
quién era aquel legionario,
tan audaz y temerario
que en la Legión se alistó.
Nadie sabía su historia,
mas la Legión suponía
que un gran dolor le mordía
como un lobo el corazón.
Mas si alguno quién era le preguntaba,
con dolor y dureza le contestaba.

(Estrillo)

Soy un hombre a quien la suerte
hirió con zarpa de fiera;
soy un novio de la muerte
que va a unirse en lazo fuerte
con tal leal compañera.

Cuando más rudo era el fuego
y la pelea más fiera
defendiendo a su Bandera
el legionario avanzó.
y sin temer el empuje
del enemigo exaltado
supo morir como un bravo
y la enseña rescató.
Y al regar con su sangre la tierra ardiente
murmuró el legionario con voz doliente:

(Estribillo)

Cuando al fin le recogieron
entre su pecho encontraron
una carta y un retrato
de una divina mujer.
Y aquella carta decía:
si Dios un día te llama
para mí un puesto reclama
que a buscarte pronto iré.
Y en el último beso que le enviaba
su postrer despedida le consagraba.

(Estribillo)

Por ir a tu lado a verte
mi más leal compañera,
me hice novio de la muerte
la estreché con lazo fuerte
y su amor fue mi Bandera.

HIMNO DE LOS LEGIONARIOS

I

Tercios heroicos, Legión valiente,
que en la vanguardia sabéis morir
son el orgullo de nuestra España
vuestras hazañas al combatir.
Los que en España no habéis nacido

y sangre y vida dais en su honor,
hijos de España sois predilectos
que habéis ganado su excelso amor.
Legionarios a luchar
Legionarios a morir
Legionarios a luchar
Legionarios a morir.

(Estribillo)

¡Viva España! Valientes hermanos
¡Viva España! Legión inmortal,
que es gran gloria morir por España
abrazado a sublime ideal.
Con la sangre que viertan sus hijos
más frondoso el laurel brotará
del que haremos coronas que España
en sus sienes augustas pondrá.
Viva España
Viva la Legión.

II

Ya surja ruda, feroz pelea
o de la lucha cese el afán
notad que os cercan siempre amorosas
sutiles sombras que un beso os dan.
El pensamiento de España entera
vedlo en el tenue fugaz rumor
que nunca cesa de acariciaros
de vuestros pasos alrededor.
Legionarios a luchar
Legionarios a morir
Legionarios a luchar
Legionarios a morir.

(Estribillo)

III

Tercios invictos, Legión de bravos
al mundo entero con altivez

podéis mirarlo porque vosotros
del mundo entero sois honra y prez.
Donde el caído lloró angustiado
donde un hermano la vida dio,
donde traiciones piden venganza
vuestra bravura siempre acudió.
Legionarios a luchar
Legionarios a morir
Legionarios a luchar
Legionarios a morir.

(Estribillo)

LA CANCIÓN DEL LEGIONARIO

Somos los extranjeros Legionarios,
el Tercio de hombres voluntarios
que por España vienen a luchar;
nuestro lema es morir o vencer,
con la fría convicción del deber
y la firme virtud militar.
Por un mismo ideal y con un mismo
propósito de hazaña y de victoria,
añadir a la española Historia
nuevos lauros de ardiente patriotismo.
La Legión llegará hasta el heroísmo
por el triunfal camino de la gloria.

Y hombres de varias razas y habla extraña,
que al luminoso pabellón de España
juramos su defensa y adhesión...;
para la maternal Patria adoptiva,
mientras un Legionario aliente y viva,
será todo su esfuerzo y su pasión.
Y al ímpetu nervioso del hispano
soldado que en la lucha se enardece,
juntará su fiereza el africano
que el olor de la pólvora enfurece;
y el aguerrido arrojo del prusiano,
y el sereno estoicismo del inglés,
y el activo denuedo americano,

con el ardor violento del francés.

¡Todos! Hombres de país distinto y habla extraña,
en franca comunión serán hermanos
bajo el radioso pabellón de España.

Nuestra moral la disciplina sea;
la abnegación nuestra constante idea,
y la exacta obediencia, nuestra ley;
y en el fiel cumplimiento del servicio,
llegan hasta el supremo sacrificio
por Dios, por la Patria y por el Rey.

Al eco del clarín en la diana,
al despertar, pensar cada mañana
en algún nuevo mérito que hacer...
Y al toque del silencio, irse durmiendo
mientras va el pensamiento entretejiendo
algún futuro hecho que emprender.

Y ni el rudo trajín de la batalla,
ni el trágico fragor de la metralla,
ni la sed, la fatiga ni el dolor,
lograrán amilanar nuestra entereza,
ni abolir nuestra sólida firmeza,
ni domeñar jamás nuestro valor.

Somos los extranjeros Legionarios
el Tercio de hombres voluntarios
que por España vienen a luchar;
nuestro lema es morir o vencer,
con la fría convicción del deber
y la firme virtud militar.

Junto al Himno y la Canción de los legionarios, el Himno de la Legión y El novio de la muerte, florece una enorme silva de coplas y canciones del Tercio, cuya variación es enloquecedora. El amor, la muerte y el vino son temas esenciales, y un feroz humor surrealista preside a veces la disparatada canción con que toda una Bandera comienza, cada mañana, su vida militar en plena guerra:

Las hermanas carmelitas
con delantales azules
nos recuerdan a los cielos

cuando se cubren de nubes.
Somos tiernas palomitas,
nuestro candor es aún infantil.
¡Que viva Benedicto XV,
que viva la Revolución,
que viva el alférez Cuadrado,
que nos llevó al Pingarrón!

Hay coplas para la mujer que no quiere y para la que quiere, porque de todo debe haber en la viña del Señor:

¡Déjala que se te vaya,
y si quieres, que no vuelva;
tú tienes para elegir
en otras ocho Banderas!

La mujer que quiere, sabe la que quiere ya costa de qué:

Mi madre me pega palos
porque quiero a un legionario,
y al son de los palos digo:
¡Viva el Tercio y sus soldados!

* * *

Vamos al frente vivos y ligeros,
en la vanguardia que es puesto de honor,
a demostrar que somos los primeros,
a demostrar el Tercio su valor.
Los legionarios son leales,
siempre dispuestos a morir,
ni las fatigas ni cien males
pueden hacernos desistir...

* * *

Avanzar sin cesar,
sin temor a morir.
La vida es luchar,
el fin es sucumbir.

* * *

Y antes que abandonar,
a uno sin compasión,
había de quedar
entera la Legión.
Nuestra bandera es brava y decidida,
todos hermanos en el corazón,

que ¡Viva España! sobre nuestra vida.
¡Viva España y viva la Legión!

* * *

En Jerez degüellan gente,
en Madrid se sube el pan
y en las Cortes se desuellan
unos a otros sin piedad.
Conque si esto es vivir bien,
preferimos vivir mal.

* * *

...¡Ay, qué lata, qué lata, qué lata!...
Ya vienen los moros a darnos la lata...

* * *

Adiós Facundo,
que te vas al otro mundo...

* * *

Abd-el-Krim se subió al cielo
a pedirle a Dios perdón,
y San Pedro le repuso:
Pídeselo a la Legión.
Selepinar, selepinar,
el aparato para volar,
para volar...
Adelante la Legión,
adelante la Legión...
Selepinar, selepinar...

* * *

La novia del legionario
bien sabe lo que es sufrir,
si ayer recibió una carta,
hoy de luto ha de vestir.
¡Ay!
¡Ay, chumbera, chumbera, chumbera!
A tu verde sombrita quisiera
taparme del sol.
Y que nadie
que nadie supiera
que me he puesto color de la cera
temblando de amor...
¡Ay, soldadito de La Legión!
Yo quisiera
que nadie sufriera
que sólo tú mandas

¡En mi corazón!
¡Ay, chumbera, chumbera, chumbera!
Las moritas de esa tierra
tienen miedo al legionario
como si los legionarios
fuesen unos bichos raros.
¡A la Legión, a la Legión!
A la Legión vine a luchar...
¡Adelante la Legión!
Porque en ella está el amor
y en el amor, la eternidad.

* * *

¡A la Legión, a la Legión!
A la Legión, ¿qué Patria es?
¡Adelante la Legión!
Porque en ella está el honor
y en el honor voy a formar.

* * *

Marinero, sube al palo
y dile a la madre mía
si se acuerda de aquel hijo
que en el África tenía.

* * *

Ha ingresado en la Legión
un Cristo Crucificado,
ya nadie podrá decir
que sólo aquí se ha alistado
la gente de mal vivir.

(Era un Cristo de Pedro de Mena. Ardió con la Iglesia de Santo Domingo, en Málaga. La cofradía de los Legionarios se rehizo después de la guerra y Francisco Palma Burgos hizo una hermosa reproducción del original. Antes estaba en el cuarto de Banderas de Dar Riffien).

Un pastiche gracioso del Novio de la muerte se escuchaba, en aquellos años duros y alegres al mismo tiempo, por quienes estábamos en compañía de «gente de Bilbao», combatiente toda ella, todos ellos, en Tercios y Banderas, en la Legión y en Batallones de las Brigadas de Navarra. La canción nació en «Las Pocholas», el restaurante famoso que dio a conocer a Pamplona a tantos soldados nacionales y que precisamente entonces saltó a la fama internacional. Canta, con estupendo humor bilbaíno, al gran Fernando Lezama, prototipo de aquellos bilbaínos, españoles a ultranza, que, a su vez, hicieron famoso «el Bilbao de las bilbainadas», una manera de ser análoga a la de los legionarios, de jactancia ingenua y del «¡para, para, lo mío es lo mejor!»

Pocos de los lectores conocerán este himno de Lezama-Leguizamón:

Nadie en el Tercio sabía,
que el gran Fernando Lezama
era pariente del ama
que a Zavala amamantó,
nadie sabía su historia,
mas la Legión suponía,
que más de un duro tenía
y acaso más que un millón.
Mas si alguien quién era le preguntaba,
con valor y dureza le contestaba:
Soy Lezama el de Bilbao, 150.000.000
a mi «lao» es un «pasmao»,
desde el rey del «bacalao»
hasta el mismo Romanones.
Cuando más duro era el fuego
y la pelea más fiera,
por defender su bandera
un duro se le cayó;
mas sin temer al empuje
del enemigo exaltado
supo luchar como un bravo
pero el duro rescató.
Al regar con su sangre la tierra ardiente,
murmuró el gran Lezama con voz doliente:
¡Viva el papel del Estado,
vivan las «azucareras».
«altos-hornos» de Bilbao,
las acciones del «pescao»
y las empresas mineras!
Cuando al fin lo recogieron,
entre su pecho encontraron
cinco o seis duros en plata
y un legajo de papel.
En el legajo decía:
«Ahora que muero, cual fiera,
quisiera que se cumpliera
lo que dice dentro d'él:
A mi primo Cabanilles
dejo todos mis millones,
a Barreiro las vaquillas,

a Íñigo las cerillas,
y a Zavala los blasones.»

Cantaban mucho y bien -Franco, en Africa, según el «Tebib», era el primero en cantar-, y aportaron al folclore de la guerra un importante aguinaldo de letras de marcha, de reposo y de ataque. Desde aquella canción teñida de melodramática y sincera melancolía: El novio de la muerte, hasta la versión celtibérica de la Madelón:

Vamos al frente vivos y ligeros,
a la vanguardia, que es puesto de honor,
a demostrar que somos los primeros,
a demostrar el Tercio su valor.

Y también la firme legislación de su concepto de la camaradería:

Y antes de abandonar
a uno sin compasión,
habría de quedar
entera la Legión.
Nuestra bandera es brava y decidida,
todos hermanos en el corazón,
que ¡viva España! sobre nuestras vidas,
que ¡viva España y viva la Legión!

Igual cantaba el Corazón Santo con una letra extravagante, que los loores de aquella Asunción que no se lavaba los dientes -digámoslo así-, o que lo de *Soy un novio de la muerte*.

Ahora es hermoso -bueno, siempre es hermoso, pero más al filo de estas fechas- pensar en todos aquellos que combatieron bajo las banderas del Tercio:

Sobre la tierra, la banda de azores
se abatió con las alas desplegadas;
nada quedaba oculto a las miradas
agudas de sus ojos avizores.

Así cantaba Santa Marina; y así, José Antonio Cortázar, autor de Poesía legionaria, versos de la guerra de España:

El verde campamento sobre las sombras arde
en fuegos y canciones de guerras y de amadas.
Y, bajo las banderas, los muertos de la tarde
están de centinela junto a sus camaradas.

Es hermoso pensar en aquel claro nido de Dar Riffien y en aquellas banderas que tremolaron sobre la gaba marroquí anunciando la resurrección del Tercio y sobre la retama española anunciando su gloria:

Cinco hermanas tremolaron
bajo el sol de África;
negra, purpúrea, azul,
morada y gualda
eran las brillantes sedas
de las hermanas.

Es hermoso repasar los paisajes de su sacrificio, los cerros de Africa y las altas montañas, Tazarut, Nador, Casabona, Buharrat, Monte Magán, la Vega del Tajo, las Riberas del Ebro, los olivares de Arganda, las fronteras de la Casa de Campo, los picos de Asturias, los soles de Brunete y de Mediana, las nieves de Teruel, la brecha de Badajoz, la desesperada cuña urbana de la Universitaria. Los desiertos de Ifni. El largo camino de los mancebos que casaron con mujer brava, de los novios que ya casaron con la muerte.

Es hermoso pensar en los 9.674 muertos del Tercio; en sus 35.068 heridos; en sus 776 desaparecidos; en sus 45.518 bajas.

Junto a ellos pongo mi oración y también, porque fueron soldados alegres y jóvenes, alegres y viejos, aquello que ellos mismos cantaban antes de morir y que quizá canten después de muertos, empujando así esta enorme y difícil vida de España. No es nada solemne la letrilla, ni la música es solemne, pero tiene una grata memoria de caminos y aventuras, de amigos y camaradas, y huele a buen tiempo de abril y espanta a la muerte, la gran damisela, la gran sota, la gran madre:

A la Legión le gusta mucho el vino,
a la Legión le gusta mucho el ron,
a la Legión le gustan las mujeres
y a las mujeres les gusta la Legión.

TERCERA PARTE

RECUERDOS DE UN ESPAÑOL OLVIDADO

*«En España ha habido prosas admirables como las del
olvidado -por razones políticas- Rafael García Serrano.»*
Emilio Romero (Diario de Navarra, 12 diciembre 1989).

Introducción

En esta tercera parte de Cantatas de mi mochila se recogen algunos de los artículos periodísticos de Rafael García Serrano. Los hemos titulado «Recuerdos de un español olvidado», debido al silencio que, ya durante su vida, envolvió a este escritor español navarrísimo. Y no se emplean estas palabras «de baldés», como dicen en la Mejana tudelana. En efecto, hoy, en España, ante los demás españoles, no resulta tan seguro a sus oídos que al hablar de Navarra sobreentiendan la profunda e histórica españolidad de esta región. Por eso importa mucho, por encima de particularismos, lo que García Serrano dijo y pensó siempre: en nuestros días ya no «tanto monta, monta tanto» navarrizar a España como españolizar a Navarra.

En estos recuerdos, Rafael García Serrano, sin embargo, como perteneciente a una generación que hizo y ganó la guerra de liberación de España -la Cruzada-, da por sobreentendido lo que fue, y lo que espera siguiera siendo: que Navarra es española y España es también Navarra.

Por lo demás, en sus recuerdos, concentrados en esta serie de artículos sobre personas, lugares y circunstancias, García Serrano pone de relieve dos virtudes esenciales que él destaca en sus personajes y que él mismo poseyó hasta su muerte. Una la lealtad. No tan sólo a sus amigos, sino también a los principios. Lealtad que implica el deber de obrar bien -sin traición- y dejar que digan. Y el valor: un valor tenaz, reflejado en la acción, además de en el pensamiento.

Aunque en ocasiones se silencien, se intenten olvidar, esos valores de lealtad y valor, nunca pasarán; y una nueva generación -ya en puertas- volverá a enarbolar esos mismos valores. Entonces, como en los recuerdos que evocó Rafael García Serrano, como en el himno litúrgico:

*Recedant vetera, nova sint omnia,
corda, voces et opera.*

(Retroceda lo viejo, todo se haga nuevo: los corazones, las palabras y las obras.)

EL ABUELO

Una simple necrología me recuerda que por ahora hace los cincuenta años de la muerte de don Alfonso Carlos de Borbón y Austria-Este, para los carlistas de aquel tiempo el Rey. Era un anciano muy terne, de 87 años, antiguo capitán general de los Reales Ejércitos de don Carlos VII, su hermano, en la última guerra legitimista, y sucesor de su sobrino Jaime, que murió soltero recalcitrante a pesar de todos los deseos del buen pueblo carlista. De todo esto apenas sabía yo nada y realmente entablé alguna relación con su identidad física a través de algún periódico tradicionalista del tiempo de la República o acaso ya comenzado el Alzamiento. No sabría decirlo.

Mis amigos requetés le llamaban «el Abuelo» y muchos de ellos en lugar de ¡viva el Rey! o ¡viva don Alfonso Carlos! gritaban sencillamente ¡viva «el Abuelo»!

La primera vez que oí este extraño vitor, creo que a «Patasebo», un joven y valeroso requeté de Cirauqui, que cojo y todo se vino a la guerra y se la pateaba como un ángel, le pregunté:

-¿Quién es «el Abuelo»?

-El Rey.

Los requetés pronunciaban de tal modo este nombre que se le veía prosódicamente la mayúscula inicial.

De la muerte de don Alfonso Carlos, sin embargo, debí de ser uno de los primeros españoles en enterarme, porque cuando nos llegó la noticia estaba en el periódico y fue por la noche o la madrugada entre el 1 y el 2 de octubre de 1936. El periódico del viernes 2 ya recogía la noticia, con una comunicación fechada en Viena en la noche del 28 de setiembre, facilitada oficialmente por la Junta Central Carlista de Guerra, así como una orden general del Delegado nacional del Requeté -para entendernos, su jefe de milicias-, aquel hidalgo montañés llamado José Luis Zamanillo, con cuyo hermano había vivido los días de Somosierra, frente al que se incorporó abandonando la escolta de Fal Conde, imagino que con permiso de éste, porque era un ser tan divertido como disciplinado. Con él se quedaron en la Cuarta Caseta un grupo de estudiantes y Aurelio González de Gregorio.

Calculo que el retraso en comunicar la noticia se debió a que en el momento en que llegó a la Junta Central Carlista, que vivía creo que en el convento de las Adoratrices de Burgos, se hallaba Fal Conde en Toledo, que acababa de ser liberado y con el cual no había modo de enlazar. De todos modos, sin precisar la fecha exacta, Fal se enteró por tres distintos comunicantes discretos. El Comisario carlista de Badajoz, el director de un periódico sevillano (no sé si desplazado a Toledo, porque el servicio telefónico no había sido restablecido en la ciudad) y un radiotelegrafista boina roja, que pescó la noticia al vuelo.

En Pamplona se había enterrado de víspera al legendario coronel Beorlegui -cuya primera tropa estaba casi exclusivamente compuesta por requetés-, y poco más o menos a la misma hora en que moría el viejo don Alfonso Carlos se celebraba una manifestación nocturna para demostrar el júbilo por la liberación de Toledo. (¡Para lo que ha servido a estas alturas!) Lamento decir que en aquella manifestación, y como prueba de que el gusto de las multitudes es siempre fétido, se coreaba mucho un pareado, maldita sea: *¡Un, dos, tres! / Toledo nuestro es. ¡Un, dos, tres! / Madrid vendrá después*, afirmación esta última que no acredita los dones proféticos de las muchedumbres, porque si bien Madrid vino después, vino mucho después. Lo cual no obsta para que esa noche o la siguiente recibiese yo la orden de acercarme a Madrid para hacer las crónicas de la toma y entrada en la capital. Como Pamplona era entonces una ciudad pequeñita en la que uno se enteraba de todo a la vuelta de una esquina, resultó que la manifestación dio en saber que en el hotel Yoldi residía una señora, la condesa de Sierrabella, madre de un cadete del Alcázar, Juan Rodríguez Santiago Concha, y recaló gentilmente allí para felicitar a la madre. ¿Cómo demonios sabía la gente que el cadete había resultado vivo? El caso es que acertó, que el cadete vino a Pamplona, que desfiló con las fuerzas de la guarnición llevando una bandera de colorines que lució en la defensa del Alcázar, decían que en la brecha de la mina, al recuperarla. Creo que algún tiempo después murió en la Legión.

Cuando Fal llegó a Toledo en la mañana del 1 de octubre para salir hacia Viena, encontró en su antesala a don Esteban Bilbao, que acababa de evadirse de zona roja vía Francia. Sobre el viaje a la capital austríaca de Fal y su estado mayor político hay un curioso libro de Romero Raizábal, «Boinas rojas en Austria», escrito ese mismo mes de octubre y publicado inmediatamente con éxito. Yo lo encontré en librerías de viejo cuando ya la antigüedad de nuestra guerra elevaba el precio de cualquier tomito del tiempo. Me impresionó la pregunta que el propio Raizábal se hacía a sí mismo ante don Javier, príncipe regente: «¿Qué sería del partido carlista?»

Jaime del Burgo, el joven adelantado del Requeté en Navarra, escribiría en su madurez, «Conspiración y guerra civil»:

«No estuvieron (con ocasión de la muerte de don Alfonso Carlos) los dirigentes a la altura del historial centenario del viejo partido legitimista. El mismo libro de Romero Raizábal... da idea de la alegre inconsciencia con que se acogió el suceso. Más que la expresión de patriótico dolor es el ameno relato de un viaje de turismo. Y no se lo reprocho al buen poeta montañés. El recogió el ambiente y nos da el mejor testimonio de que el caudillaje de don Alfonso Carlos no caló en las masas legitimistas como el de Carlos VII o el de don Jaime, que llegaron a lo más profundo del alma popular. Don Alfonso Carlos inspiraba veneración, pero, en la coyuntura que la Historia nos deparó al advenir la República, al carlismo, soñando siempre con empresas bélicas, le hubiera cuadrado mejor la aventurera prestancia de un príncipe audaz, ardoroso y pleno de juventud combativa. ¿Por qué no lo hubo?»

Yo, desde luego, no lo sé. El joven y valeroso Infante de la carlistada, el teniente de zuavos pontificios que defendió la Porta Pía en Roma, con su sola compañía frente a miles de unionistas italianos, fue a morir en un vulgar accidente de circulación, atropellado por un camión militar al cruzar una calle vienesa. Era como si las máquinas

combatiesen contra la Tradición. Pudorosa e inexplicablemente se trató de ocultar el vulgar incidente, o al menos esa impresión se tuvo. Yzurdiaga, en Arriba España, lo disfrazaba piadosamente, y a mi modo de ver las cosas, a distancia, con no demasiado acierto: « Vuestro Rey -decía a los requetés- ha caído en sangre, como los soldados en la línea de fuego. Que no pudo la vejez rendirle en el cuerpo entero, vigoroso y generoso.»

Era un simple y venerable anciano tan próximo a la muerte que ésta le acechaba en todo instante. Los requetés ya no gritaron ¡viva el Abuelo!, y yo lo sentí porque aquel vitor llevaba la alegre esperanza de la guerra de los primeros días, descamisada y feroz.

Y hoy, una nota necrológica ha venido a recordarme todo esto, cubierto ya con el polvo indecible de la melancolía.

El Alcázar.

Viernes, 26 de septiembre de 1986.

Glosa

Esa melancolía que encubre también los versos de José María Pemán recordando que:

Era a mediados de julio:
por el tiempo de segar.
Brotó de la tierra un siglo:
¡Ay, mi Dios, qué manantial!

.....

Al lado de los sus nietos
abuelos y padres, van
los bisabuelos de Estella,
las sombras de San Marcial.
Todos se meten en filas,
¡Ay, mi Dios, qué manantial!

Espumas de boinas rojas
cubren el alto Roncal...
Toda España se ha llenado
con olores del Baztán.
Con leche y limón se frotan,
vueltas a curiosidad,
las estampas amarillas
del abuelo capitán.

.....

La razón fue de Navarra
y la palabra final.
¡Gracias al grano de espliego
el paño está sin picar!

.....

General Emilio Mola
llevas un siglo detrás
¡qué es como llevar delante,
cautiva, la Eternidad!

(«Por Dios, por la Patria y el Rey», Romance de J. M. Pemán.
Ediciones Españolas, S. A., Madrid, s/f.)

¿Puede haber melancolía en la Eternidad?

LOS DESFILES

El desfile

Yo no tengo memoria de cuándo presencié mi primer desfile militar, pero lo que sí sé es que en Pamplona no resultaba difícil asistir a la salida o a la llegada de tropas que iban o venían de lo que se llamaba paseo militar.

Los mocetes, o dicho más castizamente, los *muetes*, teníamos una especie de instinto -acomodado sin duda al misterioso calendario que regía nuestros juegos en la calle-, de sexto sentido que nos indicaba los días precisos en que podíamos asomarnos a la vida castrense, o al menos a alguna de sus manifestaciones, de modo que no marrábamos ningún regreso de las unidades que habían salido a campear, bien fuese de paseo, o al tiro o a practicar el orden abierto. Por otra parte, el colegio de los Maristas quedaba frente a la Ciudadela, cercano a los cuarteles, y a los pabellones militares, y algunos condiscípulos, que habitaban en ellos, solían estar bien informados. Entonces Pamplona era una plaza fuerte, supongo que como consecuencia del despliegue militar motivado por la última guerra carlista, además de por su eterna condición fronteriza, y teníamos una guarnición nutrida, América, Constitución, un regimiento de Caballería, no sé si Montesa o Alcántara, Artillería, Ingenieros, Intendencia. Todo este mundo se agrupaba en torno a la Ciudadela, y al otro lado de sus fosos se extendía, por una parte de la ciudad, la Vuelta del Castillo, que era un amplio yerbín con árboles copudos junto a la carretera y las huertas y campejos de labranza, por donde paseaban en filas los seminaristas con sus becas de colores, los señores y los menestrales -que, según el tiempo que hiciera, daban la vuelta chica o la grande-, y que los militares transformaban muchas tardes en Campo de Marte donde los quintos se iniciaban en el manejo del fusil y en el orden cerrado. Nosotros solíamos ocupar aquello para jugar al fútbol, con porterías limitadas por nuestras carteras escolares y nuestras boinas y bufandas si el encuentro transcurría en horas de clase, que a veces pasaba eso, y con nuestras prendas de gala si se jugaba -previo reto en las páginas deportivas del *Diario de Navarra*- en mañana de domingo, fiesta de guardar, que entonces eran bastantes, gracias a Dios.

En aquel Campo de Marte se entrenaron muchas unidades de voluntarios a partir del 19 de julio, aunque las más lo hicieron sobre el terreno, con fuego real y muertos de verdad. Lo que se dice una mili eficaz.

Asomado al balcón de mi casa en la calle de Mercaderes, al pie del barrio de la Navarrería, históricamente siempre muy alborotado y pendenciero, y hoy, me cuentan, dividido entre el belén etarra y la droga, veía llegar en la mañana del Corpus a la tropa que iba a cubrir carrera, limpia, pulida, brillante, primero con sus músicas que se oían a lo lejos y luego con la voz de sus oficiales. Bajo el ros y los uniformes azules con pantalones rojos rayados de azul y aquellos plátanos colorados en las hombreras, apenas reconocíamos a los soldados de la alpargata valenciana y un gorro cuartelero redondo,

salvo por el aroma a pies y sudor que se mezclaba al de las hierbas silvestres y las flores que se preparaban para honrar al Señor. Lo cierto es que toda España olía a pies, menos, naturalmente, los pies de los pobres que lavaban los reyes en palacio por Jueves Santo, que muchos morían de enfriamiento después de aderezarse por su cuenta o ser fregoteados encarnizadamente para la ceremonia, y luego humedecidos con protocolaria levedad por sus Católicas Majestades. Claro que la causa de la muerte también podía deberse a la falta de costumbre.

Venían visitas a casa para disfrutar de nuestro balcón, y una vez subió un teniente amigo a cambiarse de botas, porque las había estrenado de charol y le estaban pequeñas y tuvo que pedir socorro a su casa, de modo que el asistente trajo a la mía las viejas, tan cómodas, y luego el teniente miraba con alivio desde su puesto en la línea al balcón y también porque allí estaba su novia. Desde entonces siempre he creído que la felicidad consistía en tener la novia nueva y las botas viejas. Y otro año un oficial que volvía de África le pidió a mi padre que le prestase *Sin novedad en el frente*, y después de leer la novela la devolvió. Esto me hizo fiar mucho del Ejército, porque los paisanos no solían devolver los libros. De pequeño no iba en la procesión, sólo la veía, pero a partir de mi primera comunión la acompañaba vestido de marinero, con una velita entre flores, aunque todos nosotros queríamos llevar hachas, y oía en el bosquecillo de la Taconera, frente a San Lorenzo, los disparos de una batería y luego corríamos a la plaza del Castillo para ver el desfile de las tropas, con el sol del Corpus en los sables, en los cascos puntiagudos de la Caballería, en las espadas y bayonetas, en las medallas de los jefes, los oficiales y los sargentos veteranos. Nos parecían otros soldados distintos -como más ricos, aunque no tan alegres- de los que veíamos trepar por la cuesta de la Estación, a paso de maniobra, de regreso del tiro, del paseo, de ensayar la guerra y que, de repente, pasaban de la columna de barullo a la formación rígida, y eran tragados por las misteriosas puertas de los cuarteles hacia un gran patio entrevisto, que atisbábamos con harta curiosidad. La guardia formaba en las puertas como para dar la bienvenida a los que volvían y a veces sonaba la banda. Y otras veces sólo las cometas y los tambores y en ocasiones las voces secas de los oficiales y los sargentos, que cantaban el paso: *un, ó, es, áro*. Los Jueves Santo por la tarde solía haber novillada, la primera de la temporada. Era un día perfecto: procesión, desfile y toros. Así que nos fumamos unos chortas a la salida del cine del colegio, por la parte de atrás, que daba a la Ciudadela y era más escondida, y acabábamos todos mareados. Luego escondíamos el tabaco en una ventana de las Ursulinas, y como desapareció, comenzamos a pensar mal de las reverendas madres y de las colegialas. Ya ven dónde puede estar la fama de las personas e instituciones.

*El Alcázar,
Lunes. 31 de mayo 1982.*

El desfile del amanecer

Si tuviera que inventariar mis desfiles militares, siempre dentro del desorden que caracteriza mis archivos y eventuales inventarlos, partiría del conjunto de mis Corpus infantiles y de algunas Juras de Bandera, recordadas más confusamente, alguna en la plaza del Castillo, alguna en la Vuelta del Castillo, me parece que en la zona que quedaba a la izquierda del camino de San Juan, donde ya jugaba el Osasuna.

Mi primer desfile personal fue un fracaso, si bien no imputable al Ejército, porque ocurrió que alguien dijo: «¡A formar!», cuesta arriba, bajo el cielo gris, en los alrededores de una sacramental madrileña, y todos lo hicimos de muy buena voluntad, pero nadie sabía ni alinearse, ni cubrirse, ni salir con el pie izquierdo, ni marcar el paso, ni siquiera la música y la letra -completas- del «Yo tenía un camarada», y a mí me daba vergüenza y pena hacerlo tan mal. «Así no vamos a ninguna parte», pensaba, y estábamos iniciando la gran marcha hacia la Victoria, que luego ha terminado en ninguna parte, pero con muchos muertos en el camino. Creo que fue en el entierro de Matías Montero y todavía recuerdo la cara de aquel chico que nos mandó, menudo, rifeño, peinado a raya, mechón picassiano sobre la frente, el bigote romántico, la voz carabinera, y también cuando le vi disparar hacia mayo del 36 en la calle de Alcalá, casi en la puerta de Instrucción Pública. y ya no le volví a ver más.

De la que me acuerdo muy bien es de una parada que hubo en la Vuelta del Castillo cuando visitó Pamplona un ministro de la Guerra que dio mucho que hablar, don José María Gil Robles, que seguramente tendría ahora a Leopoldo y a Adolfo en el pelotón de los torpes por llevar tan sucia y desmañadamente el ya feo uniforme de la CEDA, que era la derecha española, como ahora la UCD, por aprovechar letras del viejo rótulo, y don Manolo sería como el jefe de la JAP, pero más constitucional y estatutario, menos rebelde, un don José María Valiente, pero en peor; y tengo aquella parada en la memoria porque fue cuando se suministraron los cascos de acero a la tropa de Infantería, que después del ros comenzó a usar la boina caquí que le puso la Dictadura, y también el uniforme caquí, y que Bagaría comentaba que era boina carlistona, porque los progres de antaño ya eran tan recelosos como los de hogaño. Nosotros llamábamos a aquellos cascos los «de la guerra europea» y los conocíamos por el cine: El hombre que yo maté, Cuatro de Infantería, Sin novedad en el frente, y luego yo me crucé con el coche de Gil Robles frente a casa Baleztena, y desde la acera levanté el brazo y arrojé a la calzada un epíteto más bien grosero y también un grito muy hermoso «¡Arriba España!», porque bien caída que estaba, bien en el suelo, en la mismísima mierda, y con mi «Voiglander» saqué fotos de dos desfiles republicanos en la Castellana, y aún las tengo, y ni las fotos ni los desfiles fueron muy allá, pero de todos modos nosotros saludábamos a la bandera tricolor que no nos gustaba nada, aunque eso sí, brazo en alto.

(Ya ven mi desorden: se me olvidaba clasificar algunos desfiles domingueros e infantiles de los Exploradores de España, que bajaban por Navarrería desde la Comandancia Militar, llamada por nosotros Capitanía, con sus gorros como vaqueros y sus pañuelos de colores, cantando, y nosotros sabíamos una letra que caricaturizaba a aquella organización, que al menos en Pamplona no tuvo mucho éxito. Años después me encontraría en la Falange algunos amigos, y dos de ellos fraternales, Eugenio y

Alberto, que procedían de los Exploradores de Madrid, y que me contaban que alguna vez repartieron leña de lobatos entre los chiquillos de su edad que les decían lo de «*Exploradores, niños gomosos, / con los capotes parecéis osos, / con las mochilas y correaes / parecéis mulos que vais de viaje*» o cosa por el estilo. Algún tiempo más tarde los quiso refundar en Pamplona un muchacho de talla más que breve, inteligente, jorobadito, y no tuvo éxito. Estaba la República dando las boqueadas cuando ayudé a traducir a mi padre un libro sobre Baden Powell. Tengo un ejemplar dedicado: «Los dos hicimos la traducción. Que la próxima sea tuya íntegramente. Un abrazo de tu padre, Madrid 28-VI-35», y yo no sé si por pereza o qué, justo al año siguiente me puse a escribir mi primera novela.)

Mi primer desfile en serio lleva la fecha del 19 de julio de 1936, en Pamplona, que es mi cuna irrenunciable y amada en todo cuanto de bueno hay en mi vida. Primero por la mañanita, para ir hacia los cuarteles. Lo hicimos casi tan mal como en aquel día oscuro y frío del entierro de Matías Montero, pero con alguna mayor uniformidad y una alegría que nacía de nosotros mismos y de la misma ciudad y de los pueblos, que ya comenzaban a volcarse en la plaza del Castillo, de nuevo plaza de armas de Navarra. Por la tarde nos revistó Mola, pero ésta era otra cuestión. En mi primer desfile la banda de Sicilia tocaba Los Voluntarios y nosotros íbamos casi en cabeza, detrás de los gastadores, equipados para la campaña, que esa tardada caliente de altas golondrinas (que parecían quitar las espinas de la frente de España y proclamar su libertad e independencia) se llamaba marcha sobre Madrid, y vestíamos los zapatos dominicales, el pantalón caqui que abrochaba la pierna casi como a los de los viejos granaderos, la camisa azul, quien la tenía, y un pedazo de boina caqui como una tienda de campaña; pero ese desfile duró unos metros nada más porque la gente se echó encima de nosotros y nos abrazaban, nos besaban, nos estrujaban los amigos, los parientes y los desconocidos y yo lo veía todo vagamente borroso, como si bajase, misterioso y repentinamente, hasta cubrir el sol radiante, la vieja niebla de Velate, de Ochondo, la de Burguete, la de Aralar, la de las Ventas de Arraiz y la de Elizondo, pero la niebla estaba en los ojos y me pasé el dorso de la mano por ellos y la niebla se fue a hacer puñetas porque aunque era ya la tardada estaba amaneciendo en España desde las seis de la mañana, por treinta y tres meses y no dejó de amanecer a todas horas a lo largo de ellos. Conseguimos a duras penas subir a los camiones y a los autobuses y se nos ofrecía vino materno, lo mismo en bota que en botella, y detentes que paraban las balas enemigas, y cuando salimos rumbo a Madrid, ya de noche, todavía continuaba amaneciendo. Desfilar, lo que se llama desfilar, yo no creo que lo pudiéramos hacer más allá de cincuenta metros, pongamos cien, pero ahora que lo pienso aquel fue nuestro desfile del amanecer.

*El Alcázar,
Martes, 1 de junio 1982.*

Donde se continúa desfilando

Se conoce que está de Dios que mis desfiles duren poco y se desvirtúen un tanto por diversas emociones y peripecias, en este caso, el 20 de julio de 1936, en Logroño, por los malos modos cenetistas, de modo que cuando comenzábamos nuestra penetración ritual, castrense y ordenada en la ciudad, al compás de *Los Voluntarios*, cuya música era el santo y seña de aquellos días, los anarcosindicalistas se liaron a tirar desde los tejados y las esquinas y entonces nosotros, a las órdenes de nuestros oficiales, nos cubríamos mutuamente de acera a acera y nos poníamos locos de disparar hacia los tejados de enfrente, que es que daba gusto, porque descubrimos que el olor de la pólvora enardecía y que nos estábamos comportando divinamente. Así, hasta que nos metimos en el cuartel y nos echamos a dormir un rato en las compañías, sobre las tablas de los camastros y la dureza diamantina (y oscura) de las colchonetas, que debían de ser las mismas de la guerra carlista y de los repatriados del 98, y yo no sé si por la dureza del lecho o por las primeras impresiones bélicas, tuve un sueño muy bonito y cumplido, y me levanté y me fui a la cantina a desayunar, que buena falta me hacía.

Luego vino la guerra en serio y ni se desfiló ni se vieron desfiles, al menos de momento. Ocupábamos pueblines serranos, míseros, y soñábamos con la toma de Madrid y el gran desfile. En Pamplona veía a las genéricamente denominadas milicias, o sea, a la Falange y al Requeté, desfilan luego de la misa en Santo Domingo -subían un trecho del encierro, por la Cuesta del mercado al Ayuntamiento, la Mercaderes y antes del codo de la Estafeta remontaban la Chapitela para desembocar como un río militar en aquel embalse guerrero y siempre colmado de la Plaza del Castillo-, con sus bandas respectivas y, además, en ocasiones, las militares, «Si te preguntan alto, quién vive» y durante un tiempo el Cara al sol, a ritmo de marcha, que quedaba muy bien, y al principio pasaban las chicas de la SF, de camisa azul, y las margaritas, de camisa caqui, las unas con el gorriño isabelino rojo y negro y el pícaro madroño entre los ojos; las otras, con la boina blanca o la colorá, y algunas se ajustaban muy bien el correa, que qué me vas a contar del cruzado mágico, de modo que hubo que suprimirlo porque no gozaba de las debidas licencias eclesiásticas y también esos desfiles se fueron apagando, supongo, y adiós a las téticas de Nador. No volví a desfilan hasta principios del 37, con una Bandera en trance de formación, y lo hice muy mal, con braceo siniestro mientras saludaba con la mano derecha en alto, un desastre. Pasamos delante de Hedilla y de Víctor de la Serna, que le acompañaba, entre Bernal y Fray Prudencio, pluma de oro, justo frente a la Estación de autobuses, que fue el lugar de la primera salida a mis campos de Montiel, y el entonces jefe nacional de la Junta de Mandos nos dijo que íbamos a Madrid a ganar la Laureada para la Falange de Navarra, y también que pasaríamos por Salamanca para recibir caretas antigases y ametralladoras, y no cumplió como profeta, porque ni fuimos a Madrid ni ganamos la Laureada, ni nos dieron caretas ni menos ametralladoras, ni siquiera salió aquella unidad al frente como tal, sino por porciones individuales o colectivas, destinadas a academias de provisionales las unas, y a reforzar otras banderas las demás. Estábamos a tres meses de la unificación y nadie venteaba nada.

Desfilé en Ávila a diario, hacia el campo de instrucción, que era todo el campo, y luego, de vuelta, por Reyes Católicos, que supongo que a lo mejor ya no se llama así la calle, sino Reyes Moros, o Carlomagno, o a lo mejor Luns, o Reyes de Taifas, que están de moda, y el Mercado Grande, que posiblemente se denomine ya Mercado Común Europeo o Mercado de Esclavos, que tanto da, o Santa Thatcher de Jesús, con su Sanjuanico Calvo Sotelo de la Cruz (la de España, la nuestra), y a todo esto yo no había jurado Bandera y estaba en filas desde mucho antes de que mi quinta fuese llamada, pero figuré en una lista municipal de prófugos, como casi todos los de mi año, y nos saludábamos: «¿Cómo te va, prófugo?» Así que en Ávila juré Bandera por primera y única vez, pero tan eficazmente que nunca la he perjurado, cosa que no todos pueden decir, y también desfilé ese día con mi estrella de seis puntas recién bautizada, en la cabeza de la Segunda Compañía, «yo soy la Segunda Compañía / y me gustan las chicas un horror» y creo que lo hicimos todos muy bien, pero acaso yo un poco más -me sentía particularmente inspirado en semejante jornada- y cantábamos «España te haremos Una, Grande y Libre / aunque nosotros vamos a morir» y hasta en la estación de embarque para la muerte (no sin antes pasar unos días en casa y lucir el talle en los paseos, en las barras y también en otros lugares) le decíamos a España, con la que charlábamos a diario, «pues aún te queda la fiel Infantería / que por saber morir sabrá vencer» y eso que un poco antes le habíamos asegurado que «por verte temida y honrada / contentos tus hijos / irán a la muerte», de modo que, en general, puede asegurarse que entonces la muerte era una cosa viva, cercana, palpable, y gritar «¡Viva la muerte!» algo natural y hermoso, porque la muerte es considerada como una novia y a veces tan bonita como ella, y es que hay que desengañarse, entonces, guste o no guste, la muerte estaba de moda y un amigo me decía:

-Chico, es que si no cascás no te ve nadie con buenos ojos y llegas a considerarte un poco *declassé*...

Enrique Jardiel Poncela, que había entrado en zona nacional a banderas desplegadas, porque era un español inteligente e hidrófobo, a Dios gracias, le cambió el título a una de sus comedias, a cuya segunda representación había asistido yo, si no me equivoco, en el Teatro Isabel de Madrid: «Morirse es un error», porque le pareció inoportuno en un momento en que los mozos de España marchaban hacia la muerte como quien busca el Paraíso Terrenal, la fuente de la eterna juventud, la isla de San Bandrán, la Antilia, California o las tierras maravillosas de El Dorado, y así la hizo representar en la zona nacional con este otro título: «Cuatro corazones con freno y marcha atrás».

Pero, en fin, el de Ávila sí que fue el último desfile militar que contó con mi colaboración personal, como verá quien aún tenga paciencia.

El Alcázar
Miércoles, 2 de junio 1982.

El gran desfile

He oído hablar tanto de la entrada de la Primera Brigada de Navarra en Pamplona, a paso de maniobra, oliendo a frente del cuero cabelludo a las uñas de los pies, con el coronel García Valiño a caballo, en cabeza de la tropa vencedora del Norte, desgarradas las banderas, roncas las gargantas, erguidos los Cristos de los mejores Tercios que parió madre: «Viva la madre que sus parió», gritó una mujer al paso de aquella tropa, que no me lo invento, que lo cuenta Javier Nagore, que desfilaba; tanto me la han contado mis camaradas de las Banderas que es como si yo lo hubiera visto, y la verdad es que no lo vi, aunque sí puede asistir, en cambio, a uno de los bombardeos que por entonces aguantó Pamplona, a la gran parada bajo las murallas de la Ciudadela, donde tantas veces jugué al fútbol en mis horas de recreo, a la imposición de la Cruz Laureada al escudo de Navarra -ahora unilateralmente descolgado- y al gran desfile ante Franco, que yo vi desde la esquina del Teatro Olimpia, como si estuviera a punto de sacar entrada para la sesión infantil de unos años antes, casi del día anterior, cuando el cine olía a naranja, a castaña asada, a chufas de leche, a cacahuete y a primera turbación al mirar a las hermanas de unos hermanos condiscípulos, que estaban en platea, guapísimas, la una rubia, la otra morena, y ahora ya no están. Nadie está. Van faltando todos. Junto a unos amigos y camaradas veía pasar a otros amigos y camaradas, provisionales, requetés, falangistas, soldados, era ver desfilas la escuela, el colegio, el «Isti», la Estafeta, el Kutz, el Niza, la Universidad, y me despedía de ellos camino de Avila, en busca de una estrella. Pero lo de Avila, con mi habitual desorden, ya lo conté, de modo que más vale decir que ya no hubo nada que hacer en esta materia ritual, afirmativa, histórica, conmemorativa e incluso suntuaria, si ustedes quieren, hasta el final de la guerra. Supimos del desfile en Barcelona, al cabo victorioso de la campaña de Cataluña, y con algún retraso la vimos en el cine.

Una mañana tristona, oscura, me parece recordar que lluviosa, escuché, en la pequeña «Kadette» gris y negra que tenía sobre la mesilla de mi cuarto en el Pabellón Blanco, la transmisión desde Madrid del desfile de la Victoria, con grandes parrafadas líricas y me parece recordar que alguna declamación de poemas, pero de esto no estoy seguro, que no apagaban ni la música militar, ni el brío de los pasos de la Infantería, ni el rastro sonoro de la Caballería, ni el rodar de la Artillería, ni el alto ronquido de los motores de la Aviación, ni sobre todo el latir de los corazones de los que a ratos entraban y salían de mi cuarto, o se quedaban allí de tertulia, silenciosos, tosiendo a ratos, con sus cuerpos instalados en el sillón, en la hamaca, donde buenamente se pudiera, y las almas unánimes en Madrid, paseo de la Castellana. A veces alguien suspiraba: «Ahora vienen los míos», y ni siquiera quedaba el consuelo de echarse una fumada y allí no había más condecoraciones que las escupideras de bolsillo y si uno se asomaba al corredor veía enfrente el Pabellón Azul, o Rojo, ya no lo sé, donde también se escuchaba la radio, que era el alojamiento de los oficiales heridos, con los que jugábamos al tute, al julepe y al mus, y por el lado de la galería abierta desfilaba sencillamente la primavera, húmeda, verde, con árboles y yerbas altas y unas tímidas amapolas, y los montes que casi se podían tocar con las manos, y aquello era el norte y solamente en verano se podía uno tumbar allí a gusto y con seguridad de no empeorar el

puñetero catarrito. Fue un desfile tremendo, el más patético y el más alegre que jamás yo he visto y el que más me cansó nunca, y lo mismo a los demás, que sentíamos ya agujetas, todos, hasta en las ingles, y esa tarde hubo pocas risas en el Pabellón Blanco, donde siempre imperaba el humor por encima de la desventura, incluso de la muerte. Ni sor Emilia se atrevió a gritarnos ese día.

Pasarían cuatro o cinco años antes de que asistiera, personalmente, «de cuerpo presente», como dicen los castizos, a un desfile de la Victoria, de que me sentara a pescar emociones orilla del gran río de la Castellana, y vi muchos desfiles memorables, aquél en que Franco revistó la línea a caballo precisamente porque se sabía que toda Europa y parte de América tenían un gran interés en que fuera un éxito el atentado que se esperaba (y financiaba), y vivan tus cojones le gritaba la gente, y las señoras se reían y se escandalizaban, pero muy a gusto, y «apunta, Fuentes», les decíamos a los corresponsales carroñeros, que conocíamos desde la cuenca minera asturiana, porque entonces las mujeres se escandalizaban y reían por estas cosas y creo que escribí sobre todos los desfiles, hasta que un día, hace mucho, antes de que se oliese la transición, fui excluido y me excluí de aquella ceremonia por razones de incompatibilidad personal. Para entonces ya hacía años que Waldo y yo éramos los últimos brazos en alto en la tribuna de prensa, y no faltaban colegas extranjeros que nos immortalizaban con sus máquinas modernísimas, como a bichos extraños, y seguro que estamos ahora mismo pinchados como mariposas en archivos anglosajones o en sus hemerotecas, por lo cual siempre solíamos ligar el viejo y derrotado saludo romano con una alegre peseta española, por si salía en alguna foto immortalizadora, y alguien traducía correctamente: «Monta aquí y verás Moncayo», o «Pa tu padre», o alguna de las delicadezas ofertantes y menospreciadoras en las que tan rica se muestra la lengua española.

Pero nunca he faltado a la ventana de la televisión, porque el Ejército, los Ejércitos, son siempre para mí los mismos, aunque ahora resulte que por fin forma en ellos el pueblo y antes no, porque antes el pueblo no formaba en sus filas, por lo que leo, ni siquiera el último quinto, y el primer general solía ser un banquero, un latifundista o algo así, y ahora mismo yo sería un bellaco si no dijera que desde el primero de los Ejércitos españoles hasta el último han sido y son -y serán- carne y alma y hueso y entraña del pueblo, el pueblo mismo, con su Bandera al frente, y también sería un vil si no cerrase esta serie de mis desfiles sin recordar a Francisco Franco, Generalísimo de los Ejércitos, Caudillo popular, mi general a caballo por la Castellana o en pie en el arengatorio o a bordo de su coche, bajo el sol o bajo la lluvia, y también a un cadete del Alcázar, a quien acaso vi desfilar en Pamplona con alguno de sus compañeros de gesta, Jaime Milans del Bosch, y a todos los que esperan el fallo de la justicia, y también a mis camaradas, falangistas, requetés, soldados, pueblo de España, que a mi lado desfilaron en traje civil una noche inolvidable de 1964 y si no digo los nombres de todos es porque eran muchos y como siempre que hay muchos a alguno le podría molestar que estampase aquí el suyo porque ahora es demócrata de toda la vida, y a tantos como aquel día me dijeron: «Qué envidia daba veros, quién pudiera haber estado con vosotros», y hasta escribieron cosas muy hermosas sobre el desfile y sobre quienes desfilaban. Y miren por donde, pero aquel desfile tampoco lo pude acabar, y no por otra cosa sino porque el fuelle no me aguantaba y en la calle de Alcalá tuve que echarme a un lado y

tragar todo el aire que pude, que no era mucho porque había tanta gente que no quedaba espacio ni siquiera para el aire, y luego meterme en un bar a soplar me una cerveza para ir restableciendo la situación y después buscar a mis camaradas y cenar y beber con ellos porque eran las bodas de plata de la Victoria, y eso hay que mojarlo.

Algún día, antes de morir, aunque sea en silla de ruedas, estoy seguro de que volveré a asomarme de cuerpo presente, tan terne, al río militar de la Victoria.

HAY QUE REMATAR

A mí me dolió como cosa propia la eliminación de Perú. (Yo voy con los equipos de la América española frente al mundo, y más frente a Europa, y, tanto o más frente a la América gringa, tan puerca. Y entre Perú y Polonia no dudo, aunque el jugador número 12 de ésta sea el Vaticano. Y entre Escocia y la URSS, estoy con la URSS, para qué nos vamos a engañar.) Ya comprendo que enfrentarse a Polonia es muy duro, porque este equipo cuenta con un hinchas eficaz, seguramente con irresistibles influencias en las alturas, y eso sin decir ni media palabra, sólo con cerrar los ojos y concentrarse a la sombra del Señor. La verdad es que Perú anduvo flotando. No sé si la triste y gloriosa experiencia de Argentina pesaría entre sus más recientes recuerdos. A veces las visitas reconfortan a unos y debilitan a otros, cualquiera sabe. En cualquier caso, a mí lo del Perú no me cogió de sorpresa, porque pudiera decirse que yo he jugado con la selección del Perú, hace ya muchísimos años, y conozco muy bien lo que ocurre en el equipo cuando sopla el viento del desánimo o cuando ve uno que a pesar de todos los esfuerzos no se da pie con bola. A la selección del Perú le ocurría lo que a algunos políticos y toreros de los que juzgaba el sacerdote don Pedro Hillo ante su joven amigo don Fernando Calpena (Tercera Serie de los *Episodios Nacionales* de don Benito), que «no rematan». Por cierto que algo parecido sucede ahora en el mismo mundo galdosiano que nos ha tocado vivir. Me parece estar escuchando al clérigo Hillo que me dice al oído: «Y créame usted a mí: mientras no venga uno que remate, no hemos adelantado nada.»

Justamente. De esa misma opinión soy yo. Aquí también hacen falta rematadores, en política, en el equipo del Perú y en el nuestro.

Pero si digo que jugué hace la mar de tiempo en el equipo del Perú es porque sus colores me recordaron el que fundamos los de sexto de bachillerato para la temporada 32-33. Fue un año fundamental, porque aquella promoción fundó el viaje de fin de bachillerato, dos periódicos, uno de humor a mano, tirado en gelatina, con tinta violeta, de nombre Gómez (fusilado del Gutiérrez de K-Hito) y un semanario a imprenta, de nombre Juventud y Cultura, y hasta hicimos una función de teatro en la biblioteca del «Isti», cosa que hacía años que no se daba -*Pégame, Luciano*, de don Pedro Muñoz Seca-; en fin, que fue un curso muy apañado, como no se conocía otro desde aquel que terminaba al comenzar nosotros, que fue el de los pantalones chanchullos de los pollos pera, a cuyos más atrevidos portadores los vimos al frente de nosotros, nueve cursos más tarde, como alféreces de Complemento procedentes de cuota, y cuando nosotros fuimos alféreces provisionales, ellos ya andaban en la muerte o de capitanes de Complemento, o en ambas escalillas, simultáneamente, como José Luis Negrillos, por ejemplo, que cayó en Asturias en la otoñada del 37, con el Tercio de Navarra, un Tercio que si ahora existiera íbamos a ver muy bien lo que vale un peine.

Bautizamos al equipo con el nombre de «Lyceum Club» -éramos unos chicos algo pedantes- y el uniforme consistía en un calzón azul y la camisa blanca de los domingos con una franja roja, no en forma de banda, como la del Perú, sino a la altura del pecho, horizontal, sujeta con imperdibles que nos bajaba Feito de su casa. Feito vivía en la cárcel, de la cual era su padre director, y nos vestíamos en una habitación de la planta

baja, sin rejas, claro, pero que sin duda nos impresionaba. Teóricamente aquellos imperdibles deberían haber sido seguros como grilletes, pero no lo eran, y acabábamos con la franja roja en la cintura, razón por la cual, nuestros rivales, el público en general, nuestros propios hinchas, Vicente Guidotti, la larga y apasionante tribu de los Cortaire y otros (y al cabo nosotros mismos), nos conocían por «los mañicos». Del mismo modo nos hubieran podido bautizar «los toreros», los «ezpatadantzaris» o cosa semejante. Nos quedamos «mañicos» para siempre.

Aquel glorioso equipo fue uno de los más profusamente derrotados en aquella temporada, y eso que contaba con individualidades excelentes, lapas, como se decía en Pamplona, o sea, habilidosos, diestros, astutos; Iriarte, aviador, que debe de andar por la Argentina; Latorre, que ya murió, médico; Itoiz, que se fue con la guerra, y otros que no eran tan lapas, pero sí duros y honestos jugadores, y además estaba yo, el delantero centro, que era una calamidad pero que en cambio no había quien me echase la pata en el arte de saber caer a tiempo, con espectacularidad y cierto dramatismo. Jugábamos con porterías de verdad, que montábamos nosotros mismos, y una se vino abajo a la salida de un córner y le dio en la cabeza, precisamente con el travesaño largo, el pobre Itoiz, que nos pegó un susto mortal. El campo se extendía, levemente inclinado, entre la cárcel y las murallas, y desde lo más alto de ellas se había tirado al foso, en vuelo experimental (no sin antes haber descubierto el paracaídas por su cuenta) Morea, unos años antes. Se asomó al borde de la muralla, abrió un paraguas y se lanzó al vacío con admirable seguridad, tomando carrerilla, procurando usar la venerable piedra castrense como un trampolín. Un instante lo vimos casi quieto en el aire, pero enseguida cayó igual que un saco de piedras o manzanas. Asunto Newton. Tuvo suerte. No se rompió más que un hueso, no recuerdo ahora si del brazo o de la pierna, y pasó a la Casa de Socorro. Murió en la guerra, de sargento en la Legión. Espero que hayan colocado una lápida en recuerdo de aquella experiencia fabulosa y de aquel valeroso muchacho.

Quisiera haber examinado el juego del «Lyceum Club» y el del Perú, porque ni uno ni otro remataban. Nos lo hubiera advertido nuestro capellán don Pedro Hillo, con el que ya me trataba. Pero se me ha ido el santo al cielo, igual que en el partido, que me puse a recordar a Morea, a Guillermo Iriarte, a Latorre, a Itoiz, a los vivos y a los muertos, y se me fue la hora y media en un suspiro. Otra vez será. Lo que quiero es insistir en esto: hay que rematar. Si no, no vamos a ninguna parte.

*El Alcázar,
Miércoles, 23 de junio 1982.*

VIRIATO

«Viriato»

Tenía setenta y siete años, estaba medio ciego, pero seguramente se ha muerto de asco, que es la enfermedad, la epidemia, la peste que más está matando en España. Se llamaba Carlos Ruiz García, «Viriato» para sus compañeros de promoción y para muchos de sus soldados, y especialmente de sus soldados camaradas. En cuanto salió de la Academia de Toledo trató de alcanzar la guerra de Africa, supongo que ya en sus postrimerías, aunque con el tiempo suficiente para quedarse en la gaba por siempre jamás, amén. Se alistó tras el águila del César, que hubiera dicho Luys Santa Marina, y, no sé si después del desembarco de Alhucemas o después de la pacificación, celebró unos Sanfermines sonados en Pamplona, en compañía de su conmlitón Imaz, diría que los concelebraron, cuando entre ambos vencieron a un oso y a un león invencibles, según la retórica del jefe de pista de un circo. No recuerdo ahora, ni tengo tiempo de bucear entre mis papeles o entre mis amistades, la verdadera vinculación de Carlos Ruiz con Navarra y con Pamplona. El era montañés -muy anterior a los cantabrones-, pero se sentía palentino y navarro. Puede que fuese por su matrimonio. Lo que sí es cierto es que buena parte de la guerra operó con una Bandera de la Falange de Navarra, otra de la Falange de Palencia y un Tercio de Requetés, el de San Miguel, también navarro. Lo cual le concede credenciales de navarro y de palentino se mire como se mire, porque Carlos Ruiz era uno de esos militares que se funden con su gente, que de su tropa toma espíritu y de su propia alma inmortal lo reparte a sus soldados, manantial que no cesa, de modo que se hace padre y hermano de todos los que con él marchan. Preguntad a cualquiera de los que hayan servido a sus órdenes y os lo explicará bastante mejor de lo que yo pueda hacerlo con la pedantería de mi maldito oficio, de este inútil y vergonzoso oficio de periodista.

El 17 de julio de 1936, el capitán Carlos Ruiz está de guarnición en La Seo de Urgel, en el Batallón de Montaña Madrid número 5, que se subleva contra el Gobierno rojo separatista de los tontos útiles del Frente Popular. Cuando el Alzamiento Nacional es derrotado en Barcelona, Goded, que piensa en las fuerzas que ha ordenado venir desde Mallorca, se aviene a pronunciar unas palabras ante los micrófonos de la Generalitat -los mismos que usa Tartarín Pujol para anunciar a Catalunya como un nuevo producto nacional dispuesto a competir en el mercado de la ONU- desligando de sus compromisos a sus camaradas. Esto salva el batallón expedicionario, pero Gerona, Lérida y Tarragona, con sus guarniciones y voluntarios vencedores en la calle, dan un paso atrás. En La Seo de Urgel el comandante militar de la plaza anula la ley marcial y mete a la tropa en el cuartel. Un grupo de oficiales, guardiaciviles y paisanos, no está dispuesto a comerse el Bando de Guerra y se quiere organizar en fuerza para forzar el paso hacia el Oeste hasta encontrar fuerzas nacionales. Entre estos oficiales está Carlos Ruiz. La empresa no es difícil, sobre todo vista desde nuestros días; tampoco, entonces, para hombres intrépidos, dotados de inteligencia, serenidad y espíritu militar. Pero hay

familias por medio y sólo dos sistemas de proceder respecto a ellas: o abandonarlas en la Seo o incorporarlas a la aspereza, el riesgo y el misterio de aquella marcha en busca de la Bandera nacional. El proyecto se desbarata.

Carlos Ruiz, lo sé porque lo he conocido bien, no era hombre que se desbaratase, de modo que por su cuenta y riesgo decidió encaminarse a Andorra, a fin de ganar Francia desde el Principado. No se trataba de una excursión campestre. En Andorra aún no habían madurado las cosas como cuando floreció el bar Burgos alrededor de los que escuchaban a Queipo de Llano, y todo el mundo estaba a la expectativa. Los franceses, por su parte, procedían a la extradición de urgencia. A cualquiera que le pescasen huyendo de la zona roja, la gendarmería libre de la libre Francia, madre de los refugiados de todo el mundo, lo expedía a Barcelona por aquello de que Barcelona era la legalidad y la extradición marxista funciona a gran velocidad para los hombres de honor. Los asesinos son galos adoptivos, franceses predilectos y rojoseparatistas *cum laude*, doctorados por la Sorbona de la gallofa para servir a Mariana, eterna aspirante a convertir a España en una casa de niñas de la cual ella sea la Madame. A punto está el negocio. Carlos Ruiz supo sortear todos estos obstáculos e ir arrimándose a la frontera española por la parte de Navarra. En cuando pudiera, saltaría al otro lado. Había, en cualquier caso, que burlar a los polizontes de Blum, abuelo de Mitterrand. Blum protegía, armaba y adoraba a los etarras de entonces, igual que Mitterrand, y al contrario que Mitterrand se llevaba muy bien con el Gobierno de Madrid, porque en realidad, como el suyo, estaba en las manos fraternas de los socialistas (Largo-Carrillo e Indalecio-Felipe) y no en las de Calvo Sotelo, que justamente unos días antes había sido asesinado por la Guardia de Asalto, gendarmerie o CRS, que tanto da en la eternidad francesa, de don Santiago Casares Quiroga. (Este Calvo Sotelo asesinado no tiene nada que ver con el actual, figúrense.)

Una noche llegó a su despacho de la Jefatura Provincial de la Falange, el secretario provincial (o acaso jefe local de Pamplona), Jesús María Machiñena.

Se trabajaba en aquellos últimos días de julio o primeros de agosto en jornada de veinticuatro horas. El jefe de la guardia le dio las novedades:

-... Y también nos han traído a un tipo sospechoso atrapado en la frontera. Él dice que es militar, pero qué sé yo...

Machi era alto, fino, con un cierto aire británico, sereno e inteligente.

-¿Qué te parece?

-Lo mismo podía intentar colarse en España, vete a saber con qué intenciones, que escaparse de España, y eso es más claro.

-Bueno, tráemelo y hablaré con él.

Entró un hombre alto, con barba de varios días, la ropa deshecha, amplias gafas. El hombre alto gritó:

-¡Machi!

El secretario provincial (o acaso jefe local de Pamplona) exclamó:

-¡«Viriato»!

Contó Carlos su odisea; informó Machi de la marcha del Alzamiento, atendió a su amigo en lo más urgente y después le dijo:

-¿Y tú qué quieres ahora?

-¿No hay una centuria libre?

-Sí.

Aquella centuria iba a hacerse famosa con el nombre de la Centuria de «la calavera», base de la Primera Bandera de la Falange Navarra.

De ello hablaré mañana por mejor honrar la memoria de Carlos Ruiz García, teniente general del Ejército, amigo y camarada mío, a quien siempre admiré y con quien tanto quise lo que ya no existe.

*El Alcázar,
Viernes, 29 de enero 1982.*

Del Buruntza a Cervera de Pisuerga

Héctor Colmegna era un médico argentino que en 1936 seguía un curso de perfeccionamiento en París, de modo que al terminarlo se fue a veranear a Biarritz, donde se enteró un buen día de que el Ejército de Africa se había sublevado contra la dictadura democrática y la tiranía frentepopulista, y de los acontecimientos que inmediatamente siguieron en las jornadas últimas de julio. Pensó ofrecer sus servicios profesionales a los sublevados. Él era un hombre profundamente católico y amaba a España: con esto le bastó para ser voluntario. El 4 de agosto ya estaba en Pamplona, donde se presentó al jefe provincial de Falange y donde el aviador Ansaldo, todavía sin curar sus heridas del accidente que le costó la vida a Sanjurjo, le dijo: «Mañana me voy en avioneta a Madrid porque no quiero perderme la entrada de nuestra gente.» Héctor Colmegna veía así a la capital navarra: «Salían de allí todos los días dos o tres convoyes para el frente. Eran camiones atestados de falangistas, requetés, soldados, guardias civiles y carabineros, que daban vivas y agitaban banderas de España. (Nota personal: si los pescan Laína y Rosón vaya multazo que les atizan, y Calvo-Sotelo reúne al Gobierno el primer viernes de mes y acuerda prohibir que vuelvan a salir al día siguiente.) El público aplaudía estrepitosamente. Los muchachos, alegres, pasaban cantando... Eran días de fe y de entusiasmo patriótico. Colgaduras de España y de la Falange adornaban las fachadas de las casas.»

El doctor Colmegna, una semana después, era destinado al frente. Fue a parar a la célula originaria de lo que sería un poco más adelante la Primera Bandera de Navarra. Con ella hizo toda la guerra. Cuando volvió a su tierra después de la victoria, escribió un curioso libro que huele a leña verde, a humo denso, a tropa en marcha, a capote mojado, a yodoformo, a perola de rancho y a pólvora. Se titula *Diario de un médico argentino en la Guerra de España* y fue editado en 1941 en Buenos Aires, por Espasa Calpe. No sé si se vendió aquí. Años después, cuando yo comenzaba a publicar las primeras papeletas que darían lugar al *Diccionario para un macuto*, me lo regaló un antiguo capitán de complemento que mandó la Primera Bandera de Navarra al final de la guerra, Ramón Navarro Miranda, el cual luchó en ella desde el primero al último día, buen amigo mío, hombre eficaz, silencioso, impertérrito, de valor admirable. Por razones que el mismo

texto aclara me lo dedicó él mismo: «Querido Rafael: Aquí tienes las historias de guerra que querías. Héctor cuidó de nuestros cuerpos y de nuestras almas, porque era católico hasta el tuétano, y no dejaba parar a los páteres. De él decía un oficial, que para no dudar del catolicismo de su mujer, casó con una irlandesa. Murió hace dos años. Un abrazo de Ramón.» Lo malo es que estas líneas no llevan fecha y Ramón también ha muerto, pero calculo que hará unos veinte y tantos años de este regalo. El libro es la historia al por menudo de la Primera Bandera de la Falange de Navarra, que a Carlos Ruiz tuvo por capitán en la famosa Centuria de «la calavera», después de comandante y finalmente encuadrada en la media brigada que él mismo mandó, de teniente coronel estampillado, en la V División de Navarra, antes V Brigada, junto al Tercio de San Miguel, uno de los grandes Tercios de requetés de Navarra, que salió al frente en los primeros días, al igual que el que lleva el nombre del viejo Reino y los legendarios, también legendarios, de Lácar y Montejurra, y la Primera Bandera de la Falange de Palencia, que era de las castellanas finas, José María Gárate habla de ella por los páramos de Bricia y Lora, al norte de Burgos.

El doctor anotaba a diario en unos cuadernitos los hechos más sobresalientes, la vida cotidiana, los pequeños diálogos, la anécdota sabrosa. En Argentina se limitó a ponerlos en limpio y a añadir algún comentario. «La presente publicación -escribía en un pequeño prólogo- obedece a sentimientos de admiración y gratitud. De admiración, por la gesta realizada por los soldados de Franco -una de las páginas más gloriosas de la historia de España-; por el espíritu de religiosidad y de sacrificio de los hombres de mi batallón -la Primera Bandera de la Falange de Navarra- con los cuales conviví los tres años de la guerra. (Nota personal: ¡qué error, qué inmenso error! Aquella religiosidad era falsa, contraria a Cristo, posiblemente luzbeliana. La religiosidad española es la de don Enrique Miret Magdalena, la del profesor Aranguren, la de Sor Intrépida, la del padre Llanos, la del señor Merchán y otros especímenes del verdadero catolicismo hispano.) Por el indómito valor de esos soldados... por el general de la V División de Navarra, don Juan Bautista Sánchez... y por nuestro jefe inmediato, el valiente y respetado comandante don Carlos Ruiz García, en quien se sintetizaban las grandes y heroicas virtudes de la Primera Bandera de Navarra, que supo conducir a la victoria.»

El médico argentino y el capitán Carlos Ruiz se encontraron por vez primera al pie del monte Buruntza (Guipúzcoa), hacia el 20 de agosto del 36. Se despidieron en julio del 39 en Cervera del Pisuerga (Palencia), donde la Bandera se desleía en licenciamientos y donde Dios quería que Carlos Ruiz diese la última novedad en la tierra antes de darle la primera en Su presencia. «Se gana el cielo con la espada», como leyó Eugenio Montes, maestro sin par, en la tumba de un soldado español muerto en Flandes. De Cervera de Pisuerga, el doctor Héctor Colmegna se fue a los sanfermines. De Cervera de Pisuerga, el teniente general Carlos Ruiz, medalla militar individual, se ha ido hacia Dios. Todo es bueno, pero, la verdad, como me decía hace poco un amigo de mis quintas.

«-Jo, aquellos sanfermines del 39 sí que me supieron a gloria...»

El Alcázar, Sábado, 30 de enero 1982.

La medalla militar

Al comenzar la guerra se acudía al fuego apenas si se esbozaban los frentes, a lo sumo por centurias, y en muchísimos casos por escuadras (hablo de las de once hombres según el reglamento falangista) y a la vez que se configuraba la línea iban haciéndose de las centurias banderas, y de las escuadras, centurias. En vallas, muros y paredes, de Pamplona a Deva y a Jaca, de Zaragoza a Huesca y Teruel, pude examinar, a favor de un rastro de almazarrón cronista, la historia de este crecimiento militar, de este «estirón de pólvora» que hacía de la Falange adolescente una tropa experta y veterana. Sólo el Requeté de Navarra pudo poner en pie de guerra, el mismo 18 de Julio, para la amanecida del 19, domingo en el calendario y día de gloria en España y en mi tierra, que tanto da, un par de Tercios de Requetés completamente organizados y con perfecta uniformidad, además de otros que fueron saliendo sucesivamente ya menos uniformados y hasta sin armas, como el de María de las Nieves, que bajó hasta Zaragoza por fusiles. El Tercio de Pamplona, que mandaba Jaime del Burgo, se dividió entre Somosierra y Guipúzcoa, reforzando unidades militares. Los de Montejurra y Lácar se dirigieron hacia esta última provincia, completos, o casi, y su primera gran voz la darían en las lomas de San Marcial. El de Abárzuza se fue para el Alto de los Leones, allá por Santiago, más o menos. Y el que se llamó de Santiago salió para Somosierra creo que justamente en el día del Patrón de España. Entre tanto, unidades menores se aderezaban bajo el fuego para surgir en los primeros meses como Banderas de la Falange o Tercios de Requetés.

Ignoro cuándo tuvo lugar el encuentro de Carlos Ruiz con su centuria. Si fue en Pamplona o la tomó en marcha, ya camino de Guipúzcoa, que se tragaba los voluntarios por centenares, por miles. Tampoco sé si lo de la calavera que le dio nombre, por la que los voluntarios lucían en el gorriilo, fue cosa del capitán o de los falangistas. Carlos Ruiz había estado en la Legión, que tiene su fantasía, y además, su profundo conocimiento del soldado le permitía saber que un distintivo puede contribuir a crear un buen espíritu. A la primera Centuria de Navarra, que mandaba Gerardo Díaz de la Lastra, también antiguo legionario, la bautizó su capitán como «de la Noche y el Silencio», por su primera operación nocturna la noche del 24 de julio en Somosierra, cuando se metió entre las filas rojas para sacudirles al amanecer por la espalda. Bueno, pues siendo excelentes ya desde su madre aquellos falangistas de la Ribera y de Pamplona, el 25 de julio al mediodía eran ya veteranos, y se comían el mundo a partir del instante en el cual se enteraron de que pertenecía a la «Centuria de la Noche y el Silencio». Un poco de literatura nunca hace daño. Yo comencé a oír hablar de la «Centuria de la calavera» mientras estaba en Somosierra, así como de «la partida», un grupo falangista que operaba, según me dijeron, a las órdenes de un hermano de Julio Ruiz de Alda, alférez, allá por los montes guipuzcoanos al modo guerrillero y con nombre decimonónico.

Si se sigue el libro de Héctor Colmegna se advierte que a partir de un determinado momento operan fraternalmente la Primera y la Tercera Bandera de

Navarra, y que él perteneció durante un tiempo a la Tercera hasta que ambas se fusionaron al finalizar la campaña del Norte. Sin embargo, a través de sus memorias, el doctor parece considerarse de la Primera. A veces ocurre que uno no sabe bien dónde está encuadrado, y eso debió de pasar un poco durante la primera fase de las operaciones, que va desde las mugas de Navarra hasta la parada de seis meses frente a la raya de Vizcaya, más tarde con la reorganización que tuvo lugar durante aquel otoño e invierno, y luego con el crecimiento de los efectivos y número de Brigadas a partir de la ofensiva. (Personalmente puedo decir que en mi batallón estuvimos convencidos de que pertenecíamos al Cuerpo de Ejército Marroquí, y hasta nos pusimos su distintivo, que era muy sugerente, sobre fondo verde, con la estrella jalifiana y su media luna blanca, y ya en el hospital me enteré de que aquello pudiera no ser dogmático, o al menos de que mi batallón había retornado a su hogar, que era el Cuerpo de Ejército de Aragón, por lo cual hice arriar una insignia e izar la otra en espera de poder algún día salir a la calle a lucir heráldica y de momento para consolación de mi alma atribulada y de mi fuelle agusanado.) La Primera Bandera de Navarra comenzó con Valiño y acabó con Bautista, y aun creo que pasó por alguna otra Brigada.

Al frente de sus «calaveras», 2ª Centuria de la 1ª Bandera, ganó Carlos Ruiz la Medalla Militar. Fue en torno a Durango, en el asalto a la posición de Andonegui. He aquí cómo relata el hecho el doctor Colmegna: «Un día, cumpliendo órdenes del Mando, salió una de las Unidades, bisoñas como lo eran todas a la sazón, a ocupar una importante posición estratégica. Cerca ya del objetivo, al que se aproximó en medio de intensísimo tiroteo, recibe la orden de asalto y al encontrarse con que faltaba munición, los muchachos dan voces pidiéndola, lo cual, oído por el enemigo, le hace reaccionar y contraatacar fuertemente. Ante lo inesperado del ataque, la Unidad que operaba inicia un movimiento de retirada; el capitán Ruiz, con un certero golpe de vista, dándose cuenta de lo difícil de la situación, da orden de montar los cuchillos, y al frente de su centuria, llevando en una mano la Bandera Nacional y en la otra una bomba de mano, se lanza briosamente sobre el enemigo al grito de: “¡A ellos!” y le obliga a abandonar el campo...»

Colmegna no sitúa la acción en ningún punto determinado, sino antes de Ochandiano y Durango. Una crónica del *Arriba España* le da a la posición su nombre, Aranguizu, pero el de Andonegui está tomado por Casas de la Vega («Las milicias nacionales») de los diarios de operaciones y textos oficiales. La erudita investigación del coronel Casas va a misa, salvo en un caso, ajeno al tema, si bien también referido a la guerra y del que algún día me gustará charlar con él. La crónica de Jokintxo (Joaquín) Ilundain, se publica el 15 de abril del 37 y ya se refiere a la propuesta de recompensa, que el mismo periódico celebra como concedida el 4 de mayo, con los honores del caso: retrato de Carlos Ruiz firmado por Crispín, titulares lapidarios, barroco plinto de elogio y una errata, porque llama Primera Centuria de Navarra a la que es Segunda Centuria de la Primera Bandera de Navarra. Poca cosa. Como quien expresa un deseo entre las palabras Medalla y Militar, se ve una pequeña palma de plata, que acaso sólo es un chirimbolo de adorno colocado allí por puro azar. Los «calaveras» cuentan la operación al corresponsal de guerra. Carlos Ruiz atacó con bombas de mano. La primera que lanzó no hizo explosión, y tan buen paso de ataque llevaba que aún pudo recogerla y volverla a

lanzar, con la fortuna de alcanzar un blanco sensible y espectacular. La situación fue remontada y los rojos, al parecer del «Meabe» y de una columna «Rusia», se lanzaron por la cuesta abajo, mientras el capitán pedía el fusil auno de los suyos. Luego, ya asentados en la cresta, cantaron el Cara al Sol.

Sucedió unos días antes de la Unificación, que ni se sospechaba. El cronista recoge la camaradería y entendimiento que reinaba sin Decreto ninguno entre los falangistas y los requetés. Los del Tercio de San Miguel y los de la Primera Bandera van juntos desde los primeros días: «¡Y que nos separen, ¿verdad, majo?, le dice a un boina roja, Félix Alonso (falangista), de Lerín.»

Juntos fueron hasta el final y un buen trecho mandados todos por Carlos Ruiz.

*El Alcázar,
Lunes, 1 de febrero 1982.*

¡Aún parirán las mujeres!

El 13 de mayo del 37 el entonces capitán Vigón, con su parche negro al pecho que muestra su habilitación de comandante, sube el monte Arbulu para estudiar desde allí el «cinturón de hierro». Anota en sus «Cuadernos»:

«La subida, sin más peso que el bastón, y sin tiros, hace pensar en el esfuerzo de la ocupación.»

«Un cura requeté que sube detrás de nosotros, le grita aun muchacho que baja herido:

-¡Qué! ¿Cuántos quedáis de Olite?

-Cinco na más; pero más que fuéramos todos. ¡Aún parirán las mujeres!»

«Tremendo; esto no es literatura.»

Leí -y he oído contar a gentes que de esto saben- que a la toma de Bilbao desfilaron unos cuantos requetés tras su bandera descolorida, desgarrada, rota a balazos. Eran un puñado, una migaja como perdida y sin nombre, y alguien les preguntó:

-¿Vosotros a qué unidad pertenecéis?

-Nosotros *somos* el Tercio de Montejurra.

Algo parecido pudieron contestar la Primera y la Tercera Banderas de Navarra cuando subieron desde Brunete a las operaciones de Santander. Volvían unos doscientos hombres de dos unidades de ochocientos cada una, si bien peinadas ya sus plantillas por la ofensiva de Vizcaya. Por cierto, que al embarcar en Orduña camino de los soles madrileños, cuenta Colmegna que el jefe de EM les dijo: «Cuando vosotros lleguéis, la papeleta estará ya resuelta.» Naturalmente se la tragaron completa, que es lo que suele ocurrir en estos casos. Héctor Colmegna, que estaba allí, dice que los doscientos hombres entre la Primera y Tercera Bandera fueron como los de Montejurra, consecuencia de la batalla de la primavera del 37. La estupenda historia de «Las milicias nacionales» sostiene que esta reducción de efectivos por fuego o hierro enemigo, sucedió después de Brunete. En este caso me inclino más por Colmegna que iba en el

tren -del que el comandante le apeó en Valladolid por enfermedad- que de los documentos oficiales que a veces sufren retrasos. A la vuelta de su tourné hospitalaria entre Pucela y «Sansestabién» y del consiguiente permiso de convalecencia, que pasó en Francia, el doctor se incorporó a su puesto el 5 de septiembre. La Bandera (ya reorganizada, recompuesta y, claro, en plena erosión), al mando del comandante Carlos Ruiz «ocupaba un espolón situado a la derecha de la carretera de Panés de Onís, entre los pueblos de Abándames y Cabandi». El buen doctor hizo el viaje en coche con un amigo y compatriota, desde Biarritz a las líneas. A partir de Santander «columnas interminables de Infantería marchaban por la carretera. Mi amigo, del Carril, influenciado por la propaganda de las izquierdas de Francia y del enemigo radicado allí, esperaba encontrarse con un Ejército de gente famélica y mal vestido, y ante la realidad, no podía menos de admirar a aquellos muchachos correctamente uniformados, bien alimentados y alegres».

Todo es cierto, aunque acaso en lo de la correcta uniformidad exagerase un tanto el médico argentino. Entre la carencia de textiles, la perversidad de los tintes, la varia aportación de los talleres femeninos que confeccionaban prendas para los combatientes y la natural fantasía española, la uniformidad cubría con un tono personal la parvedad de nuestros parques sartoriales, igual en retaguardia -estúdiese el uniforme de don Eugenio d'Ors- que en vanguardia, donde, por ejemplo, el general Solchaga llevaba, y muy bien por cierto, la batuta de las Brigadas de Navarra vestido con amplios pantalones de golf y una canadiense, o el coronel Muñoz Grandes, en veste de paísa pobre, lo mismo conducía sus tropas a la victoria que se ponía a la cola de un rancho -se cuenta que de uno lo echó un ranchero vivaracho increpándole: «¡Hala, hala, a tu compañía, que aquí no come de gorra nadie!»- o ya de general de C. de E., que es cuando se lo encuentran Carlos Martínez Campos, comandante general de Artillería del Ejército del Norte, y Jorge Vigón, en trance de ayudar de incógnito a unos artilleros a descargar un camión de municiones averiado. «Mezclado con ellos y echando mano a los proyectiles que hay que mover, una boina kaki, una cara bastante conocida, y un traje cuya arbitrariedad no permite llamarle uniforme.» «Pero ¡mi general!...», la voz de Carlos tiene matices de sorpresa, de admiración y de reproche. El mismo Vigón se extraña ante el C.G. de García Escámez: «Este EM tiene un aspecto pintoresco; el general parece caracterizado de pastor.» Algo de eso le pasaba a Rada con aquella blanca pelliza de borrego que también llevaron sus enlaces.

Bueno, pues Colmegna puntualiza que dos días después, justo el 7 de setiembre, el EM confirmaba y bendecía la fusión de ambas Banderas, hecha antes de iniciarse la ofensiva de Santander, dándole al nuevo batallón el nombre de «Primera Bandera de Falange Española Tradicionalista de Navarra y de las JONS» (sic). Del mismo modo, en este caso prefiero la memoria a la erudición, porque la burocracia militar es tan segura como implacablemente lenta. Un poco después comienza la colaboración de la Primera Bandera de Navarra con la Primera de Palencia, antes de trepar la sierra de Cuera, inhóspita, geológicamente hostil. Anota el doctor, hombre de fe sin hacer los signos, pero que además gustaba de hacerlos, como Pascal: «Recuerdo que al anochecer del día de su llegada cantaron todos reunidos la Salve. En aquel cuadro de la tierra asturiana, a la vez risueño y severo, y a un paso del enemigo, aquella oración, surgiendo de pechos

castellanos, nos emocionó profundamente.» (Ignoro si es posible la excomunión retrospectiva, pero buenas ganas se les estarán pasando a algunos obispos progres de los que infectan la atmósfera con su garbosa presencia.)

A poco tropezaron con «La Cuestona», una dura y erizada posición que era la llave de Onís, o cosa semejante. «El coronel (Bautista) tenía su puesto de mando -escribe este Bernal argentino de otro militar español- en un pequeño alcor donde estaba concentrada la Bandera, y ordenó a nuestro comandante que tomara la posición en un ataque frontal... A la cabeza de dos Compañías se lanzó al ataque. Había que cruzar por un terreno completamente enfilado. Fue notable la habilidad con la que el comandante Ruiz condujo sus fuerzas. Para proteger y disimular a sus hombres aprovechó los más pequeños accidentes del terreno; una piedra, un muro, un ribazo. Las balas numerosas nos latigueaban al pasar. Pero el avance continuó. Mientras esto ocurría, el general Solchaga, jefe de las Brigadas de Navarra, llegó al puesto de mando de nuestro coronel; ambos pudieron contemplar cómo aquel puñado de héroes, salvando todos los obstáculos, plantaban la Bandera de España en la cima de la posición conquistada. Fue tal la admiración de ambos jefes, que a requerimiento de nuestro coronel, el general pidió telegráficamente al Estado Mayor del Generalísimo que se le concediese a la Bandera la Medalla Militar colectiva. Y a su jefe..., la MM individual.»

En la milicia se dice con humildad que vales más si alguien te mira. A la Bandera le concedieron la recompensa solicitada. La de Carlos Ruiz se quedó en propuesta y en una cruz con palmas. El mando tiene sus razones y la tropa las suyas. Además, la otra MM individual era de mayo y estábamos en septiembre. Convendrá precisar que la Primera Bandera de Navarra tuvo tres MMC y seis individuales, por orden cronológico: la de Carlos Ruiz, la de los falangistas Julián García Rodríguez y Valeriano Jiménez Vélez, el primero de ellos cabo de escuadra, y las de los capitanes Morgado y Pombo. También el capitán provisional Alfredo Miranda, que hizo toda la campaña en tan gloriosa unidad falangista, de alférez, teniente y capitán, llegando a mandarla como comandante en campaña. Iría a morir a Rusia. En sus filas murieron por Dios, por España y por la Falange 380 hombres, resultaron heridos 3.500 de los 5.000 voluntarios que en ella fueron necesarios a lo largo de toda la guerra, tantas veces deshecha, tantas veces rehecha, ligeramente inmortal, digo yo...

De modo que ahora uno mira en tomo y escupe.

*El Alcázar,
Martes, 2 de febrero 1982.*

La guerra y la paz

A Carlos Ruiz le hirieron varias veces a lo largo de la campaña. Cierro los ojos tratando de evocar la manga izquierda de su uniforme militar o falangista, rico en fósforo, próspero en proteínas, como decía un guripa intelectual siempre que abundaban las raspas de sardina, que es como popularmente se conocen los ángulos que señalan las

heridas homologadas, los emblemas de herido. Carlos tenía siete, dos de África y cinco de España, que no es mal expediente, aunque si hubiera raspas de besugo por cambiazos políticos, muchos jeques de hoy necesitarían dos mangas izquierdas y un sector de la pernera del mismo lado entre el 75 y el 82. Carlos Ruiz era hombre sereno, trabajador e inteligente. Estudiaba el terreno como un opositor de los buenos prepara notaría, sin quitar ojos del texto, pegado a los prismáticos, que sus falangistas riberos preferían llamar anteojos. La musa de la Bandera, alejada de la Academia de la Lengua, inspiró esta copla más o menos reconstruida por mí sobre bases líricas (y algo cojas de métrica) proporcionadas por mi amigo, camarada y paisano Armendáriz, de la Centuria de «la calavera»:

Si «Viriato» silba bajo
y mira por los anteojos
es señal de gran follón
y de que cobran los rojos.

No es digna de merecer el premio Cervantes, como los poemas de Gerardo Diego o el señor Guillén, pero vaya, para el frente tiene un pasar. Por lo visto Carlos emitía un leve silbido que le ayudaba a concentrar su atención durante sus horas de estudio. Lo de «Viriato» nadie sabe de dónde viene, aunque sí desde cuándo. Desde la Academia de Toledo. ¿Pudiera originarse en unos tremendos bocadillos de tortilla que vendían las vivanderas a los cadetes durante sus marchas y ejercicios, y que éstos llamaban viriatos por alguna razón que desconozco? Yo no sé exactamente cuándo se inventó la tortilla de patatas, pero me imagino perfectamente que figurase en el repertorio gastronómico del auténtico Viriato, y más en campaña.

Cinco veces, pues, en nuestra guerra, hubo de retirarse de la línea Carlos, todas ellas en brazos de las asistencias. Elijo una en el texto testimonial y protagonista de Héctor Colmegna, a quien los que van quedando de los muchachos que él atendió, todavía cuando le nombran en sus nostalgias veteranas, llaman respetuosamente «don Héctor», como al médico rural de aquel pueblo errante y campamental bajo la gran tormenta que fue la 1ª Bandera de Navarra. Se trata de una posición encajada en un denso bosquecillo asturiano, a quien nuestro mismo E. M., después de conquistada, calificó de «pequeño Verdún».

«Dos veces la Bandera fue lanzada al asalto y las dos veces tuvo que retroceder sin conseguir su objeto -relata el doctor-. Había tal cantidad de árboles y arbustos que no se podía ni aun arrojar las bombas de mano.»

Una mañana, a primera hora, antes de aquellos ataques infructuosos, el comandante Ruiz quiso darse cuenta, personalmente, de la situación del enemigo y de la importancia de sus obras de defensa. Sigilosamente entró en el bosque acercándose sin ser visto hasta las mismas trincheras enemigas. Cuando ya salía del monte, después de haberse enterado de lo que quería saber, le alcanzó un balazo, en el momento de atravesar una zona peligrosa, entre dos casas del pueblo (Isongo, Asturias). El enemigo estaba a una distancia de unos doscientos metros; el proyectil, como ocurre en aquellos casos, le hizo un boquete enorme en el orificio de salida de la herida. A nuestro

comandante se le dio de baja, y antes de retirarse enteró al capitán Lorenzo, que le reemplazó, del resultado de su observación, insistiendo sobre el hecho de que aquella posición costaría muchísimas bajas si se tomaba de frente. Para obligar al enemigo a abandonar sus fortificaciones era, pues, necesario un ataque de flanco. Cuando los camilleros se lo llevaban, al pasar por entre la tropa conmovida, que respetuosamente le abría paso, dijo, levantando el brazo a la manera falangista:

«-¡Arriba España, muchachos!»

«Todos comprendieron. Cumplirían con su deber»

No obstante sus «disposiciones testamentarias» («o previsiones sucesorias», como gustéis) se atacó de frente dos veces. Son cosas que pasan en la guerra y en la paz, en ambas con daño. Una veces tienen compostura y otras, no. Según. Acaso Carlos Ruiz, con su experiencia africana, recordaría el refrán de los mojamés: «Faja por barrigona, cabeza tontona.» Por entonces se contaba el cuento de un distinguido general que había fracasado atacando por la cara una famosa posición. Y como alguien le insinuara la posibilidad de un envolvimiento, contestó rápidamente: «Hombre, maniobrando, cualquiera.» *Si non e vero e ben trovato*. Héctor Colmegna puntualiza discretamente: «Cuando el Estado mayor de la Brigada se convenció de las serias dificultades que se oponían al ataque frontal, ordenó el movimiento de flanqueo al cual había hecho alusión nuestro comandante al despedirse.» El Mando, a veces, se equivoca en la guerra y luego rectifica. El Mando, a veces, también se equivoca en la paz. Y en ambos casos puede haber sido advertido del tratamiento que merece el tema. Por supuesto que otro tanto ocurre en la vida civil, de manera permanente en la paz (salvo excepciones que no deben ser citadas por antidemocráticas) y mucho menos en la guerra. El clima de guerra -no la guerra en sí, qué barbaridad-, el espíritu de hermandad, decisión y sacrificio, son buenos para militares y paisanos. Por entonces no nos recatábamos en decir: «Hay que militarizar a los civiles y civilizar a los militares.» Esto, más que una malicia o una frase ingeniosa, se consideraba una buena política. Porque civilizar quería decir, entre otras cosas, dar parte a los militares en la vida civil, en la cosa civil, en las inquietudes de lo civil. Me atrevería a decir que a iniciarles en el estudio de la política, totalmente descuidado en las Academias. Pero no creo, en definitiva, que este insensato deseo de muchos paisanos -y desde luego de los mejores de ambos bandos- cuajase después en los planes de enseñanza militar. Lo cual, sin duda, no ha dejado de notarse a veces. Del mismo modo la desmilitarización de los civiles ha conducido a la anarquía intelectual, al desmadre político y a llevar la moral nacional a temperaturas árticas, en un perpetuo bajo cero que hace temer su muerte por congelación.

Gijón estaba a la vista, el fin del frente Norte. Muchos apostaban, incluso, que el fin de la misma guerra, el estallido de la paz. Pero la paz dura quince días -como expliqué yo en una novela- y a la vuelta de la esquina esperaba Teruel, y no Madrid.

En Gijón había, entre otras cosas, grandes depósitos de medias. De todos modos no iban a bastar y las mujeres de la zona nacional cantarían en las manifestaciones de los primeros triunfos en Cataluña: «Dice que traerán medias de Cataluña, ay, ay, de Cataluña...» A bordo del «Mar Cantábrico» la 1ª Bandera, formando parte de su media Brigada, alborotaba camino de Pasajes:

El pater de mi Bandera
se llama don Faustino,
a él le gusta el coñac
y a nosotros más el vino.

Sin vino o con vino, llegó el mareo. y luego el descanso en Tolosa. Para muchos lo que después se ha llamado el reposo del guerrero. Para todos, el ensayo general de la paz y el primer fuerte sabor de la Victoria con bandera y banda, con flores y campanas, con desfile y pueblo, con baile agarrao y jota final.

*El Alcázar,
Miércoles, 3 de febrero 1982.*

La vuelta a los orígenes

La 1ª Bandera de Navarra tenía mucha personalidad y ya abundante historia a la hora de descansar en Tolosa. A la Agrupación formada por ella misma, el Tercio de San Miguel y la 1ª Bandera de la Falange de Palencia, le ocurría otro tanto. Esta agrupación es la que llegó a mandar Carlos Ruiz, habilitado con dos *mantecados* al pecho. El *mantecado* equivale, en el idioma militar, a la estrella de ocho puntas. Hay toda una escuela de lenguaje que prefiere denominarla *buevo frito*. Pero ambas tendencias se llevan bien sin el menor asomo de disputas lingüísticas que puedan desembocar en autonomías y aun nacionalidades, como pasa con otros idiomas de igual o semejante importancia, menor historia, menor cultura y parva efectividad castrense. Por tener, la 1ª Bandera de Navarra tuvo hasta banda de música propia, ya por tierras de Cataluña. Para entonces Carlos Ruiz era el jefe de la Agrupación. Y el capitán Elío, Rafael Elío, un pamplonés alegre, divertido, valeroso, de escasa fortaleza física y gran espíritu, vizconde de Val de Erro a la sazón, porque luego me parece que heredó un marquesado, el de Vesolla, creo -estoy flojo en estos lances-, hacía de comandante provisional al mando de la Bandera. Bueno, pues «gracias a la intervención del capitán Elío -apunta Colmegna- se incorporó a la unidad un renombrado músico navarro, el señor Taberna, que se hizo cargo de la banda».

No sé, en cambio, cuándo se fundó la banda (ni hallo rastro esclarecedor), pero calculo que fue por el otoño del 38. El día de San Francisco Javier, que es el 3 de diciembre, ya actuó en Torralba del Pinar (sin que el hecho se apunte como novedad), y cinco más allá, en la jornada de la Patrona, tuvo mucho trabajo. «El día de la Inmaculada se organizó un almuerzo campestre; los oficiales comimos con los soldados. A continuación hubo baile. Después del almuerzo los muchachos llevaron en andas al comandante Ruiz, jefe de la Agrupación, y a los comandantes Elío y Pombo, jefes, respectivamente, de nuestra propia Bandera y de la Bandera de Palencia.» ¿Por dónde andarían los del Tercio de San Miguel, los inseparables? Porque su comandante, Imaz,

hubiera salido igualmente a hombros. Este rito es como un triunfo ibérico, tan legítimo como el romano, y más en un Ejército que cuando rechazaba un contraataque, gritaba desde el ruedo: «¡Otro toro, otro toro, otro toro...!» Los de la 1ª Bandera y los de San Miguel se intercambiaban a veces las prendas de cabeza a la hora de atacar, de modo que los falangistas lucían la boina roja y los requetés el gorriillo azul e isabelino de los falangistas, con el madroño blanco o rojinegro y los vivos blancos, o la boina negra, que también estaba muy de moda, singularmente en las Banderas navarras.

Armendáriz recordaba muy bien la banda, pero me dijo que tocaba más piezas de concierto que otra cosa -parece que esto no le gustaba- y que en cambio le dio poco al baile. Claro que eso va en maneras de sentir la música y la proporción se establece según los gustos. Hay quien desdeña a Mozart, un suponer, o al preludio de *La leyenda del beso*, y en cambio se desvive por la carioca, *Mi jaca* o *Noche y día* en brazos de una catalanita, no me seas esquiva... Me imagino que Armendáriz era de este último parecer, muy digno de ser alabado. En cambio, la banda trabajó con sobriedad y eficacia en cuestión de desfiles. Colmegna recuerda uno en campaña que causó una excelente impresión a Capalleja, a la sazón jefe de la Infantería de la V División de Navarra, casi en vísperas de romper el frente de Cataluña.

Aclarado que en gustos musicales no hay nada escrito, diré también que tampoco en la manera de hacer la guerra. Rafael Elío, que aunque oficial de Caballería combatió en Infantería, encontró el medio de armonizar las cosas, así que hizo su larga campaña a bordo de un pequeño mulo. Este mulo adquirió caracteres legendarios, y muchos lo convirtieron en un modesto rucio. «Ataca en burro mandando su centuria», oí contar en el hospital. Y yo actualizaba la anécdota de aquel rey merovingio que afirmaba, al oír la Pasión, que si él hubiese estado allí con sus soldados, no hubieran matado al Cristo, diciendo más modestamente en el Pabellón Blanco: «Montado en el asnillo del capitán Elío debió entrar Cristo en Jerusalén.» Colmegna, como tantas veces, pone los puntos sobre las íes, y nos señala a Elío, caballero en el jumento, a paso cansino, impertérito, bajo una peligrosa lluvia artillera y dirigiendo una operación como jefe accidental de la Bandera: «Montado en su pequeña mula, con la cual hizo la campaña, seguía la operación desde un montículo.» Por el doctor sabemos que fue mula, y no mulo ni asnillo la cabalgadura, pero en cambio nos quedamos sin saber su nombre. Merecería la pena inventárselo, pero no sería justo, aunque sí un bonito ejercicio literario.

Salieron de Tolosa con frío, por la noche, y se despertaron con nieve. La nieve les iba a perseguir durante los dos próximos meses. A la madrugada siguiente llegaron a Quintanas de Gormaz, que era su destino. Carlos Ruiz preguntó si había algún local para la tropa. «El capitán Sáseta se limitó a señalar un lugar donde se veían pequeños montículos de nieve. Después, dijo:

»-Allí están los del Tercio de San Miguel.

»Allí estaba, en efecto, la gente del Tercio, guarnecida apenas con sus mantas que la nieve había cubierto.» La Bandera permaneció en el tren hasta que amaneciese.

Estaba montada la ofensiva sobre Madrid, pero la nieve se hacía roja y comenzaba a asomar su tarjeta. Cosa de los vientos siberianos. Por otra parte, aquel frío desorejado, ése que hace exclamar con tono de jaculatoria: «¡Qué mañana para desterrar hijos de puta!» -y que a veces se siente en espacios cerrados con buena calefacción, incluso ahora

mismo- venía a ser como la ducha después de la fiesta, como la fría ceniza sobre la frente después del carnaval. La 1ª Bandera debía romper el frente a partir de Alarcón. Se apreciaba una buena densidad artillera. «El día 20 de diciembre, al levantarnos comprobamos con asombro que durante la noche habían desaparecido las piezas de artillería.» Teruel, las cotas 1.180 y 1.177 del Alto de las Celadas, Las Pedrizas, la XV Internacional; luego la rotura del frente de Aragón, de Fuendetodos a Belchite, Escatrón -con un rico botín, el general X (como secretea el doctor, y ni siquiera en Martínez Bande he encontrado el nombre), un comandante de E.M., un capitán y el conductor-, más internacionales, entre ellos los de la Lincoln; Mequinenza, Cerro Gordo, el Vértice Las Torres, ya hacia Valencia, donde vence, muere y gana la Medalla Militar individual el capitán Morgado, que manda accidentalmente la Bandera porque Carlos Ruiz, otra vez, está herido; el largo y duro frente de Castellón -mientras hierve el Ebro-, la rotura del frente catalán, el 23 de diciembre del 38, el camino a Tarragona, la entrada en Barcelona, la llegada a La Junquera, donde los habituales campesinos franceses, esta vez vestidos de gendarmes y senegaleses, golpean, maltratan y torturan a los rojillos que se acogen a la bondad de Mariana. Rojillos o no, son españoles. Hacia Reyes hubo regalo; lo explica muy bien Colmegna: «Hallábame con mis sanitarios detrás de una roca (cerca de Pobla de Ciérvoles) que nos servía de improvisado refugio contra el fuego de la artillería enemiga, cuando oí que me llamaban. Una voz me advertía que el comandante acababa de recibir un balazo. Corrí hacia el lugar donde aguardaba el herido. No era el comandante Ruiz como pensé al principio -había sido herido ya seis veces-, sino el comandante Elío, mi jefe inmediato y querido amigo.»

Al doctor las reiteradas heridas de Carlos Ruiz le crearon el hábito de pensar en cuanto oía la voz de ¡camilleros!: «Vaya, le arrearón otra vez.» Lo que se llama un reflejo condicionado.

El 28 de marzo de 1939 la 1ª Bandera andaba camino de Mora de Toledo. «Lomas cubiertas de olivos y llanuras arenosas en las que crecían unas mieses raquílicas.» Alegre fatiga en los cuarenta kilómetros a golpe de calcetín. De repente apareció Carlos Ruiz a caballo, como un correo del 7º de Caballería que iba a dominar el cine:

-¡Se ha entrado en Madrid!

Lo iba comunicando personalmente a sus gentes. Madrid era el fin, como el 17, el 18, el 19 de julio del 36.

«Desde el fondo de nuestra alma -escribe Colmegna- se elevó una ferviente oración al Todopoderoso que por fin permitía que terminara aquella guerra tan cruel, con la victoria de las armas de Franco. Con gesto espontáneo, profundamente conmovidos, cantaron los hombres el himno de Falange.»

Volvía Carlos Ruiz a los de su Centuria de «la calavera», a sus camaradas de la 1ª Bandera de Navarra, a su punto de origen en la Guerra de España, al belén de su gloria. La victoria estaba en la mano. Se aproximaba la Semana Santa. Justo treinta y ocho años después, un Viernes Santo, la firma de un político tráfuga e irresponsable liquidaba el parte del 1 de abril de 1939.

Todo, pues, había sido inútil.

*El Alcázar,
Jueves, 4 de febrero 1982.*

El fin de la carrera

Acabar una guerra civil supone, al menos exteriormente, menos bullicio que comenzarla. Sin duda se debe, en los vencedores, a sentido de la responsabilidad, a la obligación del futuro común, que recae sobre ellos; y singularmente, a la fatiga del esfuerzo, que sólo se percibe cuando éste cesa. Con respecto a los vencidos, nada hay que decir: ahora ya lo sabemos todo en nuestro propio pellejo, y de guagua. Acabado el desfile de Barcelona, Jorge Vigón ya dejaba en sus «Cuadernos» buena nota de este hecho:

«Muy lúcido, muy guerrero, muy brillante: como la gloria; como la gloria también un poco triste... Terminado el desfile, el Ejército del Norte se disuelve. El general Dávila se va silenciosamente, sin ruido, para que no le veamos, como si en vez de haber rematado una campaña gloriosa hubiera estado cometiendo un feo delito.

»Todos nos quedamos con pena, sin humor. Es la hora de recordar a tantos como nos faltan.

»Es también la hora de irse a dormir, para quedarse a solas con su cansancio, con sus recuerdos, con su incertidumbre del mañana.»

Y en la última página de sus carnés, los cierra el 1 de abril -«Oh la luna, cuánto abril» aquella noche, cuánta primavera- con estas palabras:

«El Generalísimo ha firmado hoy el parte: el último. Ha terminado la guerra; y, al fin, vamos a encontrarnos cara a cara con la paz.»

«¿Con qué paz? Ésta es la incertidumbre.»

La 1ª Bandera de Navarra no durmió en Mora de Toledo la noche de la toma de Madrid, sino a dos kilómetros del pueblo, bajo las estrellas, como de costumbre. «La jornada siguiente fue de veinte kilómetros. Atravesamos, como el día anterior, grandes bosques de olivos y pobres tierras de labrantío. Soplaban el viento y se levantaban nubes de polvo, haciendo penosa nuestra marcha.» Como casi siempre, aunque esta vez la hostilidad venía de la llamada madre naturaleza, nada más. El 30 alcanzaron Tembleque y se instalaron en él. El puntual «don Héctor» no hace la menor referencia al día 1 de abril. Calculo que a él, como a muchos, el 28 de marzo en Madrid supuso el verdadero fin de la guerra. «Durante los veinte días de nuestra estancia en aquel lugar, nos fuimos enterando de la sucesiva ocupación de las tropas de Franco, del territorio español que aún quedaba en manos de los marxistas.» En realidad en su relato de cómo se enteró de la toma de Madrid, ya daba las gracias a Dios «que por fin permitía que terminara aquella guerra tan cruel con la victoria...» De todos modos, conociendo a aquellos hombres, es seguro que la banda del maestro Taberna chufaría lo suyo, y si aún había vino toledano en las bodegas, se celebraría la jornada; y si éste andaba escaso, bastaría con el de Intendencia.

Personalmente, mientras escuchaba en mi pequeña «Kadette» el parte final, se me llenaron los ojos de lágrimas y en cuanto apagué la luz lloré silenciosamente. El hospital dormía disciplinadamente. Se oyeron, sin embargo, algunas voces de júbilo. Era Sábado de Pasión, víspera del Domingo de Ramos, once y cuarto en punto de la noche. La propia Semana Santa mitigó las celebraciones.

No sé en qué fecha nombraron a Carlos Ruiz gobernador y jefe provincial de Santander, pero debió ser pronto, porque el famoso incendio de febrero del 41 le pescó de lleno. Trabajó mucho y bien. Tomaba su mesa política y administrativa como un puesto de mando, y se entregaba horas a la observación y estudio de la provincia, igual que hiciera cuando escrutaba el terreno de los futuros avances. A algunos combatientes, que también habían estado allí, les extrañaba una frase de Carlos: «A mí se me heló la sonrisa en Teruel», pero no a los que conocían su sentido de la responsabilidad y su socarrona manera de evitar intromisiones, oficiosidades y camelos, o su manera de parar los pies a los que aspiran a caciquear y fundaban su política en la sonrisa y el halago. La que al final triunfó para mal de todos. Pero a sus camaradas continuaba llamándoles «tigres», «o viejos tigres», según su costumbre, puede que adquirida en Salgari, pero más seguramente en la Tercera Bandera de la Legión (con la que luchó en África y en la revolución del 34 en Asturias) llamada «del tigre», según me informan. No lo sé, siempre se lo quise preguntar, pero cuando tenía ocasión se me iba el santo al cielo, porque me gustaba más escuchar lo que él decía, siempre alegre, siempre lleno de fe. Y eso que la política amargaba con frecuencia. Le dolió más que sus siete heridas que la enseña de la 1ª Bandera de Navarra, ofrecida para su custodia a la Diputación Foral, fuese discretamente rechazada por el vicepresidente Rodezno. Ahora creo que está en el Museo del Ejército. Por sí sola, la 1ª Bandera de Navarra era -y es- la unidad más condecorada entre todas las unidades de voluntarios de España, con tres MMC, pero fundida con su fraternal 3ª de la misma provincia, su enseña ostenta cinco corbatas de Medalla Militar, lo cual constituye una marca imbatible por el momento. (Me refiero a nuestra guerra y a las milicias. Es de suponer que habrá unidades del Ejército con más larga historia que puedan tener más distinciones y, claro está, muchas más campañas en sus historiales.)

En Madrid, de donde Carlos Ruiz fue gobernador y jefe provincial más de tres lustros, se dedicó esencialmente a la provincia y a la Falange, o por mejor decir a FET, en la que creía -su Bandera y el Tercio de San Miguel fueron por su conducta fraterna en el frente la avanzada más pura de la unificación, no tan pura políticamente, su profecía militar-, y al Movimiento, así llamado por pura contradicción, aunque este Movimiento parálitico ya no sé si le alcanzó en el mundo civil. Vivía modestamente, ni siquiera en la residencia del Gobierno Civil, sino en un piso particular, alquilado por él, y por él pagado, en Arenal, 21. Pensaba que era un militar de carrera y a ella volvería, y no consideraba oportuno que nadie de su familia gozase de esa pequeña o gran capona civil que supone siempre la política en un puesto de mando. Nunca le vi en su despacho, los despachos me gustan poco, mejor, nada, pero me lo encontraba como periodista, al menos todos los 18 de Julio, que es cuando él inauguraba sus realizaciones en la olvidada provincia de Madrid, menos próxima a la teta del centralismo que Cataluña o Vascongadas, sin ir más lejos. Yo hice la crónica de esa jornada para Arriba en muchas ocasiones. En reuniones oficiales o particulares de combatientes también conversé con él más de una vez y en encuentros de ocasión. Y dos o tres días en Segovia, con motivo de un Congreso Nacional de Combatientes, aquel que acabó en el Alto de los Leones, bajo la nieve. Carlos Ruiz hizo por la enseñanza en Madrid más que muchos intelectuales pedagogos.

-Hola, viejo tigre -me saludaba con gran abrazo, alto y fornido, acogedor, sonriente.

-A tus órdenes, Carlos.

Me gustaba hablar con él de Navarra, por la que sentía pasión, de su Bandera y de la guerra. Durante mucho tiempo yo le creí navarro. ¿Pero no lo era? Me nutría de historias sorprendentes, de anécdotas, de pequeños y ejemplares episodios nacionales, y en mi Diccionario para un macuto hay más de una aportación suya. Le recuerdo de general gobernador militar de Navarra, en el despacho de Mola, en el antiguo palacio Virreinal, que aún llamamos allí Capitanía, con vistas a la Rochapea y a las «crestas militares de la tierra pamplonesa» y con aquel mapa en relieve que mis dedos recorrieron como dando la mano al general del Alzamiento, al que aclamé con el primer sol del 19 de julio desde la vecina plazoleta mientras él saludaba desde un balcón. «Todo está igual que con él», me dijo. Y hablamos con risa de sus famosos sanfermines de teniente africano. No tuve ocasión de saludarle mientras fue capitán general de la V Región, y creo que la última vez que le vi, ya muerto Franco, fue en la boda del hijo de un amigo común. Veía las cosas con serena amargura. Le mandaba saludos de vez en cuando, por intermedio de Federico Ramos, a Cervera de Pisuerga, donde vivía desde que se retiró, y supe de sus dolores íntimos y también que se estaba quedando medio ciego.

Ahora está muerto. Posiblemente también todos sus sueños, igual que todas sus esperanzas, lo mismo que el espíritu y la obra de aquella Cruzada de Liberación de la que fue soldado impar. Un gran silencio sobre él, a quien en muchos pueblos madrileños se le recuerda aún bajo el nombre del «el buen gobernador».

Quizá también haya muerto España, y en ese caso nos lleva ventaja a los que aquí quedamos, inermes, sin más voz ni mayor fuerza que la de unas cuantas plumas en un periódico tan silenciado como su propia muerte. Sólo que él nos pediría aguante ante el feroz contrataque y nos estimularía con su voz capitana:

-En peores nos hemos visto, viejos tigres...

¿Llegará la hora en que reclamemos «¡otro toro, otro toro!»? Me temo, Carlos, que a los toros se les puede hacer frente, pero no a las enormes, oceánicas, infinitas manadas de cabestros y otras especies con cuernos. ¿Cantaremos algún día: «Todo lo que perdí / volverá con las aves»?

*El Alcázar,
Viernes, 5 de febrero 1982.*

Glosa

Estos espléndidos artículos de Rafael, trasladados en parte a su libro *La gran esperanza*, Premio Espejo de España 1983, sobre una figura mítica de la guerra de España, el entonces comandante Carlos Ruiz García (a) «Viriato», de la «Centuria de la calavera», en la 1ª Brigada de Navarra, nos lleva a recordar y a esperar:

«Recuerdo aquellos días: morir era tan bello
como vivir:
vida y muerte eran fuente de gloria semejantes. »

.....
¡La Patria! Sí, la Patria
no eran estos millones de mudos desacuerdos forjándose la vida,
sino el centro surgido en el puño radiante,
la espada justiciera, vencedora, infalible.

.....
Cree, espera y recuerda,
recuerda solamente. Porque el recuerdo es claro,
y como pierda oculta va haciéndote en un ser indestructible.

.....
Busca la soledad y ríndete en silencio.
Llama a tu corazón de rodillas: ¡Dios mío!

(Dionisio Ridruejo. «Canto en el umbral de la madurez».
Barcelona, Entregas de poesía, 1944; número 13.)

Sí, decía Rafael García Serrano, «hay que convertir el desengaño en motor de nuestra esperanza» y recitar el soneto:

A ti fiel camarada que padeces
el cerco del olvido atormentado.
A ti que gimes sin oír aliado
aquella voz segura de otras veces.
Te envió mi dolor. Si desfalleces
al acoso de todos y cansado
ves tu afán como un verso malogrado
bebamos juntos de las mismas heces.
En tu propio solar quedaste fuera.
Del orbe de tus sueños hacen criba.
Pero allí donde estés, cree y espera.
El cielo es limpio y en sus bordes liba
claros vinos del alba. Primavera,
pon arriba tus ojos. Siempre arriba.

(Ángel M^a Pascual. «Capital de tercer orden».
Ed. Aramburu. Pamplona 1947, pág. 41.)

«¡AQUELLA ESPARTA DE CRISTO!»

La guerra empezó en Leiza

No puede decirse que conozca Leiza, y lo siento. En mi adolescencia pasé una vez por allí, de excursión dominguera, y no me ha quedado mayor recuerdo que el de la plaza, con un gran edificio, me parece que con soportales, que imagino que sería -y será- el Ayuntamiento. Un pueblo pequeño, agazapado en una hondonada, rodeado de montes verdes, praderas jugosas y bosquecillos densos. Unos mil quinientos habitantes. Poca cosa. Por Leiza pasaba, camino de San Sebastián, el Plazaola, un ferrocarril de vía estrecha que unía, es un decir, a Pamplona con la capital guipuzcoana. Cuando murió el Plazaola, después de la guerra, yo le escribí un réquiem. Era un ferrocarril curvilíneo, con más vueltas que una devanadera, y quien llegaba a San Sebastián sin mareo notable podía tutearse con Neptuno y hacer vuelo acrobático. Un amigo mío se entrenó para estampillarse en El Copero a base de viajes en el Plazaola. Los navarros de los «bous» se mareaban en él cuando volvían a Pamplona con permiso. Leiza era, al menos en mi tiempo de juventud, una especie de Roma y Vaticano carlista, todo a la vez, porque la casa de los Baleztena, próceres de la legitimidad, era Quirinal imaginario -al fin y al cabo, don Joaquín Baleztena era, si no me equivoco, el representante de don Alfonso Carlos en Navarra-, cabecera ideal de la clerecía jaimista, yo diría que un poco Palazzo Venezia para los boinas rojas, porque don Joaquín presidía la Junta Regional Carlista, y también un algo el Foro Mussolini de la pelota vasca, tanto por disponer de un buen frontón y ser patria de pelotaris como porque Pello Mari Baleztena era uno de los grandes campeones de mi provincia en la modalidad de pala. O puede que fuese en remonte. Por si esto no bastara, otro de los hermanos, Ignacio, simbolizaría la Academia, con su buena pluma, su erudición y su jocunda musa popular, que a todos llegaba. Lo mismo se sumergía en el siglo XIII que enjaretaba coplas musicales con el puntual relato de la procesión del Santo Entierro en Pamplona. Una hermana suya practicaba el verso y anticipándose a los ecologistas fue el alma de una asociación llamada «Hermandad del Árbol y del Paisaje», donde yo pinché un primer premio compartido con el jefe comunista Jesús Monzón, y tocamos a quinientas cucas de 1935 cada uno y bebimos amigablemente por el triunfo literario de dos enemigos políticos.

La tarde del 19 de julio, fecha del Alzamiento Nacional en Navarra, don Joaquín Baleztena llamó al Gobierno Militar, que en Pamplona seguíamos llamando Capitanía General, como en tiempo de los virreyes. No sé ahora lo que harán. Don Joaquín informó a Mola de que, según sus noticias, fuerzas revolucionarias se dirigían hacia Leiza por el Plazaola. (El problema sería saber si llegarían mareados o serenos. Pero el asunto no era de broma.)

Mola preguntó:

-¿Ustedes tienen armas?

-Escopetas de caza y alguna que otra pistola.

-Pues vayan cortando el ferrocarril por la parte del puente y aguanten, que yo les mando gente.

Gente sobraba, pero la mayor parte de los fusiles disponibles estaban en las manos de los que en aquel momento nos preparábamos a salir camino de Madrid al mando del laureado coronel García Escámez, don Curro. De Zaragoza no habían llegado aún los que prometiera Cabanellas. Mola recurrió al «supla usted con su celo», de modo que le dijo al comandante Tutor:

-Hágase con unos fusiles y unos cuantos chicos seguros, y a Leiza.

Pamplona, pese a rebosar gente, parecería desierta, porque eran las horas del yantar y eso siempre lo respetamos mucho por allí. Tutor se plantó en el Círculo Carlista y levantó una partida de unos noventa (exactamente noventa y tres) requetés, todos ellos de la Ribera, de Olite, Beire y San Martín de Unx. Entre los de Olite figuraba el ya famoso Chato Gilito, el mejor torero aficionado del universo, cuarentón, majo, ingenioso y sevillano de escuela. Al Chato Gilito he dedicado un apunte biográfico, incluso yo diría que hagiográfico, en «Las vacas de Olite», y no es cosa de repetirlo aquí, donde además no cabría. El Chato Gilito formó desde el primer momento en los enlaces de Tutor, grupo tan valeroso, divertido, eficaz, extravagante y humano, que mereció ser distinguido con el remoquete cariñoso de «Los mangarranes de Tutor», de quien tan bien ha escrito mi paisano y amigo Javier Nagore.

«Nadie entre que no esté loco» pudieran haber escrito en su puerta. A las dos entró Tutor en el Círculo Carlista y a las tres de la tarde salía de él con su pequeña, mínima y valerosa columna camino de Leiza. Por el camino se fue practicando una obra de misericordia, de manera que los que sabían enseñaron a manejar el fusil a los que no sabían. Un curso que duró cuarenta y seis kilómetros, ni uno más, ni uno menos.

Aquella fue la primera fuerza navarra que tomó posiciones en campo abierto. La que inauguró la guerra en la linde de Guipúzcoa. Se le unieron mozos de Leiza y cuarenta y seis guipuzcoanos que venían huyendo de Tolosa, a más de otros diecisiete que cruzaron por los montes desde el San Sebastián perdido. Combatieron, también fue mala suerte, contra los miqueletes de Urto y una partida marxista. Lo de la mala suerte se refiere a que los requetés se picaron mucho al ver a los miqueletes guipuzcoanos con la boina colorada. Se lanzaron al asalto frente a una ametralladora que los batía. Allí cayó Joaquín Muruzábal, de San Martín de Unx, todavía en tierra navarra. Entre los chicos voluntarios de Leiza figuraba un nieto del general Sagastibelza, hijo del pueblo, muerto en San Sebastián frente a la Legión Inglesa, porque también los liberales tuvieron sus Brigadas Internacionales. El nieto de aquel general caería igualmente bajo la bandera del abuelo. La fuerza de Tutor -que acabada la guerra casaría con una de las más hermosas muchachas de Pamplona- dio origen al Tercio de San Miguel, que fue de los de quitarse la gorra. San Miguel, soldado de Dios, preside la Montaña de Navarra.

Bueno, yo quería decir que esta vez no ha habido un Tutor, con riberos y guipuzcoanos, que evitase el ataque a Leiza -donde duermen su sueño eterno veinticuatro leizarras que cayeron por Dios y por España- y que una partida de separatistas vascos ha golpeado al pueblo eligiendo como blanco la casa cuartel de la

Guardia Civil. Un ataque terrorista con planteamiento militar, con armas de guerra, que ha hecho carne.

Parece que hogaño no andamos tan espabilados como antaño, sobre todo si tenemos en cuenta que precisamente ahí nació el frente Norte. Eso es lo que quería advertir.

*El Alcázar,
Sábado, 16 de octubre 1982.*

«Diario de Navarra»

La calle Zapatería venía a ser, en la Pamplona de mi tiempo, algo así como Fleet Street en Londres, la calle de la Aventura, la del periodismo. En una acera, la de la izquierda si uno se encaminaba a *Diario de Navarra* desde la plaza del Castillo, tenía su domicilio este periódico, creo que ya entonces el decano de la prensa pamplonesa, y en la derecha, *La Voz de Navarra*, cotidiano naci, o sea, napartarra, nacionalista vasco, jelquide. La acera de la derecha y la de la izquierda representaban dos mundos distintos, y esto fue así incluso cuando *La Voz de Navarra* se transformó en el *Arriba España* de la Falange, su primer diario. Con todo derecho se podía hablar en ambos periódicos de «los caballeros de la acera de enfrente», porque más o menos siempre anduvieron enfrentados unos y otros a causa de sus especiales concepciones políticas. Naturalmente, con más encarnizamiento combatió el Diario las tesis de *La Voz*, que posteriormente las de *A.E.*, si bien a éstas la atacaba con más confianza y soltura desde su posición de enemigo íntimo de la Falange, como sucedió en general con toda la derecha española. «De mis amigos me libre Dios, que de mis enemigos me libraré yo», solía decir un viejo camarada mío. Y si la Falange venció a sus enemigos, jamás pudo ni siquiera alejar del poder y la influencia a sus verdaderos enemigos, que fueron sus amigos (impuestos o no) y sus forzosos aliados.

Lo cierto es que en la calle Zapatería ya no queda ningún periódico -que yo sepa-, salvo la administración del *Diario*, que permanece en sus antiguos locales. El *Diario* se marchó a las afueras con nuevas instalaciones. *Arriba España* fue apuntillado. Se jostidió nuestra Fleet Street y las carteleras del gordo, la llegada a Buenos Aires del «Plus Ultra» y la cotización prerrevolucionaria.

El *Diario de Navarra* ha sido muy hostigado a lo largo de toda su historia. Recién proclamada la República sufrió un intento de asalto y entonces instaló ciertas defensas a base de bocas de agua a presión, que dieron mucha cancha a la fantasía, pero a las que nunca vi funcionar. Del *Diario*, que a la sazón dirigía don Raimundo García, conocido por «Garcilaso» y «Ameztia» (leonés que se transformó en una figura entrañable navarra, siempre con el abultado golondrino de la prensa francesa en la axila, sombrero va, sombrero viene, la voz ronquilla, los ojos vivos), con la esforzada ayuda de un buen escritor navarro, de la Regata del Bidasoa, Eladio Esparza. E. E. al pie de sus primorosas

y dialécticas «Postales», salieron para pasar a la acera de enfrente don Fermín Yzurdiaga, que habría de fundar *Arriba España* y Ángel María Pascual, un joven escritor al cual la muerte no dejó madurar su apuntado genio, que sería su primer director. O sea que en cierto modo el *Diario* fue la cuna del periodismo falangista en Navarra, y su escuela práctica. Y eso no se puede olvidar. José María Pérez Salazar también hizo sus pinitos en el *Diario* antes de la guerra, y yo mismo escribí alguna vez en él, creo que dos de ellas con seudónimo, y fuimos bastantes los falangistas entre los que acudíamos con mucha frecuencia a hacerle la tertulia en su despacho a Eladio Esparza, de quien aprendí algo este oficio y de quien recibí una constante lección de humor y encaje, que me ha venido muy bien para soportar mi carrera.

Diario de Navarra es un excelente periódico, rico, católico y nada sentimental, al que nunca me ha sentido vinculado ideológicamente, pero al que siempre he tenido un gran cariño, por cuanto aprendí en él, por cuanto me recuerda de mi juventud y por los nombres de tantos vivos y muertos que en él escribieron y que a mí me honraron con su amistad. Ángel Goicoechea, «Goiko», cantor del Osasuna, socarrón, muy buen amigo; Galo María Mangado, llamado en la crítica taurina el «Che», con su alegre grito de «¡Viva el Maera!», hombre encantador, divertido (a quien utilicé como plantilla de uno de los personajes de «Plaza del Castillo», justamente Menéndez, periodista del *Diario*); Baldomero Barón, poeta y orfeonista, a quien tanto respeto; «Arako», con el que hablé pocas veces, pero a quien admiraba por la gracia de sus personajes de la Cuenca de Pamplona, con los que hacía un humorismo tan local como eficaz, y otros cuya enumeración haría prolongar en exceso este «Dietario», como por ejemplo don José Esteban Uranga, a quien todo el mundo llamaba Josechu Uranga, planificador de la economía del periódico y hombre de profunda cultura, padre del actual director, con quien charlaba más en el almacén de la librería Ostériz que en el periódico.

Nada más abrir *El Alcázar* esta mañana, he leído que anoche tres granadas han sido disparadas contra el *Diario de Navarra*. No conozco el actual emplazamiento del *Diario*, nunca lo he visitado en las afueras de una Pamplona prácticamente incógnita para mí, pero toda Navarra se ha sentido atacada en él. Y yo, claro, también. Desaparecidos *A.E.* y *El Pensamiento*, no hay otra bandera periodística de españolidad en mi tierra, salvo el *Diario*, o al menos yo no la conozco. Por eso le han atacado los mismos que abatieron gravísimamente, hace un par de años, a su director, José Javier Uranga, con treinta balazos en el cuerpo. Tomaron posiciones en una loma que domina al *Diario*, leo, emplazaron sus armas y dispararon tres granadas anticarro sobre él, a una hora de pleno periodístico, hacia las doce de la noche, con evidentes ganas de hacer carne. Luego se replegaron ordenadamente. (Envío mi saludo a los colegas de la guarnición, tratados por los etarras como un objetivo militar.) Es esta una nueva guerra fronteriza, que nadie quiere aceptar como tal, qué le vamos a hacer.

He recordado a don Raimundo García y a su tiempo, a su terca tarea como enlace de Mola durante la conspiración, y también aquellas ocasiones en que entraba al despacho de Eladio Esparza -raras si estábamos los de la tribu literaria y teatral- y todos hablábamos con pasión del futuro de España, sin mengua de nuestra particular manera de pensar. Acaso esta época requiera de aquella unidad. Entonces sirvió de mucho. No

lo sé ahora porque no la advierto por ninguna parte, y así, claro, no hay manera de comparar.

*El Alcázar,
Jueves, 11 de noviembre 1982.*

El Papa en Pamplona

Me resonaba mi infancia mientras veía el Papa acercarse a las colinas verdes y a las azules montañas, y a los cielos grises y lluviosos de Loyola. Una de las primeras excursiones de los colegiales pamploneses pasaba indefectiblemente por Loyola. La casa natal del capitán Íñigo, de la Infantería española, hijo de don Beltrán Yáñez de Oña y doña Marina Sáenz, estaba cerca de Azpeitia. Puede que la lucha entre los caballeritos de Azcoita y los no menos caballeros y caballeritos que preferían a Azpeitia, o sea, a Loyola, fuese el germen de las que luego habrían de llamarse las dos Españas, invención que arranca del XVIII, que crece desmesuradamente en el XIX, que intentó en el XX superar José Antonio, y que de nuevo impera, divide y mata a esta Patria desventurada. Pero en Pamplona teníamos el lugar justo donde cayó herido el capitán Íñigo de Loyola para convertirse en San Ignacio durante la convalecencia de sus heridas. Frente a la iglesia de San Ignacio (y en mi infancia también frente a la Comandancia de Ingenieros, sin duda por aquello del Altar y el Trono), había -y supongo que hay- una lápida metálica en el suelo, donde se recordaba que a ese lugar del foso vino a caer desde la muralla, herido en ambas piernas por los franceses, el futuro santo. A mí de Loyola lo que me producía más impresión era el ver la antigua casa de Íñigo dentro de la grande y fría basílica, que la contiene como el máspreciado tesoro, como una caja rusa, y la sidra que bebíamos clandestinamente los chicos en cuanto nos despegábamos de nuestros tutores. Camino del Olimpia, teatro y cine, más de una vez meditaba sobre los fosos que fueron rellenados para abrir paso al nuevo ensanche de la ciudad, y me imaginaba las murallas que allí hubo, y pensaba en aquel capitán herido al que cantábamos con frecuencia su marcha religiosa: «Fundador sois Ignacio y general / de la Compañía real / que Jesús con su nombre distinguió. / La Legión de Loyola con fiel corazón, / sin temor enarbola la Cruz por pendón. / Lance, lance a la lid fiero Luzbel / a sus monstruos en tropel.» O más bien: «Compañía de Jesús, corre a la lid, ¡a la lid!» Entonces los monstruos lo pasaban muy mal en cuanto se encontraban con los legionarios de Cristo, que a Loyola tenían por capitán. Ahora, los monstruos toman café y copita con bastantes de estos soldados que le vuelven la espalda a Loyola, y quizás a Jesús. También se cantaba el himno en vasco. Yo me armaba un lío y no creo que la cosa fuese así, pero así la rehago al cabo del tiempo, malamente: «Inazio (mucho acento en la i inicial y en la o que la música volvía aguda), gure patria aundia, Jesús en Konpañía» y de ahí no hay quien me mueva. La iglesia que lleva el nombre de San Ignacio es de los padres redentoristas, y se inauguró en tiempos de la Dictadura de don Miguel Primo de Rivera. Vino el Nuncio

Tedeschini a Pamplona. Tuvo un gran éxito. Pocos años después se oía decir pestes de él, sobre todo a los monárquicos, y muy especialmente a don Alfonso XIII, que aunque no sé si era o no monárquico, fue el rey de España, y no sentía el menor aprecio por Tedeschini. Aquel nuncio fue, por lo que se ve, un buen pájaro, que diría Baroja. Pero entonces el Papa era prisionero de los Saboyas, y lo más que se podía tener del Papa era una bendición apostólica, que en casa había dos, la de Benedicto XV, que había muerto al comienzo de los años veinte, y la de su sucesor, Pío XI, que moriría durante nuestra guerra. La de Pío XII ya se la envié yo a mis padres desde Roma. Las dos bendiciones eran regalo del médico de cabecera de mi familia, don Claudio Armendáriz, admirable amigo, gran persona, buen doctor, aunque para mi gusto excesivamente aficionado a recetar dietas de hambre y calomelanos. Su termómetro me sonaba a celuloide. Don Claudio tenía un yerno en África, en el Tercio, como entonces se decía, un capitán ya legendario que unos años después sería el fabuloso coronel Beorlegui. Ahora los Papas recorren el mundo predicando la paz y se les hace el mismo caso que cuando la predicaban solamente desde San Pedro. Pero confieso que me ha gustado ver a Juan Pablo II en Loyola, a pesar de todo, porque es como un sueño que nunca pudo tener el más imaginativo de los niños de mi generación. (Por cierto, en Loyola se ha demostrado claramente que al abandonar el latín como lenguaje de la Iglesia y como idioma de la liturgia, se cometió un error. Aquel pisto de latín, español y euskera resultaba fatigoso. El latín unía a los fieles y era el mismo en Roma o en Pekín, en Buenos Aires o en Londres, en Tolón o en Atenas. El último lazo unitario del mundo lo rompió el Concilio Vaticano II izquierda, justo cuando los católicos hacían turismo y podían hacerse un lío en la misa de doce.) El rostro del Papa está cansado, tenso, gravemente triste y a la vez esperanzado.

Pero lo que más me va a gustar, luego, esta tarde, es verlo en Javier, aunque me temo que la luz del día y el retraso en el horario, que no alcancé a saber a qué se debía, porque llegué a mi tele con la transmisión avanzada, no permitirán ver demasiado. Hay lluvia y viento en la primera jornada con destemplanza de este otoño estival, seco como un desierto y torrencialmente cruel sobre tierras del levante y sur de España. O todo o nada. O morir de sed o morir ahogados. Somos así.

Confieso que me hubiera complacido ver a Juan Pablo II por las calles de Pamplona, frente a San Ignacio, como si bendijera también el mundo muerto y enterrado de mi niñez. Pero, claro, eso hubiera sido pedir en demasía. A mí me basta con ver a Juan Pablo II.

*El Alcázar,
Sábado, 6 de noviembre 1982.*

Soy un faccioso, rebelde, insurrecto y... derrotado

Da gusto verse de nuevo en el hogar -del que se sale, a veces sin necesidad de abrir la puerta- por un trabajo urgente, un virus pelmazo o un pequeño viaje, casi una excursión. En cualquier caso, el regreso es siempre abrumador y conflictivo. Se estaba mejor en el nirvana de la gripe, desasido de obligaciones, en el mundo irreal del pasado,

tan hermoso, e incluso comprobando que entre gasolinas y hoteles lo más conveniente es quedarse en casa y hacer cruceros en el ascensor. Acaso de este modo se renueve la sociedad actual y se salga de las famosas reservas de la incomunicabilidad y se acostumbre a tomar como signo de elegancia el dar los buenos días en la escalera o ceder el paso en el portal, e incluso sonreír a los vecinos de su propia autonomía urbana. Conviene que piensen que un día les tocará morir por la libertad de una nueva nacionalidad, la de Serrano 1510, pongo por ejemplo.

Porque en cuanto regresas te dicen:

-Bueno, papá, ¡cómo os pusieron unos viejecillos a los que os sublevasteis del 36!

-Es natural, hemos perdido la guerra.

-¡Y sobre todo a los militares que se sublevaron!

-Figúrate... Y eso que no conocen las declaraciones de Mola respecto a determinados temas. El 18 de agosto del 36, en Burgos, decía a propósito de la suerte de Goded, fusilado por los rojos en Barcelona: «Se ha buscado la muerte. Yo le tenía dicho que fuera a Valencia. Me interesaba mucho que fuese él quien sublevase Levante; pero se empeñó en ir a Barcelona, al sitio más difícil, y el pobre no pudo hacer más de lo que hizo. En este trance de la guerra -añade- yo ya he decidido la guerra sin cuartel. A los militares que no se han sumado a nuestro movimiento, echarlos y quitarles la paga. A los que han hecho armas contra nosotros, contra el Ejército, fusilarlos. Yo veo a mi padre en las filas contrarias y lo fusilo.»

Muestro el libro de José M^a Iribarren *Con el general Mola*, Zaragoza, 1937.

-¿Y con eso qué?

-Nada. Que no vale hacer literatura revanchista con las estadísticas de los gacetillas de la emigración o de las tertulias de café. Que con toda esa dureza, resulta que en el balance final el Ejército Nacional fusiló a ocho generales, mientras que los bondadosos republicanos, los benéficos rojos, los benefactores marxistas, hicieron lo mismo con ventiuno. Respecto a almirantes, en zona nacional acabaron con tres y en la roja, con once, sin contar los nueve miembros del almirantazgo definitivamente ultimados. «El índice de mortalidad (es superior) al doble de las más castigadas unidades de choque», anota Salas Larrazábal en Los datos exactos de la Guerra Civil. De modo que, realmente, no cabe decir con justicia que los generales españoles mueren en la cama. Claro que el autor de aquella novelita era un canadiense, según me parece recordar. Y en esta paz, las estadísticas arrojan un balance abrumador en cuanto a muertos, generales, jefes, oficiales, suboficiales, soldados (no meto a los paisanos en la lista) «ejecutados», o sea asesinados, fusilados, paseados por fuerzas de composición marxista, antiguas aliadas en su lucha antifranquista a los más delicados y finos liberales, a los obispos, a los curas y a los más excelsos parlamentarios de hogaño y hasta a los colaboracionistas de antaño.

-Es una pena.

-¿Por qué?

-Están estropeando la reconciliación, la confraternidad...

-Por favor... Están utilizando la confraternización, la reconciliación y la madre que los parió para acelerar la revancha. Es un cebo para incautos; el que le echaron, en Málaga, a Patxot... Siguen los sistemas de la Enciclopedia Soviética: la historia se escribe

de nuevo, se tacha lo que estorba, como esa inscripción que proclamaba el Alzamiento en Navarra, en la esquina de la plaza del Castillo, en los muros de la Diputación, como la laureada de su escudo, como el apellido del Ferrol...

-Dicen que fuisteis traidores y que además no disteis ni un héroe popular militar al estilo del 800, como Modesto, el Campesino, Líster, Durán, Tagüeña...

-Ni ellos tampoco. A todos esos ilustres guerreros los sacaba a pasear un general soviético, con su correa e incluso su bozal... Lo que se llama el doble mando cuando se aprende a pilotar... No decidieron más que cosas pintorescas, el árbol o la farola donde hacer pipí, y eso sí, se trataron mucho. Ni siquiera eran dueños de sus personas. Al «Campesino» no le dejaban afeitarse la barba, porque, decían, era como una bandera, muy popular... Claro, la gente lo veía y pensaba: «Ya está ahí Italo Balbo», y se ilusionaba pensando en que los nacionales iban a ganar. Sus servicios de propaganda eran muy buenos. Y ellos valientes, eso sí, porque esa virtud, aquí, cuando hay guerra abunda. En la paz florecen más los cobardes. Claro que el sistema de doble mando lo utilizaron incluso con generales de Academia, como Miaja, por ejemplo, que se dejaba; porque el que le llevaba el asuntillo era Goriev, un soviético, ruso, el encargado de decidir. Era como bailar un gigantón en las fiestas de Pamplona. Todo el mundo, en mi tiempo, decía: «¡Qué bien baila la Reina Negra!», y qué va, el que la bailaba bien era el pobre Trinidad, sudando bajo las sayas. La reina negra era Miaja y el que la bailaba, el pobre Trinidad, era Goriev, sofocado entre los calzoncillos largos del héroe de Madrid y asomando sus ojillos por la bragueta. Trinidad, al menos, veía el mundo en fiestas desde el pubis real de la Reina Negra, que siempre es mejor.

*El Alcázar,
Miércoles, 26 de enero 1983.*

¿Historias paralelas?

En la primavera de 1936 los marxistas navarros intentaron asaltar el palacio de la Diputación Foral y hacerse con el poder, como han hecho ahora unos cuantos socios de esa divertida casa de orates que es el Ateneo de Madrid. Los marxistas de Navarra no se salieron con la suya, o sea, la Diputación, y además se equivocaron irremediabilmente porque dieron al viejo Reino un gran argumento sentimental para renovar su coherencia. A pesar del resultado electoral, que los marxistas sólo acatan cuando les es favorable, intentaron crear una Comisión Gestora roja en la Diputación, en contra de la voluntad de una provincia donde el carlismo, aún más que el Bloque de Derechas, había copado todos los escaños. Es fácil reconocer en la maniobra del separatismo basko, que se va a sentar a negociar con el marxismo del excelentísimo señor don Felipe González, los modos maximalistas de quienes ahora va a hacer cuarenta y siete años fueron definitivamente arrojados de la Diputación Foral; y en el señor presidente es identificable la buena voluntad con que entonces los burgueses que mandaban por

delegación roja se dispusieron a acatar el capricho antidemocrático de sus aliados ideológicos con desdén de las urnas. (Menos mal que no creo en la democracia, porque en caso contrario me iba a llevar cada disgusto...)

Ahora los separatistas, por mucho que los presida la figura cuasi piadosa de Garaicoechea, son simples cipayos en manos del marxismo, al que los etarras, por ejemplo, sirven por íntima convicción, mientras que Arzallus y el pobre Garaico lo sirven porque han leído a Maquiavelo en edición batúa e intentan traducirlo al caló básico de uso en Moncloa. En esta esquina marxista se apoyan unos y otros -los otros son los que aceptan esta negociación- y todos son marxistas a la misma mesa, de modo que se va a servir Navarra como plato fuerte y único. Antes se conformaban con la Diputación Foral; ahora lo quieren todo.

Antes, Navarra entera se dispuso a defenderse. En prevención de que el Frente Popular que gobernaba en Madrid apoyase la gestión violenta de sus partidarios en Navarra, se preparó incluso una Diputación en el exilio, el impago de impuestos, el sabotaje a la Caja de Ahorros Provincial. El gobernador civil exigía la dimisión de los diputados legítimos a fin de desembocar en la Gestora roja. La Carrera de San Jerónimo se movilizaba. Marzo y abril se presentaron con aire violento. Se reunió el Consejo Foral. Se adoptaron medidas políticas y algunas que no lo eran tanto, pero que podían ser eficaces, José María Iribarren, el gran escritor navarro -que era consejero foral-, cuenta la propuesta de Benedicto Barandalla, hecha con su prosodia barranquesa:

«Tenemos que seguir la línea de conducta que nos trasaron nuestros abuelos. Navarra tiene que enseñar los dientes. Y todos, ¿eh?, todos dispuestos a derramar la última gota de la sangre. ¡Qué caraja! una ves sólo se muere y pa morir hemos nasido.»

Hay que reconocer que era un buen argumento. Se alistó medio en secreto una milicia foral. Lo sé porque yo llegué a Pamplona en mayo y todavía tomaban nombres de voluntarios. El mío lo apuntó Eladio Esparza en su despacho de subdirector del Diario de Navarra, y ya nunca más supe de aquello. La tormenta grande se tragó a la chica. El Congreso iba a votar una ley que habilitase la «transferencia» de la Diputación al grupo asaltante. Ya se sabe que con el Parlamento todo es posible. Y con la dictadura parlamentaria, más. Ahora, se ejerza o no (porque yo no leo jamás las secciones de sucesos), existe en España una dictadura parlamentaria que ni siquiera necesita exhibirse para imperar. Navarra está atada de pies y manos sobre la mesa de las negociaciones entre el Gobierno y los separatistas baskos. Una simple votación en las Cortes, o sea, primero en el Congreso y luego en el Senado, acabarían con la historia de Navarra como están acabando con la de España. Siempre he sostenido que Navarra es una síntesis de España, lo mismo en la geografía que en el espíritu, y que lo que en España sucede es lo que sucede en Navarra y que a veces Navarra es la profecía de España y en ella se ve lo que va a ocurrirle a la Patria común desde el chistu a la guitarra, desde el hayedo y el castañar hasta la vid y el olivo, desde la niebla al sol, de la montaña al llano.

Los tiempos han cambiado mucho en cuarenta y siete años, casi medio siglito. Que España no es España queda fuera de duda. Basta mirar y ver. ¿Es Navarra, Navarra? No parece, tampoco.

Al menos yo no me la imagino en su plenitud de identidad con su parte alícuota del PSOE mandada por un cura y un fraile, sin su carlismo (al menos espiritual) y con

un grupito separatista del que forman parte algunos íntimos, viejos y queridos amigos míos, y además una porción de clérigos sin procesión electoral y nadie más, según cantan las urnas, y con un grande y general desconcierto que parece haberse adueñado de la serena determinación que siempre caracterizó a mi tierra.

Pero yo, tercamente, confío en ella. Como confío en España. Y sigo creyendo en el milagro, aunque, eso sí, en que los milagritos hay que trabajarlos con las manos, porque sólo así Dios pone lo demás.

*El Alcázar,
Viernes, 28 de enero 1983.*

Evocación de Jaime Lazcano (con una invocación final)

Uno tenía terrenos para jugar al fútbol, naturalmente después de echar a pies la formación de ambos equipos, por regla general multitudinarios y jamás cerrados.

-¿Entro? -gritaban los retrasados.

Se les daba la venia y preguntaban:

-¿Con quién voy?

Iban con cualquiera de los dos bandos si se trataba de un jugador maleta -lo sé porque siempre fui muy destacado en esa categoría- y a veces se encendía una polémica si el aspirante estaba clasificado como un lapa, o sea, habilidoso, diestro, astuto con la pelota, que era de goma en el patio de recreo de los Maristas o de cuero en el campo con porterías a espaldas del colegio, acotado por la Ciudadela y las murallas, y en la Vuelta del Castillo, donde jugábamos las tardes de paseo de émulos que nos pudieran corresponder a consecuencia de las famosas guerras de la Sabiduría entre romanos y cartagineses. No recuerdo a qué bando pertenecí, pero comprendo que me hubiese gustado estar en el romano, y no el cartaginés.

Lo de echar a pies los equipos era más barato que mantener un entrenador o un seleccionador, y con frecuencia daba iguales resultados, a juzgar por las alineaciones que éstos suelen sacar al campo siempre que se pierde, que si no están echadas a pies acostumbran a estar pensadas con ellos.

En el patio de los Maristas se jugaba aprovechando incluso los rebotes en las puertas de los retretes, y había quien medía el pase o el autopase contando con el viaje de vuelta, según ésta o la otra estuviese medio abierta, cerrada con pestillo o sin él, o incluso ocupada o no la letrina. De lo del pestillo no me acuerdo bien, aunque me temo que no los hubiera, porque tampoco en el instituto los había, y los del «Isti» era ya cosa de mayores, e incluso una vez desencadenamos una huelga al grito de «Que pongan pestillos», porque sin ellos no había manera de fumar a cubierto.

Pero si teníamos tres campos para hacer fútbol, de losa el uno, de tierra el segundo y de blanda y húmeda yerba el otro, todos los del colegio de los Maristas, y creo que todos los niños de la ciudad teníamos un héroe que se llamaba Jaime Lazcano. De

modo lógico, los afortunados estudiantes de los Maristas nos sentíamos más propietarios de ese héroe que todos los demás, porque Jaime Lazcano procedía de nuestro colegio y eso concedía una gracia especial a los que resultaba-os ser, con ocho, seis o diez años menos, sus condiscípulos al menos en las zonas bajas del escalafón, de modo que a la hora de chutar teníamos algo así como gracia santificante y nuestros errores gozaban de indulgencia plenaria.

Para los que andábamos por los años que preceden al ingreso en el bachillerato, Jaime era parte importantísima de nuestra leyenda áurea, porque parecía que cualquiera que pasase por aquel patio podía ser alguna vez jugador del Osasuna y correr la banda como lo hacía Jaime, el pelo rizado al viento, la roja camisola como una bandera, los pies veloces, alados y sabios como Mercurio, supongo, para recoger aquel balón que le enviaba Sheve Goiburu, que era el otro dios de nuestro Olimpo, aunque mayor que Jaime. Recuerdo una tarde de San Juan, llena de sol, en que desde el córner que quedaba más cerca de la caseta sagrada donde se vestían los jugadores, no sé si a pase de Jaime, o bien se lo hizo todo él mismo, le metimos -porque nosotros participábamos comiendo cacahuetes tras la valla de madera- un gol a la Real (osea, a la Real Sociedad, que era como mentar el enemigo personal en todas las casas donde el Osasuna fuese venerado y debidamente honrado y alabado), un golito a la Real, un *goal*, un roscó, y justo al minuto de comenzar el partido, así que implorábamos: «Señor, que se acabe ya el partido, que ya ganamos por uno a cero; Virgen Santísima (la Virgen era nuestra Madre y le llevábamos flores frescas, hermosas y llenas de olor a la capilla del Colegio, de modo que había confianza y podíamos pedirle este caramelo de la fulminante victoria), y con eso nos basta, y los de la Real que se vuelvan a casa de una vez.» (Todavía no lo sabíamos decir de otra manera.)

Lo que no recuerdo es en qué quedó la cosa, aunque doy por supuesto que por la Virgen no dejaría de hacerse algo.

Ya estaba en primero o segundo de bachillerato cuando Inglaterra fue batida por vez primera en su historia continental en el Metropolitano madrileño, aquella gloriosa tarde de San Isidro, por un golito de diferencia, cuatro a tres, me parece, y el ala derecha del equipo nacional, también con camisola -o más bien camiseta- roja, lo formaban Sheve y Jaime, o sea, para los que no tengan tanta intimidad como la que nosotros parecíamos dar y repartir con ambos jugadores, Goiburu y Lazcano, es decir, el ala derecha del Osasuna hasta hacía un par de años atrás.

Por si fuera poco, Jaime Lazcano, triunfador en el Madrid, escribió una novela que se titulaba *El niño de los caracoles*, y entonces yo perdí el ánimo, porque ni había podido jugar contra Inglaterra ni ya podría escribir nunca después de aquello. Jaime se me había adelantado en todo y yo había nacido tarde. Jaime era un olímpico y encima como Cervantes y además se parecía al «Jeromín» adolescente que nos leía en su clase, si habíamos sido buenos, «el Matías», un admirable profesor que lo fue de Jaime y también de los de mi promoción marista, y que no era hermano, sino paisano (lo de laico no entraría en nuestro vocabulario hasta 1931), pero al que también llamábamos «el hermano Matías».

Ahora Jaime se habrá encontrado con él y desde la alta tribuna del cielo español - si es que no lo han cerrado los del PSOE, que para eso cuentan con diez millones de votos- espero que esta noche vea el triunfo del Madrid sobre el Barcelona.

Yo ya estoy provisto de cacahuets y esta tarde me entrenaré con «el Apátrida» en el pasillo de casa, jugando la pelota sobre la puerta de los baños (lo de retrete ya no se dice), las de sus tías, sobre todas las puertas. «El Cotilla» todavía no forma parte del equipo, porque aprendió a andar esta misma semana, y aunque promete, no sería bueno quemarle prematuramente.

¡Qué bien le vendría hoy al Madrid aquel extremo derecha que fue uno de los héroes de mi infancia! ¡Échale tu joven corazón, Jaime!

(Y que sea lo que Dios quiera, que a estas horas ya lo sabremos.)

*El Alcázar,
Sábado, 4 de junio 1983.*

Bodas de oro

Calculo que a la hora en que me pongo a escribir debería estar entrando en Pamplona, pero como Dios no lo ha dispuesto así, imagino que lo hago y en paz. Acaso le dijera a mi mujer, a la altura de la Mañueta:

-Ahí nací yo.

Pero eso ella ya lo sabe y no se lo digo.

¿Qué habrá ahora donde la tienda de curtidos de don José Ayestarán? ¿Seguirá en la esquina la droguería? ¿Y la casa del Sordo, con chucherías infantiles, naranjas, membrillos y aquel vendedor con un largo guardapolvo gris bajo la menuda cabeza cubierta siempre con la boina negra? Pero seguramente no le hubiera dicho a mi mujer nada de esto, porque hubiese preferido retrasar unos minutos el encuentro con los viejos condiscípulos y bajar hasta la churrería de la Mañueta a comernos unos churritos calientes, bien espolvoreados con azúcar, e incluso meterme yo entre pecho y espalda un vaso de buen aguardiente escanciado de aquellas salomónicas botellas. Un día es un día.

¿Repicarán las campanas de la catedral? ¿Oiré las voces de la parroquia de San Agustín o las de la Compañía? La Compañía es la iglesia de los jesuitas. Supongo que aquí existirá la iglesia, por más que de los jesuitas no quede apenas nada (la comunidad y hasta la comunión de los santos y los muertos cuenta menos que las comunidades de base), salvo sus zuavos marxistas de retén en casa de la Pasionaria y un general que no se sabe bien si es que ha sido «civilizado» o que se rige por su comisario político. Estoy seguro de que hubiésemos subido hacia la catedral por la calle Curia, aunque la cuesta de la Navarrería sea más cómoda para mi edad y mi fuelle, pero también en esto un día es un día. Mi viejo barrio natal seguramente que no habrá sido desfigurado desde un punto de vista arquitectónico, pero parece que se ha convertido en la *Kasbah* del racismo basko. ¿Seguirá ensayando «La Pamplonesa» en los locales de las escuelas de Compañía?

Alternaré «La leyenda del beso» con un rock y la jota final con algún zorziko. Por esta cuesta empinada, corta, picante, subía a diario al Instituto durante seis años, del 27 al 33. Justo en mayo del 33 acabamos el bachillerato. Han pasado, pues, cincuenta años, y ahora los supervivientes de aquella promoción estarán trepando la Curia camino de una misa de acción de gracias. Yo hubiera aprovechado la ocasión para renovarlas por el hecho de haber aprobado, singularmente, la Química de sexto, que hasta hace poco aún me procuraba pesadillas nocturnas, porque soñaba que aún no había conseguido superarla.

El verano del 33 nos dispersamos. Fue un verano caliente. Las cosas de España andaban de mal en peor y empeorarían más. Si se piensa un poco, igual que ahora. Nuestras bodas de oro bachilleras nos repiten el paisaje de entonces, pero no los músculos, el vigor, la impetuosa energía. Tenemos a los mismos políticos que entonces, la misma guerra tribal de entonces -si bien multiplicada-, los mismos socialistas y los mismos cedistas. Entonces los cedistas reconocieron y acataron la República y ahora los marxistas acatan y reconocen a la Monarquía, que es lo único que queda del Régimen franquista. En España siempre se acata lo que haga falta con tal de sacrificarse y gobernar. El bipartidismo fue un experimento feliz, tanto que ahora lo repetimos. En el verano del 33 oí hablar por vez primera de las JONS, y en el otoño del 33 se fundaba Falange Española. Mi bachillerato es ligeramente mayor que la Falange, cosa de cinco meses. No iba bien la vida política en España, ni siquiera la vida. Eso se notaba, pero nadie había conocido nada mejor. Ahora ocurre tres cuartos de lo mismo, salvo que los españoles han conocido un tiempo mejor. Ni entonces ni ahora se pensaba y se piensa en la posibilidad de una catástrofe civil. Aquel mayo, Azaña apuraba su presidencia. Le quedaba poco. Aquella República estaba presidida por un monárquico que copiaba los sistemas de Alfonso XIII. Ahora el Gobierno lo preside un republicano. Siempre la paradoja en esta tierra insólita. Ahora...

Oigo la misa entre rostros amigos. Nos retrataremos en el atrio de San José, como cuando las bodas de plata. ¿Llevará alguien una pelota de goma para echar un partidico en la vieja plazuela? *Artríticos FC* contra *Arterioesclerosis Club*. ¿En qué quedará el partido, y ya sabéis de qué hablo, queridas amigas, viejos amigos? Acaso nos asomemos a las murallas del Redín a consultar la Esfinge. Pero las Esfinges nunca han dicho nada, y fe queda tan poca como curas con sotana y con fe.

(Pero sé que sueño y estoy aquí, en Madrid, y mis condiscípulos en Pamplona, y yo no tengo dieciséis años ni siquiera por un rato, por más que mi corazón se empeñe, y ahora suspendería la Química y otras muchas cosas más, seguramente más dulces y mas interesantes, pero cómo tengo vivos aquí dentro a los vivos y a los muertos...)

*El Alcázar,
Sábado, 25 de junio 1983.*

Vieja campana María

Subir allí era como subir al cielo, tocarlo con las manos y no perder de vista la tierra amada. Era subir al cielo por la pequeña aventura en sí y porque generalmente elegíamos el momento de alguna clase particularmente antipática -en general más por la asignatura que por el catedrático- para iniciar, con permiso del campanero o de la campanera, la ascensión por aquella empinada escalera de caracol que todavía no fatigaba nuestros jovencísimos corazones. Era como apuntarse para volar o, mejor, como subir a un globo cautivo y ver Pamplona y su Cuenca -esto es, la región específica y personalísima que la rodea, famosa entre otras cosas por sus cordericos lechales, a mi modo de ver descendientes directos de los que los pastores ofrecieron al Niño Jesús, según sabían de buenos y santificantes cada vez que se comían en casa- y admirar las crestas militares de la tierra pamplonesa, según aquel casoso y a ratos genial profesor de francés.

El instituto quedaba a la derecha de la fachada de la catedral, cuatro metros de calzada, la verja del templo solía estar cerrada a aquellas horas y le dábamos la vuelta para entrar por algo así como una callejuela formada entre la misma verja y algunas casas catedralicias, por la parte izquierda. Al fondo estaba la casa del campanero y había que pactar la ascensión al campanario con él. Todo esto queda confuso en el baúl de los recuerdos, porque si la memoria no me falla -que ya ratea mucho- también subíamos a la torre de la derecha, donde igualmente había campanas, creo, ¿pero por dónde? ¿Acaso por algún pasaje interior? ¿Simplemente atravesando las naves góticas que contrastaban con la fachada neoclásica de Ventura de la Vega para tomar otra puerta? En una de estas torres vive desde hace cuatrocientos años la campana de nombre *María*, o sea, desde 1584, en tiempos de Felipe II, que mañana, 15, cumple justamente siglos. La de cosas que ha contemplado o sabido la campana *María*. Pero esto a mí me importa poco. Yo supe gracias a las visitas que a ella y a sus hermanas les hacía, desde jugar a Cuasimodo y Esmeralda, a conocer y enamorarme de los viejos tejados de mi ciudad natal, que entonces era una ciudad pequeña, militar, levítica, gran señora y apacible, incluso hasta intervenir en algún tipo de repiques en las campanas pequeñas y no sé si ayudar a los forzudos en el bandeo o lo que se hiciese -¿acaso mover con el extremo de una cuerda gruesa el badajo de la campana *María*, que ella sola pesaba más de los diez mil kilos?- y sentir en los tímpanos aquel celestial estruendo, que yo no sé si paliaríamos mordiendo un taco de madera o como ángeles lo haríamos. (Convendrán ustedes que aquí va mejor escribir dubitativamente ¡cómo ángeles lo haríamos!, que ¡cómo diablos lo hacíamos!) Los toques al mediodía irritaban moderadamente al catedrático de Ciencias Naturales y Fisiología, porque la *María* le llenaba su pequeña y adorable aula con una voz que podía quebrar cristales. Era un hombre simpático, gran profesor y justo, aunque de izquierdas, lo cual es raro. En cambio, por la tarde le volvían loco al profesor de Gimnasia, pariente del actual presidente de la Academia, hombre dictatorial, antipático, de izquierdas e injusto, lo cual, como se sabe, es de uso cotidiano. Comprendo que a mí, pensar desde la torre lo que estaba pasando en el aula me entusiasmaba en ambos casos. Y si estaba en ésta, tenía que hacer esfuerzos por no reírme.

La catedral tenía para mí tres partes importantes: El Santo Cristo del Transcoro, donde pedíamos misericordia en los días de exámenes; la capilla de San José, donde había hecho mi primera comunión, y las campanas. Era yo un mocete y ya pelaba la pava desde cerca de las nubes con los tejados amarillos, las viejas calles, y jugaba, como en un observatorio, a todo menos al diablo cojuelo, a localizar mi casa, las casas de mis amigos y los lugares más amados de la ciudad, así como a mirar al Arga y a sus orillas, donde no sé ahora, pero antes apenas había flores. Al menos, si el aire las bambolea desde aquí siento el olor que atraviesa una serie de comunidades autonómicas (o sea, de taifas) y me trae el recuerdo de cuando existía España. Yo no planté ninguna flor a las orillas del Arga. Alguien la plantó por mí.

Ayer leí en *El Alcázar* que con motivo de sus primeros cuatro siglos, la campana *María* de la catedral de Pamplona recibirá un homenaje del Cabildo catedralicio y del Burgo de la Navarrería -donde yo nací, mi barrio, mi casa- al que se unirán las voces de todas las campanas de la ciudad, que deben de ser muchas si las nuevas iglesias también las tienen, cosa que a veces ocurre, y las de los pueblos de la Cuenca se unirán a la voz abuela y potente de la campana *María*, que hasta allí les llegó siempre como un saludo de la ciudad. Espero que mi sordera no me impida oírla, porque va a bandear en mi corazón, doblando, acaso a despedida. Porque tal y como van las cosas, ¿quién me dice a mí que yo vuelvo a ver Pamplona, la Mercaderes, la Curia o Carmen, la catedral o puedo oír en directo la campana *María*?

Todo autoriza al pesimismo, menos el optimismo. Y ni el optimismo o el pesimismo me importan demasiado. Me importa la fe en España, que por todas partes se va haciendo arenisca y no piedra. Ojalá mañana la campana *María* toque arrebatado por la Unidad de España. Debajo de ellas cantábamos de niños, al final del Rosario de los Esclavos, un himno religioso, una de cuyas frases tenía doble o triple interpretación. Una geográfica y política, según se dijera, España o «Euzkadi»; la otra era una especie de fórmula de juramento o promesa «...la fe en España no morirá».

Puede que no, pero estamos viviendo su agonía. La de España y la de su fe multisecular. Esa campana de cuatro siglos lloverá sobre mi corazón piedad, nostalgia, desesperanza y acaso un poco de fe. No sé qué lloverá sobre los demás.

El Alcázar,
Viernes, 14 de septiembre 1984.

El rosario

Con esto del calendario autonómico, yo ya no sé a ciencia cierta qué devociones acoge oficial y unánimemente este galimatías llamado España, y cuáles, como jíbaros escatológicos, han reducido al tamaño de su cabecica de haba. Santiago, por ejemplo, ya no patrocina esas tierras hermosas del País Vasco y de Cataluña, o por lo menos tal nos han dicho en los periódicos de los últimos tiempos. Yo ya no me acuerdo si el día del Pilar se celebraba en toda España. O era sólo de precepto en Aragón y de fiesta en el

resto de la Patria. A mí me daba igual porque yo mi misa me la oía. Sin duda por parte de mi madre siento hacia el Pilar de Zaragoza una singular piedad -amor, diría y digo- y no hay viaje -ya cada vez menos- que pase por la basílica y no entre a presentar mis respetos a la Virgen. La carretera de circunvalación te quita hasta el pretexto, a poca prisa que llevaras, de «vamos a perder mucho tiempo en atravesar la ciudad». Parece que está hecha para que los viajeros, sobre todo si llevan el camino de Cataluña o Navarra, ganen minutos y saluden a la Virgen con la clásica Salve, y luego besen el Pilar sagrado por la parte de los fieles de a pie.

Claro que yo siempre me detengo algo más, porque me gusta ver a los infanticos subiendo a los pequeños a adorar a la Virgen por el altar y verlos, luego, bajar de espaldas. Yo estoy «pasado» por el Pilar, como vulgarmente se dice, y también todos mis hijos, menos la pequeña, que no había forma de que soltase la mano de su madre por mucho que insistiesen los infanticos. La pequeña será madrileña, pero a tozuda les gana a los aragoneses que cantan en la zarzuela del mismo título: «semos los aragoneses gigantes y cabezudos». «Gigantes y cabezudos» son, pero no tanto como mi pequeña, que ya va en tercero de Derecho y que ya no dispone de mano a qué agarrarse para decir: «Si no sube mamá, yo tampoco.» Tengo el vago recuerdo de cuando a mí me subió hasta la columna y la imagen del infantic de turno, y juraría que fue en unas fiestas del Pilar y que me acompañó, con mi madre, un tío mío que estaba a punto de desaparecer en la desdichada rota de Anual. Luego me llevó a la feria y me lanzó por la boca de una especie de Tragantúa, que era el arranque de un patín a cuyo final fisiológico estaba la salida del mocete. Pero acaso esta última aventura intestinal pudo ocurrirme en cualquier otro lado, no lo sé. Lo indudable es que yo ambos recuerdos los llevo ligados.

Pocas temporadas he pasado en Zaragoza, pero ni un solo día he dejado de «ir a echar la Salve» al Pilar. Me contaban, esto no lo vi, que a eso de las ocho de la tarde, a la salida de un congreso de la CNT, cuando la República, se ponía la Santa Capilla de tal modo llena que no cabía un alfiler. Eran los cenetistas «que echaban su Salve» antes de seguir discutiendo sus ponencias, tomarse unos vinos o irse a cenar o a fabricar bombas y otros artefactos explosivos. Lo que sí sé es que en plena guerra, veías allí por la mañana a los mismos elementos que habías visto por la noche en el «Royal», en «Salduba» o por el Arco Cinegio. Muchos ya con el pie en el estribo del camión que marchaba hacia el frente o en la «rubia» del tabor o en un trasto amigo o camino de la Estación, los más. Y eran igual de sinceros en sus juergas nocturnas que en sus mañanas santas. ¡Cuántas vidas se ofrendaron allí a cambio de la Victoria o de la salvación de los padres o los hermanos perseguidos en zona roja!, ¡Y cuántas fueron aceptadas! Acaso bastaría leer un estadillo de muertos y de supervivientes y sacar la cuenta justa.

Después de rezar a la Virgen, yo solía sentarme donde podía, o me quedaba en pie y dejaba volar mi imaginación, y la veía repleta en aquellos tremendos meses de 1808, hirviendo de ruegos, de súplicas y de miradas amorosas, porque sólo allí podían verse los novios, siquiera fuese a distancia, con cierta tranquilidad.

No he contemplado nunca un rosario en Zaragoza, aunque sí en Andalucía, en Castilla y en Navarra, de tan distintos acentos melódicos: de pequeño me sonaba el que

cantaban los que iban en el de la Aurora: «El demonio a la oreja / te está diciendo: / no vayas al rosario, / sigue durmiendo.» Y al día siguiente me espabilaba con tiempo. Y el «Boti» de mi bandera cantaba a su ritmo los dos primeros versos de otra estrofa, solemnizándolos, para romper luego con los dos últimos de la misma estrofa, acompañándolos con un redoble de codos sobre la mesa y haciéndole palmas flamencas aun tiempo: «¡Viva María, / viva el Rosario / viva Santo Domingo (y olé) / que lo ha fundao.»

Y lo he rezado en los frentes, anochecido, mientras los colegas de enfrente nos decían a qué menesteres se dedicaban entretanto y qué pensaban de nuestros padres - curas, en general-, y con la última oración después del Regina Coelis entrábamos nosotros en el turno de improperios.

Eso era lo que comúnmente conocíamos por parlamentarismo y, a pesar de los años pasados, así se sigue llamando. Y aunque me esté mal el decirlo, éramos mejores parlamentarios. También en ese aspecto de la cuestión.

*El Alcázar,
Viernes, 12 de octubre 1984.*

Los extraños *punquis* de Navarra

Hoy no tengo la menor gana de escribir. Esto no es corriente. Lo habitual es tener pocas ganas de escribir, cada vez menos, pero darle a la máquina de todos los modos. Pero es que esta mañana no me apetece en absoluto escribir. Lo que se dice nada. Desde mi punto de vista se está bastante hecho a recibir malas noticias y a encajarlas. No basta con repetir «a mal tiempo buena cara» cuando no hace mal tiempo. Lo que hay que hacer es mostrar buen rostro al mal tiempo en plena tempestad y encajarlo y capearlo y hasta ponerle la proa y esperar a que escampe. No hay temporal que cien años dure, o al menos generalmente no tenemos la oportunidad de comprobarlo. Personalmente llevo diez años de malas noticias. No es que antes no las hubiera, al menos para mí. Estos últimos diez años son todos de malas noticias y hasta las buenas noticias parecen malas. Antes también aguanté malas noticias, y algunos no las consideraban así, pero supongo que al fin se habrán convencido de que lo eran. No pongo ejemplos porque está feo señalar. Pero si hoy me cuesta escribir más que layar es porque acaso haya leído la peor noticia de toda esta época. No es que sea especialmente mala, ni casi noticia. He visto los periódicos del domingo y del lunes, no sé si todos, no he pasado lista, y no la he encontrado más que en uno de ellos, *El Alcázar*, con un certero comentario de Antonio Izquierdo. Fue el domingo. Otro periódico, en página perdida, ofrecía el lunes una noticia de trece líneas a una columna referida a un suceso semejante organizado también por punquis, a unos pocos kilómetros del anterior. El comentado por Antonio Izquierdo ocurrió en Pamplona la noche de Viernes Santo. El de Alsasua supongo que el mismo día. De repente Navarra produce *punquis* a barullo, y además unos *punquis* en

cierto modo heterodoxos. Naturalmente no me refiero al hecho de sus ataques de palabra y obra a Cristo y a la Virgen, sino a su natural pacífico. Los *punquis*, según mis noticias, son extravagantes, pero no agresivos, e incluso pasan de quien pueda meterse con ellos provocativamente a causa de su misma extravagancia. Estos *punquis* hidrófobos de mi tierra, si es que son *punquis*, y no simples marxistas disfrazados, deben de pertenecer a una raza especial, a una singularísima tribu. Pero no es cosa mía averiguarlo.

Cuando Azaña dijo aquella tontería de que España había dejado de ser católica, se le revolvió buena parte de España. No es necesario demostrarlo. Está ya en la Historia, por lo menos hasta que no la quiten, que todo se andará. Ahora nadie ha dicho que España ha dejado de ser católica, pero en cambio ha dejado de serlo, o lo disimula admirablemente. O tiene miedo a confesarlo. Es muy corriente leer en declaraciones de personajes y personajillos eso de sí, yo soy católico, pero no practicante, y aun algunos explican muy bien cuál es su concepto del catolicismo, que generalmente consiste en creer más o menos vagamente en Dios, y acomodar los dogmas y preceptos a su comodidad. Pero también esto podrían ser síntomas de miedo político. La gente suele temer a los gobiernos -y sobre todo a sus jefes de empresa, oficina, etcétera- de un modo rarísimo. La gente ve en estos jefes a simples agentes gubernamentales, y lo peor es que suelen acertar. El miedo a ser vigilado, anotado y denunciado ha calado hasta los huesos en la actual sociedad democrática. Y liberal, claro.

Presumía yo en uno de mis Dietarios de Semana Santa de que había pasado el tiempo de las amenazas y agresiones a las procesiones, y citaba algunos casos de esta epidemia en la época de la segunda República y también la defensa activa con que los propios católicos disponían su ánimo y su preparación para protegerse de ella. Unas horas después ya sabía que, como tantas veces, me había equivocado. Los dichos *punquis*, o lo que fueran, habían vitoreado a Barrabás en tres puntos urbanos de Pamplona. Por dos veces en San Agustín, a la salida y al retorno de la procesión, y una en la calle Chapitela. Es curioso que estos *punquis* escribiesen *Kristo*, con ka. A lo mejor pertenecían a ese grupo al que hace referencia el padre Arzallus, o Muadmar Arzallus -como graciosamente le llama G. Campanal- cuando le acusa de querer convertir a «Euzkadi» en una Albania cantábrica. Pero, bueno, ¿no lo es? No me produce escándalo el hecho de los insultos sacrílegos, de la agresión sacrílega -cualquiera que se asome a TVE sabe que eso sucede a diario, desde la propia pantallita-, pero en cambio me alarma su cuidado planeamiento. El Domingo de Ramos ya se repartieron octavillas con el título de «Me kago en Kristo», e invitando a celebrar la muerte de Nuestro Señor emborrachándose. El día de la entrada de Jesús en Jerusalén ya existía el complot contra Cristo, pero no estaba en las calles, sino entre las grandes figuras de los príncipes de los sacerdotes, los ancianos y toda aquella basura. A mí lo que me escandaliza es que no se sepa qué príncipes de los sacerdotes o gentuza semejante andaban organizando lo de Viernes Santo. Porque los gritos en favor de Barrabás ni entonces ni ahora se produjeron por generación espontánea, sino por un buen manejo de las masas. Ni tampoco el lanzamiento de botellas y vasos.

El otro hecho que me escandaliza y me deja sin ganas de escribir es el de que todo esto haya ido a ocurrir en Pamplona. Navarra entera ha sido considerada siempre -y todavía muchos la consideran hoy- como una tierra fundamentalmente religiosa, de

hondura católica. Yo también lo creo, aunque siempre he sospechado que a veces había en algunos de mis paisanos más clericalismo que fe. Sobre esto ya he hablado en más de una ocasión y no voy a perder el tiempo insistiendo. Para nadie es un secreto que el clero de Navarra cambió su orientación -por otra parte, como el de toda España y todo el mundo católico- a la sombra de las interpretaciones del Concilio Vaticano II. No soy quién para opinar sobre el Concilio por evidente falta de vocación para la lectura completa de sus textos y porque soy un católico de bajo nivel, por así decirlo de misa y olla del padre Astete. Pero con eso y mi fe me voy arreglando. Debo declarar, sin embargo, que a juzgar por sus efectos el Concilio fue un desastre. La influencia del clero navarro en el pueblo navarro es clara y evidente. Hasta para triunfar el socialismo en Navarra ha necesitado llevar a su frente curas y frailes, creo que desprendidos del sacerdocio a raíz del Concilio e incluso alguno ejerció de jerarca socialista antes de que dejase de ser *sacerdos in aeternum*.

Este triste suceso -que a mí me produce una amargura incontenible-, acompañado hasta ahora de un asombroso silencio, lo considero gravísimo e indicativo. Por el acontecimiento y por el silencio. Y por lo que augura, avisa y hasta certifica. A los cincuenta años alborean síntomas de persecución, como en 1931, como en 1936. No se persigue a la Iglesia católica, amiga del poder y a bien con el poder. Se persigue a Cristo, se apedrea a su Madre. (Silencio hasta ahora, mediodía del lunes. Silencio desde el viernes.)

Pero esto, claro, ya no tiene importancia para un pueblo como el nuestro. Aquí nadie vomita a los tibios. Los invita. El día menos pensado veremos a un obispo en la Bodeguiya. Barrabás está en el ruedo ibérico, como un Caín en traje de luces. ¡Dios mío, y en Pamplona, en Alsasua, en el portón de Navarra, «esa Esparta de Cristo»! Me siento profundamente dolorido y avergonzado, como católico romano, como navarro, como español.

Mal vamos. Pero peor vamos a andar.

*El Alcázar,
Lunes, 31 de marzo 1986.*

A la sombra de los años

Por razones particulares dedico esta jornada, aparte otras modestas celebraciones familiares, a Pamplona. Es curioso a título íntimo y particular que precisamente mis paisanos de la *Asociación Cultural Navarra* hayan elegido esta fecha para presentar la nueva edición del *Vocabulario Navarro*, de José María Iribarren, aquel inolvidable y magnífico escritor tudelano. No sé si en este caso se habrán añadido papeletas nuevas que figurasen en el archivo de aquel curioso y paciente recolector de nuestra fabla o se le habrán incorporado simplemente las «Adiciones» que posteriormente publicó. En cualquier caso, es obra digna de hacerse y seguramente estará tan bien hecha, como el

Refranero Navarro que con base fundamental en el complemento de «Refranes y adagios, dichos y frases proverbiales», que terminaba el Vocabulario, el espiguelo en su dilatada obra y otras aportaciones, publicó con la firma de Iribarren y la suya propia Ricardo Ollaquindia.

Basterra pastaba vocablos del *Diccionario de la Lengua Española* en el pesebre de su caserío. A tanto no puedo llegar, pero el curioso y completo Vocabulario de José María Iribarren es para mí como un paseo por mi tierra, mi infancia, mi adolescencia y mi juventud. Parece que sólo los gallegos sienten morriña, pero a mí me arrastra a veces un sentimiento parecido y halla consuelo en las páginas de esta y otras publicaciones de Iribarren o en las *Glosas* de Ángel María Pascual, pero, si he de decir verdad, es en mis caminatas sobre vocablos donde encuentro más sosiego. El tiempo no pasa en balde y tropiezo de repente con palabras olvidadas, que pienso que pueden refrescar mi trabajo, pero que desde luego refrescan un montón de recuerdos. Cada palabra levanta un mundo o resucita una vieja historia o evoca antiguos paisajes -¡tan diversos!- de mi tierra. Otro libro que acoge mi melancolía en más de una ocasión es *Pamplona: calles y barrios*, de José J. Arazuri. Obra completísima en tres grandes y hermosos volúmenes, magníficamente documentada, con una aportación gráfica riquísima e imbatible y en la que contemplo la ciudad que conozco y la que no conozco, la que viví y la que ni siquiera he pisado, al menos en su actual situación, porque muchos de los nuevos barrios están levantados sobre viejos sotos y praderas de juegos y merendolas, de partidos de fútbol y de pedreas, de giras en bicicleta a una fresca fuente, cuyo nombre no recuerdo, pequeños viajes de adolescentes enamorados a un mundo fabuloso que intuían sin saber bien qué era, todo hecho de delicias, esperanzas e incluso angustias. Y el viejo mundo antiguo en el que nacía y el ademán de la ciudad cuando yo aún no era, la manera de ser de mi cuna, que todavía no me había mecido, y su puntual retrato fotográfico y literario.

Entre la flor de nuestro romance y este itinerario urbano alivio mis ausencias y resucito los juegos infantiles y su exacto y ya olvidado calendario. ¿Se jugará al marro aún, y al hinque y a la trompa y al irulario? ¿Y a los bolos, que en Madrid llaman canicas, donde al chulo se le denomina guá? ¿Y a los montoncicos en una plaza extinguida, la de la Compañía? ¿Y al chis? ¿Se pasará la cornisa de la muralla a la sombra de los viejos muros de la catedral? Calculo que no, porque ésa era aventura de mediado el bachillerato y ahora ni existe el bachillerato, por así decirlo, ni el instituto queda cerca del Redín. ¿Por dónde andarán, siempre de espalda a la rueda, los cordeleros infatigables que parecían trenzar la vida de aquella lejana Pamplona? Aquella artesanía se extinguió en el Redín, justo en 1968.

Pero por si fuera poco, y en el día de hoy, tengo un motivo más de solaz nostálgico, también debido a otra obra de José Javier Arazuri, que esta vez nos ha dado una «Historia de los Sanfermines», dos grandes volúmenes bellamente editados, que he recibido hace algunos días y que aún no he tenido tiempo de leer, sino de picotear, como quien va de chiquitos y banderillas, un poco al azar, aquí te pillo y aquí te alcanzo, de tal modo que se me ha hecho pura necesidad satisfacer tras este aperitivo la suculencia del libro, ordenadamente, sin molestias, sin prisas, puesto a leer y a anotar, a aprender y a recordar.

Supongo que los actos de hoy organizados por la Asociación Cultural Navarra en la sala de Cultura de la Caja de Ahorros de Navarra en Madrid, y en los que van a participar el director de la Institución Príncipe de Viana, Dámaso Alonso, Francisco Yndurain, José Javier Martínez de Azagra y Ricardo Ollaquindia, se transformará en un homenaje a la memoria de aquel gran navarro y espléndido escritor que fue José María Iribarren. Siento no poder estar presente. Ha amanecido, como corresponde, un día lluvioso y cerrado. La noche ha cantado en las persianas de mis ventanas con la atroz rondalla del viento incesante. Mientras escribo estas líneas luce un sol de primavera y el cielo está limpio. Bate el viento de nuevo. Es una jornada hasta ahora perfecta de febrerillo el loco, buen mes para nacer en pleno carnaval de guerra europea, de intervenciones y serpentinas en la Calderería y comparsas en Mercaderes. Febrero es invierno, pero ya el perro busca la sombra, es un mes que anuncia la primavera, que sabe que va a venir pero que no alcanza a verla, aunque la prepara. Algo que les ocurre también a muchos de mis quintas, calculo yo que a todos los que vamos quedando.

Creo que voy a llamar a Pamplona sólo a preguntar qué día hace sobre sus tejados.

*El Alcázar,
Lunes, 11 de febrero 1985.*

Paralelo de dos plazas

Como una franca ayuda a mi perpetua nostalgia del terruño, parece que los alcaldes de Pamplona y Madrid, ambos socialistas, se hubieran puesto de acuerdo para plantear a sus respectivas poblaciones el mismo problema: la peatonalización de las dos plazas más famosas y mejores de dos ciudades, esto es, por orden de amor, la Plaza del Castillo y la Puerta del Sol. Los dos nombres son hermosos, las dos plazas están en mi corazón y en ambas he toreado. He sufrido más cogidas en la del Sol que en la del Castillo; en la primera, cuando yo era el mocito provinciano que llegaba de visita, me cambió los tacones sin yo enterarme hasta la hora de pagar un limpiabotas astuto. El cual desconcertó mi vida llenándola de timidez. En la segunda, he jugado al marro, al escondite, a la una saltaba la mula, al chis y a los bolos, he patinado, he dado vueltas en el carrusel municipal y enamoradizo del paseo, bien en el centro de la plaza, en la acera del Suizo o bajo los porches del Kutz, el Casino Principal, el Iruña y casa Archanco, objetos de regalo y paragüería. Las paragüerías, en Pamplona, son tan abundantes y necesarias como los bares y tabernas. O lo eran, cualquiera sabe con el cambio. En la Plaza del Castillo me he enamorado varias veces, y en la más larga ocasión que recuerda mi inconstante corazón, mis ojos andaban siempre buscando un alto balcón corrido en la esquina que se corresponde con el pasadizo de la Jacoba (a lo peor, hoy, de don Carlos Marx). En la Puerta del Sol no me he enamorado nunca, sino que a ella llegué en

el año más feliz de mi vida acompañado por una niña, veintiún añitos, a la que quise mostrar la fachada de «La Mallorquina», pero resulta que ya la conocía.

La Puerta del Sol fue el corazón de Madrid, su aula magna, su ágora política y comercial, el paraninfo del casticismo, el vestíbulo donde se recibía el año nuevo, el lugar adonde iban a parar todas las manifestaciones. El octubre rojo, el octubre falangista -mañana del 7-, el julio rojo, el abril nacional y primero que nada la Segunda República (y mucho antes la noche de San Daniel y la mañana del 2 de mayo) relumbraron originariamente en la Puerta del Sol. La recuerdo cruzada por muchos tranvías amarillos que me maravillaban, palpitante de anuncios luminosos que no había visto más que en las películas americanas cuando salía el Broadway neoyorquino y repleta de modestas pegatinas que indicaban consultorios para curar la sífilis y la blenorragia. Ah, y la impotencia.

La Plaza del Castillo fue el corazón de Pamplona, y digo fue, porque aunque hace mucho tiempo -¡ay!- que no paso por ella, así me lo indican algunos indicios que me han facilitado mis amigos. Creo que en San Fermín ni siquiera toca la Pamplonesa en su kiosco y que los fuegos artificiales se han trasladado a la Ciudadela. Ya no hay paseo vespertino después del Rosario de los Esclavos en la catedral y de la salida de los cines -ni en la plaza ni en ninguna parte- porque la ciudad ha crecido desmesuradamente dejando su casco viejo y parte del nuevo en los archivos municipales. En la Plaza del Castillo se manifiestan los pocos abertzales de Pamplona, muchos más de los que debieran ser y muchos menos de los que ellos creen que son. También se llena con la noche de chicas de alterne y hay un bingo y un señor del gremio de la hostelería ha declarado al Diario de Navarra: «Desde el bar y desde el bingo vemos a diario cómo se degrada la plaza. Al atardecer la gente empieza a evitar esta zona porque está ocupada por chicas de alterne y droga. Cada día retiro jeringuillas en los servicios de mi establecimiento.» ¡Drogados y putas en la plaza que fue patio de armas de la ciudad en tantas ocasiones y uno de los cuatro principales y decisivos, con África, Castilla y Aragón, en la santa rebeldía del 18 de Julio!

Parece ser como si la Administración socialista degradase cuanto toca. En Madrid se critica a calzón quitado las medidas dictadas por el señor Tierno, el dictador, en orden a convertir la Puerta del Sol en una especie de desfiladero de escasos coches con gran ampliación de la zona peatonal para convertirla en un zoco de aduar en el gran aduar en que ya ha convertido a Madrid. El alcalde de Pamplona, cuyo nombre no recuerdo, es más radical en este caso porque va a peatonalizar a toda la Plaza del Castillo hasta convertirla, según la mayor parte de las opiniones que he leído o recogido, en otra especie de aduar, sólo que con paraguas, si bien en esta ocasión la paragüería de Archanco, que no sé si todavía existe, habrá de cerrar si vive, como otros comercios, hoteles y negocios. ¿Se perderá el viejo «Iruña», en cuyo barecito -regentado, si mal no recuerdo, por Serafín, uno de los mejores camareros que yo he conocido en mi vida, el otro era Emilio, del café Kutz-, en cuyo barecito, digo deleitosamente, tomé mis primeras copas de hombre, por así decirlo, y probé por primera vez el güiski que me ofreció Pío Garisoain -¿qué tal, Pío?- y a cuya cata respondí:

-Sabe a chinches -vulgar y neciamente.

Pío me dijo:

-Espera a tomarte el segundo.

Y así hasta que me lo han retirado mis maravillosos magos, que a veces -por cierto que con razón- tienen manías dignas de don Pedro Recio de Tirteafuera.

Me van a matar dos plazas en las que hay parte de mi vida, y aunque haya vivido muchos años a la sombra de la bola de Gobernación, que ahora va a ser la bola de Leguina, los que de menos he vivido en la plaza caen sobre mi corazón como una lluvia verleniana intensa, amorosa, llena de violines. Mejor, nieve. Son los inconvenientes de estar regida Navarra por el Padre Superior, o acaso el Abad Prior, que es como la gente llama al ex fraile Urralburu.

Mueren las civilizaciones, las culturas, los imperios, pero a veces tocan a agonía con la desaparición o el aniquilamiento o la degradación de una plaza o varias.

*El Alcázar,
Jueves, 10 de enero 1985.*

Las nieves de antaño

Lo primero que hizo al levantarse fue abrir el balcón y estudiar el cielo. Estaba gris, hosco, desapacible, lo cual no era nada de extrañar en tal fecha como hoy en aquella ciudad. Hubiera preferido un sol radiante, como en mayo, o en torno al Corpus, que era la época tradicional de las primeras comuniones, cuando sus amigos se habían vestido de marineros, de blanco y oro, y algunos llevaban banda y otros un lazo en el brazo izquierdo, y otros la banda y el lazo. Su uniforme de marinero era azul. Sus amigos habían hecho la comunión a los siete años, pero él la iba a hacer a los nueve, por voluntad de su padre. Le fastidiaba ese retraso sobre la generalidad de su promoción y también que el día fuese tan frío, sucio y habitual. Pero recordó que el canónigo que le había preparado para la primera comunión le dijo que cualquier contrariedad que tuviera debía de ofrecérsela al Señor, de modo que así lo hizo y comenzó a lavarse mientras la casa entera bullía a su alrededor.

Comprendo que me gustaría establecer ciertas precisiones en torno a la fecha, pero no dispongo de hemeroteca. Basta decir que corría el año 1926, que era el día de San José -por el Patriarca sentía una singular devoción la madre del comulgante- y que unas jornadas antes había habido gran jolgorio en la ciudad y en toda España a causa de que el «Plus Ultra», que comenzó su vuelo el 22 de enero, lo terminó felizmente el 10 de febrero. Las personas mayores discutían sobre si era o no correcto utilizar el verbo amerizar para el instante de posarse el hidro en las aguas porteñas y correr sobre ellas hasta detenerse. Se echaron las campanas al vuelo, se dispararon cohetes, salieron las bandas de música a la calle, se dio suelta a los colegiales en cuanto se tuvo noticia de la llegada de Franco, Ruiz de Alda y Rada a Buenos Aires, que fue a media tarde. Enseguida se hizo oscuro y la gente cantaba por las calles.

Unos meses antes, a final del verano de 25, otro suceso había conmovido a la ciudad, y singularmente a muchos hogares desasosegados, y fue la noticia del desembarco en Alhucemas. Se acababa la guerra del moro y pronto se tendrían noticias sobre prisioneros y desaparecidos, tema que apasionaba en aquella casa, uno de cuyos familiares figuraba como desaparecido en Anual. ¿Cuándo había ocurrido lo de Anual? El comulgante no lo recordaba, pero llevaba toda la vida oyendo hablar de aquello. El niño de nueve años preparaba su ingreso en el bachillerato y jugaba en las calles y fuerapuestas con sus amigos. Y en el patio del colegio, también en la explanada deportiva que quedaba entre la trasera del colegio y las murallas de la Ciudadela, y en el local de los kotskas, y utilizaba el barandel de la escalera para bajar arrecaballico, deslizándose a toda velocidad.

Aquel niño que trepaba rodeado de su familia a la empinada cuesta que conducía a la catedral, ignoraba que un año después nacería la mujer con la que habría de compartir su vida, y también que diez años más tarde estallaría una guerra que iba a marcar profundamente su vida, la de su generación y la de su patria, y que él vería nacer la guerra en aquella misma ciudad, en su paisaje urbano más noble y popular.

La primera comunión, recatada y escasamente social, como las de entonces, la recibió en la capilla de San José de la Santa Catedral. La puerta de San José daba a la plazuela del mismo nombre y en su escalinata se fotografiarían los bachilleres siete años después, y también en las bodas de plata de su título. ¿Qué recuerda de aquel día este antiguo niño? Las lágrimas de su madre, el trastorno íntimo del sacramento, «el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma para la vida eterna», aquí está de verdad, no es como en los ensayos que me hacía don Juan mientras me preparaba para este día, ahora está aquí, y la comunión de los familiares y la acción de gracias -recoleta, íntima, las manos tapándole los ojos-, que se le hacía eterna porque él quería ver lo que pasaba a su alrededor, y el frío de la capilla y el gruñido de la puerta y las felicitaciones y el empezar a repartir recordatorios entre los íntimos amigos de sus padres y la satisfacción que sentía por haber aguantado bien el ayuno eucarístico, que consistía en «no haber comido ni bebido cosa alguna desde las doce de la noche antecedente», y entre unas y otras cosas ya eran casi las diez, y tanto los nervios como la falta de costumbre provocaban lamentaciones de su estómago. Generalmente desayunaba a las siete de la mañana. Apenas si recuerda el solemne desayuno familiar, pero en cambio sí tiene fresca la tradicional ronda de visitas a las familias y personas amigas, en coche de punto, y la recolección de felicitaciones y regalos. (Él quería ir en el pescante, con el cochero, pero no le dejaron y lo ofreció al Señor.) De dos guarda especial memoria; de un hermoso balón de reglamento y de una cartera billetero. El balón se lo regaló un joven compañero de su padre, hombre muy deportista, que al verano siguiente moriría mientras nadaba. Cualquiera sabe quién le dio la cartera de cuero. Aquella misma tarde, mientras iba al cine de los Maristas, se la regaló a un primo suyo, ya mayor, de pantalón largo y puro.

-¡Qué bonita cartera!

-Está a tu disposición.

-¿De veras?

-Sí tanto te gusta...

-Ya lo creo. Te lo agradezco mucho.

Y se quedó la cartera, con cierta sorpresa por parte del comulgante, que aprendía que las fórmulas corteses pueden ser trampas que se pone uno mismo. También aquello se lo ofreció al Señor, aunque con cierto esfuerzo. Su primo iría a morir diez años después, en el verano del 36, en Somosierra, destrozado por una bomba de aviación desprendida de un aparato propio. Pero aquel día se sentía tan feliz y tan poderoso que hasta la donación de la cartera le produjo, si bien no muy claramente, una leve sensación de omnipotencia, que compensaba.

Sesenta años después, ¿qué queda de aquel niño que tomó la primera comunión el día de San José? Un vago y gris recuerdo, ni siquiera amarillento, pero enormemente vivo. Ni la ciudad, ni los padres, ni los amigos de aquella fecha, ni la alegre esperanza de aquella jornada que le acercaba al objetivo lejanísimo de ser mayor. Un recordatorio sencillo, el familiar. Otro más retórico, preparado especialmente por el sacerdote que le atendió espiritualmente durante las semanas que precedieron al día de su iniciación eucarística. Los dos están en un viejo devocionario lleno de nombres muertos. Queda la Verdad de aquel día, es único lo que permanece en medio de la desolación. El niño / viejo recuerda aquella mañana gris con luz sobrenatural. Y la conmemora a su modo. No cree que tenga otra cifra redonda para hacerlo. Y da gracias a Dios por cuanto recibió en esos sesenta años, igual en la alegría que en el dolor. Acaso las nieves de antaño no existieron jamás. Acaso todo es un sueño.

*El Alcázar,
Miércoles, 19 de marzo 1986.*

Glosa

Navarra y Pamplona, tan entrañablemente queridas por García Serrano, están nostálgicamente evocadas en estos trece artículos. Todos ellos desembocan en el «día grande de Navarra», el 19 de julio de 1936, en el que «Navarra se alzó y cubrió los frentes de combate». De 40.461 combatientes navarros por España -miles de ellos voluntarios, encuadrados en Tercios de requetés y Banderas de Falange-, 4.552 murieron «¡Por Dios y por España!» Tan enorme sacrificio heroico ganó para Navarra y sus escudos la Cruz Laureada de San Fernando.

(«Cómo ganó Navarra la Cruz Laureada de San Fernando».
Coronel Salas Larrazábal, Madrid, 1980.)

Qué duro aquel tiempo
fue para Navarra;
cuando entre los trigos
verdes, de montaña;
sólo se veían
boinas coloradas;

cuando en la Ribera,
de mieses segadas,
al «solar» de julio,
moría en el soto
la perdiz herida
en la tardeada.
Navarros en guerra
cubrían los frentes
del norte de España,
desde «Las Provincias»
hasta el Guadarrama.
Los hombres morían,
las mozas rezaban,
y aquellas madres,
madres tan navarras
serenas y enteras
apenas si lloraban;
pues ¿Por qué llorar,
si los hijos muertos
salvarán la Patria
en Santa Cruzada?
Ellos aclaraban
lo que hoy nadie aclara:
«La Patria se salva
sólo por la sangre
de sus hijos muertos,
si estos hijos mueren
por Dios y por España.
Por eso aquel verano
España "volvió a ser"
gracias a Navarra,
y el valor navarro
fue de Laureada.
Hoy en las ciudades
y aldeas navarras,
en las viejas cómodas
y humildes alcobas,
se ven los retratos
de padres o abuelos,
de hijos o hermanos,
o del novio aquel
-¡qué recio y qué majol!-
que dejó su moza

luchó como un bravo
y murió en la guerra
para que Navarra fuera
fiel a Dios y a España.»

Tiempo duro aquel
de largo verano;
tiempo de valientes;
tiempo de soldados;
tiempo de esperanza
de triunfo alcanzado;
hora de Navarra,
su tiempo de gloria,
cénit de su historia.

Javier Nagore

LOS ULTIMOS PROVISIONALES

Hay en la voz de mi amigo alegría, dolor y nostalgia, cosa que aunque parezca imposible, no lo es, y aún suele darse con frecuencia en semejantes circunstancias y más a ciertas edades.

-Yo siempre esperé -me dice- que esto lo celebraríamos igual que el primer ascenso de un antiguo provisional a general, que fue Campano, si no me equivoco, y estuvimos juntos... Ahora es otra cosa.

-Ahora siempre es otra cosa. Eso ya lo sabemos. Pero lo que no entiendo es a qué te refieres.

-Bueno, pues es muy sencillo. Entonces llegaban al generalato los primeros provisionales; ahora, en cambio, llegan al mandato superior de los Ejércitos los últimos provisionales. Los provisionales están a punto de desaparecer y con ellos pudieran alejarse definitivamente muchas cosas, algunas de las cuales yo creo importantes para la simple existencia de España.

Alejado de la milicia por incapacidad intelectual y física para ella, apenas si me asomé a lo que es su verdadera vida. De modo que jamás consulté una escalilla, ni nada parecido. Esta vez me he molestado en averiguar las edades que tenían en 1936 los nuevos componentes de la Jujem, de lo cual resulta que dos de ellos contaban dieciocho años el 18 de Julio de 1936, uno dieciséis y el otro quince. Todos ellos fueron voluntarios, y dada su edad lo pudieron ser casi desde el primer día, circunstancia que fue muy frecuente en toda la zona nacional y con abundancia en Navarra. Sólo entre mis amigos personales ya tenía yo dos muertos menores de dieciocho años, una de catorce y otro de dieciséis, antes de que mediase agosto de aquel verano primero. Quiere decirse con esto que si bien el coraje, la acción del corazón, el impulso irresistible, los lanzó a la guerra, a muchos también su fe religiosa, su pequeño conocimiento de la política, su particular fe civil o su escaso pero claro entendimiento de la situación española, unidos al impulso cordial del que anteriormente hablaba. Aun sin haber visto jamás la cartilla militar, que entonces era documento de los veinte o veintiún años, acreditaron su valor mucho antes de que ni siquiera les fuese supuesto, pero también acreditaron su lúcida percepción de los males de España y sobre cuál era el sistema de curarlos de una vez para siempre. Es decir, que estos hombres que ahora han alcanzado por decisión superior eso que se llama la cúpula militar, conocieron en su adolescencia lo que significa la ruptura de la unidad de un pueblo en sus tierras, en sus clases, en sus hombres y por consecuencia en sus Ejércitos. Ellos supieron elegir. Ninguno de los cuatro estaba en edad militar y todos fueron voluntarios y todos se creyeron en la obligación de entregarse al mando militar en aquel modesto y glorioso escalón subalterno que fue el de los alféreces provisionales.

También les ha tocado vivir un mundo confuso en el cual ha sido arrebatado a la memoria oficial de España hasta el recuerdo municipal de los que fueron sus generales, sus jefes, sus héroes, sus mártires, sus pensadores, los nombres de los lugares de su gloria y su sacrificio, si bien nada se ha hecho por evitar honras públicas a todo lo que significase exactamente lo contrario. ¿Era necesario que asesinos pudieran ser diputados? ¿Añadía ello algún lustre a la democracia? Incluso insignificantes bandoleros

de las Brigadas Internacionales han sido tratados a cuerpo de rey con el dinero de los contribuyentes españoles. ¿Aporta algo esto al buen entendimiento nacional? En un cierto instante a alguien se le han fundido los fusibles, si es que es posible expresarlo así sin lesionar las leyes de la electrotécnica, y ha confundido con vagas fantasmagorías políticas las consecuencias de una victoria militar. Adolfo Suárez y Leopoldo Calvo Bustelo pasarán a la historia como Ditalkón, Minuro y Audax, sólo que estos tres apuñalaron a Viriato mientras dormía y estos otros dos sólo se atrevieron a hacerlo con Franco después de muerto y enterrado, lo cual no es ni siquiera de buena educación. Nunca culparé a Carrillo o González por aprovecharse de ello. La más famosa guerra civil del siglo XIX, la que se conoce como Guerra de Secesión, todavía no ha alterado su victoria. Parece, en cambio, que la más famosa Guerra Civil o Cruzada de Liberación del siglo XX, sí lo ha hecho. ¿Por qué? ¿Es irreparable esta avería en la buena marcha de España, que no tiene por qué afectar ni poco ni mucho a la proclamada, si bien no ejercida, convivencia española? Recuerdo unas líneas de los espléndidos Cuadernos de Guerra y notas de paz, debidos a la pluma del general Jorge Vigón. Es el día 10 de junio de 1937, jueves, en plena ofensiva de Vizcaya:

«Ayer tuve una breve conversación con Carlos (Martínez Campos) después de comentar, entristecidos, el accidente que costó la vida al general Mola.

Le pregunto qué cree él que va a pasar después de que la guerra termine.

-Yo qué sé -contesta-; yo no entiendo nada de política, yo soy un soldado.

-Bueno, y entonces ¿por qué estás aquí y no al otro lado?

-Porque la razón la tenemos nosotros.

-Pero ¿cómo diablos puedes estar seguro de eso, si dices que no entiendes nada de política?

-Preferible no hablar de eso. Ahora vamos a tratar de ganar la guerra.

-Muy bien. A tus órdenes.»

Y metidos en faena al día siguiente comienza su parte en la ruptura del «cinturón de hierro» y al otro queda rota la línea, que asalta la V de Navarra y por donde penetran ensanchando la brecha, la I y la VI.

Metido en la lectura de Jorge Vigón encuentro también en este mismo libro, reproducido a manera de ilustración, un artículo posterior a la guerra, justo de 1944, en el que se lee: «Ha visto uno gentes que, olvidadas de las razones que nos llevaron a la guerra, parecen suponer que de lo que se trataba era de dar satisfacción a cierta urgencia sentida unánimemente de restablecer una supuesta legalidad escarnecida; la verdad es que de lo que se trataba era más bien de barrer la ilegítima legalidad vigente, para poder vivir, y una vez asegurada esa finalidad inaplazable establecer una legalidad inédita.»

«El orden de urgencia de ambos propósitos era precisamente éste y no otro: lo que impone tácitamente a la futura legalidad la inexcusable condición de no ofrecer portillos nuevos al pasado riesgo.»

Con lo cual todo queda muy claro desde el momento en que esta Monarquía, sobre la cual he tenido opiniones personales desde mucho antes de su proclamación en 1969, no es más que una herencia del Régimen del 18 de Julio, establecido por los vencedores de la Cruzada de Liberación, del mismo modo que los Estados Unidos de hoy no son más que una consecuencia de la victoria de Grant sobre Lee (aquí ni siquiera

hubo un Lee presentable). Y que la misión de quienes están facultados para ello es la de «no ofrecer portillos nuevos al pasado riesgo». Una hermosa tarea para los últimos provisionales. Al meno según mi leal saber y entender. (Naturalmente, puede haber otras lecturas, como ahora dicen los gilipardillos.)

*El Alcázar,
Lunes, 18 de enero 1981.*

Glosa

No, no ha terminado la misión de los últimos provisionales: «Mientras quede un aliento de vida, todos aquellos que participan en este conjunto de ideales, tienen una obligación. Hay que transmitir a las generaciones jóvenes el mensaje de ese conjunto de virtudes -valor, lealtad, patriotismo, espiritualidad, tradición- que constituyeron en tiempos el eje fundamental para la reconstrucción de España. Sin valores morales nada se puede conseguir. Sin valores morales, una nación pierde hasta el derecho de prolongar su existencia. Y hay que decir por lo menos a estas generaciones tres cosas: somos conscientes de que España, como pueblo -y somos nación y gran nación, como dijera don Marcelino Menéndez Pelayo-, ha recibido de Dios una misión que hay que cumplir. Las generaciones anteriores a nosotros han tratado de cumplirlo. Cuando no lo han hecho, han empujado a España al borde del desastre; pero en cuanto la fidelidad o la unidad de destino en lo universal se recupera, entonces el rumbo se endereza y tenemos motivos para estar orgullosos de ser españoles. Es una de las pocas cosas serias que se puede ser en este mundo.»

(Luis Suárez Fernández,
Conferencia en el 50º Aniversario de la creación del Alférez Provisional,
18-19 octubre 1986, pág. 19.)

Sí, decid hoy como ayer:

España me está doliendo
doliendo como un puñal.
El campo no tiene flores
ni tiene Dios la ciudad.
España, por si te sirve,
mi vida te quiero dar.

(José María Pemán, De ellos es el mundo,
Ed. Castilla, Madrid, 1939, pág. 34.)

HOMENAJES

HOMENAJE DE LA «COMISION DE NAVARROS EN MADRID» A RAFAEL GARCIA SERRANO

*«Los navarros en Madrid» ofrecieron un
homenaje a Rafael García Serrano
el 12 de mayo de 1983 en el Club 24, de la capital.
Le impusieron el pañuelico rojo de honor.
Pronunciaron palabras Francisco Javier de Lizarza
y Javier Maróa Pascual.*

Palabras de Francisco Javier de Lizarza.

Pensamos, y lo decimos, que Rafael, junto con José María Iribarren -y a ti, Rafael, ha de serte grato que traigamos a tu vera al admirado y llorado José María-, constituyen el mejor «dueto» de escritores navarros del siglo xx.

Rafael es amigo de todos, incluso de sus «enemigos» ideológicos, ya que en las obras de Rafael, en todos sus escritos, nunca hay odio: hace suyo el dicho de que «prefiero ser engañado a engañar»; y el odio siempre es «el gran engaño», incapaz de toda esperanza, grande o pequeña.

Nos parece que también ha de hablarse de otras cualidades de Rafael, más personales todavía, que responden de manera muy característica a su español-navarrismo: son la lealtad y el valor.

No empleamos «de baldés», como dicen en Tudela, las palabras español-navarrismo. Hoy, en España, ante los demás españoles, no resulta tan seguro -a los oídos de muchos- que al hablar de Navarra sobreentiendan que se habla también de España. Creemos, por eso, que es muy importante que, por encima de particularismos, Rafael, en sus trabajos literarios, en toda su línea de pensamiento diga y piense siempre que en los días de hoy ya no «tanto monta, monta tanto» navarrizar a España que españolizar a Navarra. Sí, es necesario insistir en la españolidad de Navarra, a los navarros de ahora, a los que viven en Navarra y fuera, pues a los de la generación de Rafael, a los que hicieron y ganaron la guerra de 1936 -cima e hito de la Historia de Navarra y de España- no hace falta predicarles eso; esa unidad sobreentendida de que Navarra es España y España es también Navarra.

¡Lealtad! A los amigos, a las ideas, a los principios. ¡Cuántas personas habrán visto reflejadas en las páginas de La gran esperanza sus propias traiciones! La lealtad supone siempre obrar bien, dejar que hablen. Tú, Rafael, ¡deja que digan! En nada se ha de

mermar, por esos dichos, tu leal manera de ser, tu lealtad sencilla y firme, como la de esa «fealdat» civil navarra vinculada a un solo amor, y para siempre.

Y el valor, permanente, inalterable, transmitido, realizado en tu vida, en tu pensar y en tu obra. Un autor, al hablar del valor dijo esto: «Si no os queda más que una rama para agarraros, agarraos a ella; y si os quedáis solos defendiendo una causa, no arrojéis vuestras armas para uniros a los que huyen; después del Diluvio, unos pocos que quedan aislados repueblan la tierra.» Pues bien, ese valor aislado, terco -y, en definitiva, fiel, navarro-, nos parece que puede ser tu divisa en toda circunstancia. Pues en toda circunstancia, como una enseña en alto, lo llevas anarbolado. ¡Qué sea así por muchos años!

Acepta, pues, querido Rafael, este homenaje de «los navarros en Madrid», «como - y usamos tus palabras recientes- quien alza el Cristo que iba al asalto, inerme y sacrificado, en la vanguardia de los Tercios de requetés».

Remedando la canción vascongada del siglo pasado, podríamos cantarte:

*Aurrera, mutillak,
Rafael Garshía.*

Francisco Javier de Lizarza.

Palabras de Javier María Pascual en el homenaje

Querido Rafael:

Hemos venido a cenar en paz unos cuantos navarros y no me perdonaría el Santo Cristo de Aibar que te jibara la noche con la menor referencia política.

Me encargan estos amigos, navarros de la Navarrería de Madrid, que brinde con ellos y por ti.

Bebo contigo, Rafael, no sólo de encargo sino porque te quiero. Y te quiero tan de verdad que además de beber contigo bebo con ti. Bebo con ti porque no has escrito una línea de rencor, y a los rojos, puñetero, les has llamado rojillos como si fueran socios del Osasuna.

Te quiero, Rafael, y te queremos todos nosotros, porque no has levantado párrafo que no fuera de los muthikos que se fueron al frente con diez duros y un escapulario para decirles a los otros -a tiros- que no era de recibo que se ciscaran en la Virgen de Ujué, nos jodieran vivos los Fueros en un miserable estatuto, ni nos tomaran por el c... de la Bemarda, que por cierto, en Sangüesa, dicen que era de Lumbier.

Aunque crezcan las matas de pacharanes en las tumbas de los voluntarios y se suban las sargantanas por las cruces de los cementerios olvidados de la Valdorba, nosotros sabemos que nuestros mozos murieron por Dios y por España.

Un chico de Sangüesa, un tal Ibáñez, de dieciséis años, escribió a sus padres una única carta, en papel de estraza. Esa carta la tengo yo y dice así:

«Queridos padres: Mañana entramos en batalla. Estoy en gracia de Dios. Un abrazo.»

Murió al día siguiente en Oyarzun.

Tenía su padre una huertica de tres robadas en Pastoriza. Sus hermanas eran y son costureras. Cuando me vine a Madrid, me dijeron: «Si nos traicionas, no te volveremos a hablar.» Gracias a Dios, aún me hablan.

Querido Rafael: brindo por ti. Brindo para que hagamos nuestro, siempre, el refrán vascón que me enseñó un aldeano de Múzquiz que acababa de perder dos bueyes apostando a Garciarena: «Gutxi dugun, beti dugun.» Tengamos poco, pero tengamos siempre.

Tengamos siempre amor a la tierra de los voluntarios, decencia y una miaja de memoria.

¡Viva Navarra y que nunca, nunca, mueran nuestros muertos!

Javier María Pascual.

R. G. S.

Seguramente fue arbitrario y vehemente, apasionado o irrazonable, como todo escritor de raza y como todo periodista de pura sangre. Su corazón estaba lleno de razones, de esas razones que la razón no entiende. Él, la razón la había encontrado un día, y ya dejó de buscarla, porque creía haberla encontrado de una vez para siempre. Escribía siempre desde un lado de la trinchera, pero saltaba esa trinchera para encontrarse con los de enfrente, y una vez los saludaba con un plumazo y otras veces con un abrazo. Plumazo y abrazo. O quizá las dos cosas, una después de otra. Muchos de los que le censuraban que escribiese siempre desde un lado de la trinchera, eran y son incapaces de saltar la barricada para saludar al enemigo con algo que no sea una ráfaga o un golpe de bayoneta.

El verano del 36 se le llevó por delante un pulmón y, además, le arrebató la pluma. El sol terrible del verano del 36 le calentó los sesos en una insolación que le duró toda la vida, y recorría años y leguas, páginas y cuartillas, con ese sol metido en la cabeza, y tal vez por eso coleccionaba soldaditos, lo mismo de plomo que de papel. Antes de ponerse a dejar algo escrito, negro sobre blanco, mejor dicho, azul sobre blanco, rojo sobre blanco, lo primero que hacía cada mañana era izar bandera. Yo he llegado a creer que tenía en la mesilla de noche un despertador que no hacía sonar campanillas, sino que tocaba diana. Y se ponía a escribir como quien emprende un viaje de «alegre turismo armado». No he conocido jamás un pacífico más belicista, y ahora su recuerdo me sirve para mucho más que para reconocer el ridículo de los bélicos pacifistas, la irritante contradicción de los que te hablan de la paz a trompazo limpio, a palomazo limpio.

Rafael García Serrano fue un romántico de la guerra, probablemente porque también aquella guerra fue una guerra romántica; fue romántica incluso en la exageración apasionada de la crueldad. Anduvo poco por el campo de batalla, y casi toda la campaña se la pasó en los hospitales de la retaguardia, y quizá por esto se le quedó para siempre el deseo de combatir lo que no había podido combatir. Y quizá también por eso entendía la guerra como una esgrima entre caballeros, como una fiesta de purificación, casi como un encuentro a muerte entre canciones y esperanzas. Estoy casi seguro de que, si le hubiesen encontrado muerto en una escaramuza o en un avance, habrían tenido que desabrazarle del cadáver de un enemigo.

En pocos como en él se cumplió el más trágico destino de los supervivientes, y andaba tan desacomodado de la victoria como desacomodados del tiempo volvieron otros del largo y dramático exilio, del destierro de los supervivientes de la derrota. Fue parcial y partidario, combatiente y militante, pero mucho más de las ilusiones que de las realidades, y su espíritu estaba preservado de la contaminación de la nómina, porque su soldada no fue jamás la de un mercenario. Pudo ser un deslumbrado o, tal vez, un

iluminado; pero para ser fanático le sobraba la ternura y el amor y la comprensión hacia los que defendían las otras banderas.

Escribía sus crónicas, no para la historia de los hechos, sino para la historia de los sentimientos, y al final, si se quiere entender algo, no del cómo, sino del porqué, hay que terminar leyendo lo que él escribió de aquella guerra, que otros han querido resumir en números y estrategias, y que otros muchos han desfigurado políticamente mucho más que lo pudo haber hecho él. Caminé junto a él muchos años, no por campos de guerra, sino por sendas de paz, aunque él no se descargara nunca de la manta y del macuto; pero se ha muerto sin que yo haya sabido si se había rendido a la decepción o, por fin, al desaliento, o solamente ahora ha encontrado la paz, la única, la eterna.

Como era así de arbitrario, un día escribió que se había olvidado del santo de mi nombre. Yo, no del suyo. Cuando leía algo de su pluma, tenía que acordarme de San Rafael, porque ha escrito como un arcángel.

Jaime Campmany.

EPILOGO

(por Javier Nagore Yarnoz)

Termina aquí este libro de Rafael García Serrano. Como se dice en el *Prólogo*, forma parte de la tetralogía de autores navarros con la que se quiso conmemorar el 50º aniversario de la Victoria nacional sobre el comunismo; un comunismo marxista cuyo derrumbamiento europeo estamos contemplando ahora mismo. Como en tantas ocasiones a lo largo de los siglos, los españoles nos anticipamos en la Historia.

Otro autor y filósofo navarro, Jesús Arellano, en un recientísimo ensayo en el que analiza el «carácter universal de la guerra de España», luego de señalar la urgencia de establecer -contra tantas publicaciones pseudohistóricas que falsean los mismos hechos- el significado de la verdad histórica interpretándola a la luz de la facticidad real, indica que el signo del origen, desarrollo y desenlace de nuestra guerra era decisivo para la historia mundial; de ahí su proyección universal. Hoy, «la paz, el progreso económico, la justicia social, la elevación de la vida española hasta los altos niveles del espíritu y la vocación de nuestra nación a participar en la proyección de los destinos mundiales, forman parte del “núcleo de posibilidades” históricas que fue la guerra española, sea cual fuera la ideología con que se quiera interpretar tales posibilidades. Asumirlas conscientemente en el presente desde su pasado es condición decisiva para que puedan actualizarse en el futuro. Sin esa asunción consciente y activa, las posibilidades perderían su capacidad de realidad; todo lo histórico, y las posibilidades históricas desde luego son contingentes, pueden realizarse en ser o “nadificarse”, ser anuladas. Pueden perecer por aplastamiento. Pero también por anestesia de la conciencia de la generalidad de los españoles. Los dos peligros están ante nosotros; pero el segundo es por ahora el más determinantemente vigente: el de la anestesia, que nos sume en el conformismo pasivo, en el abstencionismo irresuelto, en el gregarismo pastueño, en la pérdida de tensión hacia ideales realizables». ⁽¹⁾

¡Cuán ciertas son estas reflexiones ante los hechos que entonces sucedieron y ante los hechos que se están desarrollando hoy!

La desintegración del comunismo -pese a la social democracia del marxismo «ad usum delphinis» de nuestros días- es un hecho irrefutable en la teoría y en la práctica. Así, aquel falso eslogan de entonces, «España será la tumba del fascismo» (falso porque como se demostró en los cuarenta años siguientes a la Victoria de 1939, en ningún momento hubo fascismo español), se convierte hoy en verdadero sin más que expresarlo así: «España fue la tumba del marxismo.» De aquel marxismo satánico y antiespañol, subordinado al imperialismo soviético, a ese imperialismo que hoy se ha derrumbado con estrépito. Y es que los españoles -entonces también los «rojos», españoles no soviéticos- somos alérgicos a los absolutismos. Orwell, que nos conoció de cerca en los años de nuestra guerra y combatió en las filas del POUM, partido con mejor dosis de

¹ Razón Española, nº 36, julio/agosto 1989, págs. 17 y 32.

anarquismo que de comunismo, escribió entonces: «Tengo los peores recuerdos de España, pero casi ningún recuerdo malo de los españoles... Tienen, sin duda, una generosidad, una especie de nobleza, que no pertenece verdaderamente al siglo XX. Esto hace que, en España, incluso el fascismo (o el comunismo, habría que añadir) pueda tomar una forma relativamente abierta y tolerable. Pocos españoles poseen la diabólica eficiencia y coherencia que necesita un Estado totalitario moderno» ⁽¹⁾

Sí, por eso, la Victoria nacional de 1939 fue acogida con júbilo, como se demuestra hoy con documentos fehacientes ⁽²⁾, por todos los españoles, excepto por los comunistas y sus compañeros de viaje al servicio de Stalin.

Pero dejemos ya todo esto que, por otra parte, quedó historiado en los dos primeros libros de la tetralogía navarra: *Memorias de la Conspiración*, de Antonio de Lizarza (cómo se preparó el Alzamiento), y *En la 1ª de Navarra*, de Javier Nagore Yarnoz (cómo se hizo la guerra), fundamentados de manera muy profunda en el tercero, *La violencia y el orden*, de Alvaro D'Ors (por qué hubo guerra, su legitimidad, su razón de ser y necesidad).

En este cuarto, *Cantatas de mi mochila*, de Rafael García Serrano, tanto en las canciones que transcribe como en los recuerdos evocados de sus amigos y de su tierra navarra, se reflejan, en el trasfondo al menos, dos cosas importantes: la primera, que las canciones se inspiran en un espíritu inconfundible y que no puede soslayarse, pues ellas nos dicen también que la guerra entre la gente española, eminentemente guerrera antaño, nunca ha sido triste. «Las campañas de Italia y de Flandes, los soldados del César Carlos, del Gran Duque o de los Tercios Viejos, como consta en múltiples testimonios, algunos de ellos legendarios, eran alegres y sembraban de risas, brindis y picardía toda la tierra de Occidente. Y en el presente sucedió otro tanto. Aunque abundaran en la guerra española huellas de un terror muy de nuestros días ante el que la broma se pulveriza y la risa se olvida» ⁽³⁾.

Estas canciones de guerra eran, por otra parte, realistas y humildes dentro de la vena heroica del contexto. «Lo específicamente español -escribió Antonio Machado a Ramiro de Maeztu, con motivo de la publicación de su *Defensa de la Hispanidad*- es la modestia. Cuando el Cid Campeador de nuestro poema se dispone a combatir con los moros que tienen cercada a Valencia, llama a su mujer y a sus hijas para que vean -dice él- “como se gana el pan”. El heroísmo español puede tener esa elegancia de expresión. y es que el español, y especialmente el castellano, tiene “el orgullo modesto”, quiero decir, el orgullo profundo, basado siempre en lo esencial humano, que no puede ser español, ni francés, ni teutón -“nadie es más que nadie”, reza un proverbio castellano-. En esta opinión me confirma la lectura de su libro» ⁽⁴⁾.

Realismo, humildad, aliento épico y voluntad histórica, notas bien características de estas *Cantatas de mi mochila*; pues aunque también haya algunas con visos de trágalas soeces o de viles cancanes (siempre hubo y habrá cantares y coplas a lo Mingo Revulgo),

¹ ORWELL, George, *Homage to Catalonia*, Boston 1952, pág. 223.

² Véase, por ejemplo, CIERVA, Ricardo de la, 1939. *Agonía y Victoria*. (El protocolo 277), Barcelona 1989.

³ Vicente Marrero, *La poesía en común o lo que cantaban los combatientes*. Ensayo inédito, s/f, pág. 7

⁴ Citado en ABC, 29-X-1959

sin embargo «son pocos los ejemplos legados por la tradición española en los que el pueblo -los combatientes, en este caso- se sienta “político”. Situación -la política- que se suele salir del contexto de las canciones populares. No así la costumbre de ensalzar a los héroes y vilipendiar a los villanos, ofreciéndonos de ello un rico repertorio, que pone de relieve, una vez más, el hondo sentido ético de nuestro pueblo español que siempre ha predominado -(¡aun ahora, en 1992!)- sobre el específicamente político» ⁽¹⁾.

Y la segunda cosa importante, común a las canciones y a los recuerdos de Rafael García Serrano, pudiera resumirse, sin entrar en política, en una sola palabra que informó la conducta de tantos españoles de entonces y de tan pocos de ahora: conducta constante en los hechos y en los escritos de Rafael; en una sola palabra: contracorriente.

Muchos españoles entonces, pocos ahora y siempre García Serrano, hasta su muerte, seguimos navegando como navegamos en el siglo del liberalismo. Nosotros, con Rafael, sabemos -y hacemos lo posible por practicarlo- que la política, como toda conducta humana, es un hacer práctico y no puramente técnico. Por ello, «los principios morales de la Moral privada no dejan de ser aplicables a la conducta política. No cabe "autonomía política". Siempre ha de haber límites morales para la política, y, dentro de ellos (aunque no sea correcto hablar de una “política cristiana”), sin embargo, un deseable orden político cristiano ha de contenerse en los límites del Cristianismo» ⁽²⁾.

Esto es la que los combatientes nacionales de entonces pensaron, esto la que intentaron llevar a la práctica. Esto es la que muchos españoles de hoy -García Serrano la intuyó claramente-, tradicionalistas, mas no inmovilistas, defendemos también. D'Ors, en su profundo ensayo, ya mencionado, cristaliza algunas de las condiciones fundamentales para un posible nuevo orden de libertad cristiana. Y el primero y esencial es éste: «No puede haber después de la Redención una potestad legítima que no se reconozca como delegación divina, de Cristo Rey, o quien compete la única soberanía de este mundo. Las otras potestades sólo merecen una obediencia provisional y relativa... Sí, el ¡Viva Cristo Rey! con el que murieron tantos de nuestros hermanos en la Cruzada, o en las prisiones rojas, no fue solamente un grito de fe y de bravura en momentos de sacrificio heroico, sino algo mucho más grave y elevado: una afirmación del primer principio para una teoría política cristiana» ⁽³⁾.

Seguramente, Rafael García Serrano habría suscrito estos pensamientos, tan profundos y esclarecedores, de los motivos que laten, asimismo, en las canciones -por él recogidas y glosadas- y en los recuerdos por él evocados rescatando del olvido a muchos españoles que vivieron y murieron fieles a esos mismos principios.

¹ DIAZ, Joaquín, Palabras ocultas en la canción folklórica, 1971, pág. 7.

² D'ORS, Álvaro, La violencia y el orden, Madrid 1987, págs. 114 y 115.

³ Ob. cit., pág. 124.